

LA FLOR en su laberinto

STEPHANIE RENDÓN

ILUSTRADO POR EDUARDO M. JUAN MORELOS



LA FLOR

en su laberinto

La flor en su laberinto

Primera edición, 2024

Colección: Alas de Lagartija

© Stephanie Rendón, por el texto.

Ilustraciones: Eduardo M. Juan Morelos.

D.R. 2024 de la presente edición:

Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional
de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces

Paseo de la Reforma 175, 5º piso, Col. Cuauhtémoc,
Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México.

www.cultura.gob.mx

www.alasyraices.gob.mx

Coordinación editorial: Diana Eugenia Bastida Cabello. Edición: Bruno Aceves Humana. Corrección: María del Carmen Salazar Flamenco. Diseño de interiores: Frida Solano Martínez. Diseño de forros: Maltipo [Óscar A. López Alonso]. Formación: Sofía Escamilla Sevilla. Producción: José Francisco Rosas García.

Se utilizaron las fuentes Clarendon y Geomanist.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura.

ISBN del libro: 978-607-631-324-4

ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México



**Gobierno de
México**

Cultura
Secretaría de Cultura

LA FLOR en su laberinto

STEPHANIE RENDÓN
ILUSTRADO POR EDUARDO M. JUAN MORELOS

*La ficción es una mentira que encubre
una profunda verdad,
ella es la vida que no fue.*

Mario Vargas Llosa



*Si el sueño fuera (como dicen) una
tregua, un puro reposo de la mente,
¿por qué, si te despiertan bruscamente,
sientes que te han robado una fortuna?*

Jorge Luis Borges, “El sueño”

I. ¿Estás listo, Tanelovsky?

—¿Estás listo, Tanelovsky? —dijo la voz.

—Sí. Estoy listo —dijo él.

Un hombre fornido y joven que vestía ropa blanca de hospital y daba la impresión de un pasado azaroso, se recostó sobre una mesa metálica y se conectó unos cables de distintos colores a la cabeza y al cuello, con la naturalidad de quien maneja un cepillo de dientes. Tenía los nudillos oscurecidos y cicatrices que se dejaban asomar por su cuello. Entonces la doctora Sara Nielsen, de pie, y dirigiéndose a los presentes dijo:

—Estimados miembros del Consejo de Investigación Especial: lo que vamos a presenciar a continuación es el producto del arduo trabajo científico de un equipo especializado de personas y de años de investigación. Quiero mencionar que me siento muy orgullosa de liderar dicho equipo. Algunos han calificado de insólitas mis investigaciones y han cuestionado mis valores éticos. Algunos me han acusado de jugar a ser Dios. Pero, ¿acaso no es cierto que la historia de la

ciencia está plagada de falsas acusaciones como aquélla? ¿Quién no recuerda las acusaciones contra “la máquina de Dios” en el siglo *xxi*? ¡Cuántos físicos de renombre y seudofísicos, alarmistas y estudiosos de fenómenos de lo paranormal creyeron que el mundo acabaría al ser absorbido por un agujero negro, que sería causado por el Gran Colisionador de Hadrones construido en el territorio que entonces se llamaba Suiza! Lo denominaron “el experimento del siglo”. Y fue gracias al colisionador y a los valientes científicos, que trabajaron durante siglos en él, que se descubrieron varias partículas desconocidas y por fin la ciencia llenó los espacios del conocimiento faltante. Por fin entendimos que nuestro universo está cohesionado gracias a la existencia de doce dimensiones y no de tres, como se creía antiguamente. Por eso, hoy, agradezco a la Unión Mundial por confiar en mí y facilitarme los recursos para iniciar mi laboratorio y emprender el programa de investigaciones especiales de esta división.

Hombres y mujeres de batas blancas y personas que portaban uniformes militares aguardaban de pie y en silencio. Ansiaban ver la demostración que la doctora Sara Nielsen había prometido.

—La computadora especial que hemos diseñado puede conectarse a la mente de nuestro colaborador y medir la energía desplegada al comenzar lo que hemos denominado un sueño guiado. De esa manera sabemos en qué estado se encuentra su conciencia en cada etapa del experimento. La teletransportación de la conciencia hacia otro cuerpo es sin duda un tema controversial entre la comunidad científica. Los físicos del siglo *xxi*, Weiler y Ho, ya habían vislumbrado un poco de lo que habría en el futuro. Fueron visionarios. Ignoraban la existencia de los *dantiones* y los *iquiones* que fueron descubiertos hasta el siglo *xxv*, pero fueron importantes pioneros. Ya habían sospechado que se podría crear

algún sistema de mensajes totalmente nuevo en el que participaría el bosón de Higgs.

Gracias a nuestra nueva tecnología, seremos capaces de obtener inteligencia e información que de otra forma sería imposible obtener. Los beneficios sobrepasan los dilemas éticos que este descubrimiento conlleva. Asuntos de prioridad relativos al futuro y la seguridad de la Tierra y de nuestra civilización, así como a la permanencia de las colonias planetarias, nos fuerzan a trabajar más duro y con más prisa que las generaciones anteriores a la nuestra. No hemos llegado a la meta todavía, pero andamos por buen camino, y estamos muy cerca de ella. En la demostración de hoy podrán apreciar cómo la conciencia de este hombre es teletransportada al cuerpo de otra persona de manera temporal.

El selecto público que asistió al laboratorio emitió sonidos de asombro. El general Drummond intentó no demostrar su admiración, pero el levantamiento de sus cejas blancas lo delató.

Una persona levantó la mano para preguntar algo. Sara Nielsen asintió con la cabeza para que hablara.

—¿Será posible hacer el experimento con otras personas?

—En teoría sí, pero en lo práctico la respuesta es no. No sabemos si exista otro ser humano con las características y habilidades de este hombre que está frente a nosotros. O al menos, no lo hemos encontrado. Necesitaríamos que se aprobara un proyecto especial, que se centrara en la búsqueda de candidatos o desarrollo de aptitudes —dijo ella con una sonrisa disimulada—, pero eso podría tomar mucho tiempo y bastantes recursos financieros; sin mencionar la complicada logística de buscar entre toda la población que vive en las colonias más alejadas. Tenemos suerte de con-

tar con el candidato perfecto, justamente aquí mismo dentro de nuestras filas. El comandante Giorgio Tanelovsky es uno de los nuestros: un gran soldado y astronauta que ha dedicado su carrera entera a realizar misiones espaciales.

Tanelovsky, aun recostado sobre la mesa y con los cables en su cabeza, alzó una mano, saludando al público, sin voltear hacia la gente. El público emitió sonidos de asombro y pequeñas sonrisas.

Una pausa. Otra mano; otra pregunta.

—¿Y quién es la otra persona a quien se le teletransportará la conciencia de su colaborador? —preguntó un miembro del Consejo, de voz ronca.

—La identidad de dicha persona permanecerá en secreto. No podemos revelarla por motivos de seguridad y confidencialidad.

—¿Y por qué no es posible que su colaborador se conecte a la conciencia de cualquier persona? —preguntó una mujer del público.

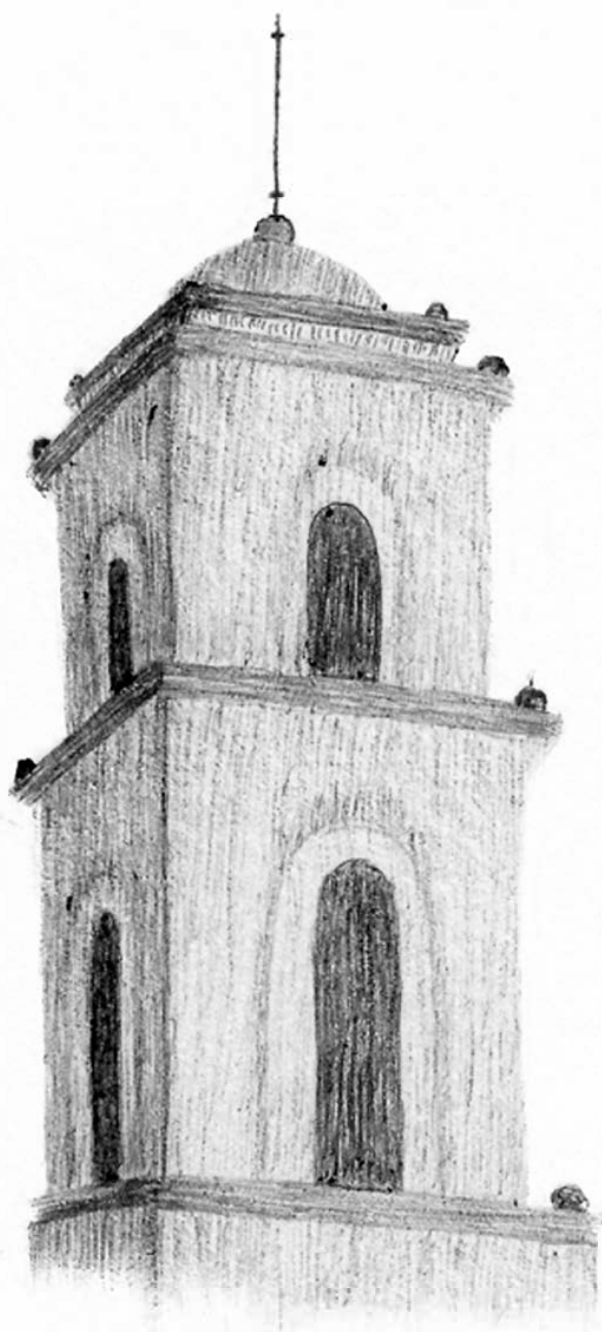
—La conexión sólo puede realizarse entre estos dos individuos y no sabemos la razón. Sin embargo, puedo asegurarles que estamos estudiando el tema a fondo. No hemos logrado encontrar otra mente (otra conciencia), que sea compatible con la de nuestro colaborador. Es como si la mente fuera un ser independiente que puede escoger con quién conectarse y con quién no.

Otra pausa. No hubo más preguntas.

—Damas y caballeros —intervino el general Drummond—: los detalles de la investigación y los experimentos están

en la carpeta holográfica que les ha sido repartida. Doctora Nielsen, por favor, proceda con la demostración. Los miembros del Consejo y yo deseamos presenciarla sin más preámbulos.

La doctora Sara Nielsen asintió con la cabeza y se giró hacia la esquina donde estaban tres científicos detrás de una consola con pantallas, hologramas, teclados, auriculares y toda clase de botones y cables. Se escuchó un sonido proveniente de una máquina y hubo una especie de vibración. Se encendieron lucecitas de algunos botones. La sobria luz neón, que alumbraba la sala, iluminó con claridad el rostro de los científicos y de Tanelovsky, mientras que el público estaba sumido en una penumbra parecida a la que hay en un teatro al empezar la función. Se escuchó el sonido de teclas presionadas: algo vibraba dentro del aparato. El reflejo de las pantallas en los lentes de los científicos sentados frente a la máquina irradiaba la escena de forma extraña. La máquina emitió un zumbido como el que haría un enjambre de abejas. El zumbido fue en aumento hasta casi ser molesto para el oído. Y de pronto, el zumbido se fue. Hubo silencio. La mente de Tanelovsky estaba conectada y a punto de entrar al sueño guiado.



*Aquel divino crisol
ha seis mil años que es sol,
y nace todos los días.*

Lope de Vega, “El castigo sin venganza”

II. En la abadía de Grimelk

—En la abadía de Grimelk, hijo mío, buscamos la perfección de Dios basada en la antigua y milenaria Regla de san Benito. Tenemos nuestro propio modelo de vida santa que guía la vida de nuestros monjes. Este modelo tiene un enfoque especial en la conservación de la naturaleza —ensayó con inspirada seriedad el abad Arlot di Ehud.

Por la ventana, se observaba el chispeo del agua que barnizaba el suelo empedrado de un patio amplio y reflejaba la tenue luz del día. Lesmes Girafont quiso preguntar qué era la Regla de san Benito, pero prefirió callar. No quiso pecar de ignorante frente a su distinguido interlocutor. ¡Cuánta sotana limpia y sin arrugas! ¡Cuán impecable y pulcro el aspecto de aquel arcaico y honorable hombre, que se mostraba orgulloso y sereno, sentado en su silla como esfinge! El abad Arlot di Ehud era un hombre viejo y corto de estatura, de mirada brillante. Lo que tenía de bajito lo tenía de compasivo y justo. Era un hombre estudioso, obediente, bueno con todo el mundo, de esos que aprietan fuerte la mano para saludar. El repiqueteo de la lluvia sobre el vidrio empañado de la ventana y el techo de la edificación de piedra dejaba

colarse otros sonidos que hacían latir fuerte y rápido el corazón joven de Lesmes. La temperatura de la tarde disminuía rápidamente. Sin duda, el frío terminaría por acostar temprano a los noctámbulos. Afuera, en el jardín, un caracol azul del tamaño de un puño se arrastraba con pena sobre una baldosa, confundiendo su reciente y húmeda huella con los charcos de agua de la lluvia.

El abad hablaba con un tono de voz suave y paternal, pero firme. Lesmes tuvo la imperiosa necesidad de mirarle los dedos con sus anillos de oro y piedras preciosas. Le sorprendió el contraste de las manos morenas, gruesas, trabajadoras, con el color brillante de las joyas que traía encima. Sintió que detuvo los ojos demasiado tiempo sobre las manos del abad y terminó por desviar la mirada para no importunar. El abad siguió hablando. Lesmes se rascó la barbilla con dos dedos, frunció el ceño y asintió dos veces, como si lo comprendiera todo. La boca del abad se movía, pero Lesmes no conseguía prestar atención a sus palabras. Estaba nervioso. Volvió a mirarle las manos y le parecieron dos pescados vivos. Sintió comezón en la pequeña herida en el cuello, que se hizo aquella mañana al rasurarse de forma apresurada. Le disgustaban los robots, aunque facilitaran la vida del ser humano desde hacía mucho tiempo. Le gustaba rasurarse a la vieja usanza, con navaja retráctil; disfrutaba hacer las cosas al estilo antiguo, y qué mejor lugar para eso, que la abadía de Grimelk.

—Señor abad —titubeó, no sabía si llamarlo abad o señor o los dos—, agradezco mucho que me haya aceptado como monje de la abadía de Grimelk. Seguiré al pie de la letra todas las reglas y cumpliré con mis deberes. Estoy seguro de que me encuentro en el lugar correcto, y confío ciegamente en que una fuerza mayor me guiará por este nuevo camino que he decidido tomar.

Lesmes juntó las palmas de sus manos en señal de gratitud y las llevó junto a sus labios, como si fuera a besar las puntas de sus dedos. Su tono fue demasiado heroico, no le gustó cómo salió de su boca. Tenía varias preguntas revueltas en la cabeza, pero no sabía ni por dónde empezar. El abad sonrió cariñosamente antes de responder.

—Confía en Dios, hijo; confía en Dios. Por otro lado, admiro tu candor, Lesmes, pero no vayas tan rápido. Serás monje de nuestra orden (recuerda que somos la orden religiosa de san Gabriel Swedensborg) hasta que hayas cumplido tres años como novicio, y sólo hasta entonces.

Lesmes se sonrojó y se apresuró a corregir. Se sintió como un niño en su primer día de escuela.

—Disculpe. No estoy familiarizado con la estructura nominativa de la abadía, ni con la jerarquía monacal, pero le prometo que me adaptaré y aprenderé.

—Tendrás un periodo de prueba de un año al igual que todos los demás novicios. No te voy a mentir, será un año de disciplina, dedicación y trabajo. Si todo va bien y aún lo deseas, podrás continuar con nosotros después de ese periodo. Estoy seguro de que Dios te guiará. En nuestra orden, fundada en 2085, tenemos una sólida tradición que ha prevalecido desde entonces. No quedan muchas órdenes religiosas en este siglo —frunció el ceño y miró hacia el piso, dándole cierta agonía a sus palabras—. En estos tiempos, la fe en el mundo pasa por una etapa muy oscura. Las conquistas planetarias, las colonias y la era del bulteno transformaron para siempre el espíritu de la humanidad, como bien debes de saber, pero nosotros seguimos en pie. Quedamos pocos —levantó un dedo, como un profesor—, muy pocos con el noble propósito de servir a Dios de esta manera antigua y tradicional —hizo una pausa, se acomodó en la silla; las

hemorroides empezaban a molestarle—. Nuestros protocolos fueron establecidos desde los tiempos de la fundación de la orden y se deben seguir al pie de la letra.

Lesmes miró con interés al abad; por fin logró enfocarse y poner atención. Calculó mentalmente que el abad tendría unos ciento treinta años, aunque su color de piel amarillento y su delgadez lo hacían parecer más viejo. El abad tenía algo de indígena en la frente y en la mirada, la piel achocolatada de su padre y los cabellos lacios de su madre. Su extensa barba blanca lo hacía parecer un mago. Lesmes imaginó que aquel hombrecito podría haber sido un indio de las tierras altas de las primeras colonias espaciales, donde los rayos del sol pegaban tan duro que era imposible no quedarse moreno después de unas cuantas semanas de vivir allá.

—Sí. Entiendo. Sólo espero no estar demasiado mayor para empezar mi camino abacial. He oído que muchos novicios son mucho más jóvenes que yo.

—Nunca es tarde para empezar a andar por el camino de los designios de Dios. De eso, puedes estar seguro, muchacho. Eres joven para cualquier cosa. No te preocupes.

A Lesmes le hubiera gustado creer en Dios para rezar algo, pero no era el caso. En realidad, estaba allí porque buscaba una certeza, un designio para entender sus motivos existenciales. Deseaba experimentar la vida ascética para dar con las respuestas a sus enigmas personales, y él creía que, rodeándose de gente de fe, encontraría la propia, y quizás hasta a Dios.

El abad se puso de pie frente a su escritorio en señal de que la conversación acabaría pronto. Su sotana de tela verde de oliva cayó pesadamente e hizo un ruido seco al chocar con el piso, como la cortina de un telón de terciopelo que

se cierra al final de la función, en el teatro. Lesmes se apresuró a ponerse también de pie.

De forma suave, pero con paso ligero, el abad caminó hasta la entrada de su oficina y abrió la puerta cortésmente para que Lesmes saliera. Para ser un hombre tan viejo, el abad se movía con bastante agilidad. Lesmes adivinó que tal vez se equivocaba con su cálculo y quizás el abad fuera más joven de lo que creyó inicialmente. Era la primera vez que hablaba con el abad en persona. Las comunicaciones anteriores habían sido mediante llamadas holográficas, que esconden la verdadera imagen de una persona detrás de filtros, brillo y configuraciones de color escogidas por los usuarios. En aquella época en que la esperanza de vida era la más alta que haya visto la humanidad, era difícil suponer la edad de alguien, pero a Lesmes le encantaba jugar en secreto a calcular las edades de la gente y luego verificar sus aciertos.

—Hijo, sé bienvenido. Por favor, repórtate con el prior Igmar de Tocaror de inmediato. A esta hora lo encontrarás en el jardín central. Él ya está al tanto de tu llegada, te indicará cuál es tu dormitorio y mandará que te corten esa abultada melena de león que traes. Los novicios, al igual que los monjes, deben hacer el voto de austeridad y pobreza, como ya te lo expliqué con anterioridad. Eso significa que debemos cortarte el pelo. Ahora, te ruego que me disculpes, pero hay un asunto muy importante que tengo que atender en este momento.

El abad bendijo al muchacho con la mano.

—Volveremos a platicar sobre estos y otros temas el día después de mañana. Repórtate conmigo nuevamente después del desayuno. Alabado sea el Señor.

—Gracias, señor abad Di Ehud. ¡Alabado sea el Señor! —respondió el muchacho, titubeante.

El abad hizo una pausa en espera de algo. Lesmes se quedó quieto, y lo miró mudo sin entender aquel incómodo silencio. El viejo lo rompió con una voz estrepitosa y dispuso empático:

—Mira Lesmes, cuando te despidas o saludes al abad o al prior debes hincarte por un momento y besarle la mano derecha. Es una costumbre milenaria de respeto.

El abad estiró la mano derecha. Lesmes se arrodilló y le besó la mano.

—Perdóneme, señor. Recordaré hacerlo a partir de ahora.

—¡Ya has dado el primer paso para ser uno de nosotros! Anda, hijo. Ve con Dios —respondió el abad con una sonrisa fraternal y una tos crónica y rasposa que casi lo ahogó.

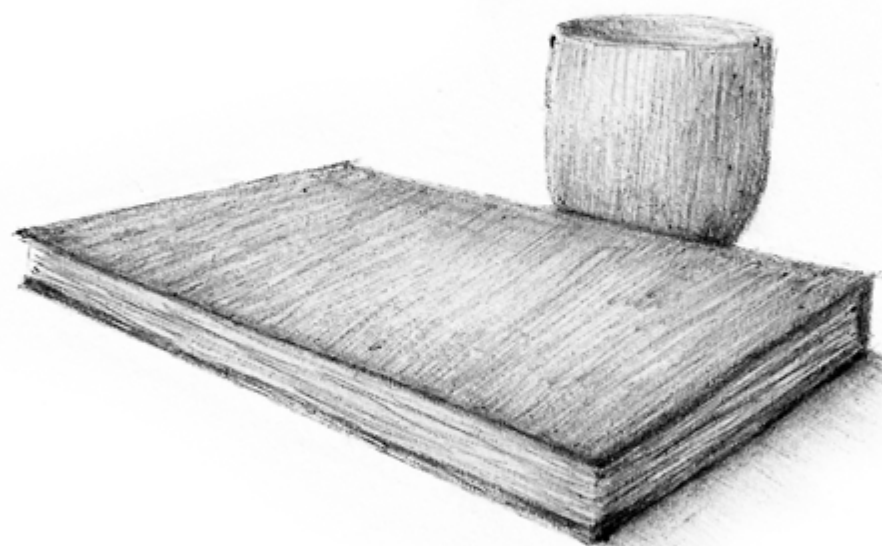
Lesmes salió de la oficina del abad a paso acelerado y con la frente sudorosa. Tuvo la sensación de que todo lo que dijo ante el abad estuvo mal y que hizo el ridículo. Se sintió verdaderamente apenado, pero tan sólo era su primer día como aprendiz de monje en la abadía de Grimelk. Tenía mucho que aprender, y lo sabía. A sus veinticinco años llenos de romántica soledad se sentía inseguro sobre su porvenir. Su viaje por el Sistema Solar al que lo enviaron sus padres durante un año le había servido para aclarar su mente. En dos años tendría que escoger si deseaba la continuación o la interrupción de sus estudios en el liceo, o comenzaría a trabajar. Mientras tanto, Lesmes decidió ordenarse como monje. Tal vez, ser monje sería su nueva vocación después de su largo viaje interplanetario. Todo podía pasar. Para él, los dados seguían en el aire. De lo que sí estaba seguro, era

de su deseo por llevar una vida minimalista que lo condujera a valorar la naturaleza, a Dios y la simplicidad. La grandeza y la opulencia del mundo en el que creció y la vastedad de los mundos explorados lo llevaron a buscar lo opuesto: lo simple y lo esencial. Quería encontrar su propio origen y propósito. Sus padres admiraban esa cualidad de madurez en su hijo. Lesmes no era un muchacho despilfarrador ni inconsciente de su fortuna; era agradecido y sabía que era privilegiado entre los privilegiados, y además era tan joven y tenía tanta vida por delante que, por el momento, sus padres estaban dispuestos a apoyarlo en cualquier empresa que él quisiera, incluso la del celibato y la sotana.

Lesmes era risueño, de carácter tranquilo, inteligente y compasivo. Le gustaba aprender y descubrir cosas. Pasaba gran parte de su tiempo libre filosofando y pensando acerca de los misterios de la naturaleza, el origen del mundo, las corrientes de pensamiento y sobre diversos cuestionamientos teológicos. Tenía una mente libre de prejuicios y particularmente abierta a cualquier idea nueva. Era solitario y taciturno. Tenía pocos amigos. Una mente como la suya no era fácilmente entendida por los muchachos de su misma edad que únicamente pensaban en mujeres, fiestas y diversión. Sólo él sabía que no estaba seguro de querer llevar vida de monje durante cien años, pero en aquel momento su corazón sintió que había llegado al lugar correcto. Gracias a la esperanza de vida de ciento treinta y nueve años en promedio para un ser humano común y corriente nacido en el planeta Tierra, y de ciento veinticinco para las personas nacidas en planetas colonizados, Lesmes confiaba en que le quedaban muchos años por delante.

El abad Arlot di Ehud y el prior Igmar de Tocabor sabían muy bien quiénes eran los padres de Lesmes. La familia Girafont era dueña de varias empresas importantes en la Tierra y en las colonias. Los Girafont también eran fervientes

practicantes de la religión y donaban grandes cantidades de dinero al Nuevo Plus Vaticano (NPV). Además, la familia fondeaba diversos proyectos para la Unión Mundial. El padre de Lesmes jugaba bien sus cartas en la política. Conocía gente importante en todas las esferas de la sociedad y las industrias más importantes de la Tierra y las colonias. Sin embargo, el abad no pretendía dar trato distinto a Lesmes durante su estancia en la abadía. Lesmes tendría que ser un novicio más y cumplir con todas las obligaciones propias de un aprendiz. Sus padres trataron de persuadir al abad para que su hijo recibiera trato especial, pero el abad se mostró inamovible en su decisión. En lugar de eso, los convenció de lo importante que era para Lesmes ser tratado como un igual frente a los demás novicios, y lo beneficioso que sería para él llevar una vida minimalista.



*[...] Nuestro hermoso deber
es imaginar que hay un laberinto y un hilo [...]*

Jorge Luis Borges, “El hilo de la fábula”

III. La llamada del profesor

La llamada del profesor Nikita Potapenko perturbó los pensamientos de Leilani Moncada. Lo único que ella deseaba hacer en aquella aletargada tarde de domingo, era salir a caminar para contemplar las tonalidades ocres y anaranjadas de las hojas de los árboles del Parque Kadriorg. Mirar los rayos del sol a través de las espesas copas de los árboles le daba una sensación de alivio. Era la misma paz que se siente al colocar un pedacito de hielo sobre la piel inflamada por el veneno de un mosquito. El otoño había entrado más pronto de lo esperado, así decía la gente de la ciudad de Tallin. Algunos culpaban al calentamiento global, otros decían que había un frente frío que venía de Rusia. Leilani caminaba a paso lento a través de un sendero cubierto de hojas caídas. Tal vez allí, en Tallin, todo saldría mejor. Tal vez y ya por fin, allí se sentiría bien y conocería gente nueva, y tendría amigos y encontraría a alguien con quien compartir su vida solitaria. A veces se preguntaba si existían más personas como ella en el mundo. No sabía precisar exactamente qué era lo que la hacía diferente de los demás, pero se sentía así, como fuera de tiempo y de lugar adondequiera que fuera. Sus pensamientos eran la expresión de una mente que hacía de su propio futuro algo tan inevitable como el pasado. Había algo indefinible, indecible pero

permanentemente primigenio que no la dejaba en paz; algo oscuro, embozado en una inmensa niebla que la alejaba del mundo. Había un dolor, una herida temprana, tal vez una melancolía que la hacía infeliz y sentía que le salía desde adentro una especie de color azul íntimo y muy triste, como un balcón cerrado en un día de fiesta. “Tan joven y tan solita”, habría dicho su abuela.

Habían sido días intensos los de aquella semana. El supervisor del posdoctorado de la Universidad Tecnológica de Tallin, el profesor Zunz, le solicitó un avance de su investigación y la fecha de entrega estaba próxima. Era una barbaridad solicitarle un avance a la recién llegada cuando apenas comenzaba el semestre. Leilani conocía la fama del nivel exagerado de exigencia del profesor Zunz, pero él era uno de los mejores físicos-investigadores en Europa y era un honor muy grande formar parte de su equipo de trabajo. El profesor Zunz había sido nominado al Premio Nobel de Física en dos ocasiones, pero por cuestiones políticas, decían los periódicos, no le habían dado el premio, ni se lo darían. “Esos caballeros suecos comparten conmigo el juicio que tengo de mi investigación”, respondió el profesor Zunz con maliciosa modestia en alguna entrevista de televisión. Por su parte, Leilani envió varias solicitudes durante años al profesor Zunz para formar parte de su equipo de trabajo y la respuesta había sido siempre la misma: negativa. Hasta que un día, por fin y con ayuda de la suerte, consiguió ser aceptada para una plaza de colaboración junto a tan prestigiada figura académica.

Leilani fijó la vista en sus pies al caminar, como si allí fuera a encontrar alguna respuesta para una pregunta secreta que desconocía. El paseo por los senderos del Parque Kadriorg le sentó bien. Luego su mente se ocupó con el asunto del profesor Potapenko. Había algo raro en aquel viejo. No sabía explicárselo a sí misma. Había algo de enigmático

en aquel hombre con lentes de fondo de botella. Para empezar, le pareció raro que el profesor le hubiera llamado a su celular en domingo, para preguntarle si le interesaría retomar la plática que tuvieron en el Instituto de Ciencias. Incluso, él se ofreció a venir al parque inmediatamente a buscarla, como si tuviera prisa. Al teléfono, la voz del profesor sonó ansiosa, aunque se notó que trató de disimular. Tenía algo de canalla en la voz, como si hubiera trasnochado y le quedara la ronquera. Tampoco se explicaba cómo fue que obtuvo su número telefónico. “No había por qué alarmarse, podría haberlo obtenido de la secretaria del laboratorio”, pensó ella. Tenía la mala costumbre de estar siempre a la defensiva, de pensar que las personas desconocidas eran criminales y querrían dañarla. El profesor Potapenko la iría a buscar en treinta minutos, si es que Leilani estaba de acuerdo. Ella no encontró ninguna razón para rechazar el encuentro, y aunque quiso negarse, no lo dijo y aceptó verlo. Su mala costumbre de no querer algo y no decirlo a tiempo. Pero eso no era todo: la perturbaba un poco la plática a la que se refirió el profesor, la del día en que lo conoció, precisamente en el Instituto de Ciencias unos días antes. Le quedó un sabor de boca a pudor inexplicable, como si hubiera hablado de más en aquella ocasión. Quería regresar el tiempo y cambiar algo de lo dicho. Le contó demasiado y ahora sentía como si se hubiera quitado la ropa frente a un extraño. Ni siquiera estaba segura de la razón por la que se le ocurrió contarle lo de las canicas y su infancia. Se preguntó lo que podría hacer el profesor con su información personal. Seguramente, nada. Tal vez, tan sólo era un cincuentón de dos metros de largo y muy curioso.

Conoció al profesor Nikita Potapenko diez días antes de su inesperada llamada dominical. Fue por mera casualidad, aunque hay quien afirma que no existe la casualidad.

Las clases del semestre en la Universidad Tecnológica de Tallin habían comenzado desde hacía un mes, más o menos el tiempo que Leilani llevaba de recién llegada a la ciudad de Tallin, la orgullosa capital de Estonia. El viernes a las seis, la tarde se escurría lentamente sobre el asfalto de las calles y terminaba por derramarse con melancolía en el drenaje de las alcantarillas. Unos colegas la invitaron a tomar una cerveza al centro de la ciudad. Quiso responderles que sí, pero dijo que no y nadie le insistió; eso la hizo sentirse triste. Otros se detuvieron en la oficina de la recién llegada para desearle un buen fin de semana. Ella se despedía afablemente de los que entraban para decirle adiós o de quienes le hacían señas con la mano desde el otro lado del vidrio de la puerta. Antes de las seis y cuarto, los profesores e investigadores del instituto ya se habían ido a sus casas a descansar. Miró su reloj de pulsera y no sintió prisa por irse a casa. En casa no la esperaba nadie. No la esperaba un marido con brazos cálidos, ni un niño que le pidiera la cena. No la esperaba un pobre gato arisco ni un perro cojo. ¡Vaya que era una vida solitaria la suya!, pero era la vida que ella escogió.



*Puedo resistir todo en la vida,
excepto la tentación.*

Oscar Wilde

IV. Antes de vivir

Antes de vivir en Tallin, Leilani vivió en Lyon, y antes de vivir en Lyon vivió en Barcelona, y antes de eso en Patras. Y mucho antes de vivir en todos esos lugares, vivió unos años en su querida tierra natal, Tlaxcala, cerca de Tlaxco, a pocas horas de camino en coche desde la Ciudad de México. Allí vivió en la casa de campo que heredó de su abuela. Y antes de eso, su primera infancia transcurrió en el corazón de la Ciudad de México.

Cuando Leilani era niña, su abuela vivía en un callejón bohemio lleno de enredaderas, cerca de un parque muy hermoso que no estaba lejos de la casa de sus padres, en la Ciudad de México. La abuela y Leilani iban con frecuencia a pasear. A veces se detenían a comprar chicharrones fritos con limón y salsa de chile picosa en el carrito de botanas que los fines de semana empujaba, por las calles de la colonia, don Alfredo. “No te chupes los dedos”, le decía su abuela, aunque eso era lo que a Leilani más le gustaba hacer cuando ya estaba por terminarse la bolsita de las botanas. Atesoraba y esperaba a que llegara aquel instante en el que los dedos le quedaban cubiertos de aceite y pedacitos de chicharrón con salsa y sal, para chupárselos y sonreírle como genio de la lámpara a la abuela. ¡Qué

importaba que los dedos estuvieran sucios o llenos de tierra si sabían a paraíso salado con limón! “Luego te va a doler la panza”, le decía la abuela mientras le extendía su pañuelo de tela, limpio y con sus iniciales cocidas con hilo azul en una de las esquinas, que sacaba de su bolsa de cuero que olía a viejito.

Algunas veces la visita a la casa de su abuela duraba unas cuantas horas, pero otras, duraba todo el fin de semana. Durante aquellas tan deseadas visitas, la abuela preparaba té tibio de manzanilla con azúcar. Cuando los padres de Leilani ya se habían ido y se quedaban las dos solas, la abuela le servía refresco frío de manzana y chocolatinas con chochitos de colores. Se acordaba con ternura de esos refrescos y chocolates porque en casa de sus padres casi nunca la dejaban comer dulce o tomar refresco. Era un placer ir a la casa de la abuela. No sólo por las golosinas, el refresco y el té dulce, sino también por las historias asombrosas que contaba y que hacían soñar e imaginar otras realidades por días enteros a la pequeña Leilani.

A los veintitantos años, sentada en una cafetería mientras bebía vino caliente con especias y nueces, y miraba la nieve caer a través de la ventana, pensó en aquellos dulces días pasados, y recordó cómo era la casa de su abuela. También recordó su infancia en México, y cómo transcurrió su vida allí. Recordó cuando se fue del país al concluir sus estudios universitarios, y cómo fue que después de eso ya nunca regresó más que de vacaciones y al funeral de la tía Gerarda. Pensó en lo ajenos que se sentían todos esos recuerdos; sintió que contemplaba la vida de otra Leilani. De forma insólita, pero comprensible, sus propios recuerdos le eran ajenos. Alguna vez leyó en un libro que cada siete años las células del cuerpo humano son nuevas o se han regenerado por completo, y por lo tanto, es correcto decir que una persona es diferente cada cierto tiempo.

Al ingresar por la entrada principal de la casa de la abuela, lo primero que se encontraba era una escalera antigua de madera, de escalones altos, que crujían a cada pisada, defendida por un barandal de color blanco. La ruidosa escalera separaba el piso superior de la casona antigua. La abuela nunca permitía que nadie entrara a su cuarto. A veces, Leilani se quedaba mirando desde el pie de la escalera hacia arriba e imaginaba qué secretos habría encerrados dentro del cuarto de la abuela. Una vez que nadie la vio, subió de puntitas, sin zapatos, y sin hacer el menor ruido giró la manija de la puerta; el seguro estaba puesto y no pudo entrar. ¿Qué secretos guardaba el cuarto de la abuela cerrado con llave? Se imaginaba un armario mágico que conducía a otras dimensiones y gigantescos ídolos aztecas con veladoras alrededor.

La decoración interior de la casa de la abuela era al más puro y típico estilo mexicano. En la sala de estar había un librero grande de madera, muy alto, que abarcaba toda la pared, lleno de libros minuciosamente acomodados. Sobre cada anaquel había figurillas de barro y estatuillas de piedra de las culturas del México prehispánico, que la abuela había desenterrado o adquirido en sus años activos como arqueóloga al servicio del gobierno mexicano. A un lado de la sala de estar, se ubicaba el comedor. Frente al comedor había un espejo muy grande y junto a él, dentro de una amplia vitrina fina con puertas y cerradura, había un códice antiguo lleno de imágenes, de jeroglíficos, de diferentes colores. La tinta estaba desgastada y algunos colores apenas podían distinguirse. “Es un escrito antiguo muy especial del pueblo guerrero tlaxcalteca, que habitó hace muchos siglos la zona de lo que hoy es Tlaxcala, precisamente donde yo nací y crecí”, dijo la abuela. Leilani quería verlo de cerca para tocarlo, pero la abuela nunca se lo enseñaba. La abuela tenía la llave de la vitrina colgada de una cadenita que llevaba puesta sobre el cuello y nunca se separaba de ella. Decía

que nadie debía tocar el códice porque era muy poderoso. Leilani le preguntaba por qué el códice no estaba en un museo como las demás cosas antiguas y la abuela sonreía y miraba hacia la ventana, como si mirara hacia otro mundo. “No hay museo que pueda entender ni apreciar el verdadero poder de este libro. Aquí conmigo está bien protegido, mi niña”, concluyó la abuela.

En una de esas visitas de fin de semana, la abuela fue a preparar un bocadillo a la cocina. Leilani era la adoración de la abuela, y la niña a su vez la quería muchísimo. Leilani la esperaba sentada en un sillón en la sala. Después de un buen rato de espera, se aburrió de estar ahí sentada. Se acercó al librero y observó las figurillas que allí había. Estaban todas, las de siempre, acomodadas minuciosamente, como si fuera un museo. De pronto, sus ojos se detuvieron en la cadenita con la llave de la vitrina que su abuela siempre traía puesta en el cuello. Estaba allí, sobre un anaquel. Sin pensarlo dos veces la tomó. Acercó una silla que chirrió al ser arrastrada hacia la vitrina y se subió a la silla para alcanzar la cerradura. Metió la llave y abrió la vitrina. Ya era de verdad aquel escrito antiguo y misterioso de la abuela. Lo tocó con sus dedos y sintió aquellas hojas gruesas rasposas como lenguas de gato. Apenas se distinguía una tinta de diferentes colores sobre el papel descolorido. Un instante duró una imagen como trueno que le cruzó la cabeza. Era la de una mujer que besaba apasionadamente a un hombre en un mundo lejano. La abuela volvió de la cocina y la vio subida en la silla. Corrió hacia Leilani, la cargó para bajarla al piso y cerró la vitrina de inmediato. Miró a Leilani con asombro, sin enojo, y le preguntó si estaba bien. Leilani asintió con la cabeza, avergonzada por su desobediencia. La abuela no dijo nada más y se puso la cadenita con la llave al cuello nuevamente. Fue por la charola de los bocadillos y se llevó a Leilani de la mano hacia la sala. Aquella fue la última vez que Leilani vio el códice en casa de la abuela.

Ese día, la abuela le contó a Leilani la historia de un guerrero tlaxcalteca llamado Tlahuicole, del cual, según ella, hablaba el misterioso código intocable. Este guerrero era bajo de estatura, de espalda ancha, pero de temibles y grandiosas fuerzas. Una especie de Hércules prehispánico; el Aquiles mesoamericano. Tlahuicole tenía una valentía y un coraje excepcionales. Era afamado y temido, pero muy admirado como guerrero.

Durante los últimos años del reinado de Moctezuma II y antes de la Conquista española, en tierras mexicanas los tlaxcaltecas estaban en guerra contra los huejotzingas (que vivían al noroeste de Puebla, en México). Los huejotzingas pidieron ayuda a los mexicas para derrotar a los tlaxcaltecas. En una de las batallas libradas con ayuda de los mexicas, los huejotzingas lograron capturar al general tlaxcalteca Tlahuicole cuando, por avatares del destino y cuestiones inexplicables, quedó atrapado en un pantano sin poder moverse. Después de apresarlos vivos, los llevaron ante Moctezuma en una jaula, a la gran ciudad de Tenochtitlán (hoy Ciudad de México). Una vez ahí, el emperador Moctezuma se quedó tan admirado por la fama, las hazañas y la gentileza de su prisionero guerrero que, en vez de matarlo, lo honró y le permitió que la mujer preferida de Tlahuicole viniera a estar con él. También le ofreció un cargo como líder de mando de una parte del gran ejército mexica. En ese tiempo, se avecinaba una guerra contra los tarascos y Moctezuma vio una oportunidad de tenerlo como líder a su lado, pensando que así aseguraría una victoria si lograba cimentar esta nueva alianza con él.

Enigmáticamente, Tlahuicole aceptó la oferta de Moctezuma y, en efecto, encabezó el ejército mexica. Peleó hombro a hombro con sus nuevos guerreros como una fiera salvaje contra los tarascos (en las tierras de lo que hoy es el estado de Michoacán, en México), ganando varias batallas,

capturando a centenares de prisioneros, y aportando considerables botines para los mexicas y su emperador. Tal era su forma aguerrida de pelear en el campo de batalla, tan animal, bestial, monstruosa, valiente y febril, que se ganó inmediatamente el reconocimiento de sus tropas mexicas como un extraordinario capitán y líder. La fama que le trajeron sus proezas y su valía como llave del éxito en dichas batallas, lo hizo quedar plasmado inmortalmente, a partir de entonces, en la memoria del pueblo mexica y su emperador.

Habría que tratar de imaginarse lo que pasaría por la mente de este guerrero consumado al haber sido capturado y recibir la inesperada, pero atractiva, propuesta de Moctezuma II. Tal vez, durante los días en que lo transportaron en una jaula hasta la gran Ciudad de México como prisionero, tuvo tiempo de reflexionar sobre sus posibilidades y sus opciones. Tal vez al entrar por la imponente ciudad mexica y ver sus majestuosas calzadas, su gran mercado, sus magníficas construcciones, quedó impactado por tal belleza y se convenció de que quería ser parte de aquel pomposo poderío. Tal vez vio en Tenochtitlán algo que no había visto jamás, algo que nunca sabremos o que nunca seríamos capaces de comprender porque nuestro contexto de hoy no compagina con los razonamientos y la cosmogonía de un guerrero de su tiempo. ¡Quién sabe si lo que vislumbró de forma mística durante su trayecto, para encontrarse con Moctezuma II, no fue sino una visión del futuro exterminio de los indios a manos de los españoles! Y tal vez fue entonces cuando decidió unirse al pueblo que moriría luchando honorablemente contra los futuros invasores. Bien pudo nunca haber aceptado la propuesta de Moctezuma II y haber pedido ser sacrificado inmediatamente para morir con honor, o podría haber aceptado la libertad que después le fue ofrecida, pero no fue así. Al final, Tlahuicole murió como héroe y así fue recordado por el pueblo mexica.

Leilani tenía sólo nueve años. Afuera llovía como si el cielo llorara sus penas y como si estuviera enojado por el atrevimiento de Leilani. Estaba sentada en el piso sobre la alfombra, donde escuchaba atentamente a su abuela, quien se sentó en un sillón cubierto con un sarape de lana. La abuela narró aquel relato singular de la vida del guerrero con voz de narradora de documentales. Leilani quedó impresionada y hasta sintió algo de miedo, quizás agrandado por los truenos, el sonido del repiqueteo de la lluvia y su encuentro fortuito con el códice.

Por la noche, Leilani tuvo un sueño que se le presentó como un enigma. En el sueño, el guerrero tlaxcalteca Tlahuicole le habló y le repitió incansablemente una sola palabra: “Ometéotl”. Más de una década después, siendo Leilani ya una joven mujer, una noche en la que no podía conciliar el sueño con facilidad, tuvo el mismo sueño. Dicho sueño secreto —que nunca le contó a nadie— se repitió exactamente igual. De aquel raro sueño que dos veces se presentó, una vez en su infancia y otra en su juventud, una sola palabra se le quedó grabada en la cabeza: el nombre del misterioso dios Ometéotl.

Para la cultura mexicana, Ometéotl era una deidad dual: Señor y Señora. Aún en la actualidad, es quizá la deidad más misteriosa del panteón mexicano. Ometéotl se traduce como “dios de la dualidad” (*ome* significa dos y *téotl* significa dios). Esta deidad se relaciona con un principio supremo de dualidad. Era el que generaba y sostenía la vida del cosmos y, además, era considerado padre y madre de los dioses. El que daba y quitaba la vida, el que a sí mismo se inventaba. Ometéotl, como deidad doble, se desdoblaba de lo universal a lo particular. Ometéotl era al unísono su propia máscara y su ser original enmascarado, el creador de sí mismo. Aquel sueño indescifrable sobre tan místicos personajes permaneció intacto en su memoria.

Después de que falleció su padre, Leilani se fue a vivir a la casita de campo de la abuela, en Tlaxcala. Allí se encontró con que había varias cajas llenas de libros viejos que pertenecieron a su abuela. Hubiera sido maravilloso conversar con la abuela acerca de ciertos libros, pensaba Leilani de vez en cuando. El misterioso códice tlaxcalteca nunca apareció en dichas cajas. Quién sabe qué hizo la abuela con él. En las cajas había libros de páginas amarillentas y cubiertas de tela que se antojaban tocar. El nombre de la abuela estaba escrito a pulso con pluma fuente en la primera página de cada libro: “Rosita Casales”. Escribía su nombre en la primera página, como si así el libro también heredara el apellido y el alma de su dueña.



*La melancolía es la tristeza
que ha adquirido ligereza.*

Italo Calvino

V. De vez en cuando

De vez en cuando, Leilani sentía pesar al contemplar su propia vida solitaria rodeada de los libros viejos de la abuela y de otros títulos adquiridos con el paso de los años. Y después, en Europa, era difícil hacer nuevas amistades en cada ciudad a la que llegaba a vivir por un tiempo. Luego tenía que abandonar a los amigos recientes por un nuevo cambio de domicilio. Un día, optó por no cultivar nuevos amigos. Y es que sí, le gustaba convivir con las personas, platicar con sus colegas, bromear con ellos; le gustaba la compañía de la gente; le gustaba reír, beber un buen Beaujolais y conversar de cosas de la vida... Pero tener amigos de verdad era mucho más riesgoso que la cómoda y superflua convivencia social de la que no se esperaba ninguna reciprocidad de las partes.

En el ambiente de la academia de alto nivel, las becas, las universidades, los artículos de investigación y la competencia entre investigadores, la gente iba y venía de ciudad en ciudad. Llevaban vida de piloto de avión donde la residencia de largo plazo era un concepto impensable y raras veces alcanzable. Una semana aquí, tres meses allá y el siguiente año quién sabe en dónde. Con el tiempo y los kilómetros de por medio, las buenas amistades se distancian y terminan por morir o marchitarse con el polvo acumulado por el paso

del tiempo. En el campo de la investigación de la física y de las matemáticas no se podía confiar en nadie. Siempre había algún investigador oportunista que quería obtener nuevas ideas, inspiración, bases de datos únicas o colaboraciones leoninas. Aquél era un mundo de gente sin escrúpulos, cruel, pero sofisticado. Leilani estaba genuinamente acostumbrada a no confiar en nadie por miedo al plagio de su investigación; a que le robaran lo que con tanto esfuerzo le había costado desarrollar por años. Algún Joaquín o algún Fernando ya habían desaparecido de su vida romántica después de obtener la inmerecida coautoría en sus artículos de investigación. Para ella, la investigación de la física de micropartículas significaba toda su vida; sin embargo, detestaba profusamente el ambiente burocrático, sexista y abusivo de la academia. Podría decirse que lo toleraba únicamente por su genuino amor a la ciencia y su ardua dedicación a la investigación experimental.

Y como ya se dijo líneas arriba, aquella tarde de viernes no sintió la urgencia de volver a casa. Cuando el Instituto de Ciencias quedó desierto y no se oyó más ruido que el del invisible motor del aire acondicionado, que operaba desde el techo de los corredores, Leilani se levantó de su silla, apagó la pantalla de la computadora, tomó una taza vacía que estaba sobre su escritorio y salió de la oficina. Fue a la cocina colectiva, que estaba al final del pasillo, donde la esperaba, en silencio y con su eterno foquito rojo encendido, la insuperable y fiel máquina de café. Prendió la luz de la cocina al entrar. La tarde estaba nublada y no entraba ni un rayo de sol por la ventana que había al fondo del cuarto. “Habría sido un horror estar afuera, caminando en la calle cuando se promete una tormenta. Habría sido un error ir con los colegas a tomar una cerveza al centro de la ciudad”, pensó. Extrañamente, se sintió cobijada por el manto lóbrego del edificio solitario. A la distancia, se vislumbró el destello de un rayo, seguido del chisporroteo de las gotas de lluvia.

Ella contempló el paisaje lluvioso desde la ventana suspirando con sosiego. El silencio y la fragancia perfumada del café cayendo de manera lenta sobre la taza daban una sensación de confort a aquella escena. Sobre la mesa había un cuaderno desgastado y con las hojas tan maltratadas que sus esquinas daban vueltas sobre sí mismas, como un cairel de cabello de princesa. Estaba a punto de asomarse a leer una línea de la primera hoja del cuaderno, cuando un ruido de pasos pesados interrumpió el silencio y sus meditaciones. Un hombre muy alto, canoso, de lentes y horrendamente vestido con un pantalón de pana café y suéter verde oscuro, entró por la puerta de la cocina con una taza vacía en su mano regordeta. Su rostro mostró sorpresa e incluso molestia de encontrarse con Leilani. De su garganta salió un sonido brusco que sonó a lenguaje de rinoceronte.

—Disculpe. Pensé que la cocina estaba vacía —dijo el extraño con voz seca.

—Yo pensé que no quedaba nadie en el Instituto a estas horas en viernes —respondió ella con sonrisa afable, aunque desconfiada.

—Es cierto, por lo general a estas horas ya no queda nadie. Casi siempre soy yo el último en irse y apagar las luces. Pero es fácil reconocer cuando todavía ando en el Instituto.

—¿Cómo dice? ¿Cómo puede uno reconocer su presencia?

—Por mi silencio.

Leilani quitó su taza de café para cederle el lugar a la taza vacía del hombre que acababa de entrar. Tomó una cuchara y puso un poco de azúcar a su café humeante. El ruido metálico de la cuchara meneándose dominó por momentos el estático ambiente de aquella habitación.

—Soy Nikita Potapenko. Soy profesor e investigador. Trabajo en el cuarto piso y estoy a cargo del laboratorio de matemáticas. Y usted es...

La o de Potapenko se le mezcló con el sabor amargo del café. Le divirtió que el profesor le hablara con tanta propiedad, así, de usted. Aunque sólo tuviera treinta años, le fascinaba que le hablaran como si tuviera cincuenta.

—Soy Leilani Moncada. Estoy haciendo mi posdoctorado en el laboratorio de micropartículas del profesor Zunz. Llegué apenas hace unas semanas a la ciudad.

El profesor Nikita Potapenko sonrió y asintió con la cabeza. Leilani estuvo a punto de darle la mano, pero le habían dicho que en Estonia no se da la mano cuando se conoce a alguien. Quién sabe si era cierto.

—Con razón no la había visto antes por aquí, señorita Moncada. Su llegada es muy reciente. Bienvenida sea usted.

—Hábleme de tú, profesor, por favor —pidió ella.

El profesor no pidió lo mismo. Se acercó al cuaderno desgastado sobre la mesa y apuntó su nombre, la fecha y “Un café negro” en una línea en blanco. Leilani no entendió por qué había que hacer semejante conteo de tazas de café, pero lo imitó y también escribió su nombre y “Un café negro” en otra línea en blanco. Espió un poco el cuaderno y vio que todas las páginas del cuaderno estaban repletas con listas mensuales de nombres del personal que laboraba en el instituto y el número de vicios por la cafeína.

—Es una formalidad que nos solicitan —dijo él señalando el cuaderno con un dedo—. A mí me parece una tontería que cuenten las tazas de café. ¿Qué tan complicado resulta

que traigan una bolsa nueva de café de la bodega cada que se acaba, sin importar cuántas tazas de café hayan salido de la máquina?

El profesor Potapenko volteó los ojos y suspiró como si la vida no tuviera sentido.

—Tal vez desean contabilizar el número de tazas...

—¡Redundante, señorita Moncada! En teoría siempre debería salir el mismo número de tazas de la misma cantidad de café. ¿No le parece?

—Sí, lógicamente. Quizá pretendan realizar la comprobación de que la hipótesis del mismo número de tazas se repite, en efecto, eternamente y sin falla. Ya sabe, sólo para comprobar que no vivimos en la Matrix, que no hay alguna falla —sonrió ella.

El profesor sonrió, se acomodó los lentes y la miró con renovado interés. Dejó pasar una larga pausa, y dijo:

—Conque el doctor Zunz, ¿eh? La felicito por colaborar con él. Las plazas de su laboratorio son muy competidas. ¿Qué tal le ha parecido el Instituto?

Leilani sonrió con los ojos.

—Pues recién he llegado, así que no conozco mucho a la gente todavía, pero estoy muy contenta de haberme ganado la plaza. Sé que será todo un reto.

—¡Enhorabuena! He vivido en esta ciudad cincuenta y tres años y he trabajado dentro de estos muros por quince años. Disculpe que quiera hacer plática, espero que no le importe. ¿De dónde es usted?

—Soy de México, aunque ya tiene muchos años que no vivo allí. Hice mi maestría y mis años de doctorado fuera de mi país.

—¡Ah, pues mire qué coincidencia! Estoy leyendo un libro que menciona muchas cosas sobre su país. Con frecuencia, mientras lo leo y el autor describe ciertos paisajes, lugares y personajes, me pregunto cómo es México; sobre todo intento imaginarme cómo es el campo y los pueblos del norte del país —hizo una breve pausa para tomar aire. De pronto la plática pareció cobrar intensidad para él—. ¿Es usted del norte de México?

—No. Soy del centro del país, pero he viajado al norte y conozco algunas ciudades y pueblos. Hábleme de tú, profesor —insistió ella.

El profesor Potapenko sintió cierta incomodidad por conversar de pie. Sonrió mostrando una dentadura amarillenta. Leilani fingió no haberse asustado.

—Leilani, ¿tienes tiempo?, ¿o estás ocupada? Si quieres podemos platicar en mi oficina o en la tuya para sentarnos y tomarnos este café. No veo por qué tomar el café solo, estoy cansado de trabajar y un poco de plática no me sentaría mal.

Leilani lo pensó un momento. Le pareció simpático aquel matemático amarillento. No tenía ganas de continuar con su trabajo. Ya era tarde para eso y no tenía otra cosa qué hacer, así que le pareció buena idea la de irse a sentar para beber el café y conversar. Quizás el profesor Potapenko podría recomendarle algunos lugares para visitar o tiendas interesantes para ir de compras por la ciudad.

—Vayamos a mi oficina, que está a tan sólo unos pasos de aquí —sugirió ella.

—Me parece bien. Estoy cansado de estar de pie. Hoy tuve que impartir cinco clases de matemáticas. Estar de pie frente al pizarrón a esta edad —sopló aire como si apagara las velas de un pastel—... No es lo mismo los tres mosqueteros que veinte años después, ¿me entiendes?

Leilani sonrió débilmente. Salieron de la cocina y mientras caminaban preguntó por preguntar:

—¿Cuál es el libro que está leyendo, profesor? El que menciona cosas sobre mi país.

—¡Ah, sí! Se llama *Los ensueños y el círculo*, de Julio Cartagena.

Leilani frunció el ceño y volteó a ver a su interlocutor con notoria extrañeza y algunas gotas de ironía.

—¿Es ése el tipo de lectura que los matemáticos estonios consagrados como usted leen estos días? —aventuró ella.

—¿Te parece raro? —repuso con fingida displicencia el profesor.

—No quise ofenderlo, pero sí, me parece raro. Aunque, he de confesar que yo también he leído algunos libros de Cartagena y los encuentro —hizo una breve pausa para buscar el adjetivo adecuado—... fascinantes.

Los ojos del profesor parecieron brillar de interés por el súbito giro de la conversación.

—¡No me digas! ¿Y qué opinas del autor?

Ella no sabía si hablar abiertamente sobre sus creencias en lo sobrenatural o mejor guardárselas para sí misma. Le pa-

reció que el profesor Nikita Potapenko podría ser alguien de mente abierta, pero era mejor ir con cuidado. Leilani nunca confiaba en alguien que acababa de conocer, y menos en los que ya conocía.

—Pienso que lo que Cartagena escribió puede considerarse como investigación de campo antropológica y muy interesante, pero hasta cierto punto controversial. No es un secreto que Cartagena obtuvo su grado de maestría, doctorado y posdoctorado en una respetable universidad inglesa gracias a sus libros, que abordan temas sobrenaturales.

El profesor se le quedó mirando. Era imposible saber lo que pasó por su cabeza en ese instante, pero hubo un atisbo de luz en sus ojos.

—La universidad a la que te refieres se vio forzada a darle los grados de maestro y doctor para no desacreditarse a sí misma, pues ya le habían dado el grado universitario. No les quedó más remedio, una vez que su primer libro se hizo famoso. Los únicos materiales que respaldaron la investigación de Julio Cartagena sobre las enseñanzas de la bruja Nepomucena eran sus supuestos cuadernos en los que él aseguró haber tomado notas de memoria de todo lo que dijo Doña Nepomucena.

—¿Quiere decir que nunca hubo una grabación, una fotografía, un video, o algún testimonio que corroborara la existencia de la india rarámuri, Nepomucena, sus visitas o aprendizajes plasmados en sus libros?

—Ninguno.

—Pero... hubo otros aprendices que afirmaron haber pasado tiempo con Doña Nepomucena, ¿cierto? Si mal no recuerdo,

había un grupo de brujos que hasta escribieron un libro sobre ella.

—Todo podría ser mentira o producto de su propio fanatismo.

Ella lo miró incrédula.

—Y para usted, ¿qué representa ese libro? ¿Ficción o conocimiento? Es decir, si usted piensa que todo es una farsa, ¿por qué lo lee?

—¿Y tú qué opinas, Leilani?

El profesor también estaba siendo cuidadoso. “Fina evasión la de responder una pregunta con otra”, pensó ella.

—Yo soy una persona que admira el conocimiento. Por ejemplo, siento un profundo amor por la física. Me dedico a estudiar el mundo de lo que no pueden ver mis ojos, como las micropartículas. ¿Quién soy yo para afirmar que lo que no pueden ver mis ojos es mentira y no existe?

El profesor contuvo la sonrisa que le produjo aquella valiente afirmación.

—He leído todos los libros de Cartagena y los de los brujos también, así como muchos otros libros relativos a los temas sobrenaturales y metafísicos...

Hizo una pausa y pareció que diría algo más, pero calló. Leilani se sentó detrás de su escritorio y él en una silla frente a ella. Ella dio un sorbo de su taza de café y absurdamente tuvo la sensación de sentirse libre, como si el profesor fuera un antiguo conocido, tal vez un viejo amigo.

—No sé por qué se me ocurre contarle esto —hizo una pausa antes de hablar; medía el peso de sus próximas palabras. Tal vez el profesor saldría corriendo, o quizá quedaría fascinado—, pero se lo diré.

El profesor frunció el ceño y cerró un poco los ojos, en señal de que ponía toda su atención en ella. Con la expresión que puso pareció que se le cayeron los cachetes regordetes y resaltó su nariz grande y enrojecida por los poros abiertos.

—Le parecerá una idiotez lo que voy a decir. En fin, cuando yo era niña mi abuela me enseñó a mover canicas de vidrio con la mente.

Ella soltó aquella bomba y el profesor Potapenko ni pestañeó.

—¿Canicas? —preguntó él con naturalidad.

—Sí. Ya sabe, canicas de vidrio para jugar.

—¿Y ella también las movía con la mente?

—Sí. La vi hacerlo varias veces.

—¿Qué edad tenías?

Los ojos de ella miraron hacia arriba como en busca de la respuesta.

—Creo que tenía unos nueve o diez años.

—¿Movías otras cosas además de las canicas?

—No. En realidad, no lo recuerdo. Lo que sí recuerdo claramente fue que ella me enseñó cómo moverlas, y que yo

practicaba en casa después de regresar de la escuela. Al principio, no podía moverlas. Hasta que un día lo logré.

—¿Cómo?

—Mi abuela colocaba una canica debajo de una taza en posición bocabajo sobre una mesa; una taza cualquiera como la que traigo ahora en la mano. Luego, colocaba otra taza a unos cincuenta centímetros de la primera. Yo me concentraba y miraba fijamente la taza con la canica (o a veces lo hacía con los ojos cerrados), y ordenaba a mi mente, que la canica se moviera de lugar y apareciera debajo de la otra taza —pareció recordar algo que pensó que había olvidado—. Incluso, perdí varias canicas en esos intentos por moverlas de lugar.

—¿Cómo que perdiste varias canicas?

El profesor estaba sentado al borde de su silla, como quien no se pierde una escena en el cine.

—Sí. Durante mis prácticas, algunas canicas desaparecieron. Pensaré que estoy loca, pero así fue. Yo me concentraba e intentaba que se cambiaran de lugar. De manera mental, ¿me entiende? y cuando revisaba debajo de la taza donde había colocado la canica al inicio, ya no estaba. Así como tampoco estaba debajo de la segunda taza. Simplemente, desaparecían.

El profesor Potapenko estaba atónito.

—¿Y qué pasó con todas esas canicas que desaparecieron?

—Algunas veces aparecieron tiempo después en los lugares menos pensados. Una vez, una canica apareció dentro de un paquete cerrado de arroz que teníamos en la alacena. Otra, apareció dentro de una maceta del jardín.

—Quizá cuando las intentaste mover pensaste en la bolsa de arroz o en la maceta y por eso aparecieron allí —observó él.

—Lo mismo decía mi abuela, pero no fue así. Yo me concentraba en la canica y en la taza. Nunca quise mover una canica a otros lugares. Creo que más bien fue un fallo de práctica, de cálculo. A veces, mientras me concentraba, me venían otros pensamientos a la mente, y en cuanto me daba cuenta de ellos, los dejaba ir. A la fecha no sé si esas interrupciones bastaron para desviar la trayectoria de las canicas.

—Siguiendo esa lógica, quizá tus cálculos fallaban de vez en vez a causa de algunas leves distracciones mentales. Es posible que algunas canicas se hayan quedado atrapadas en otra dimensión; mientras que otras lograron finalizar el viaje hacia la nuestra, y por error de cálculo aparecieron en otro lugar de forma aleatoria.

—¡Sí! Yo pienso que algo así es lo que pasaba con las canicas perdidas. Incluso, algunas regresaron mucho tiempo después.

—¿Cuánto tiempo después?

—A veces, tardaban uno o dos días en volver. Otras veces, tardaban sólo unos minutos. Me acuerdo muy bien de una canica que no completó su viaje. Quiero decir, nunca volvió. Era una canica negra, muy bonita.

—Quieres decir que la canica... ¿desapareció?

—Sí. Así fue. Nunca volvió.

—Tal vez siga viajando a través de las dimensiones del tiempo y del espacio.

—O tal vez sólo la perdí.

El profesor frunció el ceño y se puso muy serio.

—Es muy interesante todo esto que me cuentas, Leilani.

Ella sonrió un poco avergonzada.

—No sé por qué le cuento todo esto. La verdad es que no lo había platicado con nadie. ¡Suenan a locura! Lo sé —miró hacia el piso, como si no hubiera alternativa.

—No, Leilani. No es una locura. Es lo que te sucedió a ti y tal vez hasta sea mejor que no lo hayas platicado con nadie. A veces las personas no comprenden lo que está más allá de sus narices. Este tipo de cosas hay que hablarlas sólo con gente de mente abierta.

—¿A usted le ha pasado algo similar?

El profesor enarcó las cejas antes de responder. Pareció incomodarse la pregunta.

—Similar, no.

—Entonces, ¿algo distinto?

—Algo distinto, sí. Canicas, personas... muchas cosas se han perdido en las dimensiones desconocidas —respondió secamente el profesor clavando la mirada en algún lugar profundo de la habitación; se pasmó por un momento—. Volvamos a tus episodios con las canicas.

Se puso de pie y cruzó las manos detrás, como acostumbraba cuando impartía sus clases en la Universidad. Caminó lentamente alrededor de la habitación, pensando con aire severo.

—Vamos a ver. ¿Has intentado mover las canicas recientemente?

—No. Como dije, lo hacía de niña —ella lo miró extrañada. Se preguntaba por qué el profesor mostraba tanto interés en las canicas. Sí, era algo inusual, pero ¿qué motivos podría tener él?

—Después de tu infancia, ¿volviste a tus intentos de mover canicas?

—Sí. Hace años. Lo intenté y no pasó nada. Es como si sólo hubiera sido posible en mi infancia. ¿Tiene eso sentido?

El profesor se tocó el bigote blanquecino estilo americano y respondió en su tono barítono habitual.

—Claro que tiene sentido. Esa capacidad se magnifica por dos razones. Por tu temprana edad e inocencia, y porque eres mujer.

Leilani frunció el ceño.

—Según los antiguos brujos el universo es femenino. Todo lo que vemos, percibimos y no percibimos, como la energía, tiene una característica femenina. Por eso estas capacidades extrasensoriales son mucho más poderosas en las mujeres que en los hombres. Las mujeres en la edad de chiquillas, como lo fuiste tú, tienen los poderes acrecentados.

A Leilani le molestó la referencia a su inocencia en esa edad y el tiempo pretérito en el que se expresó el profesor. Sintió una leve invasión a su privacidad.

—¿Y si las mujeres dejan de ser chiquillas, los poderes disminuyen?

—No. Pero es en esa edad cuando los poderes y la energía están exacerbados. Las brujas comienzan a ser entrenadas desde pequeñas precisamente por esa razón.

—¡Brujas! —Leilani se agarró las sienes y enarcó las cejas, incrédula—. ¡Pero de qué estamos hablando, profesor Potapenko!

—Si hubieras sido entrenada desde esa edad, hoy tendrías un manejo de la energía y de tus poderes que ni tú misma podrías creer. ¿Qué más te enseñó tu abuela? ¿Movías otras cosas además de canicas?

—Ya le dije que nada más. Incontables veces quise mover otras cosas, pero siempre fue en vano.

Y en verdad quiso recordar, pero por alguna razón su memoria se limitaba a los episodios de las canicas. ¿Habría algo más que no podía recordar? Era imposible saberlo en ese momento.

Cruzó por la mente del profesor la posibilidad de que hubiera detalles que Leilani no quiso revelar en aquella ocasión, o que no le fuera posible recordar aún.

—No te ofendas por lo que te voy a preguntar. ¿Cabría la posibilidad de que tu abuela te hubiera mentido? Es decir, que hubiera sido ella quien movió las canicas y te hizo pensar que fuiste tú...

Ella sonrió. Le divirtió la pregunta.

—No lo tomo como ofensa. Precisamente eso pensé yo alguna vez. Oiga —lo miró con suspicacia—, yo era tan sólo una

niña, pero no una idiota. Al principio se me ocurrió que mi abuela me engañaba para jugar algún juego mágico conmigo, o para impresionarme. Después de todo, era posible que moviera las canicas cuando no la veía. Excepto, por el detalle de que yo moví las canicas con la mente muchas veces sin que ella estuviera presente. A veces, lo hacía después de ir a la escuela en la soledad y en la vasta comodidad de mi cuarto.

El profesor permaneció en silencio y se sintió maravillado. Leilani miró hacia la ventana y vio que ya era de noche, húmeda y oscura como boca de lobo. Miró su reloj de pulsera: las nueve y todo sereno.

—Profesor, ya es tarde. Estoy cansada y creo que ya debo irme a casa.

Sin mayor preámbulo el profesor se puso de pie.

—En efecto, sí. Se ha hecho tarde —emitió una leve sonrisa—. “Pláticas sacan pláticas”, decía mi madre.

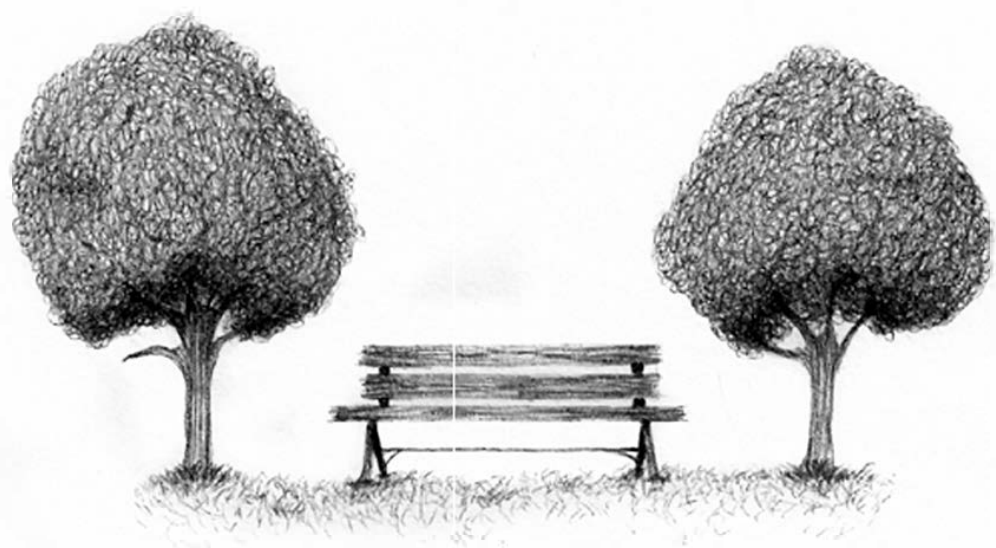
El profesor caminó hasta la puerta de la oficina para salir y, a manera de despedida, agregó:

—Leilani, te agradezco mucho esta plática tan interesante. Espero que podamos tener la oportunidad de continuarla pronto. Si quieres platicar sobre algo más, ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias a usted. Buenas noches.

—Buenas noches.

Y el profesor Nikita Potapenko salió de la oficina.



Leemos para averiguar quiénes somos.

Ursula K. Le Guin

VI. El aire se sentía más frío que de costumbre

El aire se sentía más frío que de costumbre y acostó temprano a los noctámbulos. Leilani encontró una banca vacía a un lado del pequeño estanque del Parque Kadriorg, y allí se sentó. Se arrepintió de no haberse detenido a comprar un café o un té caliente en alguna cafetería de camino al parque. La temperatura ambiente aquella tarde fluctuaba entre los 10 y 14 grados centígrados. Sintió frío en las manos. No tenía ropa adecuada para los otoños ni los inviernos de Estonia. Ya iría después a alguna tienda para comprarse un abrigo, un buen par de botas resistentes y guantes. Transcurrieron unos cuantos minutos desde que se había sentado, cuando llegó el profesor Potapenko.

—Disculpa la tardanza. Es que no puedo caminar rápido —dijo el profesor, sudoroso y con voz entrecortada por la respiración agitada.

Ella le miró los pies. “Con esos pies que miden casi medio metro cada uno, sin duda se le dificultaba caminar”, pensó.

—No se preocupe.

El profesor traía dentro de su portafolio negro de piel des-

gastada un contenedor térmico de café. Mientras lo sacaba, un portarretrato, como esos que se colocan en la sala de las casas de familias felices, se le escapó fuera del portafolio y cayó al piso. Era la foto de una familia. A Leilani le pareció que el de la foto era el profesor Potapenko, con muchos años, arrugas y kilos menos. Junto a él, posaba una mujer hermosa, sonriente, y una niña pequeña. Los tres estaban tomados de la mano y caminaban descalzos en una playa. Detrás de la familia sonriente se apreciaba un mar de color azul turquesa. Era una típica foto de catálogo de revista; perfecta por donde se le viera. El profesor cogió el portarretrato del piso y lo volvió a guardar dentro del portafolio sin decir nada. Leilani miró al profesor a la cara y notó un atisbo de vergüenza en él. Era raro que alguien guardara un portarretrato tan grande y pesado dentro de un portafolio. Como si nada hubiera pasado, le quitó la tapa al termo de café, que se convirtió en dos pequeñas tazas, y le ofreció una a Leilani. Ella sonrió con la mirada, aliviada. El café llegó justo a tiempo. El profesor sirvió el líquido humeante y dio el primer sorbo de manera estrepitosa. El mejor amigo de cualquier académico había llegado al rescate.

—Espero no haber interrumpido tus actividades de hoy.

—No, en realidad los domingos yo no...

—He estado pensando mucho en la plática que tuvimos —tomó aire—. Quiero mostrarte esto.

Dejó la pequeña taza de plástico sobre el suelo y se puso el portafolios negro sobre las piernas. De él sacó un manuscrito viejo forrado en piel con las hojas maltratadas, colmadas de una caligrafía desordenada que alternaba tinta azul y negra, según el humor de su autor, y se lo dio a Leilani. Ella lo hojeó con curiosidad. Era el manuscrito de un libro. El escrito se dividía en capítulos, aunque algunas secciones

estaban tachadas, sobrescritas o borrosas. En la segunda página encontró el nombre del autor. Abrió la boca y los ojos tanto como pudo, aspiró una bocanada de aire y se tapó la boca para contener la sorpresa.

—¡Es un manuscrito de Julio Cartagena! O al menos eso me parece, profesor.

El profesor sonrió emocionado.

—Lo es. Pero es un manuscrito muy especial. Es el último libro que escribió Cartagena, pero nunca lo publicó. Nunca lo publicó porque él sabía que era demasiado riesgoso que el conocimiento que este libro encierra saliera a la luz pública. Este manuscrito fue parte de un proyecto secreto del gobierno americano. Si llegara a las manos de las personas equivocadas, sería muy —cambió el tono de voz a uno fúnebre, casi teatral—, muy peligroso.

Ella continuó auscultando el cuaderno, quería descubrir el conocimiento secreto al que se refería el profesor. El título escrito en la primera página decía: *Más allá del ensueño: tiempo y espacio*.

—¿Ya lo leyó, profesor?

—¡Bah! Lo he leído muchísimas veces —repuso con ironía.

—¿Y de qué se trata?

—Es un manual completo para ir a otras dimensiones.

Ella miró al profesor con extrañeza.

—¿Como las canicas que viajan a otras dimensiones?

—Algo así. Sólo que se refiere a los viajes que son posibles de realizar a través del ensueño.

Ambos permanecieron en silencio. Ella esperaba escuchar una explicación más detallada. Desmenuzó mentalmente cada palabra que había dicho el profesor. Él miró a todos lados, como para cerciorarse de que nadie los veía en aquel parque.

—En sus otros libros, Cartagena nos muestra que a través del ensueño es posible ir a otros mundos donde habitan seres inorgánicos, pero lo que no nos demuestra es cómo hacerlo. Los métodos que describe son sumamente ambiguos, casi poéticos. En muy pocas ocasiones se menciona la posibilidad de que el cuerpo también puede hacer un viaje físico, y si sucede así es de forma errática y a costa de lo que él llama “energía”. Entonces, cabe la duda de si el viaje es realmente físico o puramente metafísico. Antes de morir, cuando Cartagena descubrió que tenía una enfermedad mortal, contactó al gobierno americano y les propuso un proyecto que les interesó muchísimo: viajes a través del ensueño. Quién sabe si lo que en realidad buscaba al final de su vida era una cura para su mal. El gobierno autorizó dicha colaboración, como parte de un proyecto especial, que debía mantenerse en secreto. Los americanos le dieron a Cartagena un laboratorio y recursos —se aclaró la garganta—. Cartagena colaboró con un físico, un psicólogo, un matemático y un ingeniero para diseñar y efectuar los experimentos del proyecto. Ese proyecto se llamó Olín-Ehécatl. El proyecto duró sólo unos meses porque Cartagena se puso muy grave de salud y al poco tiempo murió. Se sabe muy poco sobre el paradero de Cartagena antes de su muerte. De hecho, es como si se lo hubiera tragado la tierra. No hay noticias, ni fotos suyas de la época. Se supo de su muerte un mes después de que él ya había fallecido. Después de eso, el laboratorio, los experi-

mentos y el proyecto fueron cancelados. El gobierno decidió que había otros proyectos secretos más importantes y dio carpetazo al asunto de los viajes a través del ensueño.

El profesor bebió el último sorbo de su café y miró a Leilani. Sabía que era demasiada información para una tarde cualquiera de domingo.

—Estás poniendo cara de extrañeza, niña. Todo esto lo sé de cierto, porque lo relata el autor mismo en el manuscrito que tienes en tus manos. Allí está todo sobre el proyecto Olín-Ehécatl. Sé de buena fuente que el proyecto fue cancelado. Trabajé para algunos proyectos del servicio secreto americano hace varios años, y aún me quedan algunos viejos amigos allí. Hace tiempo, contacté a un buen y querido amigo que me confirmó esta información. La fecha de apertura del proyecto coincide con la fecha en que no se supo nada de Cartagena, y la fecha de cierre coincide con la fecha en que Cartagena murió. Mi amigo no me dio más información porque es un proyecto clasificado, pero logró validar estas fechas.

Leilani sintió que la cabeza le daba vueltas. No comprendía por qué razón el profesor Potapenko le contaba esa enmarañada historia y le mostraba aquel manuscrito.

—¿Y de qué eran exactamente los experimentos del proyecto Olín-Ehécatl?

—Los americanos querían utilizar las aplicaciones de las enseñanzas de la chamana Doña Nepomucena y de su discípulo, Cartagena, como armas o herramientas militares. Experimentaban con telepatía y los diferentes niveles del ensueño; buscaban la forma de viajar a otros mundos o dimensiones.

—¿Y sabe si lo lograron?

—Yo creo que no, y por eso cancelaron el proyecto. Si hubieran logrado algo el proyecto habría continuado, aun sin Cartagena.

Leilani cruzó los brazos y estiró las piernas. Comenzaba a dolerle la cadera por lo duro de la banca de madera.

—Viajar a otros mundos y conseguirlo sólo al soñar, me parece disparatado, ja, ja.

El profesor no toleró la burla y respondió de inmediato:

—Hay mundos y dimensiones a los que sólo se puede acceder por la vía del ensueño. Dormir, según se sabe, es el más secreto de nuestros actos. Dedicamos una tercera parte de nuestra vida a dormir y no lo comprendemos. El ser humano se ha enfocado en investigar los fenómenos de la Tierra y hasta del espacio exterior mediante la observación y una que otra expedición, pero muy poco se ha hecho en cuanto a la investigación de lo desconocido, que sucede aquí mismo, en nuestro planeta, frente a nosotros. Me refiero a una herramienta asombrosa que ha sido poco estudiada y que es la llave para entrar a otros mundos: la mente humana. Nadie comprende a dónde llegan los confines de ella, ni nadie sabe cuáles son sus verdaderas posibilidades.

—¡Amén, profesor! Tiene razón. No se puede negar o afirmar lo que no se sabe. ¿Pero por qué me cuenta todo esto, precisamente a mí?

—Traje el manuscrito de Cartagena porque quiero que lo leas. Quiero que intentes entrar al ensueño y que logres salir de tu cuerpo físico. Veamos a dónde te lleva ese primer ejercicio. Sé que tienes la capacidad de lograrlo.

La solicitud del profesor le pareció de lo más extraño. No

supo qué contestar.

—¿No te gustaría saber lo que contiene este libro que nadie más ha leído? ¿No te gustaría saber si los poderes que tenías cuando eras niña están dormidos en alguna parte de tu mente? ¿No quisieras despertar esos poderes?

—Pero, ¿por qué yo?

—Porque estoy seguro de que una persona con tu perfil puede lograr el ensueño y viajar a otros mundos de manera física, tal y como se expone en este libro. ¡Tú tienes poderes mentales! Sólo que deben estar dormidos y empolvados por los años y la falta de práctica, pero los tienes. Y eso debe bastar. No hay gente como tú en el mundo. Esas habilidades son verdaderamente únicas.

—No lo sé. Jamás me he sentido diferente o especial por el simple hecho de mover canicas.

Leilani recordó el códice antiguo de la abuela y el sueño raro de Ometéotl. ¡Nunca se le había ocurrido! ¿Acaso era posible que sólo por haber tocado el códice...?

—¿Pero es peligroso, profesor?

—¡Qué no es peligroso en este mundo, niña! Desde el momento en que nos levantamos en la mañana hasta que nos dormimos por la noche, a diario nos cruzamos con una serie de elementos y situaciones que ponen en peligro nuestra vida. La comida, la contaminación, los rayos del sol, la radiación de los aparatos electrónicos, la depresión, el estrés, el azúcar, el tráfico, la sal, la delincuencia, la violencia...

—Bueno, bueno; ya entendí el punto. Algo que quisiera en-

tender, es cómo es que este manuscrito “tan especial” —hizo comillas aéreas con los dedos— está en sus manos. Si era parte del proyecto secreto Olín-Ehécatl, ¿por qué no lo tiene el gobierno americano? Y ya que lo tiene usted, ¿por qué no experimenta con lo que ahí se describe?

El profesor movió la cabeza de un lado a otro con ademán paciente y de negación rotunda.

—Ya he intentado todo lo que se dice en el libro. ¡Lo he intentado durante años! —respondió con dureza y un asomo marcado de derrota.

—¿Y funcionó?

—No. Claro que no. ¡Cómo va a funcionar si yo no tengo las habilidades mentales necesarias! Lo único que he logrado ha sido sobrevolar la ciudad en forma de pájaro. Fue una especie de sueño lúcido avanzado, pero eso no es gran cosa. Cualquier chamán mediocre puede dominar un nahual.

El profesor sabía que lo que decía sonaba a locura. Además, lo dijo con un tono melancólico, como quien ha perdido una vida intentando hacer algo. Escudriñó con los ojos la expresión de Leilani, en espera de algo.

—Tengo que leer el manuscrito —repuso ella con cierto acento apático.

El profesor exhaló con alivio.

—Llévatelo. Sólo te pido que no le comentes nada de esto a nadie, ni muestres el manuscrito.

—Aún no me ha dicho cómo obtuvo el texto.

—No, y no voy a hacerlo. No puedo revelarte esa información. Lo único que puedo decirte es que ha recorrido un largo y tormentoso camino para llegar a mis manos. Digamos que he tenido que cobrar algunos favores pendientes.

El semblante del profesor se oscureció de pronto y añadió:

—No confíes en nadie. Hay muchas fuerzas oscuras que están en busca de este libro. Cualquier comentario o duda que tengas, consúltala únicamente conmigo. ¿Me has entendido?

Ella frunció el ceño. Todo el asunto le pareció muy extraño, pero como toda buena científica con verdadera vocación, su curiosidad por este nuevo conocimiento la sobrepasaba.

—Entiendo, y así lo haré.

—Cuando empieces a realizar tus experimentos con el ensueño, cuéntame cómo te fue. Lo que viste, lo que oíste, a dónde fuiste. Quisiera saber todo sobre tu experiencia. Ya sabes dónde está mi oficina. Espero vernos pronto, Leilani.

El profesor se despidió de ella y se alejó con paso apresurado. De pronto, una ráfaga de viento helado se precipitó sobre la atmósfera otoñal del parque. Leilani levantó pesadamente la vista y miró alrededor suyo. Las cosas que le había platicado el profesor se sentían como monstruosidades voraces en su mente. Los transeúntes del parque le parecieron escarabajos y los automóviles, que transitaban en la lejanía, eran como luciérnagas anónimas. Tuvo la sensación de que sus dedos no eran sus dedos sosteniendo la piel gastada de aquel cuaderno insólito. Era como si la que estuviera sentada en la banca del parque no fuera ella sino otra persona en el cuerpo de ella. Se le erizaron los vellos

del brazo al sentir todo raro.

¿Quién era ese tal profesor Potapenko, quien con tanta candidez le había revelado aquellos insólitos secretos? Miró al piso. El profesor había olvidado las pequeñas tazas. Las guardó en su bolsa. Abrió el cuaderno en la primera página, y empezó a leer. Leyó y leyó, página tras página, allí sentada en el mismo lugar hasta que se hizo de noche y la luz del farol, que alumbraba el andador, no le fue suficiente. Miró su reloj, y las manecillas obedientes marcaron las once. A esa hora, acobardada por el silencio, ya no iba nadie a pasear por el parque. Sólo se escuchaban crujir algunas hojas secas sobre la tierra, cuando las alimañas pasaban corriendo con sus patas filosas. Nadie miraba unas lagartijas azuladas que posaban sobre una rama de un árbol y miraban fijamente a Leilani, pero ahí estaban. Sintió como si alguien la observara y aquella idea extraña le produjo miedo. Finigió para sí misma que el escalofrío que le recorrió la espina dorsal era tan sólo de frío y no de miedo. Recogió sus cosas y a paso veloz caminó de regreso hasta su casa. Iba viendo el cielo primitivo buscando la Luna que no estaba. Se prometió a sí misma que la siguiente vez que abriera aquel manuscrito, ahora sí, no lo dejaría hasta terminarlo.



Octavio Paz, “El mismo tiempo”

La entrada del profesor le causó un culposo sobresalto y se mostró abochornada por el lanzamiento involuntario del manuscrito. El profesor Zunz volteó a ver el cuaderno que quedó desparramado sobre el piso y frunció el ceño.

—Oye, Leilani, ya que se calmen tus nervios, necesito que te pongas de acuerdo con los demás para que te asignen horarios de uso del laboratorio. Tenemos un sistema de apartado del tiempo. No sé hasta cuando esté disponible el laboratorio y es mejor que apartes un horario, desde ahora.

Ella no respondió. Su mente estaba dispersa. No había dormido bien; estaba cansada y las ideas y los conceptos que leyó en aquel insólito manuscrito la tenían anonadada.

—Leilani, ¿me escuchaste?

—Sí. Claro que lo escuché. Hablaré con los demás miembros del equipo. Gracias. Que tenga buen día.

El profesor Zunz se imaginó que Leilani había ido de fiesta la noche anterior, lo que explicaba su mal talante. “Mal-ditos extranjeros que siempre hacen lo mismo cuando llegan: pura fiesta”, pensó. El profesor Zunz salió de la oficina dando un portazo y ella corrió a levantar del suelo el cuaderno para continuar su lectura.

[...] Las posibilidades del ensueño son infinitas. Una vez dominado el arte del ensueño, es posible transportar el cuerpo físico y el cuerpo mental a otros mundos. A veces estos viajan por separado, pero es posible que viajen juntos. Imaginemos el universo como una cebolla infinita. El mundo en el que vivimos y percibimos nuestra realidad es sólo una de las capas de esa cebolla. Las demás capas que están por arriba o por debajo de nuestra realidad son accesibles únicamente a través del ensueño. El ser humano ha sido

condicionado para percibir únicamente el mundo que conocemos, pero ciertas personas tienen la capacidad de entrar e interactuar en otros que son tan únicos y reales como lo es el nuestro. He aquí la llave para entrar a dichos mundos [...]

En su oficina, no hizo más que leer el manuscrito. Estaba retrasándose en su trabajo, pero ya se pondría al corriente después. Leilani era muy disciplinada, pero el manuscrito le causaba tal curiosidad que no podía pensar en nada más. Al concluir su horario laboral, Leilani recogió sus cosas y se marchó a casa.

En casa, repasó ciertos capítulos del manuscrito, hizo notas y analizó con cuidado el uso de los términos y las palabras utilizadas. Se propuso ensoñar por primera vez. Todo lo que leyó le pareció fascinante. Era como si un mundo de posibilidades insólitas y hasta ahora descartadas se hubiera abierto a sus pies, como un girasol a mediodía. Ansiaba experimentar lo que pasaría si intentaba ensoñar. Quería poner a prueba todas las instrucciones contenidas en el manuscrito. Se imaginó las posibilidades para la ciencia del mundo moderno en caso de que fuera posible viajar físicamente a otros mundos aún no descubiertos. Quería estar calmada y no crearse expectativas falsas, pero no podía. Tal vez todo fuera una farsa y el profesor Potapenko no fuera más que un lunático disfrazado de matemático. Después de todo, “todos los matemáticos estaban un poco locos, igual que los psicólogos”, pensó. Quién sabe qué tan loco estuviera ese Potapenko. Lo peor que podría pasar es que todo resultara en una auténtica pérdida de tiempo, pero aun así se traduciría en la lectura de una ficción encantadora.

Por la noche, Leilani se encontraba ya muy cansada; estaba segura de que se quedaría dormida con facilidad. Tal vez era mejor intentar el ensueño hasta el día siguiente, con nuevos bríos, pero prefirió no esperar más. Se quitó la ropa

y se puso la pijama. Se recostó sobre su cama y cerró los ojos. Había memorizado las instrucciones del manuscrito. Lo primero que tenía que hacer era entrar en un sueño lúcido.

“Deseo controlar mi sueño y quiero estar presente de manera consciente en él. Deseo controlar mi sueño y quiero estar presente de manera consciente en él. Deseo controlar...”.

Y así se repitió lo mismo una y otra vez hasta que se quedó dormida. Es aquí donde llegamos a un punto de este relato donde los hechos ceden sitio a la imaginación, e incluso sólo a la interpretación. Lo inverosímil llena el espacio en blanco y lo verosímil llega a volverse contradictorio. El pasado incierto se desdobra y se yuxtapone con el porvenir y al final nos muestra que el tiempo no es lineal y que lo que ocurre hoy, ya estaba fijo en la memoria de un futuro repetido que nadie vio pasar.

De pronto, sobrevolaba un cielo azul clarísimo, como si fuera un avión. Entonces supo que se trataba de un sueño. Quiso volar hacia la izquierda y con sólo desearlo, voló hacia la izquierda; luego voló hacia la derecha, hizo piruetas y llegó casi hasta rozar el piso. Luego quiso volver a volar por lo más alto, y lo hizo. Mientras esto sucedía, pensaba en que era maravilloso maniobrar en el momento que ella lo deseaba. Saboreó aquella nueva clase de libertad que no tenía al estar despierta. Se preguntó si era eso lo que el profesor Potapenko había alcanzado en sus intentos de ensoñar. Luego tuvo la ocurrencia de pensar en qué pasaría si deseaba dormir para siempre.

Y así continuó teniendo sueños lúcidos durante dos semanas. En cada nueva ocasión los sueños resultaban más complejos, es decir, había más elementos en ellos. En el décimo quinto día, recordó que en alguna parte del manuscrito se mencionaba que, para entrar en el ensueño, era necesario

fijarse en los detalles de lo que se observara en el sueño lúcido. Por ejemplo, debía detenerse a mirar los patrones de figuras geométricas de una pared, inspeccionar el color y la estructura del piso, observar el curso de las líneas de la palma de una mano o cualquier objeto que se presentara en el sueño. Fijar la atención en algo abriría la puerta para entrar al ensueño. Así que eso fue lo que hizo Leilani en su siguiente intento de ensoñación.

Por la noche, se fue a dormir como de costumbre y su conciencia entró en un sueño lúcido. En el sueño llevaba puesto su reloj de pulsera, de siempre, y fijó su atención en él. Quiso saber la hora que marcaba el reloj, pero éste no marcaba ninguna. Era como si sólo existiera una imagen borrosa del reloj redondo sin manecillas ni color ni detalles. Le costó trabajo ajustar la vista y se concentró un buen rato en el reloj hasta que las manecillas aparecieron una a una y se definieron, como el ojo humano que se ajusta a la lente de una cámara fotográfica, poco a poco. Eran las tres y cuarto en aquel tiempo soñado. Observó sus pies con detenimiento y vio que aparecieron unas botas vaqueras, y que las traía puestas. Le pareció cómico, pues nunca se había puesto unas botas vaqueras como aquéllas. Se puso en cuclillas para observarlas a detalle. Al principio se veían borrosas igual que el reloj, pero al aumentar su atención en las botas, sus ojos se acostumbraron a ellas y vio que eran de piel de víbora y de color café claro. De pronto todo se oscureció a su alrededor. Luego el reloj y las botas comenzaron a emitir luz. Un miedo y un horror inespecíficos se le metieron por todo el cuerpo. No se podía explicar qué era exactamente lo que le producía tales sensaciones. De lo profundo de la boca le salió saliva y sintió asco. Fue una sensación de antesala al vómito. Sin saber por qué, la imagen de las canicas de su infancia acudió a su mente y se concentró en una de ellas. La esferita era un punto mental en el cual fijar la atención. Se imaginó que movía de lugar la canica imaginaria,

precisamente, la canica negra que se le perdió cuando era niña. Fijó su atención en aquel elemento imaginario para olvidarse del horror, el asco y el miedo que no podía explicarse de dónde le venían. “Quiero que te muevas de lugar.” No concentró su enfoque, ni su atención en mover la canica imaginaria hacia ningún lugar en especial, simplemente en la orden de moverla.

El lugar a donde se moviera dicha canica no tenía importancia. Como por arte de magia dejó de sentir miedo y la saliva poco a poco desapareció de su boca. Se olvidó de la canica y contempló la luz que continuaba emanando de las botas y del reloj. Utilizó el brillo de aquellas luces para alumbrar el camino y así pudo moverse alrededor del lugar desconocido en el que se encontraba. Le pareció que anduvo un buen rato sin encontrar algún objeto. Era como si caminara en una especie de vacío sin fin. De repente, sus ojos distinguieron un poderoso resplandor de luz en la lejanía. Sintió que perdía el equilibrio. Corrió lo más rápido que pudo hacia aquel resplandor. Era un fulgor, como el que se ve al estar sentado junto a la ventana dentro de un avión que sobrevuela de noche a cientos de kilómetros de distancia de una ciudad iluminada y cubierta por las nubes. No se distinguían objetos o elementos dentro del diámetro de aquel resplandor, pero sí una especie de esfera de color blanco amarillento que actuaba como un imán para la mirada.

Mientras ella se acercaba al resplandor, sintió cómo crecía desmedidamente su curiosidad por descubrir el origen de aquella inesperada refulgencia en plena oscuridad. Cuando estuvo cerca, sintió como si todo alrededor suyo estuviera de cabeza. De pronto, el piso se volvió el techo. Se le ocurrió que eso no era posible, porque entonces todo se caería. “Si estuviera de verdad en posición de cabeza, la gravedad la traería al piso”, pensó. Quizás era sólo la sensación de que caminaba así. Luego razonó consigo misma y llegó a la

conclusión de que soñaba y nada de aquello era real; sólo que había algo allí que la hacía dudar. El reconocimiento auténtico de tal verdad era el siguiente paso descrito en el manuscrito. En los sueños no hay lógica alguna, ni tampoco gravedad. La sensación de estar de cabeza era muy real. Se tocó el cabello para cerciorarse que estaba en su lugar y que no le colgaba. Sintió una presión descomunal sobre la cabeza. Aceleró el paso. Era preciso llegar a la fuente del resplandor. Ya no podía aguantar más aquella presión en la cabeza, sentía que le iba a explotar. Tuvo miedo de no saber dónde se encontraba. Había algo distinto en aquel sueño. No sabía cómo describirlo, pero estaba segura de que algo allí se sentía diferente a los sueños anteriores. ¿Acaso había salido del sueño lúcido y había entrado al ensueño? Debatía con ese pensamiento cuando alcanzó el resplandor. Cruzó una especie de umbral que, sin saber cómo ni por qué, le quitó por fin la presión dolorosa y la sensación de estar de cabeza. Todo se volvió blanco e ininteligible. Un débil ruido blanco de estática. Todo desapareció y fue como si todo hubiera dejado de existir. Silencio, nada y la sorda voz de su conciencia. Lo único existente era su mente. Respiraba. No sabía dónde estaba ni qué había pasado.

Abrió los ojos y distinguió un vacío blanquecino. De pronto, se reprodujo en su mente, como en una película de cine, la cinta despintada de un recuerdo enterrado; una memoria dolorosa empolvada por los años.

—¿A qué hora vienen por ti, Leilani? —preguntó el encorvado vigilante, quien estaba sentado, con la espalda recargada sobre el portón de madera de la Escuela de Talleres, en un banco alto, mientras miraba transitar los carros por la avenida. A ratos, miraba su reloj de pulsera.

Leilani no respondió. Las comisuras de la boca se le hundieron como gotas de agua sobre arena. Miró dentro de su

morralito, como si allí fuera a encontrar a su madre. Sólo estaban sus pinceles y sus frasquitos de pintura manchados y mal cerrados.

—Ahora sí se olvidaron de ti, hija.

El vigilante, a quien los niños de la Escuela de Talleres apodaban, Poli, se quitó los lentes oscuros de motociclista que siempre llevaba puestos. Leilani lo miró a los ojos y enarcó las cejas. Hacía cinco años que asistía a sus clases de pintura por las tardes, después de ir al colegio, y ninguna vez en ese tiempo, le había visto los ojos al vigilante. Era como si descubriera a una persona nueva y el personaje Poli de siempre quedara en el pasado. Las manos gruesas y rosadas de aquel hombre viejo eran las mismas. Su camisa bien planchada, amarillenta, de manga larga, y su pantalón café nunca cambiaban. Quizá tenía varias mudas de ropa y todas eran iguales. O quizás usaba el mismo pantalón y la misma camisa todos los días de la semana. O tal vez era un fantasma de un retrato. El atardecer había escondido el sol hacía más de una hora.

—¡Ay, Poli! Ya me quiero ir a mi casa —dijo la niña, en cuclillas, arrastrando los dedos sobre la mugre de las orillas de una baldosa del piso.

—Pues yo también, hija. Si no vienen por ti, yo no me puedo ir. Tengo que cerrar la escuela y ya es muy tarde. ¿No quieres volver a hablar por teléfono a tu casa para que vengan por ti?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque nunca hay nadie.

Ni pensar en que la niña se fuera caminando sola a su casa a esas horas. Leilani miró compungida hacia el piso sin saber qué hacer. Todos los niños de los talleres se habían ido uno a uno a sus casas. Sus padres vinieron a recogerlos a todos, excepto a ella. Pobre Leilani, siempre era la última. Con frecuencia se sentaba a esperar por largas horas. Se sentaba sobre el borde ancho de la jardinera de la enredadera y miraba hacia arriba. Veía la extensa pared sobre la que se extendían vorazmente las plantas. Se preguntaba cuántos metros de altura tendría la pared con la enredadera. Cientos, miles, demasiados como para escapar viva. Había madres que esperaban a sus hijos durante lo que durara la clase del taller, sentadas allí, junto a ella, recargadas sobre la jardinera mientras leían una revista, tejían, o se tomaban un café que preparaba la encargada de la cafetería, la señora Martita. Unas clases acababan y otras empezaban y la pobre Leilani seguía sentada esperando que su madre pasara por ella en el viejo carro rojo que hacía ruidos de elefante enfermo. Alcanzaba a escuchar el motor de aquella carcacha desde que el vehículo doblaba la esquina una calle antes de donde estaba la escuela. Leilani se sobresaltaba al escuchar el sonido tan característico del carro de su madre. ¡Por fin llegaban por ella! Siempre era la misma escena teatral. Su madre la dejaba por la tarde y le prometía que esta vez llegaría temprano a recogerla. Ahora sí estaría a tiempo. Leilani le rogaba que no llegara tan tarde. Como un disco rayado que se repite y se repite, Leilani siempre esperaba largas horas antes de que su madre pasara por ella. Cuando su madre por fin llegaba, la niña se limpiaba las lágrimas para que su madre no la viera, y se quedaba toda seria sentadita en el asiento de atrás.

—¿No me vas a saludar? —preguntaba su madre.

—Hola —decía Leilani sin ganas, lastimada y sin mirar los ojos del espejo retrovisor.

—Ni es tan tarde, Leilani, no exageres.

Leilani miraba por la ventana del coche el portón de madera de la escuela; el carro arrancaba y veía a Poli alejarse aliviado. Caminaba contento silbando alguna canción, con su mochila vieja sobre la espalda y su chamarra de cuero de siempre. Arriba, el cielo ya era oscuro sin un rayo de luz.

—¿Por qué siempre llegas tan tarde por mí?

—Porque no puedo venir antes, ya lo sabes. Ya no te quejes. Agradece que tu padre te paga tus clases de pintura que tanto te gustan.

—Pero es que la clase acaba a las seis y media, y mira, ya son las nueve. Es horrible ser siempre la última y estar ahí sola esperando. Siempre dices que vendrás a tiempo la siguiente vez.

—Leila, silencio. Estoy cansada.

—¿Por qué no puedes venir antes? Papá está en el trabajo, pero tú...

Una vez su madre se olvidó de recogerla y se acordó cuando ya eran las diez de la noche. En aquella ocasión, Poli llevó a pie a la niña hasta la puerta de su casa. Habló con su madre advirtiéndole que pondría una queja en la Coordinación de la escuela, pues no era posible tanta negligencia de su parte. ¡Pobre Leilani! A las cinco de la tarde, cuando iniciaba la clase de pintura, todo era una fiesta divertida de colores, pinceles y sonrisas. Conforme las manecillas del reloj se acercaban a las seis y media, el miedo y el ansia la invadían por completo. Se acercaba minuto a minuto la hora en que se olvidarían de ella. La hora en que su madre la ignoraba. Las seis con diez minutos. Quedaban veinte minutos de fe-

licidad. Los otros niños del taller no entendían por qué la madre de Leilani se olvidaba de ella. “Quizá no la querían en su casa”, pensaban. Quizá su madre era mala. Otro niño se burlaba de ella y le arruinaba los cuadros agregándoles rayones verdes. Las seis y cuarto y todo sereno. Quince minutos más y tendría que esperar quién sabe cuántas horas. Las seis con veinte. Las seis con veinticinco. Leilani ya no podía agarrar con firmeza el pincel. El terror la ahogaría en cinco minutos. Ya se imaginaba sentada junto a la enredadera, mirando a todas las madres y a los padres de la mano de sus hijos alejarse hacia el portón de la entrada y despedirse alegremente de Poli. Algunas madres compraban un arroz con leche o un mazapán de los que hacía la señora Martita. Había una niña en su clase, a quien recogían un poco más tarde que a los demás, pero nunca tan tarde como a Leilani. Mientras esperaban juntas, la niña iba con la señora Martita y se compraba un flan de vainilla con el dinero que le daban sus padres, para que no se aburriera durante esa media hora. A Leilani no le daban dinero, nunca. “Los niños no necesitan dinero”, decía su madre. La otra niña le convidaba dos pedacitos de su flan inalcanzable.

Cuando la niña ya se había ido, Leilani recorría los pasillos de la escuela en sus horas de espera. Espiaba las clases de danza y de artes plásticas desde las rendijas que descubría auscultando los corredores en silencio. Se metía a la oficina vacía de la contadora de la escuela y veía las montañas de papeles con sellos y firmas. Se metía a hurtadillas al teatro donde presentaban las funciones de baile las alumnas de los grupos avanzados. Recorría las butacas con las luces apagadas y la respiración agitada por miedo a que la fueran a descubrir. Subía en secreto las escaleras de piedra hasta el segundo piso, y exploraba los callados baños con sus ventanas cerradas y barandales de madera barnizada como caramelo de flan. Acababa una clase y empezaba otra. Movimiento. Personas que salían y personas que entraban en instantes

convergentes. Personas con un propósito en mente. Ir o venir. Nadie se quedaba en el pasillo por largo tiempo. Algunos platicaban unos momentos y luego se despedían con naturalidad. Sólo ella estaba en medio de aquel equilibrio, observando, queriendo ser parte de él y quedándose fuera, como un personaje salido de un cuadro. Anhelaba sentirse parte de aquel grupo de niños que tenían la tranquilidad de ser deseados en sus hogares; esos hijos que tenían la seguridad de que alguien vendría por ellos y de que alguien les preguntaría: “¿Cómo te fue hoy en el taller, mi vida?”, y ellos contestarían con una sonrisa. Un mundo feliz. Una familia feliz. Y es que a ella no le tocó tener aquello: a ella no le tocó una familia donde la quisieran, le tocó una donde la ignoraban. “¿Quién sabe qué significa que la quieran a una!”, pensaba. La pequeña Leilani observaba y añoraba; luego volvía a sentarse en la jardinera, con la enredadera a sus espaldas, a esperar a que oscureciera y a que Poli con lentes oscuros le preguntara de nueva cuenta a qué hora vendrían por ella en aquella ocasión, como un maldito déjà vu sin fin.

Los latidos del corazón de Leilani galoparon a toda velocidad. Le pareció de mal gusto acordarse de pronto de tales recuerdos. No había razón alguna para pensar en ellos y sin embargo aquellas sombras acudieron a su memoria, como ranas desesperadas que nadan a toda velocidad hacia la superficie para respirar. Otra viñeta antigua la acometió. Su madre de pie y ella en cuclillas, en el rincón de la cocina.

—¡Que sea la última vez que te portas mal! ¡Eres una malagradecida! —le gritó su madre, mientras se alejó de la cocina un momento.

Leilani sollozó y se cubrió la cara con los brazos. Ya intuía a dónde había ido su madre.

—¡No, mamá! ¡Por favor, no!

Su madre volvió con un palo de escoba en la mano.

—¡Toma esto!

El sonido del palo que chocó contra la piel suave y los huesos de la niña produjo un sonido sordo.

Leilani lloró y recibió los golpes en los brazos. ¡Zaz! Otro más, y el último golpe le alcanzó una pierna.

—¡Si te vuelves a portar así, sacaré el palo de nuevo! Ahora vete a tu cuarto y te quedas sin cenar, niña maleducada.

Leilani lloró tan fuerte y con tal sentimiento que se le cerraron los ojos y se le vieron todos los dientes. Cuando hubo terminado de llorar, se secó las lágrimas y se quedó unos momentos más sentada en el suelo frío de la cocina. Tenía tanto miedo que no podía pensar con claridad. Su madre continuó vociferando aun cuando ya había salido de la cocina; sin embargo, evitó ver llorar a su hija y una lágrima culpable rodó por su mejilla cuando se fue a sentar sobre el borde de su cama, con el palo todavía en la mano. Allí en su soledad, recordó la mirada inocente de su hija apretujada contra la frialdad de la esquina de la pared y sus ojos llorosos.

Y con aquel mismo fervor, Leilani lloró otra tarde de domingo en la que su madre la obligó a subirse al camión de la basura.

—¡Te lo advertí, Leila! Te dije que te irías con el señor de la basura si seguías portándote así. Ya no te queremos en esta casa. A ver si con el señor Portales te portas bien. Ahora vas a tener que trabajar día y noche porque nadie te va a llevar a la escuela, ni a dar comida gratis. Vas a trabajar para ganarte la comida y la cama. A ver si así aprendes a valorar las cosas y a apreciar lo privilegiada que eres.

El señor Portales sonrió de forma siniestra, dejando ver su dentadura chimuela y sus encías enrojecidas de tigre. El hombre la cargó de las axilas mientras Leilani se retorció y pataleó para soltarse.

—¡No, mami, no! ¡Ya me voy a portar bien! ¡No me dejes!

Gritó con tal desesperación y miedo que daba terror mirar a la pobre niña en tal situación.

—Llévesela, señor Portales, ya no queremos a esta niña malportada.

Su madre se cruzó de brazos y puso el peso de su cuerpo sobre una sola pierna. El padre de Leilani se asomó como un gato desde la puerta de la casa.

—¡Mami! ¡Mami! —sollozó ella.

Leilani miró a su padre.

—¡Papá, ayúdame, por favor! ¡No dejes que me lleve el señor de la basura!

El señor Portales, vestido con su overol azul deslavado, subió a la niña en el asiento del copiloto, le puso el cinturón de seguridad y él se sentó al frente del volante. La cabina del camión olía muy rico a pino, sorprendentemente para Leilani, no olía a basura. El señor pisó el acelerador y se alejó de la casa de los Moncada. Leilani tenía los ojos bien abiertos y permaneció en silencio. No lo podía creer. ¡En verdad la abandonaron! Y todo por ser una niña grosera. Su mirada se clavó en el piso y sus pensamientos se nublaron. Tuvo la impresión de que el camión deambuló horas y horas por toda la ciudad, y que no llegaron a ninguna parte. El señor Portales le habló todo el rato, pero ella no escuchó nada de

lo que él dijo. Luego, en algún momento, el camión se detuvo y el señor Portales la miró con ojos conciliadores. Segundos más tarde, la puerta del copiloto se abrió desde afuera. Su madre estaba allí, de pie. El camión había regresado a la casa de los Moncada. Leilani siguió con la mirada clavada en el piso. El daño ya estaba hecho.

—Baja de allí, Leila. Ahora mismo.

Ella no respondió. Ni siquiera la escuchó.

El señor Portales la cargó con cuidado fuera del camión. Leilani se dejó cargar como un gatito mojado y triste.

Su madre le dio un billete al señor y luego agarró de la mano a Leilani, quien se despintaba como un cuadro bañado por la lluvia. Caminó con ella en silencio hasta la puerta de la casa, donde su padre observaba la escena en silencio.

—La próxima vez, va en serio, hija mía.

Ya no era Leilani ni Leila, tan sólo, hija mía. Hija mía. Desmenuzaba aquellas palabras en su mente. Las palabras que su madre reservaba para una desconocida. La brutalidad en dos palabras decretada por su propia sangre. Leilani no le dirigió la palabra a su madre durante mucho tiempo, no porque quisiera retarla ni contrariarla, sino porque después del incidente del camión de la basura, le daba pavor interactuar con ella: temía que se enojara y la abandonara, ahora sí y en serio, para siempre.



*A veces la mejor forma de destruir a un hombre
es dejar que él mismo escoja su destino.*

Mijaíl Bulgákov, “El maestro y Margarita”

VIII. Leilani despertó

Leilani despertó, y en el instante en que abrió los ojos algo en su conciencia le confirmó que el mal sueño había terminado. Sintió alivio. Su vista se encontró con un techo de piedra. Le pareció extraño no haberse percatado, sino hasta aquel momento, de que el techo del departamento que rentaba en la ciudad de Tallin era de piedra. Lo recordaba blanco y liso, pero aquel techo era distinto. Semanas enteras de dormir y despertar sobre aquella cama, y hasta ese momento notó aquel duro detalle. Sin duda, una rareza del gusto de los diseñadores urbanos. Aún acostada, y con los ojos abiertos, advirtió una especie de montaña blanca en su rango de visión periférica. Sin levantarse de la cama, movió la barbilla hacia abajo y la juntó a su cuello para alcanzar a ver bien la parte inferior de su cuerpo recostado. Miró la sábana blanca que la cubría y el promontorio vertical que se elevaba debajo de ella; lanzó un grito de espanto que salió muy masculino. Enseguida, se llevó las manos a aquella zona y quitó la sábana. Ya no era ella. Era él: debía tratarse de otro de esos malos sueños. Quiso convencerse de que estaba en medio de una pesadilla. Se tocó el miembro vertical y le pareció monstruoso. Se sintió muy real. El miembro estaba firme y cálido. Calificó de extravagantísimo tener un apéndice entre las piernas. ¡Qué molestia! Se sentó sobre la

cama. Miró a su alrededor. ¡Qué real se sentía aquel sueño! Sin duda, ése tenía que ser un ensueño. ¿O no lo era? Apretó los ojos y los cerró. Se concentró en la tarea de terminar aquel sueño. Abrió los ojos y vio que todo seguía igual. La cama con sábanas blancas y el irreconocible techo de piedra. Luego de poner atención, descubrió que tampoco reconocía el resto del cuarto en donde estaba aquella mañana. Se miró las manos y vio que no eran suyas. Sus manos, ahora eran otras manos. Eran manos grandes, huesudas, peludas, las de un hombre. Con sus nuevas manos de hombre recorrió su cara y se encontró con una barbilla gruesa. Una suerte de escalofrío le recorrió la espalda. Se puso en pie y arrojó la sábana como si le quemara la piel. Traía puesto un largo camisón blanco de tela vieja almidonada. ¡Un espejo lo aclararía todo! Seguramente alucinaba. Buscó apresurada un espejo en aquel cuarto extraño. No había ninguno, sólo húmedas paredes de piedra. Había una pequeña ventana que abría el paisaje hacia una especie de jardín con un patio central que no reconoció. En el reflejo de aquella ventana encontró la imagen de un joven bien parecido de tez blanca, ojos que se adivinaban claros a pesar de lo turbio del reflejo del vidrio sucio, mandíbula cuadrada, barbilla partida, nariz pequeña, cabeza bien rasurada y una barba de tres días sin rasurar de color rubio cenizo. Si no hubiera sido por el susto que le causó encontrar a un hombre en lugar de su propia cara en el reflejo del vidrio de la ventana, le habría causado gusto y hasta un acalorado sonrojo en las mejillas hallar la contemplación de esa nueva cara varonil y enjuta. “Todo esto es imposible. Es inaudito”, pensó. Su frente estaba marcada por gotas gruesas de sudor y sentía que el aire no le cabía por la nariz. Tenía que despertar, ¡ya!, ¿y cómo haría para despertar?

Toc, toc. Alguien tocó la pesada puerta de madera de la habitación. Volteó instintivamente hacia la puerta y preguntó con voz queda:

—¿Quién?

—Lesmes, ¿estás bien? ¡Abre la puerta! ¡Rápido!

Leilani arrugó la cara y no respondió. Se preguntó quién sería ese tal Lesmes. Mejor era no abrir la puerta. Mejor era que no la vieran en ese estado físico transfigurado.

La voz masculina y joven que llamó a la puerta insistió.

—¡Soy Saturno! ¡Ábreme ya! No quiero estar gritando aquí en el pasillo.

Leilani se resolvió, fue a la puerta y quitó el pestillo. No la abrió, sino que regresó a sentarse sobre la cama. Se cubrió con la sábana blanca de la cintura para abajo para no dejar a la vista el pudor vertical ni las piernas peludas.

Un muchacho alto y pelón vestido con una sotana de monje, de color verde oliva, entró apresuradamente al cuarto. Cerró la puerta con llave y se acercó a la cama.

—Lesmes, ¿por qué no viniste a la oración de la mañana? Tampoco viniste al desayuno. El prior Igmar está muy enojado. En cualquier momento va a venir a buscarte.

Leilani no sabía por qué el muchacho que entró la llamó Lesmes. Ella lo miró confundida y permaneció callada.

—¿Qué te pasa? ¿Te comió la lengua el ratón? ¿Te quedaste dormido? —bromeó Saturno al sentarse en el borde de la cama.

Al ver que no hubo respuesta añadió:

—¿Estás enfermo?

Silencio. Leilani temía hablar; ni siquiera se reconocía a sí misma. Movi6 la cabeza de izquierda a derecha, diciendo que no. Mir6 con detenimiento al desconocido, no pudo evitar fijar la vista en sus labios y en su perfecta quijada cuadrangular.

—Bueno, si no est6s enfermo, tendr6s que inventar una excusa para el prior. Llevas poco tiempo en la abadía, y sé que para ti es difícil cumplir con todas las reglas, pero te recomiendo que no hagas enojar al prior Igmar. Cuando se enoja, impone castigos muy fuertes. Ten cuidado con él, Lesmes.

Leilani mir6 a los ojos a su interlocutor. Pareció no escuchar sus palabras, al principio. ¡Qué hermoso sueño de un hombre tan atractivo! El muchacho que dijo llamarse Saturno era extremadamente guapo. Tal vez, era el muchacho más apuesto del mundo, bruñido por la intemperie y con cara de líneas clásicas. Tenía grandes ojos almendrados del color del café recién tostado y una sonrisa pícaro, perfecta. No podía recordar cuándo había sido la última vez que un hombre se sentó sobre su cama. Habían pasado años. Felipe fue su primer (y último) amor. Sintió vergüenza de estar semidesnuda frente a aquel muchacho. “Pero, si todo era un sueño, ¿por qué no besarlo allí mismo?”, pensó ella. Lo besaría, rozándole la cara con suavidad, oliendo su piel.

Saturno esper6 una respuesta.

—¿Cuál abadía? ¿Qué día es hoy?

Leilani se sorprendió de escuchar su propia voz ronca y perfectamente masculina. Era la voz de un marinero, de un héroe de leyenda.

Saturno suspir6 y enarc6 las cejas en seña de confusión. Ignor6 la primera pregunta y tom6 la segunda como broma.

—Lesmes, hoy es lunes. Tenemos lección con el hermano Ibargilio en diez minutos. ¡Cámbiate la ropa! Ve, discúlpate con el prior. Dile que te enfermaste del estómago o algo parecido y luego me alcanzas en el salón. Te apartaré un lugar junto a mí.

Saturno apuró con los ojos a Leilani. Ella lo miró como alguien que mira una tentación infinita, aunque al final se sintió un poco avergonzada. Quería que Saturno se retirara del cuarto para cambiarse de ropa sin ser vista.

—¡Lesmes, despierta!

Saturno chasqueó los dedos un par de veces frente a ella para indicar que debía apurarse. Le alcanzó la cogulla verde y el cinturón que estaban colgados sobre el respaldo de la silla en un rincón del cuarto. Aunque cohibida por estar frente a un extraño, accedió a cambiarse al recordar que por el momento y por más extraño que eso le pareciera, su cuerpo era el de un hombre. Saturno miró distraídamente hacia la entrepierna de Leilani, vio la erección y comenzó a reír.

—¡Ah, Lesmes! Ya veo por qué faltaste a la oración matutina. Definitivamente, habría sido una misión imposible.

Leilani, que apenas se había pasado la sotana por el cuello, se cubrió con las ropas lo más rápido que pudo y miró hacia el piso en silencio, como si nada. Le era imposible controlar aquel virtuoso apéndice. Quería que se le bajara la erección. En silencio, se puso las sandalias que había en el piso. Se miró los pies desnudos y tampoco los reconoció. Eran unos pies feos, enormes; los de una bestia. Cuando Saturno hubo terminado de reír, caminó con Leilani hasta la entrada de la recámara. Saturno se le quedó viendo, como si le faltara algo. Por fin se le bajó.

—Lesmes, tus libros. ¿Piensas asistir a la clase sin ellos? El hermano Ibargilio se va a molestar. ¡Amigo mío, hoy estás muy despistado! —y siguió riendo.

Leilani no entendía a qué libros se refería. Volvió la espalda a Saturno y auscultó la habitación con los ojos. Había un pequeño y modesto escritorio a un costado de la ventana, frente a la cama. Sobre el escritorio había una pila de libros, cuadernos y algunas velas a medio consumir. Fue por los libros y un cuaderno. Le pareció extraño que hubiera velas. Miró hacia al techo y advirtió que no había focos ni lámparas, ni enchufes eléctricos. “¡Además de que sufrí un cambio de sexo, ahora resulta que estoy en alguna iglesia o monasterio del Medioevo! ¡Que Dios me salve!”, pensó para sí misma con preocupación.

Los dos salieron de la recámara. Afuera había un largo pasillo que se extendía, tanto hacia a la derecha, como hacia la izquierda. Era tan largo que no se veía lo que había al final del corredor. Leilani no supo qué dirección tomar; Saturno la vio dudar.

—Vamos, te acompaño con el prior Igmar. Es por acá.

Hizo un ademán con la cabeza para que Leilani lo siguiera. Caminaron por el lúgubre e interminable pasillo en el que reinaba un olor herbal en el ambiente que se filtraba por las ventanas abiertas que había a lo largo de los corredores. Olía a pastizal húmedo, a tierra fresca. Se imaginó que debía estar en el campo, lejos de las ciudades. Subieron y bajaron escaleras con escalones irregulares y pasaron por ventanales inmaculadamente limpios con vistas espectaculares. Afuera había jardines verdes y árboles tan grandes que parecían irreales. Vio arbustos con hojas tan grandes como las de un periódico. A través de una ventana, vio animales que se parecían a las vacas, pero con cuerpos

mucho más grandes y cabezas pequeñas. Vio que pastaban unas cabras muy raras con patas finas. De pronto, avistó una criatura mucho más extraña que las anteriores. Era una especie de ave del tamaño de un cisne, con plumas de colores en el lomo, pero con hocico y dedos como los de un mapache. Su mirada se quedó fija en aquellos extraños animales. Leilani era como un bebé que descubría el mundo y por poco y cae al suelo por no fijarse por dónde caminaba.

—Lesmes, no me pises los talones. Camina más lento. ¡En verdad te digo que estás muy raro hoy!

Leilani se disculpó y trató de mantener su distancia con Saturno sin dejar de mirar hacia las ventanas.

En las paredes de los pasillos había cuadros que tenían pinta de modernos. Representaban figuras geométricas y combinaciones de colores; una especie de arte cubista, pero diferente. Dichos cuadros estaban enmarcados en cajas de cristal que flotaban en el aire y que mantenían la temperatura y nivel de humedad adecuados para cada cuadro. Aquella parecía ser una zona de dormitorios. De vez en vez alguien vestido con la misma cogulla verde que Saturno y ella vestían, salía de una habitación y se dirigía hacia algún lado. Pasaron enfrente de un cuadro que Leilani reconoció. Sin meditarlo con antelación se detuvo un momento y lo miró.

—¡Ah, sí! ¿No te había traído por aquí el primer día que llegaste? *La dama con unicornio*, de Rafael. Es la pintura más antigua que hay en la abadía. El hermano Aledio me dijo que el hermano Mini, quien es siempre tan callado y reservado, se peleó a gritos con los demás monjes para que colocaran este cuadro fuera de su dormitorio y no cerca de la iglesia, con los demás cuadros especiales, los más antiguos. ¿Te imaginas al hermano Mini discutiendo y gritando en voz alta? Yo, no. ¡Es tan serio! Sin embargo, el abad

no le dio importancia a la pelea y se lo permitió. El hermano Mini quería tenerlo dentro de su dormitorio, pero eso está prohibido y el abad no le concedió ese permiso. Mini dice que al menos así siempre puede contemplar este cuadro cuando va a entrar a su dormitorio. Le encanta el arte antiguo, dice que todo el arte que realmente vale la pena fue creado antes del siglo xxii. Este cuadro ha de ser muy antiguo, tal vez sea del siglo xx o xxi.

Leilani estaba asombrada de que aquel cuadro que vio una vez en una galería italiana hubiera terminado en este lugar. Ver algo familiar le calmó un poco los nervios, aunque estaba segura de que Saturno estaba perdido en las fechas, ya que el famoso pintor italiano Rafael no había nacido en el mismo siglo que ella había nacido. Le pareció peculiar que se refiriera a los siglos xx y xxi como “antiguos”. Tal vez quiso ser sarcástico.

Saturno continuó la caminata y apresuró el paso. Daba vuelta por las esquinas de los corredores y subía escaleras de vez en cuando. Leilani lo seguía asombrada por la extensión del camino recorrido. Era como transitar por un laberinto del pasado que caía traslúcido a sus pies irreconocibles. Tal vez caminaba por los inicios de un sendero venidero; un porvenir de corredores extintos y caminos con su corona de torbellinos de polvo. De una manera enigmática, comenzó a entender que su presente no era un sueño, sino su realidad.

Finalmente, Saturno se detuvo frente a una sombría puerta de madera oscura. El nombre de “Prior Igmar de Tocanor” estaba escrito en caracteres plateados sobre aquella puerta.

—Ésta es la oficina del prior Igmar —se acercó a la oreja izquierda de ella y le murmuró—. Espero que salgas vivo de aquí, Lesmes. Que Swedensborg te acompañe.

Saturno persignó la frente de Leilani y se alejó a paso veloz, como quien huele el peligro y mejor huye.

—¿Quién?

Ella permaneció ahí de frente a la puerta. Una idea rarísima le cruzó por la mente. Se le ocurrió que tal vez no estaba en la Edad Media ni en ningún siglo antiguo por el estilo, como inicialmente creyó. Le pareció discordante que los cuadros que vio al pasar por los corredores estuvieran protegidos por esas cajas especiales con reguladores electrónicos de temperatura, así como también le pareció inverosímil el peculiar arte moderno que observó en algunos cuadros. Quizá todo era parte de un ensueño mucho más complicado de lo que ella se imaginaba. ¿Acaso ése era uno de los mundos del ensueño a los que se refería el manuscrito de Cartagena?

No había dejado en paz aquellas dudas, cuando la puerta se abrió y un hombre de fisonomía astuta y malencarado se le puso enfrente, y casi se estrelló contra Leilani. Parecía que aquel hombre iba de salida, justo en el momento en que ella se paró allí a reflexionar.

—Pero, ¿qué es esto? ¿Qué hace usted aquí parado detrás de mi puerta como una momia? —exclamó con sorpresa el prior Igmar de Toccanor. Su cara afilada y blanca contrastó con sus brillantes ojos verdes y labios minúsculos, prácticamente inexistentes; parecía un vampiro, muy al estilo Bela Lugosi.

Leilani se sobresaltó. Para ser un hombre canoso que seguramente rondaba los cincuenta le pareció bien parecido. Sin duda, un poco pálido. Sonrió para sí misma.

—¡Le exijo que me conteste! ¿Qué hace ahí parado? —insistió irritado el prior Igmar.

Leilani no supo qué decir. Iba a abrir la boca para hablar, pero nada salió de ella. ¿Qué podía decir? ¿Que se despertó aquella mañana en el cuerpo de un hombre y que no entendía si soñaba o aquello era real? Pensó en los árboles extraños y los animales fantásticos que vio por los ventanales y casi se convenció de que todo debía ser un sueño.

El prior Igmar fijó la vista de forma sospechosa en Leilani y resolvió:

—¡Ah, usted es Lesmes! Ya me acordé. Óigame bien: usted ya no es tan nuevo en la abadía. Ya lleva aquí unos meses. Los aprendices de monjes deben cumplir con las reglas y usted ha violado las reglas el día de hoy —puso las manos sobre la cintura e irguió la espalda, soberbio—. No se despertó a tiempo para la oración matutina y tampoco fue a desayunar. ¡Eso es un sacrilegio! ¿Acaso creyó que hoy no habría conteo de cabezas? —tomó aire e hizo una pausa—. Muchacho, míreme bien a los ojos: diario cuento las cabezas y a toda hora —apuntó con el dedo hacia Leilani, acusador—. Mi función en esta abadía es mantener la disciplina interna y los muchachos engreídos, que creen que este lugar santo es una extensión de sus dominios y riquezas, son mi especialidad. Yo lo pondré en su lugar, si es lo que necesita, y así usted aprenderá a obedecer las reglas. ¡En mis veinticinco años en esta abadía nunca un novicio se ha salido con la suya! —acercó la cara al oído de Leilani y le susurró en tono amenazante—: lo veo todo, lo escucho todo y lo sé todo. ¿Quién se cree usted, Lesmes? A mí no me impresiona su gran apellido Girafont. ¡Bah! No le quepa duda: en los dominios de Dios todos somos iguales.

Leilani se sintió acorralada. Recordó bruscamente su encuentro fortuito con el muchacho, ¿cómo se llamaba? Tenía nombre de planeta. Era Marte o Plutón. ¡Saturno! ¡Era necesario decir algo, ya!

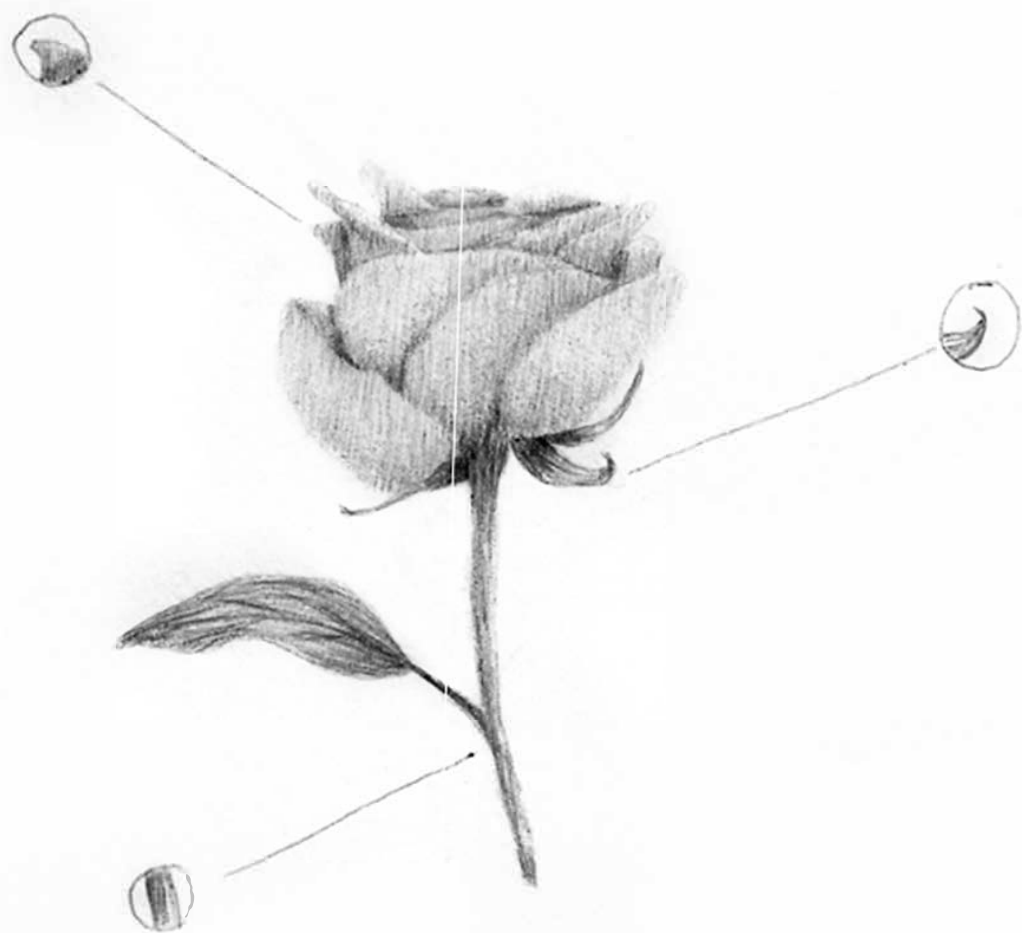
—Es que me sentía mal del estómago, señor —resolvió algo en defensa propia y para seguir el juego del prior y de la realidad de aquel extraño lugar, ¿qué más le daba?

El prior dio un paso al frente y Leilani dio uno hacia atrás. Él caminó lentamente y con naturalidad fingida alrededor de Leilani, allí, en medio del pasillo. Caminaba en silencio, arrogante y seguro de su autoridad. La miraba de arriba abajo, en busca de cualquier error, de una excusa, de un pelo de más en la cabeza pelona, o alguna mancha en la sotana para morderla y acusarla. Acosada, Leilani miró hacia el piso. El aliento de aquel hombre vampírico olía poco a poco a canela y a pescado. Llevaba las manos cruzadas atrás sobre su espalda baja. Leilani lo miró de reojo cuando estuvo de espaldas y notó un pequeño temblor en sus dedos que le pareció peculiar; más bien, conocido y muy parecido al que ella padeció por el uso continuo de pastillas antidespresivas tiempo atrás.

—Quiero que se rasure muy bien esa barba para mañana. Ya se le empieza a notar.

—Sí, señor.

—Es increíble que en el quinto milenio, ¡caray, estamos en el año 5037!, la gente como usted no entienda el privilegio que es formar parte de una orden ascética, milenaria y tradicional, como lo es la nuestra —hizo la señal de la cruz con los dedos en el aire y cerró los ojos—; la orden swedensborgiana de los monjes verdes.



*Lento pero viene
el futuro se acerca
despacio
pero viene[...]*

Mario Benedetti, "Lento pero viene"

IX. Lo dudó unos segundos

Lo dudó unos segundos, pero estaba segura de que el prior Igmar de Tocanor dijo: "Año cinco mil treinta y siete". Aquello le pareció aberrante, sencillamente absurdo. Antes de ese momento no se había puesto a pensar en el año corriente, en el número. "¿Qué más daba el año si se encontraba en una fantasía o en un sueño?", pensó. Una naturalidad emocionante, una insinuación oscura le susurraba en la mente que no se trataba de un sueño, ensueño o pesadilla. Un pensamiento como flecha de Zenón se atrincheró en su mente: todo era real y ella lo había entrevisto con una certeza innombrable que hasta ese instante había querido negar. En los sueños no había olores, si fuera así, ¿cómo era posible que recordara el reciente olor de la hierba fresca al cruzar los pasillos de cuando iba caminando detrás de Saturno o el olor del aliento del prior Igmar de Tocanor, cuando éste se le acercó? La abadía, los monjes y su nuevo cuerpo eran tan reales como la noche y el día. Respiró de forma acelerada hasta que empezó a bufar y se le disparó el pulso. Su menté se nubló, conjeturó y luego negoció consigo misma la posibilidad de la aceptación de aquella nueva realidad.

El prior observó a Leilani con escasa simpatía. Había dureza y brillo hostil en sus ojos que combinaban de forma ideal con el color de su sotana verde oliva.

—Ahora vaya usted y friegue los pisos de la cocina hasta que se esconda el sol. Allí en la cocina encontrará al hermano Aledio, quien le dará instrucciones. No sé si ya lo conoce, y si no, se presenta con él y le dice que yo lo mandé ahí, castigado. Luego, reúnase con los demás novicios para la oración, antes de la cena, y repita veinte “Padrenuestros” swedensborgianos antes de dormir. No me rece el “Padre nuestro” a secas, que sea el nuestro. ¿Me entendió?

—Sí, señor.

El prior echó un vistazo a los libros que el muchacho llevaba bajo el brazo y quiso aclarar.

—Hoy no irá a las lecciones. Haga lo que le ordené. Pregunte al hermano Ibargilio por los salmos y la lección de hoy para que se ponga al corriente, después. Ande, vaya de una vez.

Un impulso evanescente la hizo dar un pasito hacia al frente, hincar la rodilla y besar la mano del prior, en señal de respeto, como si ya supiera lo que debía hacer al despedirse. El prior aprobó el gesto, se metió a su oficina y cerró la puerta de forma abrupta. Se olvidó de que iba de salida. Leilani permaneció en el pasillo un momento. Registró pedazo a pedazo todo lo que dijo el prior Igmar, pero no conseguía entender qué hacía ella allí, ni por qué se hincó para besarle la mano. Lo hizo como si fuera un reflejo instintivo, como cuando se cierran los ojos si alguien arroja una pelota a la cara. Era como si su ser ya supiera que debía despedirse del prior de aquella rebuscada manera. No entendía cómo podría saber eso si acababa de llegar allí, pero lo sabía.

Dio media vuelta y desanduvo sus pasos por el pasillo. Se encontró con unos ventanales grandiosos y se detuvo frente a ellos para contemplar los jardines y una zona boscosa de árboles gigantes. Eran los mismos árboles majestuosos que vio cuando seguía a Saturno por los pasillos. Eran tan altos que apenas y se distinguían las copas. Parecían caballeros de armadura café con largas pestañas verdes. Los árboles medían más de cien metros de altura. Abajo había un patio central cuadrangular rodeado de una construcción majestuosa de piedra. La construcción constaba de cinco pisos. Cada piso tenía balcones, ventanas y arcos que conectaban otros edificios similares. La arquitectura parecía antigua, pero los estilos de construcción eran mixtos. Arcos góticos junto a columnas griegas y fachadas de chalé suizo con geometrías estrafalarias. Vio a otros monjes transitar tranquila y calladamente por el patio. Se preguntó cómo era posible llegar a aquel lugar, a partir de un sueño.

Lo último que recordó antes de despertar en el cuerpo de aquel muchacho desconocido a quien llamaban Lesmes Girafont, era su intento por ensoñar en su propia cama del departamento de 700 euros al mes en el centro de la ciudad de Tallin. El manuscrito de Cartagena decía que para viajar a otros mundos había que lograrlo mediante el ensueño. Sin duda, algo ocurrió entre el ensueño y el despertar. Le pareció que el lugar en el que estaba no era una dimensión aparte, ni un mundo de fantasmas o seres inorgánicos, ni otro planeta, aunque desconocía las razones por las que llegó precisamente a una abadía. Recordó las palabras del prior sobre el año que corría. El año 5037 era un número tan distante y a la vez tan exacto e impar. Todo se sintió como un disparate. La vida de Leilani transcurría en el año 2023. ¿Cómo era posible que el mundo se viera así, tan antiguo y simple después de treinta siglos? ¿Cómo era posible que existiera una abadía sin focos en los cuartos ni en los pasillos, pero con un

sistema de protección futurista que hacía que los cuadros flotaran en el aire? Le pareció una locura. Permaneció quieta, miró el patio y a los monjes. Inició una ruidosa carcajada y la interrumpió de golpe con fingida —o tal vez veraz— comodidad. En el 2023 la gente se imaginaba que en el futuro los autos volarían sin pilotos, que se acabaría el mundo a causa de las guerras o por la inminente destrucción de los recursos naturales y que la inteligencia artificial terminaría por dominarnos. Si aquel era verdaderamente el año 5037, ¿qué pasó en los tres mil años transcurridos desde el 2023? Tres mil años y algo más era demasiado tiempo para imaginar el futuro de la humanidad. Tan sólo Jesús vivió dos mil años antes de nuestra era y los vestigios que quedan de su época no son más que piedritas y fragmentos de barro catalogados por el carbono-14. Despertar en el 5037 significaba que toda la gente que ella conocía, como su familia y sus amigos, estaban muertos y convertidos en algo menos que polvo. Le costó trabajo retomar el hilo del orden de sus pensamientos. Era preciso hablar con alguien. Era importante hacer indagaciones. Continuó el camino por el largo pasillo, descendió una escalera que la llevó hasta la planta baja y llegó hasta el patio central que tanto había contemplado desde arriba. Al otro lado del patio, observó a tres novicios que llevaban las manos llenas de utensilios de cocina y cruzaban el jardín. Leilani no sabía de cierto si iban a la cocina, pero lo supuso y decidió seguirlos. Tal vez Aledio fuera un hombre más accesible que el prior Igmar. Quería tantear el terreno y ver qué tan amistoso era aquel nuevo personaje. Consideró que era mejor no mencionarle a nadie su verdadera identidad ni su origen pretérito. En tal caso, la gente de ese lugar pensaría que estaba loca y en aquel insólito año, ¿quién sabe qué leyes o usos y costumbres hubiera o cuáles fueran las creencias o los peligros de aquella época! Por el momento, sólo quería averiguar más sobre la abadía y el nuevo mundo en el que se encontraba.

Leilani entró a la cocina. El ambiente lleno de vapor olía a caldo de verduras. Había unos arcos enormes con ventanas en el techo que definían la arquitectura de aquel gran espacio rectangular. De un lado, había varias estufas calentadas con madera y un fregadero inmenso con una llave de agua, y del otro lado del cuarto estaban colocadas, con cuidado y orden, cientos de ollas, vasos y platos. Junto a la puerta de la entrada había un costal de granos que se parecían mucho al arroz. Había harina amarillenta regada sobre el suelo. Un hombre de unos cuarenta años, regordete, con cachetes sonrojados y de aspecto bonachón, probaba un sorbo de la sopa humeante de la olla, que estaba sobre la estufa, con una cuchara. Era el monje Aledio, bondadoso como todos los pelirrojos.

—Disculpe que lo interrumpa, ¿es usted Aledio? —dudó Leilani sobre cómo dirigirse a él.

El monje la escuchó hablar. Cerró los ojos para sentir el sabor del caldo. Volvió a llenar la cuchara con el líquido de la sopa. Estaba muy concentrado en su tarea. Levantó una mano para indicar que había que esperar. Por fin abrió los ojos.

—¡Ah, es que no sé qué le falta! Oye, tú, el que acaba de entrar, ven aquí y prueba el caldo, por favor.

Había otros monjes que descargaban comida y se llevaban los restos de algunos vegetales en mal estado. Ninguno prestaba atención a Aledio. Leilani entendió que se refería a ella, así que se acercó y probó el caldo.

—¡Está muy rico! Sabe un poco a carne, pero distinto. ¿De qué es esta sopa?

—Es sopa de verduras con carne de manfito.

—¿Carne de qué?

—De manfito.

—¿Y qué es manfito?

Aledio se quedó viéndola con expresión de extrañeza. Luego exclamó con una risa estruendosa:

—¡Ah, tú también eres un bromista!

Se carcajeó tanto y tan fuerte que se le hicieron los ojos chiquitos. Leilani no entendió a qué broma se refería, pero fingió que sí y sonrió junto con él, incómoda. Se sobó el estómago, deseando que el caldo que tragó no fuera de algo asqueroso, como el caldo de cerebro de mono, de la película de Indiana Jones. Cuando Aledio hubo acabado de reír, Leilani le dijo:

—Me ha enviado el prior Igmar. Dijo que friegue los pisos de la cocina hasta que se oculte el sol.

Aledio la vio con asombro.

—Castigado, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

Leilani dudó. Bueno, ya, había que seguirles el juego a todos.

—Me han dicho que Lesmes.

Aledio volvió a reír estruendosamente. Luego acabó tosiedo un poco. Se aclaró la garganta y echó un par de leños al fuego casi extinto de una de las estufas.

—Yo soy Aledio. Mucho gusto. Siempre es lo mismo con el prior Igmar. Cree que con mano dura se ganará el favor del abad. ¿Sabes cuántos novicios me manda a la semana para fregar los pisos? Mira los pisos, están más lisos que las posaderas de un arcángel de tanto cepillarlos.

Puso una tapa sobre la olla con el caldo. A continuación, sacó un cuchillo de su sotana que agitó por los aires, mientras hablaba. Leilani dio un paso hacia atrás cuando vio que Aledio manoteaba groseramente. No se le fuera a pasar la mano.

—Bueno, hermano Lesmes. No te había visto por aquí, pero confío en que seas discreto. El prior Igmar aspira a ser abad algún día. Por eso es así de exagerado y hasta engreído. Cree que por ser la mano derecha del abad puede imponerse como le plazca. Pero yo no soy como él, ni me gusta cómo trata a los novicios. Anda, ayúdame a cortar estas clotis y esos zaltos.

El monje señaló con el dedo hacia un rincón. Allí había varios kilos de algo que se parecía mucho a las cebollas y a las zanahorias, sólo que éstas eran verdes y muy grandes.

—¡Así llaman a las cebollas y a las zanahorias en el futuro!

Leilani no pudo ocultar su sorpresa. Aledio le dirigió una mirada de auténtica camaradería. Aquel comentario le provocó una nueva risotada que resonó enérgicamente por toda la cocina.

—Dijiste que te llamas Lesmes, ¿no? ¡Qué chistoso eres, Lesmes! Pero ya me caes muy bien. Nadie en mis quince años en esta abadía había nombrado a los antecesores de las clotis y los zaltos. Para saber eso hay que haber investigado. ¿Te interesa la botánica antigua?

Leilani sonrió extrañada. Recogió todas las clotis y los zaltos que le cupieron entre las manos y los trajo junto al cocinero.

—Sí. Podría decirse que me interesa la botánica antigua y que conozco algo del tema.

Aledio colocó una tabla enfrente de ella y le dio un cuchillo para que las cortara.

—Pues me parece muy bien que te guste la investigación de la botánica. Al fin he encontrado a alguien con quien discutir estos temas. Los demás monjes no se interesan por estas cosas. Por ejemplo, el otro día platicaba con el hermano Nefuri sobre el origen de los manfitos, una especie muy parecida a las mancuspías (que como sabrás ya no existen, pero fueron descubiertas por un escritor muy antiguo y famoso). Los antecesores de los manfitos son las gallinas; me refiero a los animales extintos. ¡Lo que daría yo por ver una gallina estos días! Los manfitos tienen cuerpo de gallina, plumas de colores en el lomo y patas y cara parecida a la de un mapache. ¡Muy poca gente sabe su verdadero origen! Leí en alguna parte que los manfitos y las gallinas tienen el mismo sabor.

—Las gallinas son mucho más pequeñas, se lo aseguro.

Pidió permiso para volver a probar el caldo de manfito, y el cocinero le ofreció un poco de la sopa con un trozo de carne sobre una cuchara.

—¡Es increíble! Es verdad; sabe casi igual que el pollo.

Aledio rio nuevamente y se le pusieron más rojos los cachetes. Rio tanto que tuvo que sentarse porque le dio un ataque de tos. Leilani le dio unas palmaditas sobre la espalda esperando que se calmara.

—¡Ay, Lesmes! ¿Y dónde probaste tú un pollo? ¿Eh? ¿Acaso viajaste al pasado? —continuó riendo, complacido.

—Sí, algo por el estilo.

—Ja, ja, ja. Cuando terminemos de preparar la cena me ayudarás a limpiar el piso, pero no te preocupes, no lo harás solo. Siento mucho que el prior Igmar te haya castigado. Yo te ayudaré y también le pediré ayuda a algún otro novicio para que terminemos rápido. Así nos acompañaremos y podemos conversar. Afuera en la abadía no se puede reír ni platicar mucho. Siempre hay que estar callado o estudiando. Pero éste es mi escondite para reír y bromear un poco. Entre los vapores de los guisos, el humo del aceite quemado y el calor de las brasas, se pueden disparar algunos chistes y tener sentido del humor. Estoy seguro de que eso a Dios no le molesta —sonrió con una alegría que era contagiosa y se puso un dedo frente a la boca que incitaba a la complicidad.

Y así, Aledio y Leilani platicaron por un par de horas. Leilani le contaba cosas sobre historia que un niño aprende en la escuela primaria de nuestro tiempo, y el cocinero estaba muy sorprendido de todo lo que el nuevo sabía sobre el pasado. Por su parte, Leilani le preguntó toda clase de cosas sobre la abadía y la vida de los monjes. En particular, quiso conocer la opinión del monje sobre el mundo fuera de la abadía, pero temía que se notara su ignorancia.

—Hermano Aledio, ¿por qué decidiste ser un monje? Supongo que podrías haber escogido otra ocupación: abogado, pirata, qué sé yo. Seguro que hay otras cosas interesantes allá afuera. ¿Qué te trajo a la abadía de Grimmelk?

El cocinero suspiró largamente, mientras fregaba los pisos junto a Leilani.

—A veces pienso que nada de lo que hacemos aquí tiene sentido. ¡Fregamos los pisos con las manos y nos tardamos horas, mientras que un robot podría hacerlo en unos minutos! Y si tuviéramos uno de los que hay en las colonias de los otros planetas o en las minas de la Luna (que son mucho más rápidos y duraderos que los robots que tenemos en la Tierra), todo sería mucho más eficiente. Es una locura hacer todo a la antigua. Afuera, los vehículos transitan por los aires con sus propios sistemas de gravitación. ¡Por Dios, han pasado muchísimos siglos desde que el ser humano dejó de utilizar gasolina y llantas en los vehículos, y todo gracias a los descubrimientos de Swedensborg! Hemos colonizado diversos planetas y la exploración espacial está en su máximo esplendor. ¡Benditos sean los tiempos en los que nuestro fundador (canonizado a los cien años de su muerte y genio de la química y la ingeniería) san Gabriel Swedensborg decidió renunciar a su emporio multibillonario! Él decidió dejarle los lujos y las empresas a su hermano, y usar su fortuna para iniciar la orden. El mundo cambió de forma radical desde entonces; allí surgió la revolución. Y con “revolución”, me refiero a dos cosas: a la invención del bulteno (que sustituyó la gasolina) y a la invención y crianza del organismo microscópico que limpia los mares y la atmósfera terrestre con gran velocidad. Y mientras tanto, aquí en Grimelk, seguimos cocinando con leña, no tenemos electricidad más que en algunas zonas de los edificios y sólo tenemos una vieja nave para ir a traer provisiones de la ciudad, de vez en cuando. A veces me cuestiono los motivos que me empujaron a dejar la modernidad y volver a los orígenes, a lo esencial. Pero te diré una cosa, Lesmes: la característica primordial de nuestra orden religiosa reformada por el Nuevo Plus Vaticano es el cuidado de la naturaleza, el respeto por ella y la austeridad. Yo amo a las plantas y a los animales; aunque ciertas comodidades del mundo moderno me hacen mucha falta, me doy cuenta de que aquí, en este

pedacito de tierra con tanta historia, donde ha habido guerras, imperios, pueblos y finalmente paz, es donde está mi hogar. Aquí junto a todos mis hermanos está mi verdadera familia y vocación.

Ella escuchaba con atención. Se preguntó en qué parte del mundo estaba. ¿Sería ese lugar Tallin, pero del futuro? ¿O estaría en otro país?

—Debes tenerle mucho amor a la naturaleza, entonces. ¿De dónde eres? —preguntó curiosa.

—¡Ah! Ya que hemos estado hablando de la historia antigua, te lo diré así, para ver qué tal está tu conocimiento en geografía: nací en un lugar que hace miles de años correspondía a Barcelona. ¿Sabes qué país era ése?

—¡Ah, eres de España!

—Muy bien, Lesmes. Esos territorios antes eran del país conocido como España. Hoy son sólo T56 en la región del Medio Horizonte. Ojalá todos los aprendices de monje supieran tanto de geografía antigua como tú.

Leilani estaba asombrada.

—A ver, ahora dime, ¿sobre qué región antigua estamos parados ahora? —preguntó Aledio.

Ella no respondió, no tenía idea.

—¡Estamos en el territorio de lo que antes era Inglaterra!

Un aprendiz de monje entró a la cocina y saludó a Aledio con una mano.

—¡Ah, James! Ven, por favor ayúdanos a limpiar los pisos; se nos hace tarde. Hemos estado platicando muy a gusto y por largo rato Lesmes y yo.

James vio el trapeador en una esquina de la cocina junto a una cubeta, y de buena gana lo alcanzó y comenzó a limpiar.

—Buenas tardes, hermano Aledio. Claro que les ayudo. Oye Lesmes, ¿cómo te fue con el prior? Saturno nos contó que se molestó mucho contigo.

Leilani se sonrojó. No conocía a aquel muchacho de estilo canalla divertido.

—Me mandó a fregar los pisos de la cocina. —Se le notaba duda en la voz, pero fingió que conocía a James.

—Pudo ser peor, créeme. A mí una vez me dio azotes y me ordenó limpiar los establos de los manfitos y ya sabes cómo son de asquerosas esas bestias.

El monje cocinero y James rieron en complicidad y ella se sumó con su risa al final, sin entender de qué reían. James y Leilani limpiaban el piso con agua jabonosa de las cubetas y Aledio aventaba agua para enjuagar. Como un fantasma, el monje doctor Pjotr o Pie, como le decían de cariño, irrumpió en la cocina. Jadeaba y apenas se le entendía lo que decía.

—Hermano Aledio, tienes que venir a la oficina del abad. Los hermanos Ibargilio, Nefuri, Mini, Isidoro y el prior ya están allí. El hermano Alexámenos del NPV acaba de llegar.

—¿Y para qué ha venido otro monje a nuestra abadía? —preguntó James.

—Ha venido para lo de Laisenberg —respondió el cocinero. Luego se dirigió al monje doctor.

—Está bien, hermano Pie, ya voy para allá. Ustedes, muchachos, por favor continúen con los pisos. Debo irme.

James miró al cocinero con aire de sospecha. Los monjes salieron de la cocina juntos a paso veloz.

—¿Pasa algo, James? —preguntó ella, con cierta intranquilidad en la voz.

—Esto se va a poner interesante. El hermano Alexámenos viene a defender el caso que nuestra abadía presentó ante el NPV para beatificar a Laisenberg.

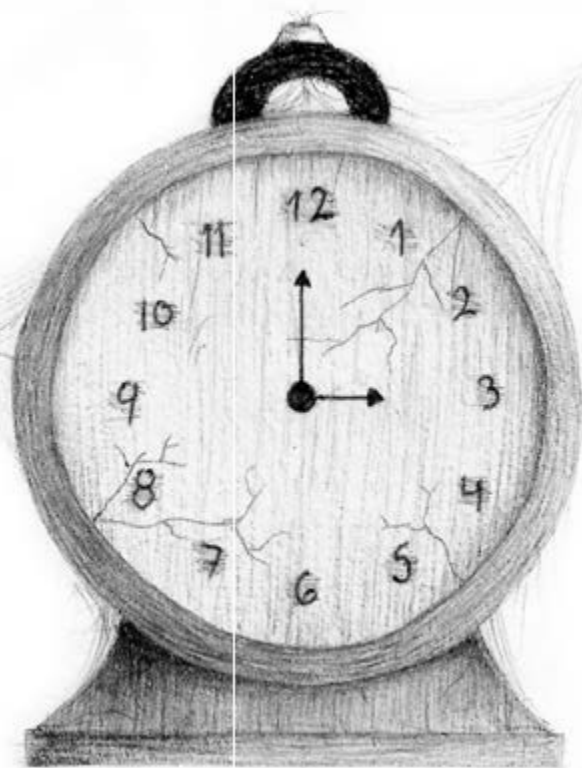
—¿Y eso qué significa?

—Significa que pronto también llegará el hermano que se opondrá a la beatificación. Es como una batalla legal y moral en la que se trata de defender y atacar la candidatura con testimonios y pruebas. ¡Habrá guerra de monjes en esta abadía!

—Me refería a qué significa NPV.

—¿Estás bromeando? ¡Nuevo Plus Vaticano! —la miró de soslayo, francamente sorprendido.

—Claro, obvio —corrigió ella—. Obviamente.



*Hay otros mundos,
pero están en este.*

Paul Éluard

X. A las 05:37

A las 05:37, cuando todavía faltaban un par de horas hasta despuntar el alba, Leilani se despertó abruptamente y se sentó sobre la cama. Se le veía un espanto lúcido en los ojos. Tenía cara de haber estado debajo de la lluvia, mojada por el sudor y las lágrimas que no se podía explicar. Permaneció ahí, vencida en esos primeros instantes en que todavía quedan las migajas de la noche y el sueño. Cuando hubo recordado la conciencia de dónde estaba, se tocó la cabeza y sintió su pelo largo negro. Corrió al espejo del baño y se miró la cara. Sintió alivio de volver a ser ella, Leilani Moncada. Eso significaba que regresó con éxito a su departamento en Tallin del viaje a la abadía de Grimmelk. Era preciso hablar con el profesor Potapenko. Se puso a escribir todo lo que vio y sintió la noche anterior. No quería olvidar ni un solo detalle de lo acontecido. Entre más pensaba y recordaba los sucesos de la noche anterior, más se acrecentaba una cierta ansiedad inconfesada. Era como si trajera las ganas agazapadas, esperando volver a aquella abadía del futuro y saber más sobre Lesmes y los demás monjes y novicios.

Decidió que iría a buscar al profesor Potapenko a su oficina en el Instituto. Podría hablarle por teléfono, pero era mejor no discutir esas cosas por esa vía tan impersonal. Quería

respuestas. Estaba convencida de que lo que vivió la noche anterior no había sido un sueño lúcido, ni un viaje astral, ni un desprendimiento del cuerpo, ni un sueño. Había sido real y lo sabía. Se bañó, desayunó y tomó el autobús rumbo al Instituto.

—Y cuando desperté en mi cama, fue como si nada hubiera pasado —confirmó ella.

El profesor Potapenko permaneció sentado, con los brazos cruzados, inmóvil. Peregrinamente, los ojos de Leilani se posaron en el mismo portarretrato que se le cayó aquella vez en el parque al profesor. En esta ocasión, el portarretrato estaba colocado sobre un estante, como si siempre hubiera estado allí. Si no fuera porque ella lo vio cayéndose al piso del portafolio sucio y viejo del profesor, no se le habría ocurrido pensar que podría haber algo misterioso en aquella foto.

—¿Año 5037, dices? —inquirió él, acariciándose el bigote canoso y pasado de moda.

El profesor la vio afirmar con la cabeza. Acto seguido, él se puso de pie y le dio la espalda para mirar por la ventana que había detrás de su escritorio, como si necesitara cambiar la vista y descansar los ojos para pensar. Leilani siguió sentada del otro lado del escritorio. Había que dejar que las palabras se disolvieran y surtieran efecto.

—Usted me dijo que el manuscrito era la llave para entrar a otros mundos. Pues lo he confirmado: ¡lo es!

—Nunca me imaginé que un simple número impar pudiera resultar tan complejo a la vez... ¡Año 5037!

El profesor miró nerviosamente al piso intentando encontrar una explicación.

—Lo mismo pienso yo, profesor. Aunque este número complejo no tiene parte imaginaria; todo es real.

—No puedo creer que lo hayas logrado tan fácilmente, Leilani. Esto es casi un milagro. La verdad es que tampoco creí que se pudiera lograr. De hecho, pensé que no era posible, ya que por eso los americanos se dieron por vencidos y cancelaron el proyecto Olín-Ehécatl. Pero era necesario agotar cualquier posibilidad. ¡Todo lo que fuera necesario! ¡Esto es increíble!

Por fin se volvió a sentar y moduló una deliberada mueca de cinismo.

—¿Quiere decir que ni siquiera lo creía posible? Entonces, no entiendo por qué me dio el manuscrito.

—... Es decir, sé que es posible; lo que no sabía era cómo. Si Cartagena escribió sobre ello es porque él encontró el camino. Estoy seguro de que los americanos no pudieron hacer lo que tú tan fácilmente hiciste. Tú tienes un don, Leilani; por eso te di el manuscrito.

—Pero todo fue distinto. No fue como estaba escrito. El texto habla sobre viajes del cuerpo y de la mente, como uno solo, o bien sobre viajes puramente mentales. El mío fue un viaje de mi mente hacia otro cuerpo.

—Es sorprendente que tu cuerpo mental se haya presentado en forma de hombre.

—No me está entendiendo, profesor. No era yo en forma de hombre. Era yo en el cuerpo de un hombre que al parecer ya existe, o existirá, y se llama Lesmes Girafont.

—¿Y cómo sabes que ya existía?

—Porque, como ya le conté, todos en la abadía decían que Lesmes había llegado hacía unos meses. Todos lo conocían y lo recordaban. No se trató de un personaje que se creó mágicamente a mi llegada. Me veían a la cara y lo veían a él. Yo vi mi reflejo en la ventana y vi la cara de un muchacho. No era mi cara, ni era yo vuelta hombre, no. Era un hombre desconocido. Hasta mi voz era la de un hombre.

—¡Eso es imposible!

—Se lo aseguro, profesor, fue posible y muy real. Es una locura que hablemos del futuro en tiempo pretérito, ¿no le parece?

—Sí, es un tanto contradictorio, por no decir improbable. Pero, ¿cómo sabes que la memoria de Lesmes en la mente de esa gente que supuestamente lo conocía no era preexistente?

—¿Por qué sería preexistente? Eso implicaría que mi experiencia no fue real.

—No necesariamente. O podría tratarse de un universo alternativo.

—Usted me confunde más de lo que ya estaba antes de venir a su oficina.

—Cabe la posibilidad de que lo que viviste fuera el futuro de otro mundo, no del nuestro.

Leilani frunció el ceño.

—Le aseguro que todo lo que vi y oí podría ser el futuro de este mundo, así que me inclino a pensar que realmente fui al futuro de nuestro mundo. ¡Estaba en Inglaterra, pero del año 5037! ¡Vi una pintura de Rafael allí! ¡El cocinero era

español! Los animales y las plantas eran parecidos, pero diferentes, ya se lo expliqué. Tal vez algún cambio climático pudo causar que las cosas cambiaran con el paso de los siglos. Tres mil años es mucho tiempo...

—Lo que tampoco creí que fuera posible era que se pudiera viajar en el tiempo a través del ensueño —añadió el profesor—. Mi hipótesis era sobre el viaje a otra realidad, a otro mundo, tal vez paralelo, donde hubiera seres inorgánicos con sabiduría.

—¿Con sabiduría sobre qué o para qué? —interrumpió ella. Algo no estaba bien.

—Sobre cosas de nuestro mundo.

—¿Qué cosas, profesor? Explíquese.

—Es importante que viajes allá de nuevo —se sintió acorralado—. No, mejor dicho, quiero que intentes ir a otros lugares y a otros tiempos. Es preciso saber si puedes escoger el destino o el salto es aleatorio. ¡Es de suma importancia que descubras esto!

Leilani cerró los puños de ambas manos y tensó el torso como una ballesta a punto de disparar.

—No me iré de su oficina hasta que me explique por qué está usted tan interesado en esos viajes del ensueño. ¿Acaso es puro interés científico y profesional? ¿Piensa que va a publicar el artículo científico de la historia o que le darán la medalla Fields? ¿Piensa incursionar en la física y aspira al Nobel? O, ¿es algo más?

El profesor la miró un poco de soslayo, como si lo irritara la

pregunta. Quiso disimular su desconfianza. Lo pensó brevemente antes de decir.

—Es puro interés profesional.

—No me venga con idioteces —le dijo ella sin rudeza.

—Es verdad, Leilani.

—Estoy segura de que hay algo importante que usted no quiere decirme. Si usted no es sincero conmigo, yo no tengo obligación alguna de volver a intentar el viaje, ni de informarle de nada.

Arrojó el manuscrito de Cartagena sobre el escritorio del profesor, molesta.

—Es verdad, no tienes obligación alguna, pero me gustaría que volvieras a ensoñar e intentaras viajar al pasado y a un país determinado. Es decir, ¿podrías escoger el lugar y el momento en el cual aparecer? Seguro que debe haber algo que determinó tu llegada en aquel año. Lo que no entiendo es cómo es que tomaste la forma de otra persona, eso rebasa mi entendimiento. Algo debió salir mal, o demasiado bien...

Ella se puso de pie con algo de desaire.

—No me va a decir por qué quiere que haga esto, ¿verdad? Si me lo dice, me será más fácil entender cuál es el propósito de lo que me pide, y tal vez lo consiga.

El profesor hizo un ademán humilde. Sumiso. Casi con dolor.

—Por favor, Leilani. Sólo inténtalo.

¿Qué era aquello que el profesor callaba? La idea de no saber la irritaba. Era más que irritación, era algo más profundo que se contagiaba y la molestaba desde el estómago. Era como si la traicionaran... de nuevo.

En realidad, muy poco supo de su abuela paterna Rosita Casales. Murió cuando Leilani tenía doce años. Quién sabe por qué razón se le ocurrió recordar con claridad esa fatídica tarde en la que su madre le dijo que se subiera al coche sin razón aparente. Leilani preguntó repetidas veces a dónde se dirigían y por qué su padre no estaba en casa aquel día. La madre ignoró las preguntas, como si no tuvieran importancia y Leilani terminó por quedarse en silencio y mirar las viñetas en movimiento de la ciudad, a través de las ventanas del carro.

Media hora más tarde llegaron a un lugar irreconocible y se bajaron las dos en silencio del coche. Al principio, Leilani no se percató de que llegaron al lugar donde se celebraba el funeral de su abuela. Lo entendió hasta que vio frente a ella el ataúd de madera rosada y un río de gente vestida de negro. Allí junto al ataúd, vio a su padre que lloraba de rodillas junto a la tía Gerarda. Sintió cólera por aquel silencio que su madre le había dedicado con obstinación minutos antes. La imagen de su padre se le volvió hueca y falsa por aquella mentira insoportable. Escuchó a la gente hablar en voz bajita sobre lo enferma que había estado la abuela por tantos años.

—Fue la transfusión de sangre que le hicieron hace varios años. La sangre ya venía contaminada de hepatitis. Es un milagro que viviera tantos años con ese mal ahí dentro —dijo una señora rolliza con humor maligno y un velo de viuda negra.

—¿Y cómo se lo iba ella a imaginar? Lo bueno es que ahora

en los hospitales ya no se puede donar sangre mala. Se dan cuenta —apuntó otra señora con los ojos llorosos y el rímel corrido.

Leilani dejó de ver a su abuela unos seis meses antes de que muriera. Un día sus padres dejaron de llevarla a casa de la abuela y no le explicaron la razón. A su corta edad, Leilani pensó que todo estaría bien y que la llevarían después a visitarla; seguramente para Navidad o su siguiente cumpleaños. Nunca comprendió por qué le negaron el derecho que tenía a verla cuando estuvo moribunda, ni por qué le escondieron la verdad. Antes de la muerte de la abuela, y en la cotidianeidad de la casa de sus padres, jamás vio a su padre derramar una lágrima, ni comentar nada sobre la grave enfermedad de la abuela. Era un secreto que ella no debía saber. Pensándolo mejor, ahí habían estado todos los rastros de las mentiras frente a ella. Siempre estuvieron allí, pero ella no los quiso ver. Sus padres la dejaron fuera del círculo de aquel dato vital y muchos otros que no le pertenecían. Se callaban cuando ella entraba en la estancia. Los oía murmurar por las noches, y aunque ella pegaba la oreja a la puerta no alcanzaba a escuchar nada. Palmaditas furtivas, frías, sobre la espalda, abrazos a disgusto mal disimulados, su padre que volvía de la calle con la cara mojada sin que hubiera llovido, las acaloradas discusiones que terminaban cuando Leilani entraba al cuarto de sus padres, las salidas inexplicables de su madre con labial rojo en la boca por la tarde, los silencios prolongados entre sus padres. Leilani que preguntaba y su madre que la reprendía y la enviaba castigada a su cuarto. “Cierra la puerta”, le decía. Entonces, se recostaba en su cama y veía la araña del techo agazapada en su esquina. De vez en cuando aparecía un mosco, de esos que molestan por las noches, y se quedaba atrapado en la telaraña. La araña no hacía nada. Permanecía serena y quieta, como quien disimula que no vio un crimen. Nunca calculaba bien el momento en que iría la araña a reclamar

su presa. La araña parecía esperar que no hubiera nadie alrededor, porque después de que Leilani se iba, y luego volvía, el mosco ya no estaba o lo encontraba envuelto en una delicada tela blanca.

Con arañas siempre acechando a la redonda y moscos que pedían cuartel, ella se quedó callada, en medio de un silencio coagulado con los años. Lloró por su abuela, rezó por ella cada noche como siempre y fingió que no le molestó que le mintieran sobre eso y todo lo demás. Unos meses después de que su abuela murió, sus padres se divorciaron y ella terminó como un dado arrojado unas veces sobre la casa de la abuela, que luego heredó de su padre en Tlaxcala, y otras en la casa de su madre, en la ciudad de México. Pobre Leilani. Todavía. El profesor Potapenko nunca podría entender por qué Leilani azotó la puerta con brusquedad al salir de su oficina, sin decirle adiós, ni por qué le dolió tanto que él no dijera la verdad.

Por la noche, después del trabajo, volvió a casa con una sola idea en mente: viajar de nuevo a la abadía de Grimelk. Era preciso volver y saber qué pasó con Lesmes y los demás durante su ausencia. Un pensamiento abominable la asaltó. Derivado de la conversación con el profesor Potapenko, se le ocurrió dejar a su mente proponer la teoría de que Lesmes no existía sin Leilani. Si fuera así, quizá Lesmes desapareció en el momento en que ella despertó la mañana siguiente en su cama de Tallin. ¿Habrán notado los monjes su ausencia en la abadía? También era plausible considerar la extraña, pero no improbable posibilidad de que aquel universo del 5037 se ajustara completamente a la desaparición de Lesmes en cuanto Leilani se fue, y que entonces Lesmes no existiera para nadie y nadie lo recordara. Otro pensamiento tangencial, incluso más espeluznante, se le ocurrió. Tal vez Lesmes existía sin necesidad de que Leilani se presentara. Y si esto último era cierto, entonces, ¿qué fue

del verdadero Lesmes mientras Leilani ocupó su cuerpo? Quizás estaba atrapado en alguna dimensión o quizá murió cuando Leilani ocupó su cuerpo. Todas las posibilidades la inquietaban, y aún más no saber la hipótesis correcta. Ya quería volver a Grimmelk, pero apenas eran las siete de la noche. Tendría que esperar unas horas más para ir a dormir. Corrió la cortina de la ventana de la cocina y vio que aún había algo de luz de día. Se sentó a escribir en su cuaderno de apuntes sobre la experiencia de la noche anterior y sobre el sueño previo a ella. Decenas de preguntas sin respuesta la acosaban. Preparó un té de valeriana bien cargado y se lo tomó de un solo trago. No quería esperar más.

Después de un rato, se fue a la cama y quiso dormir. Dio vueltas una y otra vez sobre el colchón sin conciliar el sueño. Se sentía pesada, pero no lograba dormir. A ratos dormitaba, pero invariablemente la despertaba una sensación de incomodidad y latidos errantes en el pecho. Encendió la luz sólo para constatar en el reloj que dieron las nueve, y la apagó. Durmió otro poco, pero no profundamente, y volvió a despertarse con la ansiedad de que hubiera ocurrido algo. Encendió la luz de nuevo, y vio que eran las diez y media. Y así se le fue toda la noche sin conciliar el sueño profundo que ella deseaba encontrar. Dormir, para algunos, no es otra cosa que el eclipse de una vigilia; para otros, un estado que conecta el mañana, el ahora y el ayer de forma inexplicable; y para los menos, una serie de sueños concatenados.

Cuando vio que amanecía, por fin decidió levantarse y se ocupó del trabajo retrasado que le pidió el profesor Zunz. Al poco rato de teclear letras y barras espaciadoras en la computadora portátil, se lavó los dientes y fue al instituto. Allí, siguió trabajando en su oficina. Al mediodía le envió un correo electrónico al profesor Zunz con un avance sobre su investigación.

Leilani deambulaba por los pasillos del Instituto. Sus colegas la saludaban y ella respondía mecánicamente con ademanes de cabeza. Realmente ni los miraba. Su mente estaba ensimismada, perpleja en descifrar el enigma de su viaje al año 5037, y ocupada con todas las incongruencias y paradojas que aquello conllevaba. Podría ser un pequeño pliegue en el tiempo, un error de sincronicidad o una especie de grieta en la tela del espacio-tiempo. Le dolía la cabeza. Claro, ya era más de mediodía y ella había dormido poco. De pronto, se le ocurrió una idea incurablemente perversa. Iría al laboratorio de química y se llevaría de allí algo que le ayudara a inducir el sueño. Era preciso dormir, y dormir bien, sin interrupciones; quería quitarse la ansiedad tuberculosa que se le empezaba a notar en la cara reseca. La idea de aquello le causó un estallido de adrenalina que le subió desde el estómago hasta el pecho.

Se dirigió al elevador, y esperó a que éste estuviera vacío. Subió al décimo tercer piso y caminó por el corredor. “¿Por qué trece, por qué trece?”, pensó. Un colega se cruzó con ella por el pasillo y como no la conocía no la saludó, pero la miró a los ojos brevemente de forma escrutadora. Ella caminó como si el pasillo y el número trece fueran suyos y tragó saliva. Al final del pasillo, se encontró con el sistema de seguridad de la puerta de entrada al laboratorio de química. Utilizó su tarjeta de acceso para entrar, pero no tenía autorización. Un atisbo de suerte se le presentó, justo en aquel momento, cuando dos personas salieron del laboratorio y empujaron la puerta hacia donde estaba ella. Fingió que aún no había deslizado su credencial sobre el dispositivo de seguridad para entrar al laboratorio, sino que acababa de llegar. Saludó a los dos colegas desconocidos que salieron con un dejo de cotidianeidad bien fingida. Ellos regresaron el saludo y no le prestaron mayor atención. Detuvo la puerta con la mano después de que los científicos salieron y así pudo entrar al laboratorio.

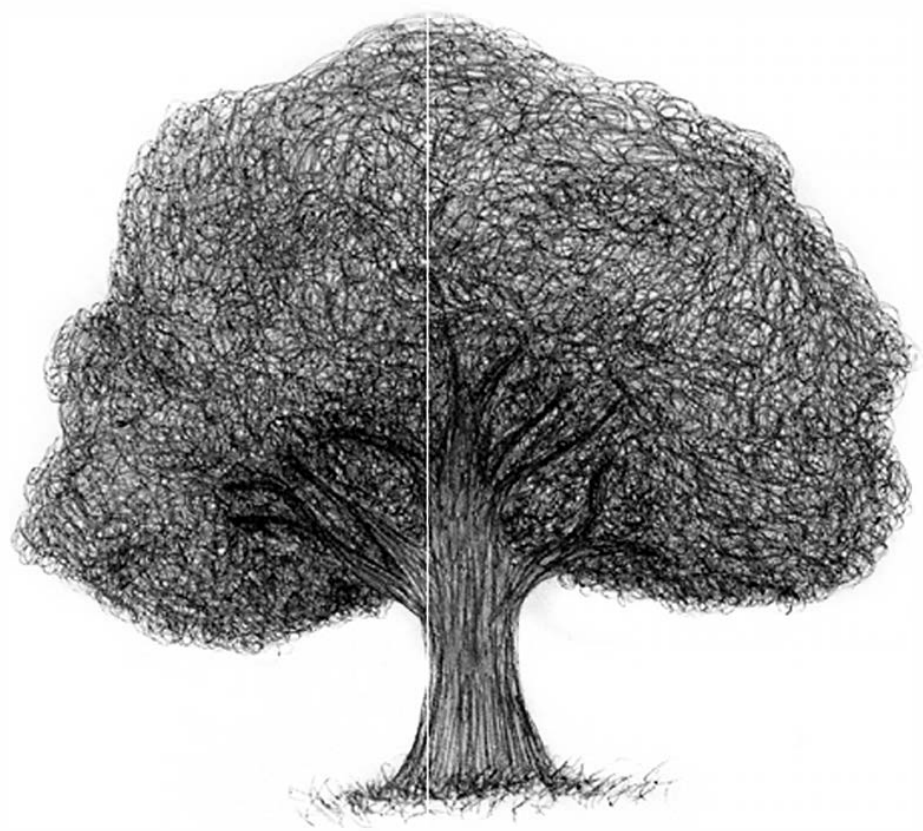
Encontró una vitrina con cientos de frascos etiquetados. Buscó durante unos minutos, cogió uno de ellos. Se prometió a sí misma tomar lo necesario sólo para conseguir el sueño profundo que tanto anhelaba. Salió del laboratorio silenciosa, como un zorro. Fue a recoger sus cosas a la oficina y volvió a su casa.

No más exordios ni preámbulos. Cerró las cortinas de las ventanas para que no entrara la luz de afuera. Abrió el frasco, separó un par de pastillas y las tragó con ayuda de unos sorbos de agua. Sabía que lo que había hecho estaba mal. No debió entrar a robar al laboratorio y no debía tomar ningún medicamento sin prescripción médica, pero ya estaba hecho. Programó el reloj despertador de su teléfono para que sonara dentro de doce horas, por si acaso. “Buenas noches, querida Leilani”, se dijo a sí misma. Repitió en su mente varias veces que deseaba controlar su sueño y estar presente de forma consciente en él, hasta que por fin se quedó dormida.

...

De pronto, volaba por un cielo azul. De una manera inexplicable ese cielo era el mismo que el del sueño anterior. Deseó ser un pájaro y luego se miró los brazos y vio que se habían vuelto alas. Ya era pájaro. Mientras volaba, contempló el paisaje; buscaba un lugar para enfocar la vista. A lontananza, divisó el pico de una montaña que parecía el sombrero de una bruja, y allá fijó su atención. Sus alas continuaron el vuelo y ella no dejaba de mirar hacia aquel pico. Lo miró durante largo rato, pero nada sucedió. Se sintió mareada y una especie de vértigo empalagoso le recorrió el cuerpo. La idea de un pájaro con vértigo le produjo risa, y al reír, aún miraba aquel pico de la montaña, pero su atención ya no estaba allí. Era como si sus ojos siguieran en la misma posición, pero su mente ya hubiera volado hacia otra par-

te. Como cuando uno se queda mirando algo sin pestañear por un rato, y de tanto ver la cosa aquella, la mirada traspasa el objeto y se proyecta hasta un universo distante y tan poderoso que bloquea cualquier pensamiento entrante, estaba en una especie de estado hipnótico. Así no lograría nada. Por fin, volvió a mirar el pico con atención y no dejó que su mente divagara. Se observaban puntos blancos en la cúspide. Contó aquellos puntos rugosos que se alcanzaban a ver gracias a la posición del Sol, el cual parecía darle un brillo notable a la montaña desde el horizonte. Los puntos blancos eran nieve. Debajo de las partes blancas había un color ocre. Y allí tuvo de nuevo la sensación de estar de cabeza y de que algo le oprimía el cerebro. De un momento a otro y sin saber cómo, estaba debajo del agua y nadaba con sus alas de pájaro que la guiaban sin que ella las dirigiera hacia el fondo del mar. El aire se le acababa. Miró hacia arriba para subir a la superficie. Las alas no la obedecían y el aire ya no le alcanzaba. Debajo, en el fondo de aquel mar, se abrió una especie de portal de luz, como el resplandor de la vez anterior. No tuvo opción, así que nadó hacia lo profundo y fue lo más rápido que pudo hacia el portal de luz. Recordó lo que le pidió el profesor; quería volver a Grimmelk, pero había que probar la hipótesis del profesor. Deseó con todas sus fuerzas ir al año en que murió su abuela para verla antes del funeral. Pidió viajar al año aquel y llegar a México, como si de una lámpara maravillosa se tratara.



*El tiempo, un niño que juega
y mueve los peones.*

Heráclito

XI. *Stella* matutina

—*Stella matutina* —cantaba el lento y bofo sacristán, Mini.

—*Ora pro nobis* —respondían con un canto al unísono los demás.

—*Salus infirmorum* —de nuevo, Mini.

—*Ora pro nobis* —todos.

—*Refúgium peccatorum*.

—*Ora pro nobis*.

Saturno vio que Lesmes dejó de cantar. Parecía haberse quedado dormido estando en pie como un bebé. Le dio un pequeño codazo de forma disimulada para que despertara. James, quien estaba parado del otro lado de Lesmes, ni se dio cuenta. Miraba solemne de frente y cantaba con determinación, como si de ir a la guerra se tratara.

—Lesmes, despierta. Te van a volver a castigar. El prior Igmarr nos está mirando.

Saturno le pellizcó la mano a Lesmes. Este último se sobresaltó y pareció despertar de su letargo.

—*Consolatrix afflictorum* — seguía la voz de Mini, quien tenía fama de ser discreto y silencioso, pero a la hora de la letanía resonaba su voz poderosa y angelical entre aquellas antiquísimas paredes de piedra.

—*Ora pro nobis* —todos.

Leilani abrió los ojos y contempló la escena. Estaba de pie en un coro con los demás novicios dentro de una iglesia. El coro era encabezado por el sacristán Mini, quien vestía una túnica de color vino. Un poco más lejos y del otro lado de la iglesia, estaban los religiosos con más experiencia, “los veteranos”, pensó Leilani. El prior, Igmarr; el cocinero, Aledio; el enfermero, Pie; el bibliotecario y profesor, Ibargilio; el tesorero, Nefuri; el jardinero, Isidoro; el abad Arlot di Ehud, entre muchos otros más.

—¡Funcionó! ¡Viajé de nuevo! —gritó Leilani con emoción en medio del cántico. “Yo no pedí venir a Grimelk en esta ocasión, quería ir al año en que falleció mi abuela, pero está bien; de todas maneras quería volver a la abadía, tarde o temprano”, pensó ella.

Algunos novicios giraron la cabeza con curiosidad para ver quién había interrumpido la letanía.

Saturno miró grave a Leilani. Ella comprendió que debía callar. Luego trató de cantar bajito y mover los labios, fingiendo que se sabía aquel canto antiguo de memoria como los demás. Al concluir la letanía hubo un par de avisos sobre el cambio de horario de la clase de Corán, de Ibargilio.

—¿Por qué nos dan clase de Corán? Pensé que esta abadía era cristiana. Hay cruces colgadas por todas partes —preguntó Leilani con voz baja.

Saturno la miró incrédulo.

—¿Acaso prefieres el *Libro de los muertos*, el tibetano? —respondió Saturno con una sonrisa perspicaz. Pareció entrever el fino ensayo de una ironía entendible únicamente en el contexto de aquellos tiempos, y la cual Leilani no pretendió hacer.

James escuchaba la conversación y se adelantó con una broma elocuente de aquella época:

—Yo prefiero la clase de *usutismo* y de las religiones de los siglos previos a la conquista espacial.

Saturno y James echaron a reír, aunque se detuvieron en cuanto vieron que el prior Igmar los miraba fijamente con ojos acusadores. Leilani no tenía idea de por qué su pregunta fue tomada como una broma ni qué era el *usutismo*.

El viejo Ibargilio subió al podio de la iglesia a paso lento, casi lastimoso, abrumado por lo avanzado de su edad, y se dispuso a hablar.

—Queridos hermanos, ya que hemos concluido los cantos y las oraciones, y antes de irnos a cenar, quisiera dar la bienvenida al experto penalista, el señor Flavio Josefo, quien ha venido desde muy lejos para lidiar con el asunto de la beatificación del hermano Laisenberg —hizo una breve pausa como esperando los aplausos.

Miró de izquierda a derecha a todos los novicios y monjes de Grimelk. Ciento treinta eran en total. Y dentro de aquel

majestuoso templo de bóvedas altas y paredes de piedra estilo gótico-usuta, propio de los siglos xxxv al xxxviii, cabrían hasta unos trescientos más. Ibargilio, el maestro de ceremonias y liturgia de la abadía, por antonomasia, se rascó la revuelta barba blanca. Continuó Ibargilio:

—Éste es un momento histórico para nuestra querida Grimmelk. Es la primera vez que uno de nuestros monjes... —Se oyeron murmullos entre la multitud.

El abad Arlot di Ehud y el prior Igmarr comenzaron a murmurar entre ellos con seriedad. Ibargilio los miró y adivinando sus pensamientos agregó:

—Corrijo, disculpen: ésta no es la primera vez que hay una propuesta de beatificación en nuestra abadía; sin embargo, es la primera vez que la propuesta es aceptada por el Nuevo Plus Vaticano. Por esa razón, en esta ocasión tenemos como invitados especiales a dos expertos que persiguen, como fin último, la implacable justicia y la esencia de la verdad, cada uno en caras opuestas de la moneda. Uno persigue la defensa y el otro, la anulación de la candidatura. El hermano Alexámenos, quien llegó hace unos días, ya ha comenzado su investigación, y ahora comienza la del señor Flavio Josefo.

—Hey, Lesmes. Pssst —llamó James—. ¿Sabías que el hermano Ibargilio tiene un síncope vasovagal?

Leilani miró a James e hizo un gesto de confusión. Calculó que James tendría la misma edad que Lesmes y a juzgar por las oscuras cejas pobladas, adivinó que si se dejaba crecer el cabello, seguramente tendría una pesada y oscura melena de león. Quién sabe por qué se lo imaginó de cabellos largos y ondulados. Le pareció que tenía una cara muy otomana con aquellos labios gruesos. El muchacho, que estaba de pie a un lado de James, era Uldio, otro novicio, amigo de todos:

—Sí. ¡Si le tocas el ombligo se desmaya! Ja, ja. Y para acabarla, el pobre está bastante sordo.

—¡Pobre viejo! Tiene casi ciento cincuenta años. Es increíble que siga vivo; sin embargo, el cerebro le funciona muy bien. Se la pasa traduciendo y transcribiendo documentos antiguos. Es el único ser humano vivo que posee el conocimiento de cien lenguas distintas, según le oí decir una vez al abad —dijo en voz baja Saturno.

—Dicen que hace traducciones secretas —agregó Uldio abriendo los ojos, como una rana.

—¿Para quién hace traducciones secretas? —preguntó con sospecha James.

—Para el Nuevo Plus Vaticano, James. Sería lo lógico, ¿no?

—Uldio, muy natural.

James enarcó las cejas, incrédulo.

—Yo creo que el hermano Ibargilio es más complicado de lo que creemos y que no sólo es nuestro profesor. Yo oí que hasta fue espía cuando era joven —Uldio asintió convencido.

—¿Espía de quién? —aguzó el oído James.

—¡Ah, eso no lo sé! —respondió Uldio.

—¿Dónde oíste tal cosa, Uldio? —terció Saturno.

—Oí platicar una vez a los monjes en los baños.

—No hagan caso a Uldio, siempre es lo mismo con él. Son chismes —quiso aclarar Saturno dirigiéndose a James y a Lesmes. Uldio no lo escuchó.

—Pero es verdad lo del síncope de Ibargilio. Yo ya lo sabía
—susurró James.

La voz barítona de Ibargilio se oyó más fuerte que antes y el eco retumbó en los antiguos muros de forma estrepitosa:

—... Y así será por unas semanas. Sabemos muy bien que la beatificación de Laisenberg es polémica, naturalmente. Después de todo, estamos hablando de canonizar a un científico. Sólo ha habido un monje científico canonizado, desde los siglos de la última época de la Tierra hasta hoy, y como saben, fue el fundador de nuestra orden de los monjes verdes. San Gabriel Swedensborg fue un extraordinario ingeniero químico en biotecnología con una vida notable. Fue el inventor del bulteno, el combustible que sustituyó por completo al petróleo hecho a base de materia orgánica en descomposición, y también fue el inventor del primer convertidor del bulteno. A los cien años de su muerte fue canonizado por orden del papa Honorio xxxviii. Hermanos míos: no caben dudas sobre las ventajas que nos daría el fortalecimiento de la relación entre nuestra Iglesia y la ciencia si esta beatificación se llevara a cabo. Ciencia y religión, nuevamente de la mano. Sin embargo, para el abad Arlot di Ehud y para todos nosotros lo más importante es la autenticidad y veracidad de esta candidatura. Estamos a favor únicamente de la verdad y lo que de ella provenga —se aclaró la garganta—. El abad ya les dijo esto, pero se los reitero yo también. Por favor, dejen que el hermano Alexámenos y el señor Flavio Josefo realicen sus investigaciones de manera libre y comfortable. Les pido a todos colaboración absoluta. A los monjes que se les realicen entrevistas, les solicito que cancelen sus actividades para darle prioridad al tema de la beatificación y que no obstaculicen el trabajo de nuestros invitados. Eso es todo. Vayan en paz, hermanos míos.

Se escucharon murmullos de conversaciones dispersas. Todos los monjes y los novicios tenían algo qué opinar. Cierta-

mente, se sentía un ánimo de emoción en la abadía. Algunos muchachos y otros más viejos opinaban que no había forma de negar la evidencia que había para beatificar a Laisenbergr, el gran promotor de invenciones y aplicaciones modernas del bulteno. Sus invenciones cambiaron el mundo y lo hicieron evolucionar a velocidad exponencial. Gracias a sus aportaciones tecnológicas, basadas en los descubrimientos de Swedensborg, se resolvieron los problemas del cambio climático en la Tierra y se concretó la colonización espacial. ¿No era esa una señal de Dios, de que ese hombre había sido bendecido? Pero eso no era todo. Este hombre de ciencia tuvo revelaciones místicas. Respondió al llamado de Dios y se ordenó como monje, allí mismo en Grimmelk, donde realizó milagros, que a la postre fueron calificados de controversiales.

Apenas se dispersó el grupo de monjes y novicios de la iglesia, cuando el señor Flavio Josefo le hizo señales a Pjotr con la mano. El monje doctor permaneció en la entrada de la iglesia y esperó a que el señor Flavio Josefo lo alcanzara allí. Se saludaron y caminaron juntos hasta el consultorio médico. El recinto médico tenía dos cuartos. En uno de ellos había dos camillas separadas por cortinillas blancas, un escritorio con algunos cajones, unos muebles y vitrinas llenas de frascos, jeringas, pastillas y equipo médico. El segundo cuarto, conectado mediante una puerta de madera pesada, estaba repleto de documentos, archivos, muebles viejos y equipos médicos en desuso. El monje Pjotr abrió la puerta del consultorio y el señor Flavio Josefo entró a examinar el interior.

—Hermano Pjotr, le agradezco que me permita realizarle esta entrevista. Como seguramente ya está enterado usted, mi trabajo implica recopilar información que sustente la falta de evidencia para beatificar a Laisenbergr; pero empecemos por ver la evidencia que existe. Por eso acudo a usted, que es el médico de esta abadía, y para que me ilumine con la información de los archivos médicos.

El doctor se sonrojó.

—Bueno, yo no soy más que el enfermero.

—Ah, pensé que usted era el doctor de la abadía. Así me lo informó el abad Arlot di Ehud.

—Técnicamente no soy doctor, soy enfermero. Pero, sí, es verdad, desde hace algunos años funjo como el médico de la abadía. Verá usted, el doctor Astrich murió de viejo hace algunos años, y yo era su ayudante. Tengo cuarenta y dos años y llegué a esta abadía hace quince. Aprendí mucho de él —señaló el empolvado retrato del doctor Astrich empotrado en la pared—. Él me enseñó a curar muchos males. Aquí en medio de la naturaleza hay muchas enfermedades. En las grandes urbes nadie se enferma de nada, pero aquí, estamos en contacto con hierbas, insectos, tierra y muchas cosas pasan. El doctor Astrich tenía conocimientos de medicina antigua, por ejemplo: de plantas medicinales, pero también de medicina moderna. Leí sus libros, sus notas; lo observaba y seguía sus órdenes, y así aprendí. Como verá, señor Flavio, en la abadía no tenemos equipo médico robotizado. Aquí no estamos a la vanguardia médica.

El señor Flavio Josefo pareció muy sorprendido ante tal afirmación.

—¿Por qué no tienen equipo médico especializado?

—Porque nuestra orden no nos permite utilizar las comodidades del mundo moderno. Es parte de la forma de vida austera y minimalista que llevamos aquí. Es un voto que hemos aceptado desde el principio. Si realmente alguien necesitara atención médica avanzada, tenemos una vieja nave, una T-PXT que puede llevar al paciente en cuestión de minutos a un hospital de las grandes ciudades. Por eso dije que más

que un doctor, soy un enfermero. Aquí curo padecimientos —se inclinó un poco para enfatizar— siempre y cuando no sean graves. Después del fallecimiento del doctor Astrich, el abad me autorizó a continuar con las funciones que él tenía.

—Entiendo perfectamente, hermano Pjotr. Si me lo permite, le preguntaré lo que ya comenté con el abad. ¿Cuál es su opinión al respecto de los milagros de Laisenberg?

El visitante colocó su portafolio sobre el escritorio de la habitación y sacó una tableta holográfica en la que tecleaba muy rápido cosas ininteligibles. Aquel hombre menudo de ojos hundidos resaltaba enormemente en la abadía, pues era el único que tenía cabello en ese mar de hombres pelones. La luz emitida por la pantalla se reflejaba en las pupilas oscuras de sus ojos. Vestía una especie de chaqueta ajustada de color café y diseños fractales, muy a la moda de aquel entonces. Su cabello castaño pulcramente peinado hacia atrás le daba un cierto aire de superioridad intencional. El señor Flavio Josefo era un hombre maduro sin llegar a viejo, castigado con algunas arrugas, pero ninguna cana.

—¡Los milagros de Laisenberg me parecen extraordinarios! —La cara alargada del doctor se iluminó con una sonrisa.

—Me refería a su opinión profesional como doctor.

—¡Ah! Al respecto quiero mostrarle que hay pruebas sobre esos milagros en los archivos médicos de Grimelk.

El monje fue al cuarto contiguo y trajo una caja llena de papeles y documentación antigua. De entre los papeles, sacó unos cuantos y se los mostró a su entrevistador.

—Mire, aquí vienen las fechas, los nombres y los diagnósticos de estos pacientes con enfermedades terminales. Como podrá observar, están autorizados y revisados por el doctor de la abadía, que en ese entonces era el doctor Fagu, y su enfermero Octavio Ris —señaló con el dedo sobre el papel.

—Sí. Sí, eso está muy claro. Lo veo.

—Luego, en estos otros documentos podrá ver que esos mismos pacientes fueron dados de alta y declarados curados sin intervención médica. En las notas médicas, podrá constatar que el doctor no se explicó cómo es que fueron curados. Y escribió la palabra “milagro”. Ahí se cuenta cómo fue que Leonardo Laisenberg vino a ver a los pacientes, les puso las manos en la frente, los bendijo y les dijo que estaban curados. Luego esos pacientes se levantaron y se fueron curados.

Pjotr se frotaba nerviosamente las manos, como si se lavara las manos con jabón invisible. Le alegraba contribuir con esa información y quería estar a la altura de la situación. Quería desempeñar bien su papel y generar credibilidad en su testimonio. Su flaqueza y debilidad física se compensaban con su hiperactividad y verdadera vocación de médico.

El señor Flavio Josefo lo miró grave y luego le guiñó un ojo incitándolo a la camaradería.

—Doc, ¿no podría ser todo esto falso?

El otro lo miró como si hubiera visto un monstruo salir del vientre de una mujer embarazada.

—Señor, no hay manera de que sea falso. ¿Vio cuántos enfermos eran? No era uno, ¡eran doce! ¡Como los doce apóstoles de Jesús! ¡Ay, si mi madre viviera! —se santiguó con parsimonia— ¿Cómo se va a falsificar la información de tanta gen-

te? ¡Ni que fueran los siglos anteriores al meteorito! Éste es el testimonio de la opinión médica del doctor de la abadía y de su enfermero. Si gusta puede revisar el currículum del doctor, es impecable. Aquí le dejo todos los documentos de soporte. Las identificaciones de esas personas están aquí. Todos vinieron a la abadía de diferentes regiones de la Tierra, al enterarse de que Laisenberg poseía habilidades curativas.

El señor Flavio Josefo dejó la tableta holográfica que traía en la mano para tomar notas y se sobó la frente, exasperado.

—Es difícil de creer, ¿no? Al fin y al cabo, toda esta supuesta verdad está plasmada en papel. Y sabemos que el papel ya no se usa desde hace siglos por una buena razón. Si la abadía utilizara sistemas nano digitales o neuronales, como los de ahora, sería más difícil...

El doctor le lanzó una mirada empática; quería ponerse al nivel de su invitado.

—No, señor Flavio. El papel ya no se usa simplemente porque está prohibido, pero nosotros tenemos un permiso especial del gobierno y utilizamos el papel que quedó sin destruir, y nos quedan cientos de toneladas en las bodegas. Y para que resista el paso del tiempo le ponemos una capa de solución de extracto de *suiri*. Ya sabe, la sustancia que hay en las hojas de los arbustos *cupidi ignitis* azules. Una vez que se coloca la capa del extracto de la planta, lo escrito sobre el papel ya no se puede borrar —que Dios me perdone por lo que voy a decir—, ni con su mismo dedo. ¡Ay, si mi madre viviera! Esos documentos tienen la capa de extracto de *suiri* desde el día en que se firmaron y eso se puede comprobar. Si hubieran sido modificados posteriormente, el rastro de esos cambios se observaría claramente porque habría un rastro químico imborrable. Lléveselos para que sus especialistas los analicen y se convenzan de su autenticidad.

—Aun así, doctor. ¿Acaso no le resulta difícil creer en un milagro?

—No. ¿Sabe por qué me volví monje?

—No lo sé, pero dígamelo.

—Le va a parecer una explicación trillada, sin duda; pero lo hice porque un día supe que ésta era mi verdadera vocación. El mundo moderno y sofisticado de hoy sólo se enfoca en las colonias, los combustibles, los minerales y en acumular riqueza a través de la adquisición de tierra, y todo eso lo encuentro banal y superfluo. Y es verdad, el dinero ya casi no se utiliza como moneda de cambio. El mundo pasó de ser una economía globalizada y capitalista (donde el rey era el dinero) a un modelo en el que la tenencia de la tierra es considerada una de las monedas de cambio más importantes. Alrededor del 89% de los seres humanos rentan un lugar para vivir en las torres de edificios de cientos de metros de altura y sólo 11% posee tierra firme, y puede vivir de sus cosechas y ser autosustentable en la Tierra. Y a esas personas que poseen parcelas de tierra para cosechar, aunque sus ropas sean viejas y sus techos goteen, se les considera afortunadas, porque para el ciudadano común y corriente es imposible comprar un terreno sin construcción. El modelo habitacional vertical lo cambió todo. El verdadero lujo de hoy es lo que hace siglos se consideraba pobreza: vivir en el campo y producir la propia comida en una parcela de tierra. En el pasado, era ostentoso y envidiable vivir en las ciudades, junto a las luces, las pantallas y los centros comerciales. Desde la conquista espacial, el hecho de que ya no existan continentes y el planeta se maneje como una unidad geopolítica vertical es espeluznante, ¿no le parece?

—¿A qué se refiere?

—Piénselo. Hoy, hay opciones: se puede vivir en las colonias (sin naturaleza disponible como la que hay en la Tierra) en ambientes artificiales tan falsos y agresivos al ojo humano que generan ansiedad y depresión, pero es lo más barato y eficiente. En las colonias la profesión más redituable es la de psicólogo o terapeuta. Casi toda la gente está deprimida. La tasa de suicidios es la más alta en la historia de la humanidad. Si se tienen recursos, es decir, si uno es rico, se puede vivir en la Tierra pagando una renta en las torres. Pero no hay un alma allí que tenga un jardín o un pedazo de suelo, de tierra y hierba verde. Sólo los que decidieron no vender sus propiedades en la Época de la Transición, inteligentes todos ellos (si me permite el comentario), constituyen gran parte de ese minúsculo porcentaje de tenedores de tierra y son ellos los verdaderamente privilegiados de nuestra época (aunque no tengan créditos para comprar otras cosas). Son ricos precisamente por tener un pedazo de tierra para ellos y se benefician con los frutos que el suelo les da. ¡Qué goce! En tal caso, no tener créditos importa poco porque se puede ser autosustentable.

El señor Flavio Josefo cruzó los brazos. Pareció que quiso decir algo, pero el monje continuó:

—Hay opciones señor, sí, pero ninguna de esas fue suficiente para mí. Hay tantos monjes en esta abadía que se ordenaron sólo para vivir junto a la naturaleza y no irse a las colonias, ni vivir en una sórdida torre. En mi familia nadie tiene tierras y yo no tengo créditos suficientes como para vivir en las torres. Ir a las colonias me parece un horror. Tampoco me interesa casarme ni tener hijos. Me ordené como monje porque aquí hay tierra, tangible, que puedo tocar y apretar entre mis manos hasta que se desparrame. Puedo olerla cada día; y cada mañana puedo salir a caminar, disfrutar del silencio y los colores de la naturaleza. Éste es mi hogar y aquí soy útil. Además, no es un secreto que soy antisocial y tímido. Dentro

de estos muros de piedra honesta se valora la discreción y el silencio, atributos que, sin duda, yo tengo de sobra.

—Entonces, usted realmente no se volvió monje porque haya sentido el famoso “llamado de Dios”, sino que...

—No, espere. Claro que sentí un llamado. Dios nos habla de muchas formas. ¿O cree usted que el llamado de Dios se manifiesta siempre y sólo mediante un sueño donde uno ve a un ángel vestido de blanco que lo llama a uno con una voz de ultratumba?

—No quise decir...

—Yo supe un día que el mundo de allá afuera no era para mí. Ése fue mi llamado. Supe que mi deber era hacer algo más. Y aquí me reencontré con mi fe. Aquí aprendo sobre la naturaleza, investigo sobre medicina, estudio las religiones del mundo y de las colonias. Aquí, en Grimmelk, estudiamos a fondo la filosofía de todas las creencias y aprendemos de ellas. Vivimos en completa armonía con la naturaleza sin exigir más de ella ni de lo que nos rodea. Con franqueza, señor Flavio Josefo, no sé cómo se puede vivir allá afuera. Yo ya no sabría cómo.

El monje Pjotr estaba al borde de las lágrimas. Su discurso pareció salir del corazón y, al concluir, su mirada se clavó en el suelo, como si recordara algo con sabor amargo.

El señor Flavio Josefo se aclaró la garganta, incómodo ante el despliegue sentimental del monje.

—Señor Pjotr...

Quién sabe en qué momento dejó de ser hermano y el señor Flavio Josefo mejor lo llamó secamente “señor”. Como si al

haber mostrado su lado sensible se le hubieran borrado el grado de monje y de doctor.

—Aquí todos me llaman Pie, aunque no me gusta. Cuando llegué a Grimmelk...

—Señor Pjotr —insistió su interlocutor—, le agradezco su candor, pero ahora le pido que volvamos al tema de Leonardo Laisenbergr. Estos documentos que usted me ha presentado no son evidencia suficiente para probar que se realizó un milagro.

El doctor se limpió las lágrimas y fue a sentarse sobre el escritorio. Pareció fatigado, y sin embargo su voz sonó fuerte y determinada.

—Si me lo permite, señor —lanzó una mirada un poco de soslayo enarcando una ceja—, la explicación de los misterios es, a menudo, la menos complicada. La evidencia a veces parece perder valor cuando se trata de algo que pasó hace mucho tiempo. Es exactamente igual que en los tiempos cuando se negaba la existencia de Jesús, pero no hay que confundirse. Le doy un ejemplo: a nadie se le va a ocurrir que usted y yo no existimos. ¿Quién lo puede negar? ¡Si estamos aquí parados los dos en este momento! Por otro lado, en trescientos o mil años más, seguramente habrá quien niegue que existimos. El paso del tiempo da la impresión de borrar del camino ciertas cosas, pero es eso, sólo una impresión, mas no quiere decir que realmente se borren los hechos ni las cosas. Aquí hay —señaló la caja— pruebas documentales de mucha gente que fue curada milagrosamente por Laisenbergr, así como numerosos testigos de ello. Ese hombre tenía el don de curar a la gente. Si eso no es un milagro digno de beatificación, no sé qué lo sea. ¿Tiene alguna otra pregunta? Porque si no, le ruego que me permita continuar con mis actividades. Yo no tengo nada más por decir.

El señor Flavio Josefo hizo ademán de que no necesitaba nada más y se llevó la caja de documentos. El doctor se sentó en la silla frente a su escritorio y clavó la mirada en el piso, como si haber pensado en el pasado y el mundo fuera de Grimelk le trajera recuerdos dolorosos. “Ay, si mi madre viviera”, pensó.

Mientras tanto, Alexámenos fue a entrevistar a Isidoro, el guardabosques y jardinero de la abadía. El jardinero estaba en cuclillas frente a un arbusto recortando los bordes disparejos de las ramas. El monje cruzó el campo de pastos bien podados y se acercó hasta él. La atmósfera de paz y de olores herbales de aquellos jardines le pareció exquisita. El sol, como lámpara anaranjada, velaba en lo alto del cielo como un ojo que lo mira todo.

—Buenas tardes, hermano Isidoro. Quisiera hacerle unas preguntas. Mi nombre es Alexámenos.

El jardinero no llegaba a los cuarenta. Su curioso interlocutor observó sus manos gruesas, llenas de callos y algunas cicatrices en el dorso de la mano y en los antebrazos que gritaban un pasado oscuro. Le miró el cuello también y le encontró otra cicatriz, que se extendía hasta el borde derecho de la comisura de la boca. Algún cuchillazo en alguna pelea félida y sucia o un accidente desafortunado, probablemente. El semblante áspero y duro de aquel jardinero discordaba humildemente con el de los demás monjes. Tardó en responder. Tal vez fue su misma lengua la que le regaló aquellas cicatrices y desde entonces se volvió cauto y callado con ella.

—Yo sólo soy el jardinero de Grimelk. No sé en qué le pueda ayudar yo a usted.

Cuando dijo “usted”, giró el cuerpo y la cabeza hacia Alexámenos y apuntó hacia él las tijeras de jardinería que traía

en las manos, casi amenazante. Su entrevistador dio un paso atrás.

—Iré al grano. No pretendo quitarle el tiempo.

Sacó una tableta holográfica que desplegó un holograma en el aire. Era la imagen de un roble. El semblante del jardinero se ablandó por completo al verla. Hubo un asomo de ternura en sus ojos pardos.

—Ésta es la imagen de un roble. Pero eso, naturalmente usted ya lo sabe —cambió drásticamente el tono de voz; parecía un maestro que daba una cátedra—. Un milagro es algo que se realiza fuera del orden comúnmente observado en la naturaleza, así lo definió santo Tomás de Aquino. Esto quiere decir que un milagro debe tener pruebas sólidas de no haber ocurrido siguiendo las normas naturales y eso, hermano Isidoro, es precisamente lo que yo he venido a hacer aquí.

—Naturalmente —remedó el jardinero con una mueca sarcástica y continuó la poda de las ramas. Le dio la espalda nuevamente al monje defensor.

—Se me ha dicho que aquí mismo, en esta abadía, hay un roble.

—¿Y dónde escuchó semejante cosa?

—Lo sé de buena fuente.

Dejó las tijeras sobre el piso, se puso de pie y se paró de frente a Alexámenos. Del bolsillo de su sotana, sacó una pipa electrónica que contenía cierto líquido verdoso de dudosa procedencia. La encendió, aspiró y exhaló un humo negruzco en la cara del otro hombre. Sin ninguna prisa, se paró a un lado suyo. Los dos miraban a lontananza, uno

al lado del otro. Alexámenos sabía muy bien quién era su entrevistado. El abad Arlot di EHUD lo había puesto sobre aviso, por decirlo así, por si era necesario; sin embargo, esperaba no tener que recurrir a otros recursos para hacerlo cooperar. “En el fondo, Isidoro es una buena persona, es un hombre leal”, le había dicho el abad, y sorprendentemente lo tenía en muy alta estima.

Isidoro ofreció su pipa. Cuando extendió el brazo, quedó a la vista un tatuaje de piloto, de mercenarios, que tenía en la parte interna del brazo musculoso. Aquello no se lo había dicho el abad al monje defensor. Alexámenos lo miró un poco de soslayo y aceptó la pipa, aunque él no fumara. Haría una excepción en esa ocasión y fumaría un poco, sólo para complacer al jardinero. Isidoro continuó su contemplación del majestuoso paisaje de los campos y bosques de Grimmelk que se extendían hacia el horizonte.

—Yo sabía que en esta abadía hay ciertas libertades, pero... no pensé que se permitía fumar aquí —aventuró Alexámenos.

Isidoro sonrió sólo de un lado de la cara, como un apostador que siempre guarda un as bajo la manga. Alexámenos fumó un poco y le devolvió la pipa.

—No se permite.

Ya era hora de ir al grano.

—Como usted sabe, llegué hace unos días a la abadía. He recorrido todos los jardines durante este tiempo, de arriba abajo y...

—Lo he visto merodeando por los jardines y los bosques. Parece que anda buscando algo, hermano —lo interrumpió Isidoro con aire burlón.

—Como decía, he recorrido toda la propiedad y no he encontrado ningún roble.

—¿Y se puede saber qué roble se le ha perdido?

Isidoro lo miró de reojo con sonrisa astuta.

Si es que era cierto que aquel monje guardabosques había roto la ley, se había escapado de la autoridad, como dijo el abad, y había sido piloto de naves de contrabando de la Luna y de las colonias como lo atestiguaba su tatuaje, era preciso tener cuidado con él. Alexámenos, fanático del ajedrez, sabía que debía escoger bien las palabras y su siguiente movernada. ¿Gambito de rey? Sin duda, un arma de doble filo; sólo que aún era muy pronto, pensó.

—Digamos que se afirma que aquí hay uno. La cosa es saber dónde está y usted conoce estos jardines y bosques como la palma de su mano. Me pregunto si tal vez haya visto usted uno.

Isidoro volvió a fumar con tranquilidad.

—Los robles dejaron de existir desde hace mucho, casi desde que se fundó nuestra orden. Las industrias acabaron con todos los robles y con otros tipos de árboles. Parece mentira que con el paso de los siglos los árboles evolucionaron para proteger su propia supervivencia haciendo que sus maderas se volvieran inservibles para la construcción y los combustibles del ser humano. Es como si poseyeran una inteligencia más allá de la nuestra. ¿Qué le hace creer que aquí hay un roble? Si lo hubiera, sería bueno hacer una fortuna con él, ¿no lo cree?

—Precisamente, hermano Isidoro. Si yo pudiera comprobar la existencia y la edad de un roble en estos bosques, se confirmaría el milagro del roble de Laisenbergo.

—¿Se refiere a esa vieja historia que cuenta cómo Laisen-berg logró plantar un roble de verdad, desde la semilla?

—Así es. Confirmar el milagro sería un argumento contundente para la beatificación.

—Qué interesante eso de la beatificación —aspiró humo de la pipa y se miró las uñas negras de tierra—. Me imagino que debe haber un buen pastel para algunos. Lástima que yo no sepa nada. Y si supiera algo, no sabría si quisiera revelarlo. Digo, a menos que me tocara algo de ese pastel.

Isidoro soltó la pipa, la dejó en el suelo y recogió las tijeras. Le dio la espalda a Alexámenos, se puso en cuclillas y se dispuso a continuar podando los arbustos, como si estuviera solo.

—¡Vamos, piloto! Claro que habría una rebanada de pastel.

Isidoro se puso tenso y fingió no escuchar aquel “piloto” de la boca de un extraño. Ni siquiera el abad conocía esa parte de su oscuro pasado.

—Mira, Isidoro. Escúchame un momento —Alexámenos abandonó de una vez por todas el “usted”—. Basta de payasadas.

Isidoro soltó las tijeras, se puso de pie ágilmente, cruzó los brazos como genio de la lámpara maravillosa y miró con fijeza a los ojos a su interlocutor.

—No. Escúcheme usted a mí, señor Alexámenos —hizo mucho énfasis en el trato de “usted”—. Si cree que sabe algo de mí porque el abad le contó que me ayudó cuando pasé un momento difícil tratando de escapar de un aprieto, está en un error. No tiene idea de quién soy, y como no la tiene (sé muy bien que no la tiene), no puede exigirme nada. ¿Usted

cree que no sé cuánto se fortalecería la relación entre la religión y el gremio científico si beatifican a Laisenberg? ¿Usted de verdad cree que no sé cuánto le afectaría esto al gobierno de la Unión Mundial? La Unión Mundial no quiere líderes fortalecidos en la oposición. El gobierno está feliz con la existencia de la oposición actual. Es saludable tener impurezas e infecciones, siempre y cuando sean débiles y estén bajo control. Si beatifican a Laisenberg, surgirán nuevos y peligrosos líderes. La religión, bajo el sello del Nuevo Plus Vaticano, ha tratado por siglos de inmiscuirse en las decisiones que toma la Unión Mundial, y hasta ahora no lo ha logrado. Con esta beatificación, se echan a la bolsa a los poderosos líderes simpatizantes con los proyectos científicos y eso significa nuevas alianzas, nuevos acuerdos y beneficios. Todo esto se traduce en más activos y créditos para financiar campañas que le resten poder a la Unión Mundial y se lo sumen a la religión, ¿no es así? ¿Acaso no es así como ha sido siempre por los siglos de los siglos, amén? La religión siempre tratando de quedarse con el poder a toda costa. La guerra y la política nunca cambian. ¿No le parece?

Alexámenos permaneció en silencio. Debía ser cuidadoso y se estaba resbalando.

—Verdaderamente eres un monje único en tu tipo. Mira, sin más rodeos: vengo preparado para hacerte una oferta. Ahora dime, ¿cuántos créditos quieres por la ubicación exacta y la información que tengas al respecto del roble?

Isidoro rio.

Alexámenos le mostró su tableta holográfica.

—Escribe una cifra. O si lo que prefieres es un terreno en alguno de los planetas de las colonias, lo podemos conseguir. ¿Cuál es tu colonia favorita?

—No quiero nada de eso.

—¿Entonces qué quieres?

—Te voy a mostrar el roble, y te puedo asegurar que quien lo plantó fue Laisenberg. Y también te puedo probar que logró reproducirlo. Así que tendrías tu milagro y además otro milagrito de mucho valor comercial.

Alexámenos abrió los ojos en señal de sorpresa.

—Quieres decir, ¿qué hay más de uno?

—Los hay. Imagínate lo que el NPV puede hacer con esa evidencia —como si existiera una pantalla imaginaria con letras gigantes frente a él, pasó la mano sobre el aire como delineando un sueño—. “Laisenberg no sólo logró el milagro de sembrar un roble, árbol considerado extinto de la faz de la Tierra, sino que aquel árbol milagroso ha dado hijos, dando una nueva esperanza para esta preciada especie. Laisenberg logró traer a la Tierra, de la mano de Dios, lo que el hombre destruyó”. ¿Qué tal, te gusta la nota, hermano? ¿Te imaginas el simbolismo detrás de esta noticia y de esta hazaña? “El NPV lo puede... todo.” Y no sólo eso, si el NPV lograra perpetuar la reproducción del roble, ¿te imaginas la demanda al único productor de madera útil para construir, para imprimir papel, o por su valor de piedra preciosa estos días?

—Con tal tesoro, podrías hacerte rico tú mismo, Isidoro. Si no fuera por el detalle de que eres un delincuente muy buscado, y no puedes ni salir de aquí. ¿No es cierto? ¿Qué quieres, Isidoro?

Gambito de rey, era necesario darle algo.

—Quiero *carte-blanche* para mí y para alguien más.

—¿Para quién?

—Para un hermano que está preso.

—¿Por qué está preso?

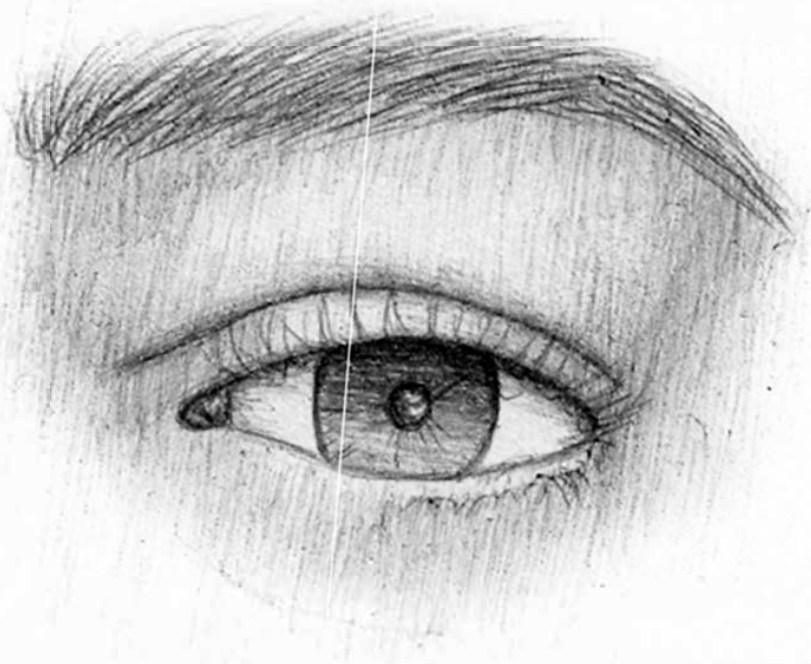
—Porque no corrió con tanta suerte como yo. Quiero que borren el expediente criminal de ambos.

—¿Para hacer qué?

—Lo que me plazca. Quiero salir de Grimmelk. Ah, y además quiero una casa con un extenso jardín en la Tierra y créditos suficientes para vivir holgadamente el resto de mi vida. Dígame, hermano Alexámenos, ¿puede usted arreglar eso?

Alexámenos le lanzó una mirada grave. Asintió. Jaque mate. Haría el trato. Que consiguiera las pruebas a toda costa había sido la orden que le dio el cardenal Luhath. El sol estaba también ahí galopando sobre sus cabezas. Hacía calor y era un buen día para estar afuera. Era un buen día para cerrar tratos, aunque fuera con criminales escondidos dentro de la abadía más reconocida del planeta. Aquella abadía tenía algo especial, allí se sentía uno como si el tiempo no transcurriera.

—¿Quiere dar un paseo por los bosques, señor Alexámenos?
—preguntó Isidoro con una sonrisa amable y mostrándole la dirección hacia la cual irían a continuación.



*Más allá de un punto crítico, los grados de libertad,
en un espacio finito, disminuyen a medida
que se incrementa el número.
Esto resulta válido tanto para los hombres
en el espacio finito de un ecosistema planetario
como para las moléculas de gas en una botella sellada.
La cuestión para los seres humanos
no es saber cuántos de ellos podrán sobrevivir
dentro del sistema, sino qué tipo de existencia
será posible para aquellos que sobrevivirán.
[Pardot Kynes, primer planetólogo de Arrakis.]*

Frank Herbert, *Duna*

XII. Un asunto apenas

Un asunto apenas a Leilani. Basándose en el comportamiento de los novicios Saturno, James y Uldio, y de los monjes, confirmó que Lesmes, hijo de la adinerada familia Girafont, existía cuando Leilani no estaba presente en Grimmelk. Es decir, con frecuencia los otros novicios discutían sobre actividades o momentos recientes en los que supuestamente Lesmes participó y de los cuales ella no se acordaba. Un acierto a la vanidad. A fin de cuentas, había que dejar ir la idea de que Leilani era Lesmes. Lesmes era Lesmes y Leilani era Leilani. Aquella evidencia la orilló a concluir que, cuando ella no estaba en Grimmelk, el verdadero Lesmes vivía con libertad. Se preguntaba dónde estaría el verdadero Lesmes cuando ella usurpaba (por Dios, ¿qué no hay otra palabra?) el cuerpo y la conciencia del muchacho.

Por otro lado, Leilani llegó a la conclusión de que aquel mundo del 5037 era realmente el futuro del planeta Tierra, y que de algún modo mediante su ensueño logró dar un salto en el tiempo. De vez en vez, también la asaltaba la duda sobre si aquella Tierra de aquel año pudiera ser una realidad alterna completamente distinta a su propia línea de tiempo.

—¿En qué piensas, Lesmes? A veces parece como si no estuvieras aquí, o más bien, como si no fueras tú mismo —corrigió Saturno.

Leilani estaba sentada junto a Saturno sobre una tristísima banca de piedra en el patio del claustro de la abadía.

—Disculpa, es que en verdad a veces pienso que no me conozco. A veces tengo recuerdos que no son míos. Como si yo hubiera sido otra persona alguna vez y quedara algo de esa persona en mí. Vestigios de alguien; de otro tiempo, de otra era. Sé que suena a locura, pero a veces me pasa así y me quedo pensando en eso. ¿Te ha pasado?

—No, pero creo que entiendo a qué te refieres. Ya me lo has contado antes. Ayer dijiste que te dolía la cabeza y que recordabas fragmentos de una vida que no era tuya. Dijiste que parecían sueños que se sentían como recuerdos ajenos. Dijiste que soñaste que eras una mujer del pasado.

—Pues a eso me refiero —dijo ella sobándose la cabeza, pensando que ella no había estado el día anterior en la abadía, ni le había dicho nada antes sobre el tema a Saturno. Por lo visto, el verdadero Lesmes también tenía recuerdos de Leilani. De pronto, todo tuvo sentido. Ella, a veces, recordaba cosas de la vida de Lesmes y, a su vez, él de la de ella. Conjeturó que tal vez sus mentes estaban conectadas de alguna manera.

—Yo creo que la reencarnación es posible. Es un concepto muy antiguo del que ya no se habla. ¿Recuerdas cosas que nunca viviste?

—Algo así —Leilani sonrió.

—Tal vez recuerdas a la persona de la que reencarnaste.

Permanecieron callados, meditando la idea.

—¿Qué harás después de que te ordenes como monje, Saturno? Te quedan dos años, ¿no? —Cambió ella el tema. Era mejor hablar de él.

—Sí, aún me faltan dos años. No lo sé, pero me gusta la vida monástica —sonrió mientras se alisó la cabeza—. Siento que todos los que vivimos en la abadía tenemos la misma mentalidad, el mismo objetivo, y eso me gusta. Todos huimos de la maldita y brutal modernidad y de la locura imbécil del mundo de este siglo.

—¿No te emocionan las naves voladoras y la vida en otros planetas? —dijo con ironía Leilani.

—Sabes bien que no.

—Pero, ¿no te parece fascinante? Me refiero a que siglos atrás nadie se imaginaba que se descubriría el tulteno...

—El *bulteno* —corrigió Saturno, y la miró extrañado.

—Sí, claro, eso dije; ni tampoco nadie se imaginaba que sería posible vivir en otros planetas, utilizar los materiales lunares para diferentes industrias ni que sería posible limpiar los mares y el aire de la polución.

—Te olvidas de lo más importante. ¡El proyecto más grande de la historia de la humanidad!

Ella no supo qué contestar, pero se contagió de la emoción con la que habló Saturno e hizo un ademán con las manos para que continuara.

—Lesmes, a veces parece que vives en otro mundo. Me refiero al proyecto de la movilización espacial de la Tierra. Ya sabes, desde hace siglos los físicos descubrieron que en unos cuantos miles de años se darán ciertos cambios en el espacio, que destruirán la capa de ozono terrestre, y eso ocasionará que la vida en la Tierra deje de existir, eventualmente. Así que la meta de la humanidad es mover el planeta de lugar por medio de los macromotores que están en desarrollo.

—Sí claro, los macromotores, naturalmente. Pero olvidé por qué pasarán esos cambios que destruirán la capa de ozono. Nunca puse atención a esa información. ¿Podrías recordarme qué fue lo que descubrieron los científicos? —Quiso sonar ingenuamente natural.

—Yo no soy físico, pero es algo relativo al agujero negro de Sagitario A, el de nuestra Vía Láctea (no me refiero al Sagitario A de la galaxia Farael). En la escuela nunca fui bueno con la física ni con las matemáticas, pero esa información nos la han repetido hasta el cansancio por todas partes. Qué raro que no te acuerdes; quizá tu educación de niño rico fue diferente a la nuestra. Quizá recuerdes esta canción de la escuela:

*Sagitario A es muy grande
Y vive en nuestro cosmos
Es un monstruo muy voraz
Por eso el mundo hay que mover...*

La melodía es tan pegajosa que mis amigos de la infancia y yo la repetíamos como loros durante las clases. Y luego en casa también mi madre...

—¿Qué pasa con Sagitario A? —insistió alarmada ella.

—Hace muchos siglos se calculó que Sagitario A no se movería mucho de lugar. Pero siglos después, se descubrió que esos cálculos estaban mal, y que en realidad el hoyo negro se desplazó bastante y que se tragó planetas, estrellas y en general muchos elementos de la galaxia; no te sabría decir cuántos ni cuáles. Eso ocasionó que mucha energía fuera despedida de los polos de Sagitario A, y esa energía aumentó de velocidad a causa de ciertos campos magnéticos. Los científicos calcularon las trayectorias y se sabe que esa energía va a llegar a la Tierra en unos cuantos miles de años y destruirá la capa de ozono por completo. Y bueno, sin la capa de ozono la vida en la Tierra sería imposible. Es increíble que no te acuerdes de esto. Me parece que eres el único ser humano que no lo recuerda.

Saturno habló con muchísima naturalidad. En cambio, a Leilani le latía el corazón a galope de potro en brama; se sintió angustiada y le dio terror la forma inocente en la que Saturno le recitó todo aquello.

—Sí. Es increíble que no me acuerde bien de todo eso. Creo que de niño me dio tanto miedo que mi mente bloqueó toda esa información. Pero los cálculos sobre el tiempo que le queda de vida a la Tierra, me refiero a los miles de años para que eso suceda, están confirmados, ¿no?

—¡Claro! Se actualizan todo el tiempo, automáticamente.

—¿No te da miedo pensar que el fin de la humanidad ya está en camino?

—¿A qué te refieres?

—A que esa energía que destruirá todo ya viene viajando hacia nosotros. Se acerca cada día más y más. A cada respiro, a cada salida del sol. Lento, pero viene.

—Para eso se está trabajando en los macromotores.

—Pero y si no se construyen a tiempo, ¿qué va a pasar?

—Ésa era la preocupación de la generación del 10, cuando se descubrió la noticia del error en los cálculos. En las noticias dicen que planean tener la tecnología lista para fines del siguiente siglo. Y si no, tienen miles de años para estar listos. No te preocupes, todo va a estar bien, amigo.

“En fin, volvamos a las colonias”, pensó ella.

—¿Y tú qué crees qué les pasará a las colonias, cuando desarrollen la tecnología para mover planetas?

—¡El tema más debatido de todos los tiempos! Cuando existan los macromotores para mover la Tierra, se construirán también otros para mover los planetas colonizados. El problema del agujero negro no sólo afectará al planeta Tierra sino a todo lo que hay en nuestro Sistema Solar y lo que está cerca. Ya sabemos que este Sistema Solar está condenado; la alternativa hubiera sido encontrar un planeta que tuviera las mismas condiciones de vida que hay en la Tierra, entonces, podríamos mudarnos y ya está, pero esa hipótesis ya está totalmente descartada. Aún hay políticos de la Unión Mundial que apoyan esas ideas retrógradas, pero lo hacen sólo para obtener créditos para proyectos de exploración y obtener el beneficio de los minerales extraídos.

—Sí, yo tampoco creo que eso sea posible a estas alturas del camino —afirmó Leilani sin tener idea de nada.

—Claro, yo opino igual. Por eso la Unión Mundial y las empresas hicieron bien en enfocarse en el proyecto de movilidad espacial planetaria. Cuando se perfeccione la tecnología, sólo habrá que mover los planetas, encontrar otro Sol y listo. Para eso están los expertos calculando desde ahora las trayectorias, las velocidades, y absolutamente todo para que el futuro de la humanidad esté asegurado. Desafortunadamente, las colonias que están fuera del Sistema Solar no pueden sobrevivir sin los recursos que se extraen de la Tierra y de la Luna. Sería imposible dejar la Tierra y sólo vivir en las colonias lejanas. ¡Tenemos que irnos con todo y planeta! Me encanta la idea de que no hay que hacer ni una maleta ni esconderse debajo de la tierra para evitar el apocalipsis.

—¡Los ecologistas tenían razón cuando sacaban sus pancartas a la calle y decían: “No hay planeta B”!

Saturno lo pensó un poco y sonrió.

—¿Cuáles ecologistas?, ¿a qué época te refieres?

—Al siglo XXI.

Saturno soltó una carcajada.

—No tengo ni idea de qué pasó en ese siglo —suspiró y movió la cabeza hacia atrás, mirando al cielo—. Al respecto, estaba pensando que es curioso que la mitad de la gente del mundo trabaje en alguna empresa o tarea relacionada con el proyecto de movilidad planetaria, o bien, se dedica a la exploración espacial, y nosotros (unos cuantos rebeldes), estamos aquí viviendo como vivían los primeros pobladores del mundo.

—Más bien vivimos como en la Edad Media —dijo ella por decir algo.

Pensó en la suerte que había tenido. Logró lo que nadie había hecho antes. Realizó un viaje de la conciencia al futuro mediante un ensueño y logró que su propia mente ocupara el cuerpo de otra persona, y en lugar de aparecer en una colonia espacial de esas de las que tanto hablaban todos, o en alguna ciudad interesante, con todos los avances tecnológicos que ella sólo podía imaginarse, apareció en el único lugar en donde la civilización no había llegado, ni el café. ¡Cómo extrañaba beber una taza humeante de café! Ya había dicho en algún cuento el escritor argentino Julio Cortázar que siempre que alguien tiene un bote de Nescafé significa que esa persona no está en la última miseria, todavía se puede resistir un poco, pero estos monjes no tenían ni Nescafé.

—Sí hay Nescafé, Lesmes. ¿No lo has visto?

—Pero qué carajo..., ¿me escuchaste?

—Hablaste en voz bajita, pero te escuché perfectamente. Dijiste que ni Nescafé hay en esta abadía.

Leilani rio estrepitosamente. Pues qué bien, al menos eso había. Nescafé en el 5037. ¡Quién lo habría imaginado!

Leilani estaba anonadada con el proyecto para mover la Tierra. ¡Qué locura era ésa! ¿A quién se le había ocurrido que era una buena idea? En el 2023 todos se hubieran reído. La realidad del futuro del mundo era cada vez más interesante, pero a la vez más absurda. Entre más la conocía más quería saber de ella. Incluso deseó no volver jamás al pasado y quedarse allí en aquel inesperado año. Quedarse allí le pareció una idea emocionante, pero estremecedora a la vez.

Tal vez quedarse significaría que Leilani del 2023 muriera o nunca despertara. En esos momentos, su cuerpo dormía plácidamente en su cama de Tallin, mientras su conciencia ocupaba el cuerpo de Lesmes. Quedarse también ocasionaría que el verdadero Lesmes nunca volviera a su cuerpo. No, sería horrible hacerle eso al verdadero Lesmes. Ni siquiera sabía si tal delirio aberrante era posible.

Saturno continuó:

—¿Qué siglos comprende la Edad Media?

—Creo que del siglo V al siglo XV.

—¿Desde cuándo sabes tanto de historia? —Saturno la miró incrédulo—. De todas maneras, ninguno de nosotros, ni nuestros hijos, ni los hijos de nuestros hijos vivirán para ver la Tierra moverse un centímetro. Es mejor vivir en el aquí y en el ahora, en paz y en armonía con nuestro ambiente. Ésta es la verdadera felicidad, amigo, no lo que hay afuera. ¿Sabes? No sé si seré monje para toda la vida, pero creo que voy a quedarme en Grimelk. El abad tiene proyectos muy interesantes aquí. Quiere crear nuevos bosques, y que tengamos una granja más grande y autosuficiente. También quiere construir un dique para que el río llegue hasta acá. Yo quiero ser parte de esos proyectos.

Leilani contemplaba a Saturno mientras hablaba. Y qué frente tan amplia tenía él. Sus ojos; sus dos torbellinos de chocolate que se derriten gota a gota sobre aquellos labios cereza que sonreían sin disimular. La quijada geométrica, la nariz en diagonal que lo hacía ver más atractivo de lo que era y los nudillos varoniles que daban ganas de agarrarlos para enredarlos entre los dedos. Ella se sintió incansablemente feliz conversando con él. Saturno tenía esa ternura de gato pequeño cuando sonreía mostrando

los dientes, pero si se ponía serio, se le veía un aire rústico, muy masculino, de felino fiero. Aquella tarde húmeda conversaban de insectos desconocidos arrastrándose por el suelo y de las esencias de hierbas deliciosas que perfumaban el aire.

—Si no fuera porque sabemos quiénes somos y dónde estamos, ésta podría ser una tarde cualquiera, en cualquier parte del mundo, y nosotros podríamos ser otros. ¿No lo crees? —Ensayó una filosofía ella.

Saturno la miró con interés, y luego sonrió para sí mismo.

—Suenas como si estuvieras enamorado.

—Quizá.

Leilani volteó la cabeza y lo miró a los ojos. Saturno le sostuvo la mirada unos instantes. Quería comprender.

—¿Y de quién?

—Soy aprendiz de monje, no debería estarlo. Es inútil —suspiró—; además, es algo realmente imposible —frunció el ceño cuando pensó en las complicaciones de responder a esa pregunta.

—Anda, Lesmes, soy tu mejor amigo aquí, dime de quién. Nunca me has querido contar cosas sobre tu vida romántica; la de antes de Grimelk, claro. Sólo sé que eres un niño rico y nada más. Vamos a caminar un rato al bosque y me lo cuentas por fin.

Dejaron atrás la banca de piedra y caminaron en silencio hacia el bosque. Tenían algo de tiempo antes de que empezara la clase de lenguas y religiones extintas, de Ibargilio.

Platicaban de todo y de nada, como dos grandes amigos, como si ningún siglo de distancia se interpusiera entre ellos, como si se conocieran, como si fueran...

—No sé qué es, pero es imposible. Imagínate algo así como estar atrapado en un cuerpo que no es tuyo, y a la vez estar sumamente atraído por alguien que te ve con otros ojos, no sólo porque son amigos, sino porque no podrías gustarle, sería como antinatural para esa persona. Y por si eso fuera poco, sólo puedes ver a esa persona ideal una vez que te duermes, como si fuera sólo un sueño, pero no lo es, porque es real. Y además vive muy lejos de ti, a una distancia que en realidad es inconmensurable.

Saturno le dio una palmada en la espalda y se acercó para abrazarla del cuello mientras caminaban.

—Hermano, eso suena a un amor muy, pero muy imposible. ¿Te gustan los hombres?

—Claro que —hizo una pausa que apenas se notó, casi se delata—... no.

Saturno rio.

—Una vez tuve una novia, pero no funcionó. Y aquí estoy, cepillando los pisos de la cocina del hermano Aledio y rezando las oraciones del sacristán Mini. No es que me haya dado por vencido con las mujeres y eso del amor, no, pero ya sabes lo que dice el viejo refrán.

—¿Cuál refrán?

—“Tú no vas al amor, el amor viene a ti”. Ya vendrá, supongo. Ya encontraré a la mujer ideal.

—¿Dentro de esta abadía llena de viejos antiguos y muchos lampiños? Sí, supongo que la encontrarás muy pronto —bromeó ella.

Ahora rio Leilani. ¡Qué ganas tenía de abrazarlo como Dios manda y de que Saturno le diera un beso! Maldita su actual estampa de monje rapado con el colguije peludo en la entrepierna. Nunca había deseado tanto ser ella misma. Quería que Saturno la viera y la conociera como era ella realmente. Estaba segura de que él la querría, tal y como era. Ella le contaría tantas cosas de su mundo y Saturno podría mostrarle el suyo. Lo deseó con todas sus fuerzas, así como deseó mover la canica en su niñez. Todos esos años viviendo sola, alejada de los amigos y de la gente, temiendo ser lastimada otra vez. Mujer de treinta años y él tan joven, ¡qué importa! Y de pronto, un muchacho imposible le recuerda las ganas acumuladas de amar y de sentir, y de no poder. Tal vez de eso se trataba, sí; de inventarse un amor imposible al que aferrarse, pues ya se sabe desde el principio que no existirá. Añorar y nutrirse de esa melancolía; de esa sensación bucólica de unos labios que no existen, de un cuerpo que no calentará una cama y de una imagen que no se verá más que a cierta distancia, como el cuadro de un museo. Un mecanismo de defensa para no salir lastimada. Regodearse en el placer de la idea pura de que exista aquel codiciado amor imposible. Recrear en su mente qué haría él si Leilani apareciera allí, de pie. ¿La querría?, ¿la aceptaría?, ¿le disgustaría? Leilani escaparía, seguramente ante esa presión. Sentiría vergüenza y evitaría encontrarse con sus ojos. Allí en Grimelk se escondía ella tras unos ojos ajenos y un cuerpo desconocido. Allí se sentía segura. Pero, ¿y si Saturno tomara su mano pequeña y frágil entre sus dedos fuertes y tostados por ese sol que nadie volvería a ver en algunos milenios más?, ¿si la acercara a su pecho de violonchelo y la apretara contra él y luego tocara una canción? ¿Y si le

tocara la cara con sus dos manos ligeras, como si fuera un piano y acercara la suya a la de ella hasta que sus ojos pudieran perderse en los del otro? Sin pensarlo y arrastrada por un impulso inexorable, puso su mano sobre el pecho de él.

Saturno se incomodó por la manera en que Leilani lo miraba y no entendió aquel gesto. Ella tragó saliva amarga y quitó la mano de inmediato. La casi imperceptible reacción de incomodidad de Saturno, cuando se tocó la parte de atrás de la cabeza, hizo que ella cambiara los ojos y la mano de lugar.

—Yo creo que ya debemos ir a la clase del hermano Ibargilio
—resolvió ella.

Saturno asintió y no dijo nada más.

...

Por la noche, Leilani estaba sola en su dormitorio de piedra. La pequeña luz de la vela alumbraba cálidamente la penumbra de aquella sombría y fría habitación. Todo lo que había visto y oído durante el día continuaba resonando en su cabeza. Entró en un estado de ansiedad y no quería dormir. No quería volver al 2023, pero las reglas de conducta en Grimmelk eran inapelables. Nadie debía salir de las habitaciones durante la noche, salvo para ir a los baños. Se sentó frente al escritorio que había en el dormitorio. El escritorio tenía un cajoncito y en él había un cuaderno que decía “Diario” en la portada. Lo hojeó y leyó lo que Lesmes había escrito. En aquellas páginas, él contaba sobre cómo conoció al abad Arlot di Ehud y cómo éste lo recibió en la abadía. También relataba algunas cosas sobre las exitosas empresas de su familia, sobre el viaje que hizo por todo el Sistema Solar y lo emocionado que estaba de haber llegado a la abadía de Grimmelk. Se acercaba el momento de ir de vuelta

a casa, pero quería retrasar lo más posible la hora del sueño. Por otro lado, estaba tan cansada que, si cerraba los ojos por un momento, sabía que se quedaría dormida.

Se le ocurrió tomar el lápiz que estaba al fondo del cajón y empezó a escribir. Tal vez fuera posible comunicarse con Lesmes mediante el diario y saber de una vez por todas qué era lo que él sentía respecto a ella y a dónde iba cada vez que ella ocupaba su cuerpo.

“12 de septiembre de 5037. Aproximadamente las 21:00 horas
Lesmes, ¿estás ahí? ¿A dónde vas cuando yo vengo?
-Leilani.”

A través de la puerta de la habitación se escuchó quedamente una voz. Leilani dejó la pluma y guardó el diario dentro de un cajón. Se acercó a la puerta y escuchó que alguien llamaba por su nombre a Lesmes. Abrió la puerta y del otro lado estaba James iluminando la oscuridad, con una vela prendida en la mano y con la otra le hacía ademán para que saliera del cuarto.

—Apúrate, no tenemos mucho tiempo.

—¿Qué pasa?

—Vamos con el hermano Mini. Ayer nos dijo que lo buscáramos hoy en la noche, en la biblioteca. ¿Ya no te acuerdas?

Le dio coraje no acordarse de nada. Así debía sentirse una persona con demencia. Asintió y salió del dormitorio sigilosamente. James y Leilani cruzaron de puntitas los corredores de la abadía. Estaban a punto de cruzar hacia otro pasillo más grande cuando vieron el resplandor de la luz de un quinqué encendido acercarse desde el otro lado del corredor. Parecía la aparición de un fantasma. James apagó su vela

para no llamar la atención y se puso el dedo junto a la boca indicando silencio. Pegaron los cuerpos contra la pared, permanecieron inmóviles y sin decir una palabra. Desde el otro lado del pasillo se escuchó una voz que produjo un efecto de eco extraño sobre los altos y húmedos muros de piedra.

—Vuelva mañana otra vez a mi cuarto, a estas horas, por favor, hermano Pjotr. Sea precavido, que no lo vean. No quiero que nadie sepa de esto, ¿me comprende?

—No se preocupe, abad. Así lo haré.

Pjotr se inclinó para besarle la mano al abad. Enseguida, el abad cerró la puerta de su habitación y Pjotr se perdió entre las sombras de la noche junto con el eco de sus pasos. Desde las sombras, los novicios se miraron uno al otro sin entender el diálogo que acababan de escuchar. Sin darle mayor importancia cruzaron en silencio el pasillo y luego una estancia hasta llegar frente a la pesada puerta que encerraba la misteriosa biblioteca, que Leilani aún no había explorado. James giró la manija de la puerta; hizo un clic que sonó casi tan fuerte como un disparo de bala, y se abrió. James miró detrás suyo para cerciorarse de que no había moros en la costa.

Una vez dentro, Leilani quiso admirar la biblioteca con detenimiento, pero todo estaba en tinieblas y apenas alcanzaba a ver el piso por dónde pisaba. La luz plateada del cuarto de Luna entraba afilado por las ventanas y dejó ver decenas de estantes repletos de libros. “Una de las últimas bibliotecas del mundo”, había dicho el abad. Olía a jungla blanca. James caminó de puntillas hasta el fondo de la biblioteca, donde había una sala que no tenía ventanas. Antes de entrar, tocó tres veces la puerta de la sala y el hermano Mini abrió desde el otro lado. Dentro de aquella sala, había varios quinqués encendidos y se sentía una calidez y una fragancia de

papel deliciosamente conservada. Había pantallas y tabletas grandes que proyectaban hologramas, donde los monjes y los novicios tenían acceso a toda clase de información. Era una sala de computadoras neuronales interactivas.

—Bienvenidos, hermanos —dijo el sacristán con un tono divertido que guardaba emoción, seguramente por la hora de la noche y el aire de misterio del encuentro secreto.

—Nadie nos vio. Todo bien —James dejó la vela encima de una mesa.

—¡Excelente! ¡Excelente, hermanos míos! James asegura que podemos confiar en ti, Lesmes —miró de forma sombría a Leilani—. James dice que tú simpatizas con nuestra visión del mundo.

—Naturalmente —respondió ella con seguridad fingida.

Leilani sudaba la gota gorda. Agradeció secretamente que la luz de aquella sala fuera tenue y nadie pudiera ver cómo se le salían los nervios por la vena de la sien.

—Aquí es donde nos reunimos James y yo a discutir ciertos temas que no sería apropiado comentar frente a los demás.

—Mini, deja ya los preámbulos. Cuéntame lo que sucedió hoy con el hermano Alexámenos y el señor Flavio Josefo.

Sin duda, resultaba peculiar que el hombrecito serio y blando que organizaba las letanías diarias en tonos solemnes estuviera precisamente allí, a esas altas horas de la noche, en aquella reunión ilícita.

Mini tenía los ojos tristes y dirigía la mirada hacia el suelo, con frecuencia, sumiso. Incluso, parecía como si James

ejerciera cierto poder sobre él. La manera en la que James se dirigía a él lo delataba. Había algo inexplicablemente superior en James cuando hablaba con el sacristán.

—Sí. Sí, te lo diré. Pero, ¿las trajiste?

—¡Ah, sí! Casi lo olvidaba.

James se subió el manto del camisón para dormir, y de la cintura se sacó un fajo de cuadernillos. Miró a los ojos a Mini, como si existiera alguna especie de acuerdo entre ellos, y se los dio.

Mini rio nerviosamente. Se veía genuinamente emocionado. Tocó el papel suavemente, como si acariciara la cabeza de un pajarito.

—¿Qué son? —preguntó Leilani.

—Son cuentos, historias de hace mucho tiempo. Mini las adora y yo se las consigo.

Lo dijo como si encontrar historietas fuera una tarea ardua y complicada.

—¿Cómo las consigues? —añadió, por preguntar algo, Leilani.

—Tengo mis fuentes —respondió con cierto tono arrogante, James.

—¡Excelente! ¡Excelente! ¡Me recuerdan tanto a mi infancia en el orfanato del convento de Folkit! El orfanato era muy pobre, no había tabletas holográficas. No teníamos acceso a ningún tipo de entretenimiento, así que la hermana Lucinda

nos contaba historias antiguas antes de dormir. Su tatarabuela se las contó a ella cuando era niña, y ella a su vez a nosotros, los huérfanos de Folkit. Siempre soñé con leerlas alguna vez y aquí están. ¡Es increíble!

“Parece mentira que el mundo haya cambiado tan poco en tres mil años”, se dijo a sí misma Leilani. Consideró inverosímil que la gente del futuro aún leyera historietas vaqueras y de superhéroes, aunque fueran de contrabando, de la misma manera que la ficción mejor contada continuara siendo el texto más discutido y respetado del mundo. “Muchas cosas nunca van a cambiar”, pensó.

—¿O sea que has vivido toda tu vida en instituciones eclesiásticas, hermano Mini? —preguntó ella.

—Sí. A Grimmelk llegué hace doce años. Antes de Grimmelk estuve en otra abadía. Pero lo que en realidad añoro es salir de aquí. ¡Quiero viajar a otros planetas! ¡Quiero explorar las colonias! Así como en las historias de las guerras de las galaxias que nos contaba la hermana Lucinda.

—¿Y por qué no lo haces?

Mini miró la llama de una de las velas como si mirara el infinito. Pobre Mini. Un tipo silencioso, pero amable. Poco sociable y cabizbajo.

—Algún día lo haré.

James respiró ruidosamente; señal de impaciencia.

—Sí, sí. Es muy interesante la historia de tu infancia, Mini, sin duda, pero ahora, cuéntanos qué pasó con las entrevistas. Oí que entrevistaron al tesorero, el hermano Nefuri.

Leilani comenzó a preguntarse por qué razón le interesaba tanto a James saber sobre las entrevistas.

—Excelente. Bueno, pues, hermanos míos, ya saben cómo es el hermano Nefuri. Él es un monje dedicado, profesional, pero muy temperamental. Ha vivido prácticamente toda su vida dentro de estos muros de piedra. Es como uno de los hijos del abad, igual que el prior Igmar. No se anda con rodeos y no le gusta meterse en problemas. Siempre tiene mucho trabajo y el prior se asegura de que así sea.

Dio la espalda un momento a los novicios y metió dentro de un zurrón de tela las historietas que acababa de darle James.

—Y... ¿qué ha pasado?

—Hoy en la oficina del prior, el abad comentó que el hermano Nefuri no habló bien de Laisenberg durante sus entrevistas.

James le hizo ademán con las manos de que se explicara y continuara.

—Parece que, como ya ha ocurrido en el pasado con él, se empeñó en criticar que Laisenberg no era un monje metódico y que debió ser más cuidadoso en documentar sus milagros para que hoy no estuviéramos batallando con eso. Dijo que por culpa de esa falta de orden hoy estamos perdiendo el tiempo con guerras de poder entre penalistas y hermanos defensores.

—¿Qué opinó el abad al respecto?

Mini soltó una risita chusca de diosecillo malévolo.

—Pues no le gustó nada. Como ya saben, el abad nos ha pedido a todos cooperar de buena gana en este proceso. A

nuestro abad le urge esta beatificación, necesita más dinero para sus proyectos y tiene presión que viene de arriba. No quiere aceptar de forma abierta que precisamente por eso necesita la beatificación, pero ésa es la realidad.

—Pero, ¿no debería el hermano Nefuri apoyar a ciegas la beatificación? Es decir, por lo que entiendo, la abadía necesita apoyo financiero y se esperaría que el tesorero estuviera de acuerdo con obtener ese beneficio —intervino Leilani.

—No es tan sencillo, Lesmes. El hermano Nefuri opina que la beatificación le quitará influencia a Grimmelk, aunque es cierto que le dará beneficios económicos. Él cree que habrá cambios estructurales en la jerarquía que no van a gustarle al abad. El abad opina lo contrario, o tal vez no le queda de otra. Nuestro tesorero tiene una mentalidad muy cuadrada y no le gustan los cambios. La verdad es que todo está muy confuso. Hay demasiados intereses de por medio en esta beatificación.

—¿Y las demás entrevistas?

James trataba de fingir su honda curiosidad, aunque era difícil no notarla.

—Oí que la del hermano Pie estuvo excelente. Él está muy convencido de los milagros y lo que él puede aportar es pieza fundamental. Sin las pruebas fehacientes sobre los milagros de los enfermos no podría concretarse la beatificación. Oí que el hermano Isidoro también lo hizo muy bien y se ha ganado el favor del abad.

—¿Y qué pruebas dio el jardinero? —arrojó la última palabra con desprecio, James.

—Quién sabe. No sé de qué hablaron. Tal vez sobre el milagro del roble.

—¡Bah! ¡Todos hemos fantaseado e ido a buscar el roble alguna vez en esta abadía! Y nadie ha encontrado nada. No hay robles aquí. Es sólo un mito.

—Yo estoy seguro de que no hay robles en Grimmelk. También oí que al final del día, el señor Flavio Josefo se encerró en la capilla. ¡Nada más y nada menos que para rezar!

—¿Para rezar?

—Tal vez encontró demasiadas pruebas a favor de Laisenberg y se tomó unos minutos para pedirle a Dios que lo guiara o tal vez oró para tener el coraje de reconsiderar su postura.

Los ojos de Mini brillaban como si fuera un loco. La imagen de su cara contra la luz de las velas le daba cierto aire teatral.

—El señor Flavio Josefo no puede reconsiderar su postura. Su trabajo es desmentir los milagros. Eso es lo que debe hacer, pues para eso le pagan. Debería ser ateo —aseguró James.

Mini enarcó las cejas y se cruzó de brazos. Movía los pies de un lado a otro, como si quisiera ir a orinar, o tal vez sólo estaba ansioso.

—¡Ah, y casi se me olvida mencionar que el señor Flavio Josefo y el hermano Alexámenos se pelearon a gritos en el jardín principal!

—¿Y eso fue antes o después de que el señor Flavio rezara? —preguntó James.

La cara de Mini se llenó de duda y dijo que no lo sabía con certeza.

—Y usted, hermano Mini, ¿qué opina? ¿Cuándo serán sus entrevistas? —preguntó ella.

—No, a mí no me van a entrevistar. Yo no tengo nada que aportar a la beatificación. Mi trabajo es impartir liturgias, guiar los cantos y encargarme de la sacristía de la iglesia —respondió modestamente.

—¿Y tú, James? ¿Qué opinas?

James jugaba con la llama de una de las velas. Pasaba el dedo sobre la llama y lo quitaba después de un par de segundos. Hubo silencio durante un momento.

—Yo soy un poco como tú, Lesmes. Últimamente he oído que hablas mucho de la historia antigua. Se ve que has leído e investigado mucho al respecto. No sabía que te interesaban esos temas. Pues igual que a ti, a mí me interesan también. Yo opino que los tiempos pasados fueron mejores. El mundo se va a caer a pedazos con los nuevos líderes que surgen estos días, así sin ton ni son y a diestra y siniestra. Yo pienso que la Unión Mundial debe continuar su prosperidad y tomar las decisiones del presente y del futuro. Si beatifican a Laisenberg quién sabe hasta dónde puedan llegar los brazos de la Iglesia. Yo no le veo nada de malo al mundo en el que vivimos hoy, tal como está, y que lo dejen en paz.

Mini aplaudió como mono de feria al tiempo que sonreía como un mafioso.

—Qué interesante. Un aprendiz de monje en contra de la Iglesia. ¿Así que muerdes la mano que te da de comer? —aventuró Leilani con candor.

—No estoy en contra de la Iglesia. Sólo creo en un orden mundial independiente de la Iglesia. ¡Por Swedensborg, Lesmes! Tú que conoces de historia, dime, ¿cuántas veces en la historia de la humanidad hubo prosperidad en los tiempos en los que la Iglesia tuvo el poder de tomar las decisiones políticas?

Leilani lo pensó, y quiso dar un argumento, pero por más que quiso no encontró el adecuado.

Mini se interesó en el curso de la conversación y encaró a Leilani:

—Sólo piensa en esto, Lesmes: ¿cuál es la postura de la Iglesia en cuanto al proyecto de movilidad espacial planetaria?

—No lo sé —respondió ella con sinceridad.

—No lo sabes —agregó James convencido— porque la Iglesia nunca se ha pronunciado a favor de ese proyecto. La única salvación de la raza humana es que ese proyecto continúe por los cientos o miles de años que tenga que durar. Si la Iglesia tuviera el poder para tomar las decisiones importantes del mundo, sus prioridades serían otras, en definitiva. Si ese proyecto se retrasara, quién sabe cuáles serían las consecuencias para la humanidad.

—Para la religión siempre hay un mañana. ¡Hay redención para el ser humano! ¡El cielo después de la muerte! La filosofía detrás de un discurso pesa y pesa demasiado. Si todos morimos, no importa, porque habremos dejado nuestro cuerpo y trascenderemos al siguiente plano. ¡No importa que el mundo se extinga! —vociferó Mini, sobándose la cabeza con frustración, buscando un cabello del cual jalar. Parecía un loco.

—Bueno, bueno, ¿no es eso aventurar mucho? No creo que en la religión todos estén locos y quieran el fin del mundo, sólo por compartir la creencia de la vida eterna después de la muerte, o ¿sí? —preguntó Leilani.

—Si la religión llegara a tener más poder que la Unión Mundial, sin duda se reorganizarían las prioridades mundiales y coloniales. ¡Sería el caos! —Agregó Mini alzando los brazos al aire con efervescencia.

—La religión y la Unión Mundial son bandos distintos. ¿De qué lado estás, Lesmes? —preguntó inquisitivo, James.

—Yo no sé nada de política, James.

—¡Pero si tus padres son parte de la élite de la Unión Mundial!

—Si Grimelk fuera una abadía mucho más organizada, algo así como una república de Platón, existiría sin duda una tregua para los que apoyan a un lado o al otro; desayunarían a diferentes horas, orarían en distintas salas; sí, sin duda. ¿De qué lado estás, Lesmes? —Mini habló atropelladamente.

—Lo único que sé, es lo que es razonable y lo que no.

—¡Excelente! La religión ya no es razonable y no se puede confiar a ciegas en los capitanes de este barco, ¿me entiendes?

Los ojos de Mini estaban casi desorbitados, había en ellos una emoción extrema y una mueca maliciosa.

—Mini tiene razón —intercaló James—. Y es verdad que nadie en su sano juicio quiere que llegue el fin del mundo, pero lo cierto es que la religión no asignaría más recursos al proyecto de movilidad espacial. Ten por seguro que destinarían, incluso, menos, y quitarle créditos y mano de obra al

proyecto podría retrasar el desarrollo por décadas o siglos enteros; y no sabemos qué tan malo pueda ser eso.

—Pero, ¿qué no la beatificación abriría la puerta para que la Iglesia forjara nuevas alianzas con los científicos? Eso dice el abad. ¿No sería eso algo bueno? —preguntó Leilani.

—En teoría, sí, pero cuando se trata de poder no hay alianzas que valgan —aseguró James.

—Hablas de la religión como si se tratara de una dictadura o de una tiranía.

James esbozó una sonrisa que Leilani trató de descifrar. Luego Mini añadió:

—La historia siempre se repite. Y si queremos saber qué es lo que pasará no hace falta especular. No hay más que voltear a ver lo que ya ocurrió en el pasado. El hombre tiende a repetirse a sí mismo, porque es lo que conoce. ¡El hombre es histórico por naturaleza!

—Parece que ya ha perdido su fe, hermano Mini —añadió ella, en tono amistoso.

Mini evadió el comentario. La conversación llegaba a terrenos pedregosos. Temió haber hablado de más frente a Lesmes.

—¡Qué interesante plática tan intelectual y filosófica, mis queridos novicios! Pero es tarde y mañana debemos orar desde temprano. Vayan a dormir o será difícil despertarse temprano.

Los novicios se despidieron del sacristán y salieron sigilosamente de la biblioteca. Auscultaron los corredores antes de

volver a sus habitaciones. Parecía una noche callada sin monjes a la redonda. Ya estaban cerca de regresar a sus cuartos, cuando al doblar una esquina, en la que los rayos plateados de la luna no alcanzaban a alumbrar el camino, chocaron de frente con el prior Igmar, quien caminaba apresurado y cuidándose de no ser visto en medio de aquella oscuridad. Algo se le cayó al suelo y resbaló dando vueltas hasta que se detuvo en la ranura de una baldosa del piso donde un rayo de luna iluminó claramente el objeto, como un rayo dictado por Zeus. Los tres voltearon a ver el artefacto. Parecía una pluma voluminosa, algún artillugio con un líquido dentro. El prior lo recogió rápidamente y se lo guardó en el bolsillo de la túnica.

—¿Se puede saber qué es lo hacen ustedes en los corredores a estas horas?

James y Lesmes se miraron nerviosos uno al otro.

—Fuimos al baño —dijo ella torpemente.

—Fuimos al baño —repitió James, como un eco.

—El baño no está de este lado de la abadía. Mentir es un pecado. ¡No me mientan! ¡Confiesen o aténganse a las consecuencias!

El prior Igmar estaba fúrico.

—La verdad es que sí fui al baño, y ahí me encontré a James, y luego escuchamos un ruido lejano que nos dio miedo y vinimos a ver qué era —mintió ella lo mejor que pudo.

El prior los miró con sospecha.

—Está prohibido deambular por la noche en los pasillos. Los dos lo saben bien. Regresen a sus habitaciones de in-

mediato y no vuelvan a salir. No me pongan a prueba o verán de lo que soy capaz. ¡Fuera de mi vista! —Señaló con el dedo hacia la dirección donde estaban las habitaciones.

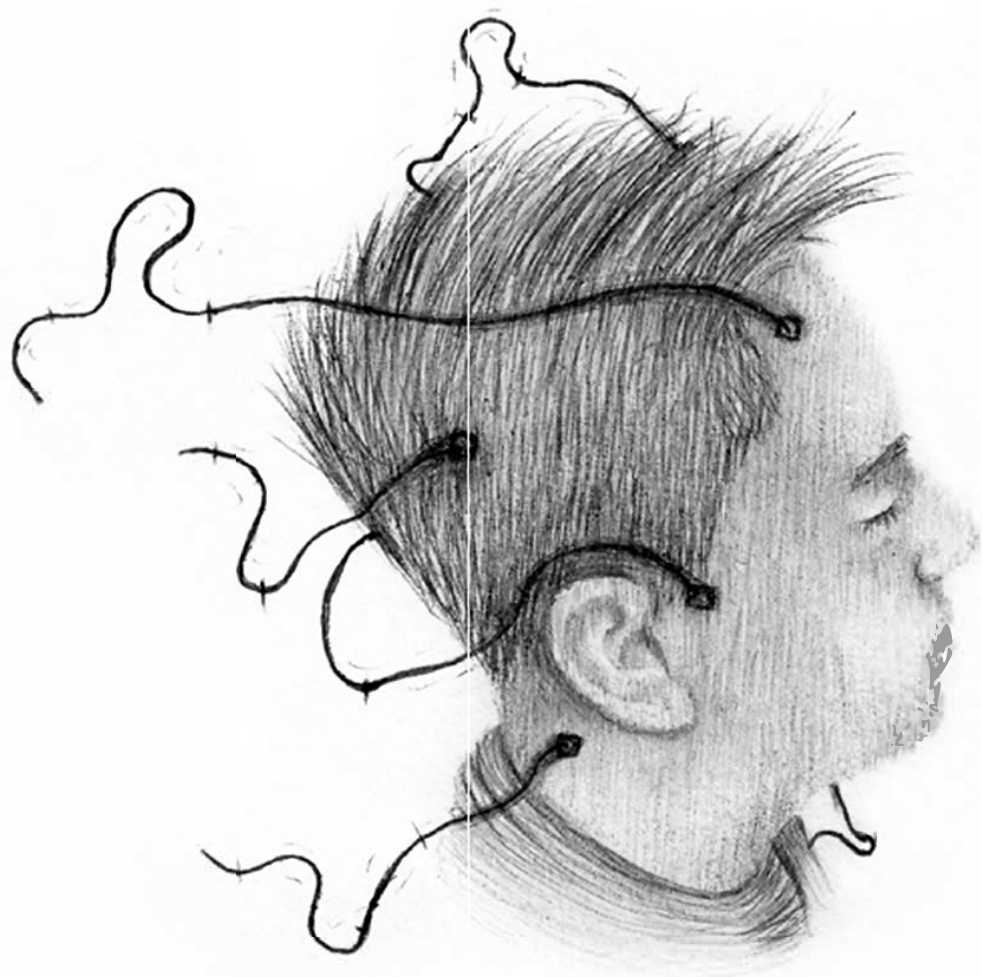
James y Leilani se alejaron rápidamente. Mientras caminaban, James volteó a ver a Leilani y le agradeció la improvisación de aquella excusa, con un ademán de cabeza y ojos.

—¿Y qué hace el prior Igmar a estas horas de la noche, por los pasillos, sin ponerse el camisón de dormir todavía? ¿Lo viste? Vestía su túnica de día —murmuró James.

—No lo sé. Pero se veía nervioso. ¿Viste lo que se le cayó al suelo?

—Creo que era una pipa.

Los dos se encogieron de hombros y se despidieron. Leilani estaba muy cansada, se caía de sueño. Entró a su cuarto en plena oscuridad y se fue a acostar sobre la cama. Cerró los ojos y los brazos de Morfeo comenzaron a envolverla en un manto somnífero muy placentero. De pronto, sintió que algo estaba mal. Sintió que había un ojo extranjero que la observaba. Alguien la veía; había alguien más en su conciencia.



*[...] (Algunas noches hubimos de interrumpir
nuestra luna de miel
para hacer frente a las ratas que
se colaban por la ventana) [...]*

Nicanor Parra, “La víbora”

XIII. No sé cómo

—No sé cómo, pero había alguien más allí.

Tanelovsky fumaba un cigarro y la sobria luz neón de los focos alargados del techo le alumbraba sólo un lado de la cara. El otro lado permanecía oscuramente escondido. La sangre le hervía por dentro haciéndole saltar un par de venas en la sien.

—¿Cómo que había alguien más allí? Déjate de tonterías. Tiene que hacerse esta misma noche.

Sara Nielsen se puso de pie al tiempo que aventó con violencia la silla. Arrebató el cigarro de la boca a Tanelovsky, lo arrojó al piso y lo destrozó con la suela de su fino zapato.

—Los técnicos me conectaron a la máquina. Yo hice lo de siempre. Me inyectaron la sustancia y me quedé dormido, pero esta vez fue diferente. Cuando desperté, no era el muchacho. No sé quién era, pero me pareció que había una mujer.

—¿De qué estás hablando? En la abadía sólo hay hombres.

—Era como si pudiera escuchar la mente de alguien más, y allí había algo femenino. Era como si ella no me dejara entrar. Me quedé en la puerta de entrada, ¿me entiendes?

Sara Nielsen cruzó los brazos, allí de pie frente a él, y lo miró con preocupación. Sus delgados labios rojos seguían siendo perfectos. Tenía cejas delineadas con esmero, tacones y ropa ajustada que debelaba el talento de su carne no tan joven, pero atlética y dispuesta.

Él la miró avergonzado, aun con la mitad de la cara escondida bajo la sombra de los focos de luz neón. Facciones gruesas, agrietadas, hostiles. No había margen para errores, eso lo sabía de sobra. El silencio parecía coagularse y caía como restos de ceniza sobre la mesa y las dos sillas de aquel cuarto gris. Le miró las piernas. Tuvo pensamientos efímeros y fuera de lugar. Él conocía lo que había bajo esa falda a la altura de la rodilla. Debajo de esa bata blanca y detrás del semblante agresivo y perruno. Detrás de esa cabellera rubia recogida limpiamente y detrás de esos lóbulos pudorosos que parecían centros de flor, había un perfume delicioso que alcanzó a percibir sentado desde su silla.

—¡Maldición, Tanelovsky! ¿Por qué no te saliste de inmediato?

Él se puso de pie con velocidad y se paró junto a ella.

—Me salí inmediatamente —se defendió él.

—¿Crees que esta persona, la mujer extraña, te vio?

—No. No me vio. Creo que me sintió, pero en cuanto me di cuenta, me salí. No me quedé a inspeccionar. Habría sido riesgoso quedarme más tiempo.

Sara Nielsen se tocaba los labios con la mano, como si eso la ayudara a pensar. Lo miró a los ojos con cierta advertencia.

—Necesito que me digas si crees que esta misión está comprometida.

—No lo está. Creo que podemos continuar, pero no esta noche. Podría seguir allí y si me vuelve a ver... Mejor espere-mos unos días.

Sara abrió la puerta de la habitación. Afuera, había dos científicos vestidos con batas blancas parados junto a la puerta, en espera de instrucciones. Les hizo señas para que entraran.

—Pongan atención, por favor. Lo volveremos a hacer en un par de días, a la misma hora. Tanelovsky tiene que descansar para que tengamos éxito. Y cerciőrense de que el muchacho de Grimmelk esté dormido cuando se realice la conexión. La hora es fundamental. Preparen todo de nuevo. Quiero un reporte de las mediciones mentales desde que Tanelovsky se conectó hasta que se desconectó. Quiero saber cada detalle.

Los dos científicos asintieron y salieron del cuarto.

—Tenemos que averiguar quién fue —dijo ella.

—¿Tú crees que fueron ellos? —preguntó él con tono de voz grave.

Ella lo pensó un poco.

—No lo sé. A menos que tengamos un espía, no lo creo posible.

—Pues tenemos uno, ¿no? —dijo él con ironía.

—Déjate de tonterías, el muchacho ha sido útil, es leal; no sabe nada.

—¡Carajo! Entonces, ¿quién más podría ser?

—Nadie más que nosotros tiene la tecnología, el *modus operandi* y el conocimiento.

Él se volvió a sentar y puso los codos sobre la mesa.

—Hay otra posibilidad que no hemos considerado hasta ahora, Sara. Yo te lo dije, alguna vez, y también al general Drummond.

Sara Nielsen lo miró y exhaló haciendo ruido intencionalmente; se le veía cansada. Quién sabe cuántos días llevaba sin dormir una noche entera y no paraba de echarse plastas de maquillaje para cubrirse las ojeras por las mañanas.

—¿Crees que haya alguien más como tú?

—Tendríamos que empezar a considerar esa posibilidad, por más improbable que nos parezca.

Sara acomodó su silla y se sentó nuevamente. Algo había en el semblante duro de esa mujer que lo hacía estremecer. Toda una tigresa implacable.

—Eso sería inaudito. Casi improbable. Tú eres una aguja en un pajar, querido. Hemos peinado el planeta y las colonias por completo para encontrar a otros como tú, y el resultado siempre ha sido el mismo: los individuos con tus habilidades mentales no existen.

Sara le puso una mano en la mejilla, casi con ternura. Sonrió lo mejor que pudo con los ojos. Tanelovsky se sonrojó.

Las últimas palabras de Sara le llegaban lentas. “Quizá las dijo lento a propósito. O tal vez fui yo quien las oyó así”, pensó él. Los arduos años de entrenamiento militar desde la academia, las misiones planetarias, las peligrosas expediciones en las profundidades de la Luna y Plutón, la investigación secreta sobre el agujero negro de Sagitario A, hasta el programa especial de talentos militares, lo habían llevado hasta aquel momento en que la gran y reconocida doctora Sara Nielsen le hablara así. Por un breve instante recordó el día en que conoció a Sara. Él volvía de la nave de reconocimiento Queequeg, con los archivos de las imágenes y las mediciones de Sagitario A, y ella dictaba el nuevo plan a la tripulación de la nave de investigación, Argos. Al concluir su misión, abordó la Argos con un solo pensamiento en la cabeza: hablar con el general Drummond para pedir su reubicación en la Tierra. Estaba harto de la burocracia de la colonia CZ-89 y se merecía un ascenso en especie. A él no le interesaba escalar los rangos militares ni obtener medallas. Lo que él quería era una mejor calidad de vida que sólo podría tener en la Tierra. Con los créditos que tenía ahorrados, podría rentar un departamento en las torres. ¡Qué importaba vivir en las alturas! Era mejor que la atmósfera gris y siempre maloliente de CZ-89, tan lejana en la Vía Láctea. Fue entonces, cuando Tanelovsky entró a la sala de juntas del Consejo Militar de la Unión Mundial, que la vio discutiendo de forma acalorada con el general Drummond. El general agradeció la interrupción de Tanelovsky con un saludo bastante efusivo para ser militar y una felicitación por el éxito de su última misión. Tanelovsky quería hablar con el general a solas unos minutos. El general le dijo que hablarían después y ahí mismo aprovechó la ocasión para presentarle a la doctora Sara Nielsen, quien colaboraría muy de cerca con Tanelovsky a partir de la siguiente misión.

—Es un gusto conocerla, he oído hablar mucho de usted.

Extendió su brazo fuerte de piel dorada por el sol para darle un apretón de manos a ella. Ella lo miró un poco extrañada, como si la sorprendiera algo de él.

—Espero sólo cosas buenas.

—Está usted en lo correcto, doctora Nielsen.

—Llámeme Sara. Tengo entendido que usted trajo las muestras y las imágenes de Sagitario A que mi equipo analizará.

—Así es. La misión fue un éxito. Las muestras ya están en su laboratorio.

—Tengo que retirarme a una junta. Tanelovsky, lo veo a las 14:00 para el reporte de la misión en la sala de juntas —terció el general Drummond al tiempo que caminaba hacia la puerta de salida de la sala.

—¿Aquí en la Argos o en su nave militar, general?

—Aquí mismo, en la Argos.

—Por favor, haga otra sesión en la cámara de descontaminación. No está de más.

—¿Es una orden, general Drummond?

Tanelovsky esbozó media sonrisa.

El general Drummond enarcó las cejas.

—Es un consejo, Tanelovsky. Sígalo. Y no llegue tarde —el general volteó a ver a Sara para despedirse—. Con permiso, doctora.

El general salió de la sala y los dos permanecieron en silencio unos instantes. Admiraban el espacio por los ventanales gigantescos de aquella sala; la vastedad negra con algunas estrellas a la distancia les presentaba un panorama bello e infinito.

—Y ¿cómo le fue allá en órbita?

Él recordó cómo casi muere sofocado por una falla que ocasionó falta de oxígeno en uno de los tanques de su traje espacial; cómo su compañero de misión, Ruy, perdió una pierna por otra falla en el traje espacial; cómo su nave fue abordada por mercenarios y contrabandistas a los que él y su tripulación tuvieron que matar, y capturar a los que se rindieron para que no arruinaran la misión; cómo un piloto al que alcanzó a herir del cuello a la boca de un cuchillazo se le escapó al final; y cómo la radiación casi destruyó la legendaria Queequeg.

—No hubo complicaciones. Hábleme de tú —respondió estoico; sereno.

—Todos te llaman Tanelovsky, pero ¿cuál es tu nombre?

Su boca dibujó una sonrisa perspicaz.

—Eso es información clasificada. Me gusta Tanelovsky.

Ella aceptó la evasión y cambió el tema.

—¿Cuántos meses llevas aquí arriba?

—Bastantes. Los suficientes para olvidar cómo se ven un amanecer y un atardecer. ¿Y usted? —Al fin y al cabo, ella no le había permitido el uso del tú. Todavía.

—Acabo de llegar hace unos días al laboratorio. Es curioso. No lo imaginaba —corrigió—, no te imaginaba así.

—¿Así, vestido de civil? Los soldados también somos civiles, de vez en cuando.

Vestía pantalones oscuros y una camisa de manga corta azul, simple, que dejaba entrever sus brazos atléticos y marcaba unos pectorales firmes.

—No. Me refiero a que pensé que Tanelovsky sería más...

—No quiso terminar la frase.

—¿Más viejo y lleno de canas?

—Algo así. Tu nombre está en todas las misiones importantes de las divisiones militares y espaciales de la Unión. Uno pensaría que Tanelovsky es un veterano, pero eres muy joven.

—Es curioso: también...

—¿Qué cosa?

—Cómo me imaginaba a la doctora Nielsen, cuyo nombre figura en toda la documentación de los proyectos de investigación especial.

Ella frunció el ceño.

—¿Y cómo imaginabas que era yo?

—Te imaginaba bella, pero no tanto.

Él la miró de pies a cabeza, como un escáner de identidad de alta seguridad. A ella le molestó aquel poco sutil coqueteo. Se acercó un poco a él; segura y en tono desafiante le dijo:

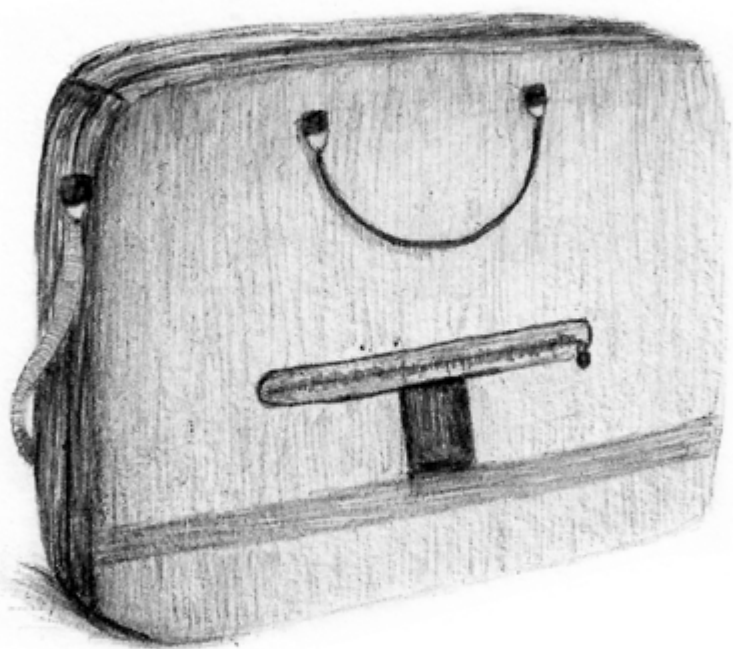
—Ahora que empezaremos a colaborar más de cerca, le sugiero profesionalismo, señor Tanelovsky —tomó distancia nuevamente—. Esos comentarios a estas alturas del espacio exterior, no me parecen apropiados. Dedíquese a trabajar, soldado. Eso es lo suyo.

Sara Nielsen le dio la espalda con desdén exagerado y salió de la habitación dando taconazos sobre el suelo metálico. A partir de ese momento, Tanelovsky se volvió loco por ella. Fue por ella que ya nunca solicitó su cambio de residencia a la Tierra, aunque eso era lo que más había deseado en toda su vida. Desde aquel encuentro fortuito, participaron juntos en los proyectos y las misiones más secretas y especiales de la Unión Mundial. Y así fue como Sara Nielsen y él se conocieron muchos años antes. El recuerdo de la ocasión que cambió para siempre el destino de él pasó por su mente, con el suave roce de la mano de Sara sobre su mejilla.

—¿Que no todo lo que hemos hecho tú y yo junto a toda esta gente, aquí en estas instalaciones militares y allá en el espacio, es trabajar con improbabilidades e imposibles? Nos dedicamos a esto porque nosotros hacemos que las cosas improbables ocurran —dijo él con cierta ironía y pasión en la voz.

—Es verdad. Si hay alguna persona que tenga tus habilidades mentales, la encontraremos.

Sara Nielsen alzó una mano en el aire y luego la cerró formando un puño firme. Hizo un gesto de coraje y sólo se escuchó el sonido de sus tacones cuando salió de la habitación. Él la miró salir en silencio, aún sentado y taciturno desde su silla. Esos tacones... y sonrió para sí mismo.



*Recordé un viejo cuento de Jack London
donde el protagonista, apoyado
en un tronco de árbol, se dispone a acabar
con dignidad su vida,
al saberse condenado a muerte.*

Ernesto Che Guevara, *La sierra y el llano*

XIV. Le digo que había alguien

—Le digo que había alguien más allí conmigo. No sé cómo explicarlo mejor —Leilani alzó la cabeza y miró al profesor Potapenko—. Por un instante, tuve la sensación de que éramos dos personas dentro de Lesmes. Me sentí así, justo antes de despertar en mi cama, de vuelta en Tallin.

—Dos personas en una misma conciencia. Curioso concepto, pero inadmisible —afirmó el profesor—, si dejamos fuera los trastornos mentales. O quizá no. Pensemos. Ya la filosofía budista afirmaba la permanencia de la conciencia sin necesidad de que exista un cuerpo. Ésa es precisamente la idea esencial de la reencarnación. Lo que me lleva a plantearnos una pregunta fundamental: ¿será la muerte la única vía para reencarnar?

El profesor frunció el ceño. Cavilaba sobre sus propias palabras y se acariciaba el bigote gris. Un alumno tocó la puerta de la oficina y pidió permiso para entrar. Sentado en su silla, el profesor alzó la voz y le dijo que estaba ocupado, que volviera más tarde.

Torció Leilani el gesto y se rascó la barbilla, como si allí fuera a encontrar una respuesta a su enigma. Entonces estiró las piernas y quedó casi recostada cómodamente sobre la silla, como un cachorro que descansa después de una carrera.

—Para mí está claro que el cuerpo puede existir sin una conciencia. Si no fuera así, ¿qué le pasa a mi cuerpo cuando estoy en Grimmelk? Por lo visto no le pasa nada, sólo que no estoy en él. Cuando vuelvo a mi cuerpo todo se siente completamente normal. En cierta forma yo reencarno en el cuerpo de Lesmes cada que voy a Grimmelk, y no he muerto, ni tampoco él muere en ningún momento.

—¿Tuviste miedo al sentir esa otra conciencia o persona ahí contigo?

—Le juro, profesor, que nunca he sentido más miedo en toda mi vida. Era como si alguien observara mi mente y yo no pudiera esconderme. Me sentí vulnerable, indefensa; aunque haya sido sólo por un instante.

—Eso no está bien. Eso no está bien. No debía pasar así. En el manuscrito no se menciona nada sobre entidades invasoras. ¿Cómo es que lograste despertar?

—Todo sucedió cuando yo era Lesmes. Luego, me quedé dormida (o Lesmes se quedó dormido). Fue justo en ese instante; en el que una se da cuenta de que está despierta, ¿me entiende?

—Te has de referir al instante que ocurre al entrar en la vigilia. ¿Y estás segura de que no soñaste esa sensación?

—Completamente segura. Ocurrió durante la transición de ser Lesmes a ser Leilani. Lo que haya sido o quien haya

sido, no me controlaba, sólo estaba presente como un espectador. Yo seguía en control. Por eso pude despertar.

El profesor se quedó pensativo. Buscó en el manuscrito y tomó un par de libros que tenía sobre un estante. Los hojeó largo rato. Mientras tanto, Leilani bebía pequeños sorbos de su taza de café, como si no tuviera prisa de nada, y contaba las manchas del techo.

—Aquí no dice nada sobre experiencias similares a la tuya.

—Eso ya lo sé. Yo también busqué en el manuscrito y no hay nada.

—Sí. Pero, iba a decir que... —su tono de voz se tornó suspirante— debes tener cuidado, Leilani. Eres exploradora de un mundo desconocido con muchísimas incógnitas y peligros. Lo que te recomiendo es que, si sientes que algo está mal, que hay algo raro, no te quedes allí. Vuelve a casa inmediatamente. Volver a casa siempre será seguro. Si no regresas rápido, podrías perder el control de tu propia conciencia y ya nunca encontrarías el camino de vuelta.

—Pero, hasta ahora siempre he vuelto a la hora de dormir en Grimelk. Es decir, si duermo en Grimelk, puedo volver a Tallin cuando despunta el alba. Gracias a eso he venido a trabajar todos los días. Es como si viajara a un huso horario de un país del otro lado del mundo, y curiosamente no tengo sueño, sólo me siento fatigada.

—Sí, claro. Puedes volver cada vez porque el ensueño es el portal para hacer el viaje, y la manera más fácil de lograrlo es al dormir. Pero, si hubiera alguna entidad extraña acechándote, eso podría obstruir el portal o modificar la comunicación entre la vía de acceso y tú. Por eso te recomiendo que, cuando sientas que algo no está bien, hagas caso a

tu instinto y te apresures a volver. No des tiempo a que otra cosa suceda, ¿me entiendes?

—Sí, entiendo. Pero, ¿cómo sabré cuando algo esté mal?

—Lo sabrás. Escucha lo que te diga tu intuición. La intuición no es otra cosa que toda la sabiduría de todo lo que has aprendido; el conocimiento amasado de todas tus experiencias, a través de la vida, sintetizado en un instante. Ese momento en el que hay peligro y tu mente te dicta que hagas algo o que no lo hagas. Escucha esa voz.

Había algo de paternal en su tono de voz. Por un momento Leilani sintió que el profesor le hablaba con cierta ternura, como le hablaría un padre a una hija. Ella asintió con la cabeza. Miró hacia el estante del fondo de la oficina. La fotografía con la familia feliz ya no estaba allí. El profesor la guardó en su portafolio, como el día del parque.

—Profesor, hay algo más —pensó en su creciente fijación por Saturno, pero prefirió no compartir ese detalle con él; igual que cuando una hija prefiere no comentarle a su padre que se ha besado con un muchacho en una fiesta.

—Además de todo lo que ya relaté sobre la situación del año 5037 y los monjes y novicios que conocí en Grimmelk, intenté viajar a otro año, y a otro lugar, tal y como usted me lo pidió. De hecho, antes de ir a Grimmelk me concentré en ir a México a un año y día en específico, pero no sirvió de nada, porque en lugar de eso me desperté en la misma cama que la vez anterior y en el mismo cuerpo del novicio Lesmes. Es como si no pudiera escoger a dónde ir. Como si por alguna razón tuviera que ir siempre a Grimmelk.

El profesor suspiró y echó la cabeza hacia atrás, como si hubiera perdido una batalla. Tuvo la ocurrencia de sacar

una botella de whisky de un cajón de su escritorio. De otro cajón sacó dos vasitos de cristal, de los que se usaban en los tiempos soviéticos. Los puso sobre la mesa y le sirvió a ella primero.

Leilani alzó el vasito y se lo bebió de un sorbo. El profesor le echó una mirada cómplice por encima de los gruesos lentes ahumados que ocultaban sus ojos y le rellenó el vasito con una sonrisita juiciosa. Hacía mucho que no bebía en compañía de alguien. Bebía solo y por largas horas en las tinieblas de su casa, en compañía de sus libros y sus vinilos de Miles Davis. Sólo algunas veces se permitía unos traguitos coquetos frente a su escritorio, en horas de trabajo. Sólo el demonio y él sabían lo estresante que era la vida frente a un pizarrón y una sala llena de jóvenes, con las hormonas a flor de piel.

—No te dejaré sola.

Alzó el vasito en el aire y se lo bebió de un trago también. Volvió a rellenarlo, pero esta vez lo dejó quieto sobre la mesa, igual que Leilani. Poco a poco. Algo se avecinaba, y había que aflojar el ambiente tenso a punto de quebrarse. Permanecieron callados sin necesidad de hablar por todo un minuto que se sintió como un segundo.

—No he sido completamente franco contigo y fui yo quien te metió en esto. He pensado mucho sobre nuestra última plática; aquélla en la que te molestaste.

Leilani asintió con obstinación, sin querer. El profesor lo admitió en silencio. Desde cierto ángulo, sus patillas grises lo hacían parecer más viejo y cansado que de costumbre. Si se le miraba de perfil se veía más joven. Eran sus ojos lo que lo hacían verse viejo y de perfil casi no se le veían detrás de esos lentes gigantescos. Los párpados se le caían como dos gruesas gotas de agua hacia los lados de la cara. El profesor

empezó a hablar y era como oír los comentarios del noticiero de la televisión, sólo que él hablaba más lentamente. Era como si relatara la historia de alguien más. En sus ojos se veía la desconexión intencional con sus propias palabras; el pretendido estoicismo del profesor estonio.

—Ahora mismo (qué palabra imbécil, qué mentira) ella tendría veintiún años —rio de mala gana diciendo: “No”, con la cabeza. Por fin, se bebió de un sorbo el whisky, buscando la dosis adecuada de valor para contar la historia—. Las perdí a las dos hace once años. Sé que suena ridículo, pero literalmente las perdí, como quien pierde las llaves. En ese entonces, mi hija Ana tenía diez años. ¿Sabías que hoy es su cumpleaños? Pues no, claro que no lo sabías. Todos estos años pensé que la respuesta para encontrarlas estaba en los libros de Cartagena; en particular en el manuscrito que te di. Todos estos años intenté de todo. Tal vez estos años sólo han sido una pérdida de tiempo, porque ya lo dijiste tú, no hay manera de escoger el tiempo ni el lugar al que va tu ensueño. Estoy convencido de que Ana y su madre, mi querida esposa Victoria, están en alguna parte y que no se pueden comunicar conmigo. Todos estos años he enfocado mis esfuerzos en encontrarlas. Estoy seguro de que están vivas. Hay algo dentro de mí que me lo dice, que me lo murmura. No puedo explicar cómo es que siento la sospechosa advertencia de ello —hizo una pausa y dejó de mirar a Leilani. Estaba avergonzado.

—Lo siento mucho, profesor Potapenko.

A ella le quedó claro lo del whisky dentro del cajón. Era mejor eso que una pistola. Él hizo un ademán con la mano. Quería continuar.

—Íbamos de vacaciones a Canadá; estábamos en el aeropuerto. Estábamos los tres sentados en la sala de espera

para abordar nuestro vuelo cuando Victoria y Ana se fueron al baño. Naturalmente, yo me quedé sentado a esperarlas y a cuidar las maletas. Además, no hay nada de raro en ir al baño en un aeropuerto, y menos en que una madre acompañe a su hija. Nunca salieron de allí. Cuando digo: “allí” me refiero al baño y al aeropuerto. Los minutos transcurrieron y vi que no salían, así que me puse de pie y les grité desde la entrada del baño. Como vi que no salieron ni respondieron a mi llamado, entré y las busqué. No había nadie dentro. Luego pedí ayuda a la policía del aeropuerto. Nuestro vuelo despegó y ninguno de nosotros fue a Canadá. La policía las buscó por todo el aeropuerto durante horas. Revisaron las cámaras de seguridad, pero no las encontraron. Otras mujeres entraron y salieron del baño, pero ellas no. Fue como si la tierra se las hubiera tragado. El caso de la desaparición de mi familia estuvo en las noticias y la policía le dio seguimiento durante un tiempo. Ofrecí una jugosa recompensa a cambio de información sobre su paradero, pero nunca supe nada más de ellas...

Tembló su voz, pero no se detuvo. Leilani se apresuró y le sirvió otro whisky.

—Revisaron las ventilas de aquel baño, las tazas, las losas, las paredes. Incluso, se consideró la posibilidad de que existiera una puerta falsa o algún pasadizo, pero no había nada. No hubo ningún rastro, ni pista de qué les sucedió. Con el tiempo, la policía se olvidó del caso, y como nunca encontraron sus cuerpos, la policía llegó a la conclusión de que mi esposa se fugó con mi hija. Imagínate qué disparate. ¡Victoria desapareciendo con mi Ana como si fuera Houdini! Si Victoria hubiera querido irse me lo habría dicho. Victoria y yo nos amábamos mucho. No había razón para irse así. Lo que pasó fue que los detectives no quisieron seguir con el caso. Era demasiado difícil para esos imbéciles. Yo lo que creo es que fueron secuestradas de alguna

forma que escapa a mi entendimiento. Estoy seguro de que están sanas y salvas, pero atrapadas en alguna parte. ¿Me entiendes? Lo siento aquí en el corazón. Tengo que rescatarlas, Leilani. Tengo que volver a ver a mi Ana. Pobrecita de mi niña. ¡La quiero tanto! Yo me hago viejo y no la he vuelto a ver. Cuando te conocí pensé que había esperanza.

—¿Esperanza?

—Sí, ya que por los medios normales no ha sido posible localizarlas, se me ocurrió que tal vez con ayuda de métodos alternativos sería posible. Intenté por años encontrarlas o contactarlas mediante los ensueños de los que escribió Cartagena, pero no he logrado nada. Luego llegaste tú, y pensé que tal vez tú podrías... Es una locura: no puedes ni escoger a dónde vas en el ensueño, ¿cómo vas a dar con ellas? Todo ha sido en vano. ¡No es posible encontrarlas!

La voz del profesor se convirtió en un llanto profundo. Apretó los ojos y lloró penosamente con la barbilla hundida en su pecho. Su cara se volvió rosada y suave. Ella lo vio con la cabeza baja y le pareció el hombrecito más triste de todo el mundo. Pobrecito profesor solitario en este mundo, con la ilusión de volver a ver a su familia algún día.

—Profesor, perdóneme. Yo no sabía nada de... yo... hubiera tratado de ayudarlo antes.

El profesor se limpió la nariz con la manga del saco. Cuando la gente sorbe los mocos hacia adentro es que ya terminó de llorar. Alzó la mano, como para que Leilani se detuviera.

—Está bien, está bien. Nada de esto es tu culpa. Si acaso es culpa mía —dijo mientras desempañaba sus lentes—. No fui el mejor esposo, ni tampoco fui un buen padre. Dios me castigó quitándomelas.

Ella se sintió impotente. Si hubiera sabido antes. Pobrecito Potapenko.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—¡Porque habrías pensado que estoy loco!

—Pues sí. Es cierto. Antes hubiera pensado así; pero después de haber viajado al futuro, ya no sé qué es una locura y qué no lo es. Voy a intentar algo distinto. Voy a tratar de contactarlas. No puedo escoger los lugares o los tiempos a los que viajo, pero tal vez pueda encontrar personas. ¿Tiene alguna fotografía de ellas? Deme alguna, y voy a intentarlo.

El profesor sacó de su portafolio la fotografía que Leilani ya había visto, y se la dio. Tomó la mano de Leilani con ternura y le agradeció con la mirada. Ella guardó la foto y apuró el whisky. Él volvió a llenar los dos vasitos. Hubo un silencio, pero no fue incómodo; era un silencio cómplice, hasta cierto punto pacificador y necesario. Ella miraba al piso y pensaba en todo lo que el profesor había confesado. Se acordó de su padre.

—¿No sabías nada? ¿De verdad? —preguntó él.

—No, ¿cómo podría?

—Los jóvenes de ahora buscan todo en internet, ¿o no? Si buscas en internet mi nombre encontrarás que, además de mi doctorado en el MIT* y mis proyectos gubernamentales, se mencionan noticias amarillistas sobre el escándalo que causó el caso de la desaparición de mi familia. Todo es mentira, por cierto. Te lo aseguro. Incluso, hay algunos re-

* Instituto Tecnológico de Massachusetts, Massachusetts Institute of Technology, MIT, por sus siglas en inglés.

porteros que afirmaron que las secuestré. Fui sospechoso de la policía durante un tiempo. Después los noticiarios dijeron que me había vuelto loco por querer hacer contacto mental (telepático) con ellas y casi pierdo mi trabajo por ello. Dime, Leilani, ¿te parezco un loco?

—No. No creo que esté loco. Creo que usted no ha perdido la fe, y que haría lo que fuera por encontrar a su esposa y a su hija porque las quiere mucho. Voy a buscarlas, se lo prometo.

El profesor sonrió y alzó el vasito, anunciando un nuevo brindis. Ella también alzó el suyo, y bebieron. Eran como dos viejos amigos que se encuentran en un bar. Qué curiosa sensación.

—Hay algo más.

—No me asustes, mujer.

—No se asuste, profesor. Cuando estuve en la abadía de Grimmelk y caminaba por los jardines y la cocina, no reconocí la naturaleza del mundo. Hasta las verduras son diferentes. El cereal del desayuno es diferente. Todo es más grande y con más intensidad. Los pastos son más gruesos, los árboles son mucho más altos que la secuoya más alta y los animales son como monstruos. Tienen pata de un animal, cabeza de otro animal y cuerpo de otra cosa. Pero, ¿sabe qué es igual que ahora?

El profesor la escuchaba con atención y se imaginaba todo lo que Leilani contaba.

—¿La política y el deseo de poder? —preguntó él.

—¿Acaso lo dice por lo que le conté sobre la beatificación de ese tal monje Laisenberg? Supongo que la política y el

poder son iguales en el año que sea —sonrió; el profesor tenía razón—. La política es tan antigua como el universo mismo, pero no me refería a eso. ¡Tienen Nescafé! ¡Hay maldito Nescafé en el 5037!

—¿Qué? —El profesor torció la cara en señal de disgusto haciendo ademanes con las manos—. ¿El mugroso polvo?, ¿ese que sabe a agua de calcetín?

Asintió ella con la cabeza conteniendo la risa.

—¡Sí! Tienen naves espaciales, quieren ponerle motores a la Tierra para moverla de una catástrofe que ocurrirá en miles de años, pero aún se toman el infeliz polvo porque no han inventado nada mejor.

El profesor echó una carcajada con tantas ganas que acabó tosiendo y se le desacomodaron los lentes.

—¡Qué horror! La humanidad no ha progresado ni un poco —dijo rojo de risa, mientras se acomodaba los lentes.

...

A las seis de la tarde y ya de vuelta en su casa, Leilani encendió su computadora para buscar las noticias del caso de la desaparición de la familia del profesor Potapenko. Él no mentía: allí en las noticias estaba todo lo que le había contado. Los medios lo llamaron demente y lo acusaron de violencia doméstica. Luego de un par de años, a partir de que ocurrió la tragedia, ya no había ningún artículo relacionado con el caso; hasta las redes sociales dieron carpetazo al asunto. Después de saciar su curiosidad por enterarse de aquel oscuro asunto, revisó sus correos electrónicos. Tenía varios correos sin leer del profesor Zunz y de otros colaboradores de la universidad. Los correos eran

relativos al trabajo pendiente. Le dio pereza responderlos porque de pronto le parecieron nimios, insulsos. “Qué lejos y a la vez qué cerca está de mí aquel mundo futuro con todas las respuestas a las incógnitas del mundo de hoy”, pensó. Sus recientes viajes a la abadía de Grimelk rompían todas las teorías y leyes de la física conocidas. Se cuestionaba qué sentido tenía el trabajo de investigación en física que ella realizaba a la luz de esos acontecimientos. Nada de lo que hicieran ni ella, ni nadie en el Instituto de Ciencias de la Universidad de Tallin, ni en ningún otro instituto del mundo, tenía importancia. No tenía importancia porque en el futuro nada de eso existiría. ¿No sería mejor volver al futuro para traer todo el conocimiento que respondería las incógnitas universales del siglo xxi? Sospechó que no podría traer consigo dichos conocimientos si lo único que iba de ida y vuelta, a través del tiempo, era su conciencia. Ninguna otra cosa física viajaba con ella. Concluyó con un terrible estremecimiento en el estómago que nada de lo que ella hiciera en su vida tenía sentido, a partir de ahora. Veía todo con unos ojos distintos y quería saber tantas cosas. Por ejemplo, quería entender si el universo era un holograma y si aquella reciente teoría entre los físicos reconciliaba la teoría cuántica y la de la relatividad. ¿Era ésa la pieza faltante del ajedrez para entender los misterios del universo? ¿Se confirmaron las teorías de cuerdas? ¿Se desenmarañó el enigma sobre el funcionamiento de los agujeros negros? La asaltaba la duda de cómo era posible que el agujero negro de Sagitario A, ubicado en el centro de nuestra galaxia, siendo cuatro millones de veces más masivo que el Sol, se hubiera tragado tanta materia del espacio en tan poco tiempo (tres milenios es muy poco tiempo para el transcurso de los fenómenos estelares); pero así lo confirmó Saturno, como si fuera sabiduría popular que cualquier niño de su época es capaz de entender. Ella sabía que la probabilidad de que las partículas de energía provenientes

de Sagitario A llegasen a la Tierra eran extremadamente bajas, según los cálculos científicos actuales. Aunque esas partículas viajaran a velocidades cercanas a la velocidad de la luz, tardarían miles de años en llegar. ¿Cómo es que en el 5037 se preveía que en tan sólo unos milenios más, esas partículas destruirían la capa de ozono de la Tierra, y con ello la vida terrestre? Lo anterior implicaría que los cálculos y las mediciones científicas actuales eran incorrectas; y si era así, esto a su vez implicaba que faltaba una pieza angular en la física del siglo **xxi**. Lo cierto es que Leilani desconocía los avances de la física del futuro. De seguro había muchos descubrimientos que ella no podía ni imaginarse. Para ella nada de eso tenía sentido, aunque estaba segura de que allá, en el futuro, todo lo que ella pudiera preguntarse en el presente ya tenía respuestas. Lo único que necesitaba era tiempo para ir a la biblioteca de Ibargilio y buscar las respuestas en las computadoras. Debía volver a Grimelk. También quería ver a Saturno. Pero también debía buscar a Ana y a Victoria, tal y como se lo prometió al profesor Potapenko.

No había tiempo que perder. La inminente caída de la noche la salvó de otras pérdidas de tiempo y se dispuso a dormir. Vuelta a la derecha, vuelta a la izquierda sobre la cama. Las sábanas olían a rancio. No recordaba la última vez que las lavó. Se cubría el cuerpo con la sabana y después se la quitaba. Esperaba de un momento a otro encontrar esa paz que llega al quedarse dormida. Tenía una sensación de caballo de carreras a la espera del silbatazo de salida. Conciliar el sueño era una hazaña que requería de suma concentración. Por su mente pasaban toda clase de pensamientos e ideas inconexas. El jardín de Grimelk olía a aceitunas. “Cuando un cuadrado no es un círculo”, dijo Leporello. Un ojo abierto que mira las sombras que se forman en las paredes por la noche. Las nueve con cuarenta minutos, vio en el reloj. Euclides fue quien escribió las reglas del espacio. En aquel

reducido espacio comprendió vagamente que él tenía la razón. Con razón en los libros nunca se dice: “mamá”, sino “madre”, para que se quede uno lejos, distante, y observe. Pensó en su padre y su madre. De niña pensaba que, si morían en algún accidente o por alguna enfermedad, no sufriría tanto por ellos, al fin que ni los quería tanto, y eso era culpa de ellos. Los techos, como en la Alhambra de Granada, estaban llenos de mosaicos de colores. Tenía que respirar hondo y con tranquilidad para dormir, pero no lo conseguía. Ideas incoherentes iban y venían. Las diez y media en el reloj. Cerró los ojos. “Las once ya van a dar y el niño va a merendar”. Las once y media. Basta. Se levantó francamente molesta y fue por las pastillas a la cocina. Vertió agua en un vaso y se las tragó. Fue nuevamente a la cama con una sensación de culpa. Sí, claro que estaba mal, pero qué iba a hacer si no podía dormir sin las pastillas. Ahora sí estaba lista para dormir.

Tal y como se esperaba, plácidamente llegó la duermeyela como un manto manso y cálido que emergió desde el piso hasta la punta de su nariz. Con un vaivén de una ola y la brisa del mar, se arrulló su conciencia. De pronto, todo vacío, oscuro, y en su muñeca vio el reloj en el que aún no aparecía ninguna hora.

...

“Ya por fin me salió una colita y me voy a ver bonita como las demás”, se decía a sí misma frente al espejo subida en una silla, tratando en vano de hacerse una cola de caballo con el pelo. El mango del cepillo era más grande que su mano y no le era fácil maniobrar con él y con su cabello al mismo tiempo. Volteaba de lado a lado para verse de perfil sin quitar los ojos del espejo. Nariz de bolita, barbilla redondita y ojitos redondos.

—¿Ya estás lista Leila? —gritó su madre desde la cocina.

—¡Mami, ven al baño!

Los pasos apresurados de su madre entraron al baño junto con el olor a huevos fritos.

—¿Qué haces?

—Mira, ya me sale una colita. ¿Me la peinas bien?

Su madre la miró con un gesto de disgusto. Le arrebató el cepillo y la liga del pelo que le sostenía la pequeña colita de caballo.

—Hoy, después de la escuela, te voy a llevar a que te corten el pelo. Ya está muy largo y yo no te voy a peinar cada mañana, ya te lo he dicho.

Leilani se bajó de la silla.

—¡No me cortes otra vez el pelo! Mamá, por favor, no. Me veo como un hongo y los niños siempre me molestan en la escuela. Por favor, no. Yo me voy a peinar todos los días. ¡Verás que sí puedo!

—No. Ya sabes que tú no tienes permiso de tener el pelo largo y punto. No tengo tiempo de peinarte.

—Pero, ¿por qué no me dejas? Yo puedo peinarme sola. Ya soy grande.

—No puedes. Estás muy chiquita.

—Pero es que las otras niñas... todas vienen peinadas de colas de caballo, trenzas o con pelo suelto y largo y se ven muy bonitas. ¿Por qué yo siempre me tengo que ver fea?

—No te ves fea, te ves muy linda con tu pelo cortito. Así lo tenía yo de chiquita, como tú.

—No es cierto. Tenías el pelo largo, trenzado y eras rubia. He visto tus fotos de chiquita.

—¿Cuáles fotos?

—¡Tus fotos de cuando eras niña, mamá! Como las que están en la sala y en tu cuarto.

—Ah, bueno. No importa. Ya te lo dije, Leila.

—Me veo como un hongo y por eso no tengo novio, ni le gusto a los niños.

Su madre volteó los ojos hacia arriba, cansada de la conversación.

—¡Qué niña tan dramática! Ya no te voy a dejar que veas telenovelas. Se te meten ideas tontas en la cabeza. Estás muy pequeña para tener novio.

—Pero me veo fea. No parezco niña. ¿Por qué quieres que parezca niño?

—No. No quiero que parezcas niño; es sólo que es más eficiente así. Ve a comerte tu desayuno o vamos a llegar tarde a la escuela. Basta de quejas.

—Pero mamá, te lo pido por favor. No me lo cortes. Dame sólo una oportunidad y verás que todo va a estar bien, y que me voy a cuidar muy bien mi pelo y no te voy a molestar.

Lloró y se puso de rodillas con las manos juntas, como si le

rezara a un ángel.

—¡Ya déjate de tonterías, Leilani! Ve a desayunar.

Señaló con el dedo y el brazo estirado en dirección hacia la cocina y su voz denotaba la mecha corta de una bomba de dinamita.

Al día siguiente, Leilani lloró todo el camino en el coche hacia la escuela sin decirle una palabra a su madre. El corte de pelo fue perpetrado sin piedad y sin cuartel. La rasuradora y las tijeras de la estilista le cortaron demasiado y rebanaron su orgullo. Quiso engañar a su madre, en la mañana, asegurando que tenía fiebre y que se sentía mal, pero no le creyó. Le puso el termómetro debajo de la axila y vio que estaba bien.

—No hagas berrinches. Si algún día quieres ese cabello largo demuéstremelo con tu madurez hoy mismo —le dijo su madre. Se bajó del coche con su mochila sobre los hombros y entró por el portón de la escuela. Leilani digna, pero herida. Aldo Campos estaba parado en la entrada de la escuela. Se miraron un segundo y él fue el primero en desviar la mirada. Esa mirada desaprobatoria y que la tachaba de comatosa, de defectuosa. Luego llegó Nacho y le susurró algo a Aldo en el oído, mientras la miraba también, y los dos niños se rieron. Se burlaron de ella y luego la olvidaron como si no existiera. Ahí iba llegando Brisa, con sus pestañas de mariposa, su perfumito de olor a fresitas, su trenza francesa con un moño diferente cada día. Su cabello relamido y perfecto con fragancia a frutas cítricas. ¡Los litros de fijador que compraban al mes en su casa, para hacerle esos peinados tan espectaculares! Los barnices de uñas de Rosita Fresita con brillantina que les presumía a sus amigas y sus plumones mágicos que olían a frutos rojos. A Leilani no le compraban nada, ni la dejaban ponerse más que los aburridos aretes de bolitas de oro porque se le infecta-

ban los lóbulos si se ponía otros. Nacho, Aldo, Pepe, David, Gerardo, y todos los demás niños del salón querían ser novios de Brisa porque era la más bonita y la que olía más rico.

—¿Por qué lloras? —le preguntó su amiga Gaby, peinada de copete y cabello suelto hasta el hombro.

Leilani no le respondió.

—¡Ay no! ¡Otra vez te cortaron el pelo como hongo! —dijo con cara de asco la amiga.

Leilani levantó y bajó los hombros. Se secó las lágrimas.

—No llores. Vamos al salón. Si quieres te regalo mi sándwich para que te pongas contenta. Es de salchicha con mayonesa. No te preocupes, te va a crecer otra vez.

Leilani ensayó una sonrisa tímida.

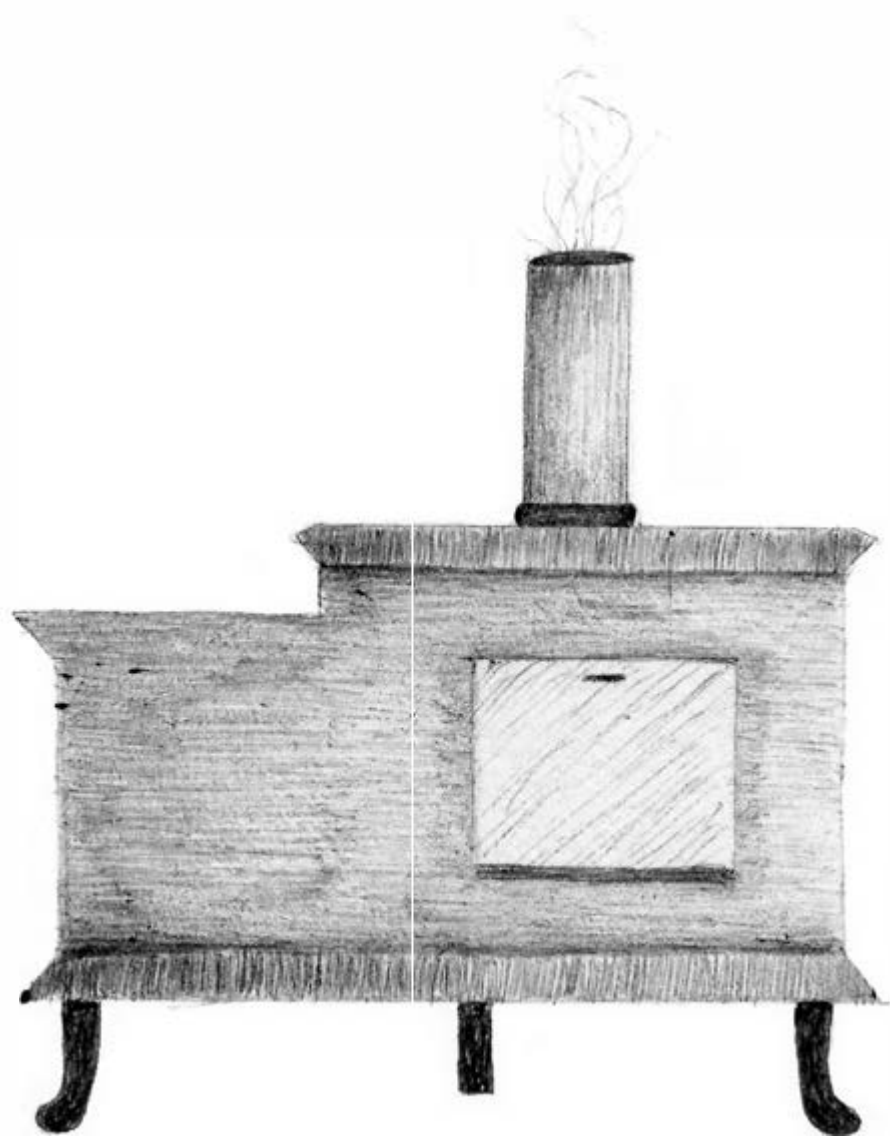
—Si, pero me lo van a volver a cortar.

—No importa, te daría mi sándwich otra vez. ¿Por qué te lo cortan así?

—Yo creo que es porque no me quieren.

Se sentía la niña más fea y despreciada de toda la escuela primaria, pero un sándwich de salchicha de la mamá de Gaby siempre la hacía sentir mejor por un rato.

Del cofre de los recuerdos más enterrados en su memoria, saltó hacia un sueño estrafalario del que no pudo acordarse después; y lo siguiente que vio Leilani, fue el techo de piedra del dormitorio de Lesmes.



*Iban oscuros bajo la noche solitaria
a través de la sombra [...]*

Virgilio, *La Eneida*

XV. A la hora del desayuno

A la hora del desayuno el abad Arlot di Ehud no estaba presente en el comedor, así que nadie se atrevió a probar la comida. Los novicios aprovecharon para platicar durante aquella respetuosa espera.

—¿No es muy temprano para esos temas, Saturno? —preguntó un novicio sentado al final de la mesa en la que también estaban sentados Uldio, James, Saturno y Lesmes.

—¡Nunca es tarde ni temprano para hablar del amor!

Risueño, Saturno levantó el vaso de barro con agua, animando a un brindis.

—El amor es un motivo muy poderoso. Hasta nuestro abad debe estar de acuerdo en eso —afirmó, obsequioso, Uldio.

—Dicen que mueve montañas.

James se miró las uñas distraído, pero quiso participar.

—¿Te refieres a amar a una persona o a amar una idea, Saturno? —preguntó Leilani, quien estaba sentada a un lado de Saturno.

—A lo que sea. El amor es un sentimiento que nos sublima y nos eleva. Por amor la gente disfraza pecados o cosas de las que nadie quiere hablar en voz alta.

—¡Bájense los pantalones, muchachos, que están ante un poeta! —Hizo una corneta con las manos, Uldio, y habló en voz alta con un tono burlón.

—¿Cuáles pantalones? Sólo traemos puestos hábitos que son como faldas —se burló Leilani.

Se oyeron risas.

—¿Y a qué pecados o cosas te refieres? —Frunció el ceño James.

—Al sexo, por ejemplo —respondió de inmediato y de buena gana Saturno.

Algunos tosieron, al final de la mesa; nerviosos, exaltados por la conversación o quizá por un genuino ataque de tos.

—¡Bah! El sexo está sobrevalorado desde hace mucho tiempo. Créanme —agregó agriamente Leilani.

Sólo ella sabía que se refería al contexto de su tiempo y a lo mal que la había pasado en sus relaciones amorosas.

—Por Dios, hombre. Estamos en la casa de Dios.

Uldio hizo señal de silencio con un dedo junto a la boca al tiempo que sonrió burlón.

—Ya nadie se enamora con locura y pasión, así con arrebatos. Eso ya está pasado de moda y no se ha hecho en siglos. ¿Alguien me puede pasar la jarra de agua?

James extendió la mano para recibir la jarra.

—¿Quieres decir que el amor dejó de ser moderno?

Saturno le pasó la jarra.

—Yo sólo digo que ya no es cosa de estos tiempos.

—¿Y tú qué sabes de amor, James? ¿Cuántas novias has tenido? ¿Eh? ¿Ninguna o tal vez cero? —Rio de forma estruendosa Tito, quien se sentaba en otra mesa cercana.

Los demás lo acompañaron con una risa.

—Olvidalo, Tito. En esta abadía, ¿cuántas novias voy a tener? Tú dímelo.

James hizo un ademán con la mano para olvidarse del asunto.

—En la era del bulteno, de las auténticas y más audaces exploraciones cósmicas, del proyecto de movilidad planetaria, del comunitarismo y donde ningún puño humano ha escrito un libro en siglos porque todo lo pueden escribir los robots, ¿quién va a pensar en amar de verdad, Saturno? —agregó Uldio.

—¿Y qué es de verdad para ti? —respondió Saturno con auténtico interés.

Uldio permaneció en silencio.

—¿Tú qué crees, Lesmes?

Saturno miró a Leilani.

—Yo pienso que el amor no tiene que ver con ninguna época ni con que se escriba o no un libro. A pesar del transcurso del tiempo, el amor de verdad es el mismo siempre. Quizás el amor tiene que ver con la insensatez de la aventura.

Leilani le dirigió una mirada penetrante a Saturno.

—¿Algo frívolo, lujurioso? —planteó Saturno.

—No. Algo más intenso; más auténtico —respondió ella.

—¿Qué hay más auténtico que la sensación de lujuria?

Saturno se frotó las manos por el frío de la mañana.

—Quizás un amor que no buscamos, que se nos presenta, como una oportunidad excepcional en la forma de una aventura. Y entonces esperamos el momento ideal para dar el salto —insistió Leilani.

—¿El salto hacia qué o hacia dónde?

—Pues a lo desconocido, Saturno. Dar un salto de fe y permitirse sentir con naturalidad, sin juicio, porque tal vez toda la vida nos llevó a estar en ese preciso instante. Todo se entretejió, quizá, para desembocar en ese momento.

Lo vio parpadear y le vio la timidez disfrazada de curiosidad en los ojos. Ahí en medio de todos los novicios se sintió conmovida. “Le daría un beso”, pensó. “En la boca y en todo el cuello”. Se sorprendió de sí misma por aquel pensamiento.

—¿Qué momento?

—El momento en el que hay que decidir algo para concretar ese amor.

—Ya decía yo que hablábamos de lujuria. Vaya tema curioso
—dijo él en tono casi heroico.

—Oigan, bajen la voz con eso de los pecados capitales. La mesa de los monjes está muy cerca de la nuestra —añadió James.

—Y, por cierto, el monje con la cara de aburrido, su señoría Igmar de Tocaror, acaba de sentarse muy cerca de nosotros —agregó Uldio.

—Tal vez Uldio tiene razón —Saturno no hizo caso de James ni de Uldio—. Ya quedan muy pocos poetas que hablan del amor, y la mayoría no tienen un corazón: son robots. Hoy el mundo está demasiado despierto para ser aletargado por las notas sinfónicas de un poema romántico. En el pasado: tantas guerras, exterminio, destrucción y demás catástrofes. Hoy que el propósito de la humanidad ha sido develado, y me refiero a mover los malditos planetas de lugar, no hay razón para filosofar sobre el propósito de la vida; no hay cabida para eso. ¡La búsqueda del propósito ha terminado! Entonces, ¿no será que el amor sólo es un mal necesario? Algo así como un refugio del sufrimiento.

—¿No será que el amor es más necesario que nunca? —Leilani lo preguntó con voz un poco más queda.

—¿Por qué? —cuestionó Saturno.

—Precisamente por lo que dices. Hoy ya no hay tiempo de ser un ser humano. No hay tiempo de sentir. Todo es eficiencia, rapidez, enfoque..., propósito.

En esa cuestión el 2023 y el 5037 eran el mismo año y nada era distinto. Leilani vio sonreír a Saturno. Ella le respondió la sonrisa con una mueca astuta que él aceptó de buena gana.

Y qué sonrisa más amplia en qué rostro más bronceado tenía él. Ellos hablando de lujuria y de amor en la abadía y ella estaba ahí sentada junto a aquel Adonis que, además, resultaba ser un romántico apasionado; “qué ironía”, pensó ella.

—¡Ahhhh! —se oyó un grito ahogado desde el corredor.

Era Nefuri que corría por los pasillos gritando con los brazos levantados. Mientras tanto, Aledio cantaba a todo pulmón, desde la cocina, al tiempo que fregaba con estropajo y jabón una olla. Interrumpió su canción cuando escuchó los gritos del tesorero.

El prior Igmar y Pjotr, sentados uno junto al otro en la mesa de los monjes, también escucharon los gritos e intercambiaron miradas. Se pusieron de pie y salieron del comedor para encontrarse en el corredor con Nefuri y entender de qué se trataba aquel escándalo.

—¡Ayuda, por favor!

Desesperado, Nefuri se postró a los pies del prior Igmar, como si hubiera encontrado un oasis en medio del desierto. Le faltaba el aire y sudaba como maratonista. Los demás monjes y novicios hambrientos dentro del comedor murmuraban y comenzaban a ponerse de pie para asomarse, creando una orquesta de rechinos de sillas y mesas de madera que se deslizaban por los pisos.

—¡Por Dios, hermano Nefuri!, ¿qué ha sucedido? —inquirió el prior con un gesto de asombro.

—¡El abad, prior Igmar! ¡Está muerto! —vociferó Nefuri arrancándose las cejas del horror.

—¡Santo cielo! —Se persignó Pjotr.

—Pero, ¿y cómo ha sucedido semejante tragedia? ¡Póngase de pie, por favor! ¡No se quede ahí en el piso! —insistió el prior.

Nefuri se levantó y trató de controlarse para hablar con claridad.

—No lo sé. Primero fui a la oficina del abad, tal y como usted me lo pidió hace unos minutos. Pensé que era lógico que si el abad aún no había llegado al desayuno sería porque estaba en medio de algún asunto en su oficina, pero no estaba allí. Y como no estaba allí, se me ocurrió buscarlo en su habitación; pensé que tal vez se había quedado dormido, cosa que nunca ha sucedido. ¡No, señor! ¡El abad nunca se queda dormido!

—Y luego, ¿qué pasó? —exigió el prior, demandante.

—Llamé varias veces a su puerta y nadie abrió.

El doctor y el prior sintetizaron su notoria sorpresa en la palabra de los grandes momentos: “¡Jesús!”.

—¡Lo mismo pensé yo! ¡Lo mismo pensé yo! —lloró Nefuri con respiración entrecortada y una mano puesta sobre el pecho a la altura del corazón.

—Y ¿qué más?

—Fue entonces cuando se me ocurrió entrar a la habitación, pero la puerta estaba cerrada con llave, desde adentro. Toqué la puerta, otra vez, grité varias veces y como el abad no salió, me preocupé. Luego fui a mi oficina por la llave maestra y abrí finalmente la puerta. ¡Y allí estaba el pobre hombre muerto! ¡Tendido sobre su cama! —Tomó aire lo más que pudo para enfatizar—. ¡Muertísimo!

Nefuri estaba tan espantado como si hubiera visto el fantasma del abad. Sus manos temblorosas estrecharon las del prior buscando consuelo. El prior y el doctor se miraron uno al otro con asombro. Ibargilio, con su aire de hombre bueno, asomó la cabeza desde la entrada del comedor para ver qué ocurría en el pasillo. El prior le hizo una seña con la cabeza para que se acercara. Soltó despacito las manos de Nefuri con suavidad, pero con cierto asco definido en un gesto facial.

—Hermano Ibargilio, por favor vaya a tranquilizar a los muchachos y a los monjes al comedor. Asegúrese de que desayunen y pídales a los hermanos Isidoro y Aledio que no dejen salir a nadie del comedor hasta que yo vuelva y dé la orden. ¿Me entendió? No quiero a la gente deambulando por los pasillos.

—Cuenta con eso, prior. Nadie saldrá del comedor. ¿Ha ocurrido algo?

—El hermano Nefuri dice que el abad ha muerto. Vamos a averiguarlo —volteó a ver al doctor y le ordenó—. Usted, hermano Pjotr, venga conmigo.

—¡Ay, santísimo san Gabriel de Swedensborg que Dios lo tenga en su gloria! —gritó de espanto el pobre Ibargilio.

Nefuri se encontraba en un estado mental francamente espantoso. Parecía estar a punto de tener un ataque nervioso.

—Usted también venga con nosotros, hermano Nefuri. Y tranquilícese, se lo ruego.

Los tres monjes con sotanas verdes que les colgaban hasta los talones parecían flotar veloces, mientras recorrían con prisa los pasillos. Cruzaron el jardín y subieron las escale-

ras hasta llegar a la habitación del abad. El prior abrió de par en par la puerta de la habitación, entró y se acercó hasta la cama, igual que los demás. El abad yacía inmóvil recostado de espaldas a la puerta y frente a la pared, sobre la cama. El prior volteó lentamente el cuerpo tieso para verle la cara. La piel del muerto tenía un color pálido de ultratumba que le causó estremecimiento. Se puso la mano en la boca, ahogando un grito de terror y dio un paso hacia atrás por el espanto. Pjotr, estremecido, se asomó para ver el cuerpo. Nefuri permaneció unos pasos atrás casi junto a la puerta por miedo a ver de nueva cuenta al muerto.

—Hermanos, permítanme examinar al abad —dijo el doctor, una vez recobrado el aliento.

El prior se hizo a un lado y secretamente agradeció la reacción de Pjotr. El doctor se hincó a un lado de la cama, y revisó el pulso en el cuello del fallecido. Quitó las cobijas y revisó los brazos, las piernas, la boca y la cabeza.

—No hay golpes visibles ni signos de envenenamiento. Yo diría que murió entre las dos y las cuatro de la madrugada.

—¿Cómo puede saber eso, hermano Pjotr? —inquirió el prior.

—Por el *rigor mortis*. Está muy claro.

—¿No lo notan? —Nefuri movía las aletas de la nariz y aspiraba aire como un gorila en brama.

—¿Notar qué?

—Hay un olor como a ahumado.

El prior y el doctor no lo notaron enseguida. Había que poner atención para detectarlo.

—Yo no huelo nada, Nefuri. O tal vez...

—¿Y de qué murió, entonces?

Nadie respondió.

Pjotr se levantó del piso y miró alrededor. Había papeles sobre el escritorio del abad. Su sotana estaba colocada sobre la silla, lista para ser usada aquella mañana. Su guardarropa estaba ordenado y cerrado. La pequeña ventana del dormitorio estaba semiabierta. Se acercó para examinar la estufa y vio que la ventilación de la chimenea estaba cerrada. La estufa seguía tibia.

—La verdad es que no lo sé, prior. No soy detective. Yo diría que tuvo una muerte plácida y tranquila, puesto que parece que dormía cuando falleció —respondió Pjotr.

Nefuri se acercó al cuerpo del abad y le tomó una mano. Primero se asustó de la frialdad de aquella mano, pero terminó por hincarse sobre las baldosas frías del piso y hundió la cabeza sobre el colchón de la cama.

—¡Mi querido abad! ¡No es posible! ¡Qué tragedia le ha ocurrido!

Cuando soltó la mano del abad vio que sus dedos se mancharon de una sustancia negruzca. El prior y el doctor también vieron el color negro y se acercaron a Nefuri.

—¿Qué es eso? —inquirió el prior.

Pjotr tomó la mano de Nefuri y auscultó la sustancia. Luego revisó los dedos del abad.

—Es ceniza de la estufa. Es hollín. Seguramente nuestro abad no se dio cuenta de que se manchó los dedos después de meter leños a la estufa, por la noche. ¿No le ha pasado, prior?

El prior pareció preocupado; formuló alguna hipótesis policiaca en su cabeza, pero la desechó enseguida por falta de lógica, y llanamente porque no sabía qué pensar.

—Sí, claro. Naturalmente —respondió mecánicamente.

—¿Murió de alguna enfermedad? —preguntó Nefuri aún con lágrimas en los ojos.

—No lo sé. El abad no padecía ninguna enfermedad grave de la que yo tenga conocimiento.

El prior caminó hacia la puerta. Observó la cerradura metálica de la puerta desde dentro y desde fuera de la habitación. Ciertamente él no era un experto en cerrajería, pero le pareció que no había signos de forcejeo en la puerta. Se veía como una puerta común y corriente. El doctor intercambió miradas con el prior y adivinando sus pensamientos dijo:

—Hermano Nefuri...

—Sí, hermano Pie.

—¿Estás seguro de que la puerta estaba cerrada con llave cuando viniste a buscarlo esta mañana?

—Sí, muy seguro. Y eso me pareció raro, pues nadie cierra las puertas de su habitación por la mañana; todos conocen la regla. Fue entonces cuando asumí que el prior no había salido de su dormitorio, desde la noche anterior.

—Hermano Pie —insistió el prior— ¿no le parece raro lo de la ceniza en los dedos?

—No lo sé. Podría ser.

—¿Qué le vamos a decir a los demás? —preguntó Nefuri con lágrimas que resbalaban sobre sus mejillas redondas y rosadas.

—Diremos la verdad; que el abad Arlot di Ehud ha fallecido y que Dios lo tendrá en su gloria por los siglos de los siglos, amén.

El prior se persignó y le siguieron los demás.

—¡Pero no sabemos de qué murió! —insistió Nefuri con desesperación.

—Le haré una autopsia holográfica y sabremos la razón con certeza. Con un escaneo será más que suficiente. Tenemos una computadora médica en el consultorio.

—¿Llamaremos a la Guardia Pública, prior?

—Claro, les notificaremos sobre el deceso inmediatamente. Le daré la noticia oficial a los demás cuando sepamos el veredicto del doctor. También notificaré a la abadía central del Nuevo Plus Vaticano sobre el fallecimiento del abad.

—¿Y quién estará a cargo de la abadía ahora que el abad ya no está entre nosotros?

—No sé quién será el nuevo abad, pero yo estoy a cargo cuando el abad no está. Por supuesto, esto será temporal y hasta que se elija a un nuevo abad de forma oficial.

—Pero, ¿no sería mejor que no movamos de lugar el cuerpo del abad? Al menos hasta que venga la Guardia Pública.

—No lo vamos a mover, Nefuri. El escáner cabe en la palma de mi mano y se conecta a la computadora del consultorio. Tomará sólo unos minutos y ni siquiera tocaré el cuerpo. De esa forma puedo examinar los órganos vitales del abad sin necesidad de intervenir el cuerpo. Iré por él, no tardo. Quédense aquí.

...

—El hermano Nefuri está inconsolable. Me lo ha contado todo —dijo Uldio.

Horas más tarde, los cuatro novicios: Uldio, Saturno, Lesmes y James se sentaron sobre la hierba del jardín, de la parte de atrás de los dormitorios, para conversar sin ser oídos. Las clases matutinas habían sido canceladas. Ibar-gilio tenía que lidiar con ciertos asuntos derivados de la muerte del abad y no hubo tiempo de dar clases aquella fatídica mañana.

—¿Y qué te ha dicho? ¡Cuéntanos! —dijo James tratando de esconder su excitación en la voz.

—Pues dijo que el doctor hizo el escaneo médico y concluyó que el abad murió asfixiado por monóxido de carbono. Sus órganos vitales lo mostraron, así como un cierto olor atenuado a ahumado en la habitación. La puerta del dormitorio del abad estaba cerrada por dentro cuando Nefuri llegó. Lo que a todos les ha parecido raro es que haya muerto por aspirar humo (seguramente de la estufa). La estufa estaba tibia, y con la ventila de su chimenea cerrada, cuando lo encontraron muerto esta mañana.

Leilani y James se voltearon a ver por un momento. Sus miradas pedían discreción.

—El olor a ahumado no demuestra nada —dijo James.

—Es cierto. El olor podría haber estado allí desde antes. Incluso, desde hace semanas o meses —confirmó Saturno.

—Nosotros no podríamos saber eso; nuestros dormitorios no tienen estufas, como los de algunos monjes —aseguró Uldio.

—¿Y qué tal la antesala del comedor? Siempre huele a quemado porque con frecuencia echan leños húmedos y no abren la ventana. Ese dormitorio tiene un olor a ahumado desde que yo llegué a esta abadía. Y quién sabe si no lleva apestando así desde que el meteorito azotó la Tierra, en el 4042 —afirmó James.

—Es verdad —señaló Saturno.

Leilani creyó escuchar mal, pero no, James dijo que un meteorito azotó la Tierra. “¡No tengo idea de nada! Con razón los animales y las plantas son tan diferentes aquí. Seguramente el impacto del meteorito causó cambios en las condiciones de vida del planeta”, pensó.

—Pero si la puerta estaba cerrada por dentro y la ventilación de la chimenea de la estufa (por donde se supone que debería escaparse el humo de la madera consumida) estaba cerrada, quiere decir que fue el mismo abad, quien cerró la puerta y la ventilación la noche anterior. No pudo haber sido nadie más —razonó Leilani.

—Nefuri dijo que los monjes están seguros de que el abad encendió la estufa por la noche precisamente porque por la

mañana los ladrillos de la estufa seguían tibios. El cuarto del abad tiene una ventana muy pequeña; pero es tan pequeña que nadie podría entrar por ahí —aseguró Uldio.

—¿Se suicidó, entonces? —reflexionó James.

—No lo creo —respondió Saturno.

—Tal vez no se fijó, y todo fue un accidente... —razonó Leilani.

—Podría ser, pero... no entiendo cómo es posible que un hombre que ha usado la estufa por décadas, repentinamente, olvide cómo usarla. Tal pareciera que encendió la estufa, luego, en algún momento cerró la ventilación de la chimenea y se fue a dormir sin volverla a abrir, dejando que el humo tóxico se quedara adentro de su habitación. No es lógico que haya puesto leños al fuego y cerrado la ventilación. La ventilación hay que cerrarla cuando el fuego y las brasas se han consumido por completo, de otra manera uno moriría asfixiado. Lo cierto es que el abad murió así y nadie realmente sabe por qué. El hermano Nefuri está hecho un mar de lágrimas. ¡Si lo vieran! Ah, y además dijo que el abad tenía ceniza en los dedos —agregó Uldio.

—Eso quiere decir que el abad tocó la estufa antes de irse a dormir —James miró a Leilani.

—Todo esto está muy raro. No me parece una casualidad que estando tantas cosas en juego con respecto a la beatificación de Laisenbergh, el abad amanezca muerto en su propio dormitorio. ¿Qué tal si alguien lo asesinó y manipuló la escena para que parezca un descuido, o un suicidio? ¿La ventana estaba abierta o cerrada? —preguntó Saturno a los demás.

—¿De verdad crees que hay un asesino en la abadía? —la voz de Leilani tembló.

—Nefuri dijo que la ventana estaba semiabierta cuando él entró; pero ya dije que nadie cabría por esa ventana y no fue suficiente para ventilar bien la habitación. Yo creo que existe la posibilidad de que haya un asesino suelto en Grimelk y pienso que debe ser ese señor Flavio Josefo. Ese hombre no quiere que beatifiquen a Laisenbergh. Además, él no pertenece a esta abadía; ni siquiera es monje. ¡Qué curioso que llega un extraño y sucede un asesinato que tiene pinta de asunto político! Tal vez lo mató para entorpecer el proceso. Sin la firma del abad y sin un líder reconocido con trayectoria, que encabece la abadía, que propuso la beatificación, sin duda se retrasarán muchas cosas del proceso. La elección de un nuevo abad podría tardar meses. —Convencido ante sus propias afirmaciones, Uldio cruzó los brazos sobre el pecho, y las piernas sobre el pasto tan increíblemente grueso.

—También podría haber sido el jardinero. Siempre se ha dicho por ahí que tiene un pasado turbio. Nadie sabe nada de él. Casi puedo asegurarles que era asesino serial o algún criminal antes de llegar a la abadía. Es un tipo muy raro, muy callado, ¿no les parece? —Saturno se sobó la cabeza al concluir su hipótesis.

—No lo sé, yo nunca he hablado con el jardinero. De hecho, nunca lo he visto hablar con nadie más que con el abad y con el prior —respondió Uldio.

—¡Podría haber sido el mismo prior! Piénsenlo: nadie tiene más motivos que él para matar al abad. Es su mano derecha, tiene delirios de grandeza y un ego del tamaño del monte Cupido de la colonia R-76. Durante años ha querido ganarse el favor del abad porque le interesa quedarse en su lugar. ¡Es obvio! Ese hombre sería capaz de cualquier cosa con tal de ser abad —aventuró James.

—Nada de eso lo convierte en asesino; además, que falte el abad no significa que el prior Igmarr ocupará su puesto de forma definitiva —corrigió Saturno.

—No, pero la falta de un abad en una abadía, donde hay un prior hambriento de éxito, lo acerca a su meta —afirmó James.

—Podría haber sido cualquiera. Anoche todos estaban, supuestamente, dentro de sus habitaciones. Aparentemente, nadie vio nada —agregó Uldio, convencido.

James y Leilani volvieron a cruzar miradas sospechosas.

—El abad estuvo en la cena, como todos. Así que a las siete de la noche el abad seguía vivo. Por la noche, más tarde como a las ocho, los hermanos Mini y Nefuri estuvieron en su oficina (me lo confirmó el hermano Nefuri). Discutieron algunos pendientes sobre la celebración del aniversario de la abadía, del próximo mes. Pero después de eso, nadie más volvió a ver vivo al abad. ¿O alguien de ustedes lo vio?

Todos dijeron que no con la cabeza. James y Leilani volvieron a cruzar miradas que comenzaron a provocarle cierta incomodidad a ella. Leilani se jaló el cuello de la sotana un poco; sintió bastante calor, con todo y la brisa fresca de aquella mañana sobre la hierba.

—Yo no vi nada. Estuve en mi dormitorio toda la noche hasta que salí para la oración matinal —James mintió deliberadamente. Cruzó las manos detrás de la cabeza y se recostó sobre la hierba a admirar el cielo, como quien no tiene nada que temer.

Leilani se sentía inquieta y no dijo nada más. Una idea convergente la asaltó abruptamente. Aquel día se olvidó de revisar el diario de Lesmes. Sintió algo hirviente pasarle por

en medio del estómago; era el ansia agazapada en la tripa. Se disculpó con el grupo de muchachos, trató de no correr para disimular su prisa, pero la respiración agitada la delató. James se quedó mirándola con recelo, mientras ella se alejó hacia los dormitorios.

En el cuarto de Lesmes, Leilani encontró el diario en el fondo del cajón del escritorio y lo abrió en la última página escrita.

13 de septiembre de 5037, algo así como las 06:00 horas

Sí. Ahora estoy aquí. ¡Sabía que había alguien más en mi cabeza! He comenzado a pensar que estoy loco, pero creo que es más complicado que eso. Es curioso, no me doy cuenta del momento cuando llegas tú, Leilani. Gusto en conocerte. Sólo sé que estuviste aquí porque los muchachos me han contado cosas que supuestamente yo les dije o hice y de las que no recuerdo nada. O bien, porque de pronto es de mañana y no recuerdo cómo fue que llegué a la cama o cómo es que cayó la noche y no me acuerdo de lo que hice durante el día. También me pasan un montón de cosas raras. A veces me acuerdo de una abuela que no es mía, de fórmulas matemáticas que no entiendo y de las caras de personas antiguas que nunca he visto. Es una sensación como de obiedad imposible. Es como si recordara pedazos de la vida de alguien más. ¿Te pasa a ti también? Para empezar, no sé cómo, pero sé hablar en una lengua que no se ha hablado en milenios. ¿Será la tuya? ¿De dónde eres y por qué vienes a mí? Cuando tú vienes yo no voy a ningún lado. Me quedo suspendido en un lugar y es como si el tiempo no transcurriera para mí, porque está congelado o pasa demasiado lento como para notarlo. Por favor, no me metas en problemas cuando vengas. ¿Quién es el otro que a veces viene? Él me da miedo.

Lesmes

Una sensación de inquietud le entró por el aire frío que aspiró por la nariz. Por fin se dio cuenta de que la lengua que hablaba en Grimelk no era ni el inglés ni el español, ni ningún otro lenguaje conocido para ella. Era la lengua de aquel año, pero ella la sabía como si fuera la suya. Y también la escribía muy bien. No había prestado atención a ese detalle. Sin duda la mente de Lesmes estaba conectada con la suya de forma bilateral y existía cierto flujo metafísico de comunicación involuntaria entre ambos. ¿Quién era ese “otro” que a veces venía? ¿A quién se refería Lesmes? Un escalofrío le recorrió la espalda. Tal vez se trataba del mismo ser que se metió en su conciencia la noche anterior, cuando Leilani se fue a dormir y sintió la presencia de algo siniestro y desconocido, justo antes de volver al 2023.

La puerta de su habitación emitió un chirrido al abrirse que le puso los pelos de punta. Leilani cerró inmediatamente el diario y volteó a ver la nueva presencia. El sobresalto hizo que todo el cuerpo se le contrajera.

—Tranquilo, Lesmes. Sólo soy yo —James cerró la puerta y se sentó sobre la cama. Leilani se sentó junto a él.

—Me asustaste.

—Sí, ya lo vi.

—¿Por qué no dijiste nada sobre lo que vimos anoche?

—¿Te refieres a decir que vimos al hermano Pie salir del dormitorio del abad y que oímos una conversación muy rara entre ellos? ¿O te refieres a cuando nos encontramos al prior rondando a medianoche por los pasillos con su misteriosa pipa?

—Pues sí, a todo eso...

—¡No, Lesmes! Si decimos que estábamos afuera de nuestras habitaciones seremos sospechosos. Es mejor no decir nada. Si lo contáramos tendríamos qué explicar también por qué estábamos en la biblioteca con el hermano Mini y también lo traicionaríamos a él. Los sospechosos del asesinato del abad Arlot di Ehud seríamos tú, yo, el doctor, el prior y Mini. No sé tú, Lesmes, pero yo no quiero que me echen de esta abadía y que me manden a las colonias más feas donde van los indeseados de la Unión.

—¡Pero nosotros no hicimos nada! —Leilani se agarró la cabeza con las dos manos en señal de desesperación. Recordó la amable petición de “No me metas en problemas”, que Lesmes escribió en su diario.

—Eso lo sabemos tú y yo. Pero alguien más podría echarnos la culpa de su muerte. Tal vez alguien “de arriba” lo mandó matar, ¿me entiendes? ¿Qué tal si lo mató alguien de la Unión Mundial o algún enemigo político dentro del NPV? Si nosotros nos presentamos como chivos expiatorios, nos irá mal. No, es mejor no decir nada. Además, no hay nada qué confesar.

Leilani se cruzó de brazos. James tenía razón.

—Oye, James, ¿tú crees que el hermano Pie fue quien lo mató? —refiriéndose a lo que vieron la noche anterior.

—No lo sé.

—El doctor salió de la habitación del abad ya entrada la noche, cuando nosotros íbamos a la biblioteca. Lo que no sabemos es si alguien entró después de él. El abad le dijo al doctor que volviera a esa misma hora la siguiente noche. Tengo la impresión de que ésa no era la primera vez que el hermano Pie iba a visitar al abad por la noche.

—Y también le dijo que tuviera cuidado de que nadie se enterara, pero, ¿de qué?

—No lo sé.

Alguien tocó la puerta.

—Pasa —gritó ella.

—¡Ah, James! ¡Qué bueno que te encuentre aquí! Te busca el hermano Aledio: dice que nos toca ayudar en la cocina.

—Era Saturno.

—Lo había olvidado. Vamos —James se puso de pie y salió.

—¡Hey, Lesmes! Piensa rápido —Saturno le arrojó una pelota.

Leilani reaccionó, la atrapó con las manos antes de que le pegara en la cara y se echó para atrás sobre la cama. Saturno saltó sobre ella y comenzó a forcejear amistosamente. Parecían dos cachorros sonsos, que jugueteaban con sus patas y se muerden las orejas con ternura. James los vio, soltó una sonrisa efervescente y también fue a aventarse sobre la cama con ellos. James les hizo cosquillas en los costados. Se rieron tanto los tres que sabían que hacían escándalo. Saturno se sentó y les dijo que no hicieran tanto ruido, que el prior los iba a regañar si pasaba por el pasillo.

—Bueno, ya vámonos, James —Saturno miró a Leilani— ¿Jugamos al rato, con los demás?

James se puso de pie, aún riendo, y salió del cuarto. “Al menos el fútbol sobrevivió el paso lastimoso de los siglos, los choques de los meteoritos y la idea de la inminente destrucción futura de la Tierra”, pensó ella, mientras se sentaba sobre la cama y asentía con la cabeza. “Él, que está de

pie frente a mí, invitándome a jugar, es alguien por quien vale la pena escapar de mi propio siglo”, se dijo a sí misma. El corazón le latió tan fuerte y con tanto brío que le dio miedo que algún dios la escuchara y la señalara con un dedo.

—Se supone que estamos de luto por el abad, así que será mejor que nos veamos más tarde en el patio pequeño, el que está atrás del campanario; ahí no nos verán los monjes. Y si nos encuentran, diremos que organizamos un juego de kiludos en honor al abad, a quien tanto le gustaba ver los partidos —respondió Saturno, divertido.

Kiludos o fútbol. Lo que fuera jugaría ella si estaba Saturno. Quién sabe, tal vez ella podría enseñarles a jugar fútbol a los novicios. Leilani permaneció sola en su habitación unos minutos después de que James y Saturno se marcharon. Miró la pelota. En Grimmelk tenía amigos que la querían. Había camaradería entre los novicios, se contaban cosas, se reían sin prisa, comían con gusto y sin modales, se ayudaban unos a otros, eran amigos y había en el ambiente una grata sensación de comunidad. No, un momento. No eran sus amigos, eran los amigos de Lesmes. Pero se sentían tan suyos, y eran reales. No eran personajes de los libros, que tanto le gustaba leer, o las series de televisión, que veía sin parar, en sus horas solitarias.

En el mundo de ella, no tenía a nadie. Quien sabe cómo, pero había logrado llegar a los treinta sin verdaderos amigos y sin nadie a quien amar. Saturno era alguien de quien valía la pena enamorarse. Era el amigo perfecto, el hombre adecuado con sentido del humor, de buena estatura, despierto y sagaz. De piel rozagante, humor pletórico y cejas pobladas. Saturno era imponderable, era extraordinario, era un amor prohibido que no tenía cabida en el universo de Leilani y tal vez por eso ella lo amaba en secreto; por esa imposibili-

dad que la mantenía a salvo tras las sombras de un cuerpo ajeno; por esa cualidad de inalcanzable e intocable. Tal vez.

Ese día Leilani deambuló por toda la abadía. Parecía ser la única en haber olvidado que el abad acababa de morir. No era que no le importara, era que había demasiadas cosas en qué pensar. Fue a la biblioteca y se conectó a una computadora. Estuvo ahí unas horas. Le llevó largo rato aprender a utilizarla. Prefirió no preguntarle a nadie sobre su funcionamiento, para evitar sospechas. No hubiera sido lógico que no la supiera usar. La computadora tenía una interfaz virtual y neuronal en la que se utilizaban los dedos, los brazos, y la mente para interactuar. Quiso investigar sobre los últimos avances de la física de aquel tiempo, pero no entendió nada de la información que encontró. Era como si hubiera un nuevo tipo de física que conectaba todos los conocimientos de la física que ella conocía. La complejidad de aquellos cálculos y ecuaciones la rebasaba. Los conocimientos que ella poseía eran inservibles o intraducibles, o mejor dicho, no encontró equivalencia con lo que allí se encontró. Aquéllos eran conceptos que no podía comprender en tan sólo unas horas. Necesitaría meses enteros para desenmarañar aquellos misterios del conocimiento. Pensó que hubiera sido ideal que el profesor Potapenko estuviera allí para ayudarla; después de todo, él era matemático y juntos podrían comenzar a entender cómo cambió el mundo de la ciencia en los siglos futuros, con ayuda de aquellas fascinantes computadoras.

Más tarde, fue a jugar con los novicios hasta que todos se cansaron y acabaron sudorosos. Kiludos era una especie de juego de “quemados” futurista. Aunque la pelota en un principio le pareció una pelota común y corriente, tenía una computadora dentro y volaba si se le decían los comandos correctos. Por la tarde, un guardia de la Unión y un robot de servicio llegaron a la abadía para revisar el

cuerpo del abad. Los monjes estuvieron nerviosos todo el día con la presencia de ellos. El señor Flavio Josefo y el hermano Alexámenos tenían planeado irse al día siguiente, cada uno con su maletín y sus archivos de pruebas para defender o atacar la defensa de Laisenbergl ante el Consejo del NPV. Nadie estaba seguro de qué pasaría con el proceso de la beatificación ahora que el abad había muerto, y lo cierto es que reinaba un ambiente de incertidumbre y hasta de miedo en la abadía de Grimmelk. Algunos novicios y monjes afirmaban que el abad murió de viejo y senil, otros a causa de un accidente, pero muchos otros creían que había sido un asesinato.

Durante la cena, el prior Igmar comunicó a los habitantes de la abadía que tanto él mismo como el doctor creían que la causa de muerte del abad se debía a un accidente por envenenamiento de monóxido de carbono, y que la Guardia Pública había iniciado una investigación al respecto. La Guardia Pública se encargaría de hacer una autopsia forense al cuerpo del abad y tendrían la confirmación de la causa de muerte, en breve. Las labores escolares se reestablecerían a la mañana siguiente y a las cinco de la tarde también del día siguiente iniciaría el velorio de cuerpo presente del querido difunto. Las instrucciones, a partir de aquella noche, eran estrictas: Nadie podía salir de su habitación durante la noche. Estaba prohibido ir al baño después de las nueve. Si alguien tenía necesidad de ir, debía usar los orinales que les repartiría Mini. Los dormitorios debían cerrarse con llave durante toda la noche. El prior no lo dijo en voz alta, pero también hubiera querido decir: “Tengan cuidado porque puede que haya un asesino suelto en la abadía. No salgan de sus cuartos porque es peligroso”.

Todos los monjes protestaron. Nadie estaba de acuerdo en que no se pudiera ir al baño por la noche, pero esas eran las nuevas instrucciones y era preciso obedecer. Al concluir la

cena, el prior le hizo una seña a Isidoro para que se acercara a su mesa.

—Hermano Isidoro, tengo una tarea importante para usted esta noche.

—Dígame, prior Igmar, en qué puedo servirle —se aclaró la garganta y dijo con su voz ronca el jardinero.

—Dadas las extrañas circunstancias en las que la muerte del abad Arlot di Ehud nos ha dejado, quiero pedirle que, por favor, patrulle los alrededores del edificio principal de la abadía esta noche; me refiero al área de los dormitorios, desde los jardines. Y también la zona del bosque. Es preciso tener discreción. Temo que alguna otra tragedia suceda en nuestra abadía y hay que estar alertas. Use la nave para patrullar las zonas más lejanas y monitorear los jardines. Lleve con usted a Kiko. El hermano Aledio me ayudará con la vigilancia en los pasillos dentro de la abadía, y usted lo hará desde afuera. Ya he hablado con él.

Isidoro asintió, luego frunció el ceño.

—¿Cree usted que hay un asesino en nuestra abadía?

—No lo sé, pero me preocupa que tanto el hermano Alexámenos como el señor Flavio Josefo sigan bajo este techo en este ambiente enrarecido. Tengo la aguda sospecha de que la muerte del abad está relacionada con la beatificación y de que no fue un accidente. Sin duda es el sentir general de los demás monjes, aunque todo mundo tiene miedo de decirlo. Tal vez estoy en un error, pero temo por nuestros invitados. Si algo les pasara, sería lo peor para Grimelk. ¡Mala publicidad y escándalo! Nos podrían quitar parte del presupuesto; sería un horror —pareció darse cuenta de que habló demasiado.

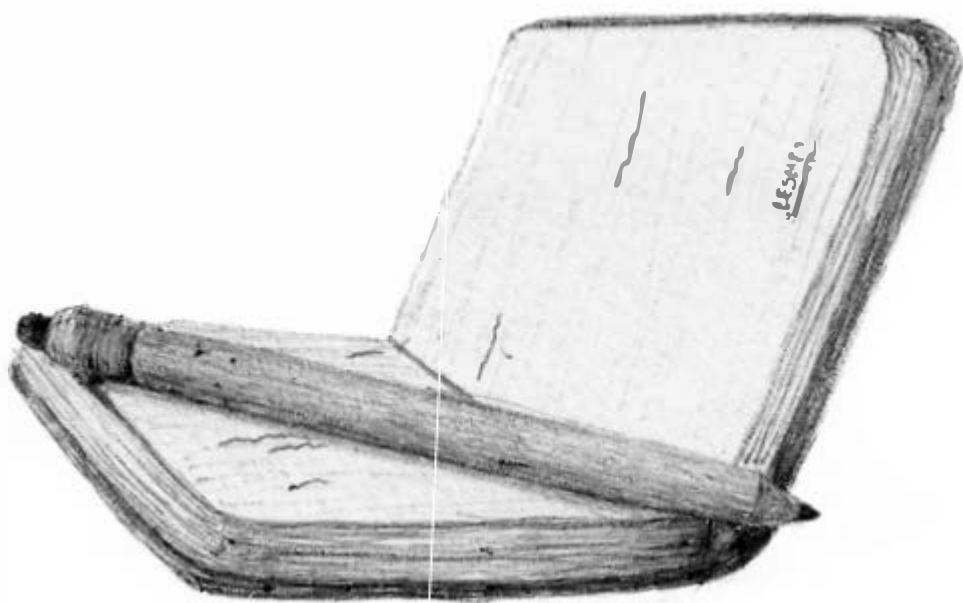
—Naturalmente. El resultado de la autopsia de la Guardia Pública será entregado mañana, así como la investigación, y se confirmará si fue un accidente o no. Tenga paciencia, prior.

Al prior le temblaba la mano que tenía recargada sobre la mesa y el jardinero lo notó. El prior escondió la mano bajo los pliegues de su túnica.

—Le sugiero que le dé de comer muy bien a Kiko esta noche antes de sacarlo. Ya ve lo que pasó la última vez que salió hambriento.

—Claro. Nunca me atrevería a sacarlo de su cueva sin darle de comer. Al único que Kiko obedece es a mí, pero si tiene hambre, no obedece a nadie. Si me permite el comentario, fue un error que el abad le permitiera a Nefuri que lo sacara en aquella ocasión, ya sabe a cuál me refiero.

—¡Nuestro pobre abad! —suspiró el prior—. Por favor, reporte cualquier cosa rara que vea por la noche. Y si ve a alguien rondando por los jardines o los bosques, no lo dude, y suene la alarma de inmediato.



*¡Huyes, pero es de ti; persigues, pero
te persigues a ti [...].!*

Juan Ramón Jiménez, "A una joven Diana"

XVI. Desde la mañana

Desde la mañana y hasta la tarde, Leilani se sintió como autómata. Lavó los trastes en casa y comió el insípido desayuno mirando el fondo del plato, en soledad. Fue a trabajar al instituto y pasó todo el día sin cruzar una palabra que fuera innecesaria con la gente. A veces sus colegas de trabajo la invitaban a que se uniera al grupo que iría al boliche o a beber una cerveza, después del trabajo, pero ella siempre declinaba cortésmente las invitaciones de todos. Con frecuencia soñaba despierta e imaginaba que era amiga de los del departamento de química, de los matemáticos o de los biólogos del cuarto piso. Prefería dormir temprano para ir a Grimmelk. A las doce del día miraba por la ventana desde su oficina y los veía a todos salir a comer en grupos de tres, cuatro o cinco personas. Algunos bromeaban y reían. El gordito se comía su barra de chocolate con tantas ganas, mientras le decía algo a la chica de las sandalias rojas. Los otros colegas caminaban con las manos dentro de los bolsillos. Allí iba el viejito de las patillas moteadas que quién sabe cómo se llamaría, pero que tenía cara de ser un Don Pepe. Algunos iban moviendo las manos y hacían ademanes de estar explicando algo importante o de ser parte de alguna acalorada discusión. Ella los observaba desde arriba, desde su piso triste y su ventana más triste mientras

se metía una esquina reseca de sándwich a la boca. Y no era que nadie la dejara olvidada, no, el suyo era otro monstruo. Era ella quien se apartaba de la sociedad, pero de forma contradictoria y, al mismo tiempo, añoraba que ocurriera algo como un evento de generación espontánea en el que fuera aceptada en algún grupo, sin ningún esfuerzo social de su parte. Quería que ocurriera así y que a todos les pareciera lo más natural. Y es que Leilani no se identificaba con nadie. No creía tener nada en común con los demás. Transitaba como un robot todos los días en espera del momento en que por fin llegara la noche. Esperaba con añoranza aquel momento en que se largaba del mundo de incomprensión del que no se sentía parte y desde el cual era incapaz de luchar contra su pasado, y entraba en ese otro que poco a poco la iba absorbiendo más y más. Era como si trajera un vacío dentro que no sabía de dónde le venía, pero lo sentía ahí en medio de todo mordiéndole la tripa y royéndole las vísceras. Se sentía verdugo y víctima al unísono de su propia miseria.

Como ya era costumbre para Leilani, se preparó para irse a la cama desde temprano. Se hizo un té de raíz de valeriana y aunque sonajeó el frasco de las pastillas, lo dejó en paz y mejor se fue a la cama sin abrirlo.

Vuelta y vuelta sobre el colchón humedecido por el sudor hasta que se hizo un camino de insomnio sobre su cama. Ida y vuelta a la cocina por diez vasos de agua y luego cinco vueltas más hasta el baño. Miró el reloj que columpiaba aburrido sus minutos y se imaginó el peso de los péndulos gigantes de todos los relojes del mundo. Dieron las dos de la madrugada y no lograba conciliar el sueño. El abad muerto, la beatificación en peligro, Saturno, James, la otra presencia desconocida en su mente, el diario de Lesmes, la familia desaparecida del profesor Potapenko. Decidió no perder ni un minuto más de la preciada noche y fue por las pastillas. Se las tomó de un solo sorbo de agua que le supo a

alcantarilla, y ojalá que no se volviera a levantar una vez más al baño, porque de eso ya estaba fastidiada.

...

Su madre le acomodó los flecos detrás de la oreja con cierta dulzura y se lo dijo, aunque Leilani no lo entendió. Ella sabía que algo andaba mal. Algo había estado mal durante mucho tiempo. Los gritos, las peleas, los ojos en blanco, las muecas de fastidio, la botella de vino tinto vacía, los interminables viajes de trabajo de su padre, las canciones de Joan Manuel Serrat por las mañanas, los restos del naufragio y el mar de lágrimas sobre la mesa, los pasos nocturnos por toda la casa y el sonido de la reja de la entrada que rechinaba incesante. Aquel día, su padre anunció que se iría y que no volvería. Se despidió de Leilani con un beso en la mejilla, como si se fuera de vacaciones. Había una estela de olor que dejaba la pesada gabardina de investigador de su padre. Se oyó el sonido del zíper de una maleta que cierra sus pétalos y el rechinido de sus llantitas que rodaban sobre el piso reluciente de la estancia. Su madre, indiferente, cruzada de brazos mirando como un pez a través del cristal de la ventana y el sonido del escape del viejo Ford que se alejaba. Nunca más volvió a ver a su padre. Ella esperó inútilmente una llamada, un regreso, una tarjeta de cumpleaños, un regalo de graduación, una palabra, una indulgencia, una pequeñez o lo que fuera. Quién sabe por qué se acordaba de esa clase de cosas cuando se disponía a ensoñar y a dar el salto cuántico, a través del tiempo. Era como si el precio del boleto para ir al futuro fuera la cara moneda de hundirse en el penoso pasado. Un pensamiento convergente la hizo recordar el sueño de Ometéotl. Apretó los dientes y deseó saber por qué su padre nunca volvió, así como deseó saber qué fue lo que el antiguo guerrero quiso decirle en el sueño.

De un momento a otro, Leilani escuchó la voz de Ibargilio, que hablaba fuerte y de forma entonada frente a los novi-

cios. El viejo tosía de forma constante. Sintió que salía poco a poco de un estado de duermevela, una especie de soponcio dilatado. Ibargilio impartía una clase sobre historia moderna del mundo. En cuanto salió de aquel mareo y se dio cuenta de que estaba en una sala de clases de la abadía de Grimelk, sonrió para sí misma. Estaba sentada frente a un escritorio. Junto a ella, en el escritorio contiguo estaba sentado Saturno, pero algo andaba mal. Saturno la veía con cierto fruncimiento inexplicable en el ceño. Parecía temeroso. Leilani lo llamó con los ojos y una inclinación de cabeza para no hablar en medio de la clase, pero Saturno ni siquiera la miró a los ojos y la ignoró. Miró hacia la ventana; debían ser las diez u once de la mañana. Se había perdido del desayuno. Era complicado calcular la hora exacta a la que llegaría al cuerpo de Lesmes; sin embargo, la hora de llegada era usualmente por la mañana y parecía corresponder con cierta aproximación a las horas de la noche o madrugada del 2023, aunque nunca se podía predecir la hora exacta. El eco de la voz de Ibargilio retumbaba sobre las piedras sordas y antiguas del gran salón.

—Analicen la historia de la humanidad. Ahí están todas las respuestas a nuestras incógnitas del presente. ¿Por qué estamos aquí el día de hoy, jóvenes? Me refiero a nosotros, aquí en Grimelk; y a todos, a la Unión Mundial, por ejemplo. La respuesta es simple: porque el capitalismo de los siglos *xxi* y *xxii* no funcionó. Con el paso de los siglos la humanidad perdió interés en comprar y acumular cosas. ¿Quién se lo iba a imaginar? Si no hay demanda, no hay oferta y así no puede existir un mercado. El modelo capitalista colapsó porque el pensamiento filosófico de la sociedad del mundo cambió. La única forma de sostener el capitalismo es mediante un libre mercado. Y ocurrió lo que nadie se imaginó en aquel entonces: las tendencias sociales y los patrones de consumo de las personas cambiaron drásticamente. No fue la guerra lo que cambió el mundo. La gente dejó de comprar cosas nuevas

que no necesitaba. Los periodos inflacionarios se extendieron demasiado y hubo una revalorización natural de los bienes de cambio. Y este periodo fue tan prolongado que ocasionó una evolución social a escala mundial. Lo que vino después, ya lo conocemos: todo se unificó. La competencia dejó de existir cuando los bienes se volvieron incomprables. Se fundó la Unión Mundial. Por fin, el ser humano se dio cuenta de que la competencia (desde un punto de vista ontológico) no podía ser parte de un modelo económico próspero. Y por una simple razón: siempre habría perdedores y ganadores. Había que encontrar una forma de vivir que fuera más inteligente.

James levantó la mano, e Ibargilio le dio la palabra con un ademán.

—Pero una vez fundada la Unión Mundial, ¿nunca se trató de restaurar un modelo capitalista, comunista o socialista?

—No. La humanidad ya había pasado por ese pedregoso camino siglos atrás; se acabaron las razones para continuar errando de la misma manera. Entonces, llegó algo totalmente nuevo y que finalmente funcionó dentro del contexto de un nuevo despertar: una nueva humanidad. Un poder centralizado que lo controla todo y que es equitativo.

—Pero si la Unión Mundial está repleta de burocracia, así como de viejo y antiguo nepotismo, hermano Ibargilio. ¿Qué hay de nuevo en eso? —interrumpió otro muchacho que se sentaba hasta atrás.

Ibargilio sonrió.

—Sí, hijo, obviamente todo eso sigue y seguirá existiendo. Nada es perfecto. No nos vamos a poner filosóficos ni a debatir eso, lo cual, aunque es importante, no concierne a mi

burda y momentánea generalización. Dejemos ese tema a un lado por ahora. Les pido que me sigan la corriente —Ibargilio parecía inspirado por el interés de los muchachos—. Vamos a ver. Con la Unión Mundial se logró un control justo y total de los recursos monetarios y naturales del mundo. Se fundaron las bases para la repartición de todo y para todos desde un mismo mando, y por esa razón, y porque la población mundial disminuyó considerablemente, a través de los siglos, es que el modelo económico de centralización y comunitarismo ha funcionado y prosperado. No hay nadie en el mundo que viva en pobreza. Repito: no hay nadie que muera de hambre, ni carezca de un techo digno. Por fin el gobierno logró su función esencial, que es la de administrar equitativamente los recursos y lograr un equilibrio. Agreguemos otro ingrediente más a esta discusión: la conquista espacial lo cambió todo. La gente que ya poseía tierras permaneció en nuestro planeta. A éstos llamémosles los privilegiados por diversas razones históricas y por derecho de propiedad inalienable. Y los que tuvieron menos suerte o tuvieron intereses más aventureros, se fueron a las colonias y empezaron una nueva vida, un legado; un borrón y cuenta nueva. Vuelvo a la idea de la destrucción orgánica del capitalismo. ¿A quién le interesa acumular objetos, cuando la verdadera vida, la emoción, el desarrollo humano, están al alcance de todos y no se pueden guardar dentro de una caja o un guardarropa? Con el incremento en la expectativa de vida de los seres humanos, el *boom* de los robots y el establecimiento de las nuevas colonias en el espacio, se acabaron los problemas de sustentabilidad, de falta de espacio y de exceso de trabajo para el ser humano. En el pasado, ¿quién se habría imaginado que las autoridades realizarían campañas motivacionales para que las familias tuvieran más hijos y preservar así la raza humana en el futuro? No me habría gustado vivir en aquellos tiempos donde no había espacio para moverse y vivían contaminados, enfermos, y envenenados por los medios de comunicación y por lo insalubre del aire. Parece

mentira que el mayor problema social de hoy sea que las mujeres puedan tener hijos hasta los sesenta años. Tristemente el instinto materno ya no florece de forma natural y cada vez las mujeres desean menos tener hijos. Y además de eso pienso en la sustentabilidad, que ya no es un problema, ni una deficiencia, ni una meta global, como en los siglos anteriores al choque de Taurus contra la Tierra, sino que es un derecho humano inalienable. Como ustedes ya saben, el problema de la sobrepoblación mundial se resolvió para siempre con las colonias y la exploración espacial. El problema de este siglo es mantener un nivel de población sostenible en la Tierra, y como ya sabemos, vivir en la Tierra es muy caro. En fin, me desvíó del tema: un régimen político y social como el que tenemos hoy, y me refiero a la Unión Mundial, les parecería una dictadura o una tiranía a las generaciones pasadas.

—Pero la línea para definir una tiranía o una dictadura es muy delgada —interrumpió James poniéndose de pie, casi alarmado.

—Y es que, en efecto, la línea es muy delgada, y, además, antigua. Desde el comienzo de nuestra civilización la humanidad ha luchado por erradicar las tiranías. Sin embargo, en estos tiempos en donde todos tienen qué comer y son libres para hacer lo que les plazca con sus vidas, ¿por qué cabría la sospecha de que vivimos en una tiranía? A quien rompe las reglas, el régimen le parece tiránico. Pero seguir las reglas es muy fácil porque hoy tenemos todo a nuestro alcance: comida, casa, vestido, seguridad social y legal, entretenimiento y se puede escoger casi de todo y la única moneda de cambio para ello es el trabajo que uno escoja. Y es que uno debe ser útil a la sociedad. Los créditos cumplen funciones privilegiadas hoy en día, pero no esenciales. Yo creo que la diferencia sustancial entre la población de nuestro presente y la del pasado es que a la gente no le interesa perderse en ni-

miedades ni banalidades. La gente de los últimos siglos es la más evolucionada de toda la historia de la humanidad porque entiende que tiene la opción de empezar un legado y su propia aventura en la Tierra o en las colonias, si así lo prefiere. ¿Qué puede competir contra tales opciones? ¡Nada! La gente perdió el interés en la acumulación de riqueza porque se dio cuenta de que escalar peldaños sociales o tener cuentas de banco resultaba inútil, cuando las oportunidades se tienen sólo por existir y ser útil a la sociedad. Claro, hubo una época en que se acercaron los problemas que acarreó la transición de la mentalidad de la sociedad. Llegó la generación de “cristal” que no quiso trabajar y optó por vivir sin mover un dedo, generando profundos déficits económicos para las generaciones venideras. Los robots y la automatización nunca podrían sustituir al ser humano, por desgracia o por suerte. Pero ya sabemos qué sucedió después con ellos y cómo se corrigieron las tres leyes de la robótica, y por eso estamos aquí.

Leilani le dio un codazo amistoso a Saturno. Estaba asombrada con aquella exposición. Se sintió la más afortunada del mundo por escuchar todo aquello sobre el futuro y constatar que era prometedor, pese a todo lo que se decía y se creía en el 2023.

—¡Parece que el hermano Ibargilio es muy positivo!, ¿no te parece? —le dijo en un murmullo.

Saturno no le contestó ni la volteó a ver. Algo andaba mal.

—¡Por Dios, hermano Aledio! ¿Qué le pasa? —preguntó sobresaltado Ibargilio. Aledio sudaba, jadeaba y se jalaba los cabellos con los dedos regordetes. Se detuvo unos segundos ante Ibargilio para tomar aire. Quiso murmurarle al oído, pero en lugar de eso le salió un grito incontenible de horror que alarmó a todos los novicios.

—¡El hermano Alexámenos ha sido asesinado! A-ma-ma-ne-
ció muerto. Lo encontró el hermano Ángel cuando quiso
entrar a su habitación para limpiar los pisos —la voz se le
entrecortaba por el esfuerzo y el miedo al pobre Aledio.

Saturno volteó a ver a Leilani con mirada grave. Era como
si estuviera enojado con ella. Había repulsión en aquellos
ojos hermosos y oscuros.

—¡Hey, Saturno!, ¿qué te pasa conmigo? —preguntó ella de
una vez por todas.

El muchacho le sostuvo una mirada acusadora que le pro-
dujo a ella un escalofrío en la espalda. No respondió.

—Me pareció raro que el hermano Alexámenos no bajara a
desayunar esta mañana, pero nunca me imaginé que fue-
ra por... ¡Qué desgracia! —Ibargilio miró hacia el techo con
gesto de miedo y se persignó, con los ojos cerrados.

Los novicios reaccionaron inmediatamente ante la desa-
fortunada noticia y se pusieron de pie. Algunos murmu-
raban, otros lloraban o estaban junto a la puerta para salir
corriendo de allí. El único que permaneció inmutable fue
James. Estaba sentado y parecía cavilar en algún hondo
pensamiento. Masticaba las noticias y sus imprudentes re-
percusiones. Era imposible saber lo que pensaba con sólo
verle el semblante. James era como una carta sin abrir, era
un dado rodando sobre la mesa.

—¡Lesmes, Saturno, Uldio! —gritó James entre el disturbio
de voces.

Los tres voltearon a verlo.

—Vamos al cuarto del hermano Alexámenos. ¡Rápido,

vámos antes de que nos vean o nos ordenen que nos quedemos aquí!

Los cuatro salieron de la sala en silencio y en orden para no llamar la atención de los monjes, quienes discutían acaloradamente sobre el acontecimiento.

Cruzaron la abadía a paso acelerado y en silencio. Para entonces la abadía ya había entrado en caos. La noticia se corrió de boca en boca y el único que no sabía nada todavía era el prior Igmar, quien se encontraba en uno de los jardines. Platicaba sobre el patrullaje en los jardines de la noche anterior con Isidoro, quien reportó no haber visto a nadie durante sus horas de vigilancia. Kiko se la pasó olisqueando y correteando a los jinilines, unos murciélagos gigantes emplumados con patas de siete dedos, por falta de otra actividad más interesante qué hacer en lo fresco de la noche estrellada y silenciosa.

Al doblar una esquina de los corredores, Saturno empujó a Lesmes y lo arrinconó contra la pared, abandonando el grupo de novicios. Agitado por la carrera, le dijo atropelladamente:

—¿Por qué lo hiciste, Lesmes? Me lo vas a decir en este instante, o te juro que no te suelto.

Leilani lo miró desconcertada y no respondió.

—No te hagas el que no sabes nada. ¡Te vi, Lesmes! Te vi anoche cuando saliste del dormitorio del hermano Alexámenos con el cuchillo en la mano.

Leilani lo pensó un instante. ¿Acaso, era posible aquella terrible insinuación?

—¿Cuál cuchillo? ¿De qué hablas? Yo no he hecho nada.

—Te vi claramente.

—¿Y tú qué hacías despierto a esa hora deambulando por los pasillos? —Se defendió inútilmente.

Saturno la soltó.

—Uldio me contó un secreto. Me dijo que anoche Isidoro sacaría a Kiko para vigilar los alrededores de la abadía. Yo nunca he visto a Kiko. Sólo algunos monjes lo han visto, así que quise aprovechar la oportunidad. Quería saber si todo lo que dicen del monstruo es verdad.

—¿Qué monstruo?

—¡Kiko! Lo guardan más allá detrás del cerro Zortic. Está en una caverna cerrada, con un portón de metal que tiene un grabado de cabeza de león, a la que sólo Isidoro tiene acceso. Él lo custodia y le da de comer. Lo tienen allí encerrado porque es peligroso. Uldio dice que el abad Arlot di Ehud nunca se atrevió a matarlo porque es un animal extinto. Hemos hablado de Kiko muchas veces. No entiendo por qué preguntas. A veces siento que tienes algún problema de memoria o de identidad. A veces, pareces no saber cosas que ya deberías saber o recordar.

Leilani ignoró el último comentario.

—¿Y por qué no me contaste lo de Kiko anoche para que fuera contigo a verlo?

—Porque ya era muy tarde y dieron la orden de que no saliéramos de las habitaciones.

—¿Y qué fue lo que viste?

—Lesmes, te vi a ti. Me dirigía al jardín para ver a Kiko, pero me escondí cuando vi al hermano Aledio rondando por los pasillos. Esperé a que se fuera, pero no se fue. Vi que se sentó sobre el piso y se quedó dormido después de un rato. Continué mi camino por el pasillo, y justo antes de pasar frente a la puerta del dormitorio del hermano Alexámenos, vi una luz que provenía del interior y, entonces, se abrió la puerta. Me escondí detrás de las macetas del corredor y vi que eras tú quien salió de ese cuarto con un cuchillo en la mano.

—¡No es posible! ¡No lo entiendo, Saturno! Yo no he matado a nadie. Te juro que no —dijo ella con desesperación, mientras caminaba erráticamente en círculos y miraba a todas partes con las manos en la cabeza, como una lunática.

—Lesmes, tengo que decirte algo. No soy sólo yo el que piensa lo que te diré a continuación; los demás muchachos también. Hay algo mal en tu cabeza. Es como si tuvieras dos personalidades. A veces eres serio y otras veces es como si fueras casi —dudó—, no lo sé, una mujer. Te vuelves sensible y usas palabras antiguas que nadie puede entender. Unas veces te acuerdas de cosas y otras no tienes ni idea de lo que sucede. ¿Qué pasa contigo?

Leilani se sintió acorralada. Vaciló un momento, pero se decidió al fin. Había que decirle todo a Saturno. O tal vez no; ya era tarde para retractarse.

—Tienes razón. Es lógico que tú y los demás piensen que estoy loca, o loco.

—¿De qué hablas?

—Sé que lo que voy a decirte va a sonar a locura, pero tienes que creerme, porque sólo así podrás entender que yo no he matado a nadie. Y estoy segura de que Lesmes sería incapaz de matar. Lo sé, porque yo soy él y él es yo.

Saturno se quedó estupefacto. Frunció el ceño y se puso las manos sobre la cintura, como una madre que interroga a su hijo.

—Pues habla entonces, porque hasta ahora nada de lo que dices tiene sentido.

—Mi nombre es Leilani Moncada. Soy investigadora en física de partículas. Soy originaria de México; lo que ustedes hoy llaman Tierras del Sur. Vengo del año 2023 y vivo en la ciudad de Tallin, en Estonia. No entiendo muy bien cómo fue posible, pero viajé en el tiempo mediante algo así como un “ensueño cuántico” —hizo ademán de comillas aéreas con los dedos de ambas manos para resaltar la expresión—. Resulta que tengo ciertas habilidades mentales que me permiten viajar por el tiempo al soñar. Creo que surgieron a partir de que toqué un libro muy, muy, pero muy antiguo. Un profesor del instituto donde trabajo, como investigadora, me ayudó a redescubrir esas habilidades que había olvidado. La única manera que tengo de viajar hasta aquí, me refiero a la abadía en el 5037, es cuando duermo en el 2023. Así que, desde que descubrí esa “puerta” —volvió a hacer comillas aéreas con los dedos—, he venido casi todos los días a Grimmelk. Cuando vengo a Grimmelk tomo el cuerpo de este novicio, Lesmes Girafont. No me preguntes por qué aparezco en Lesmes. Yo misma no me lo explico, pero así es. He intentado ir a otros lugares, a otros tiempos, a otros mundos, pero al único lugar y tiempo al que puedo venir, irremediablemente, es aquí, al tuyo. Es como si existiera una conexión entre este tiempo, este lugar, Lesmes y yo. Cuando Lesmes duerme, entonces yo puedo volver al 2023 y Lesmes vuelve a ser Lesmes, ¿me entien-

des? Es como si el viaje sólo durara un día a la vez o hasta que duerma.

Saturno, ceñudo, la miró desconcertado y prefirió no decir nada. “Lesmes se ha vuelto loco”, pensó.

—Todo esto que te digo, es verdad. Creo que puedo probártelo. Vamos al cuarto de Lesmes. Allí hay un diario. Me he estado comunicando con él a través del diario. Allí podrás ver las cartas que nos hemos escrito para entender de qué forma estamos conectados.

—¿Te das cuenta de lo que dices, Lesmes? Lo único que probaría ese diario al que te refieres es que tienes una doble personalidad. ¡La de un novicio asesino desquiciado, que cree que es una mujer del pasado!

—Por favor —suplicó ella— tienes que creerme. ¡Hay otra manera de probártelo! Vamos a la biblioteca. Allí, pregúntame todo lo que quieras sobre el año 2023 y los años anteriores. Te puedo decir qué marcas de automóviles existen, quién ganó la copa de fútbol del mundo en esos años, los presidentes que había en México y en Estonia, la historia de mi país, los nombres de mis familiares. ¡Todo lo que sé de mi vida y del mundo de esa época! Podrás compararlo con los registros que existan. Eso probaría que digo la verdad. ¿Cómo podría saber todas esas cosas, Saturno? ¿Dime, cómo?

—Pues vamos a la biblioteca —respondió con dureza.

Los pasillos de la abadía eran un caos, llenos de monjes y aprendices que discutían los últimos acontecimientos. El día avanzaba difícilmente, cargando auestas el crimen de la noche anterior. El prior Igmar estaba ya enterado del presunto asesinato de Alexámenos. Pjotr examinaba el cuerpo. Para entonces, el prior había dado la orden de que todos los novicios y monjes permanecieran en sus habitaciones,

pero nadie la acataba. Todos estaban demasiado asustados como para meterse solos en sus dormitorios vetustos de techos altos que daban escalofríos. En medio de las lágrimas, los gritos y el trajín de los pasillos, Saturno y Lesmes llegaron hasta la biblioteca. A aquellas horas inciertas, afortunadamente, no había nadie allí. Saturno cerró la puerta de la biblioteca y encendió una de las computadoras. Comenzó a hacerle preguntas aleatorias a Lesmes sobre aquel extraño año 2023 y las décadas anteriores. Leilani le contó todo sobre su familia, sobre el profesor Potapenko y el instituto donde trabajaban. Le explicó que Lesmes y ella tenían una conexión mental especial y que ella sabía que era imposible para Lesmes matar a alguien. Le dijo un montón de datos históricos que francamente le parecieron confusos y desconocidos a Saturno, pero que coincidían con toda la información de la computadora. Leilani le habló en su lengua natal (lengua que se consideraba extinta en aquella época). A Saturno le pareció inverosímil que Lesmes hubiera aprendido aquella lengua en la biblioteca, pues no había manuales ni documentos para aprenderla. Todas las expresiones arcaicas con las que Lesmes se expresó los días anteriores le vinieron de golpe a la cabeza a Saturno y entonces... todo tuvo sentido. Todas las veces en que Lesmes no recordaba cosas sucedidas meses atrás, o las ocasiones en que preguntaba obviedades o se maravillaba por una planta, un sabor o un dato histórico. Todo encajaba como un rompecabezas.

—¡No es posible, Lesmes! —Saturno se puso una mano sobre la boca en señal de sorpresa—. Perdón, Leilani. Ése es tu nombre, ¿no?

—Así es.

—¿Desde cuándo eres Lesmes Girafont?

—Desde hace unos días. Y no todo el tiempo.

—¿Y dónde está Lesmes en este momento?

—Está bien. Está por ahí descansando. Cuando me vaya, él volverá.

Saturno apagó la computadora.

—Si no fuiste tú el asesino de anoche, y dices que Lesmes no pudo haber matado a nadie, ¿entonces quién mató al hermano Alexámenos? Mis ojos no me mienten, Leilani. Yo te vi, bueno, a Lesmes.

—Hay alguien más. Hay una tercera persona que quiso tomar el control del cuerpo de Lesmes. Me di cuenta una vez cuando me fui a dormir. Sentí una presencia en la conciencia de Lesmes, y no era de alguien bueno. Me dio miedo. Lesmes también lo sintió. Me lo comunicó a través del diario. Lo que no sé, es si esa persona logró entrar en el cuerpo de Lesmes después de que yo me fui al 2023. Yo me voy por la noche, cuando Lesmes duerme y vuelvo a alguna hora de la mañana en Grimmelk. Vivo de día en Tallin y cuando es de noche allí, vengo a Grimmelk, donde es de día. Quizás anoche esa persona entró al cuerpo de Lesmes.

—Espera un momento. Todo esto es muy confuso. ¿Quieres decir que... que Lesmes está al tanto de que tú vienes a su cuerpo?

—Sí, él lo sabe.

—Es un poco monstruoso, ¿no te parece? Eso de venir del pasado, y es que básicamente eres un fantasma, y luego meterte en el cuerpo de alguien más...

Lo pensó un poco y le dio la razón.

—Sí, sé que parece así, pero Lesmes no me ha prohibido entrar en su cuerpo. Parece que él también experimenta ciertas sensaciones interesantes por su cuenta durante mi presencia. Creo que las explora mientras yo vengo. Pregúntale qué siente cuando vuelva.

—¿Y por qué no me ha dicho nada? Yo soy su mejor amigo.

Leilani lo miró un poco molesta.

—¿Y qué te va a decir? Lo que te dije suena a una locura y por poco no me lo crees. Ni siquiera sé si de verdad me crees o sólo dices que me crees.

Saturno la miró de soslayo y exhaló aire de forma ruidosa.

—Sí, te creo. Pero es que no me explico qué fue lo que pasó anoche. ¿Recuerdas algo?

—Recuerdo que me fui a dormir, y eso es todo. Luego estuve en el 2023 todo el día y volví a la abadía cuando estábamos en clase con el hermano Ibargilio.

—Antes de eso ¿estaba Lesmes?

—Supongo que sí. ¿Lo viste durante el desayuno?

—Sí, vino a desayunar como todos.

—¿Notaste algo raro en él?

—No. Pero yo estaba enojado contigo, con él —corrigió— por lo del cuchillo; no sabía qué pensar. Así que no lo saludé y lo ignoré toda la mañana.

—¿Y cómo reaccionó Lesmes?

—Parecía genuinamente extrañado. Como si no entendiera mi enojo. Luego durante la clase de Ibargilio...

—Sí, ya lo sé. Ya era yo, entonces. Quiero decir, Leilani.

—¡Esto es una locura! Te tengo enfrente pero no eres tú, resulta que eres una mujer que se llama Leilani. ¿Qué es todo esto?

—Sí. Lo sé. Es una locura, pero es real. Vamos al dormitorio de Lesmes y veamos qué escribió en el diario sobre lo ocurrido anoche. Tal vez haya alguna pista allí.

Los dos se fueron con prisa a la habitación de Lesmes. El diario decía así:

14 de septiembre de 5037, no sé la hora exacta, pero debe ser alrededor de la una de la madrugada.

La abadía duerme y está en silencio.

Espero que leas esto a tiempo. Acabo de despertar del sueño más raro, o no sé si fue un sueño. Intenté negarme, pero no pude. Al principio pensé que eras tú, pero luego supe que era alguien más. Lo supe por la violencia, la fuerza, la tenacidad. No pude ver nada en concreto, pero tengo miedo. Cuando me di cuenta estaba sentado sobre mi cama y sostenía un cuchillo. Escondí el cuchillo en lo profundo de la tierra de la maceta que está afuera del baño de los novicios. ¿Qué ha pasado, Leilani? ¿Quién es esa persona que quiere apoderarse de mí? Intentaré dormir, pero será difícil. Tengo miedo de saber qué pasó y escucho mis propios latidos que no me dejan conciliar el sueño. Sé que volverás en la mañana. Si tienes el poder de entrar en mi cuerpo, dime que tienes el poder de alejar esa otra presencia que me aterra.

Lesmes

—¡Te dije que Lesmes no era el asesino! —dijo Leilani con júbilo.

Ella revisó la pijama de Lesmes y vio que estaba limpia. No parecía ser la pijama de alguien que acababa de cometer un crimen con un cuchillo.

Saturno se sentó sobre la cama con aire taciturno.

—¡Pero esto confirma que traía un cuchillo!

—Sí, pero sólo eso.

—¿Y entonces quién fue?

—No lo sé. Pudo haber sido el señor Flavio Josefo. ¿No debería ser él, el primer sospechoso? Al fin y al cabo, es a él a quien conviene que haya muerto el monje defensor. Además, el hermano Mini lo vio discutir con el hermano Alexámenos hace unos días.

—¿No sería demasiado obvio?

—Obvio sí, y posible también.

Quiso volver al tema de Lesmes y el arma.

—Ya sé que viste a Lesmes salir de la habitación con un cuchillo en la mano, Saturno. Pero no lo viste matar a nadie. ¿Recuerdas si el cuchillo tenía sangre?

—No vi ninguna sangre. Pero no había mucha luz esa noche, tal vez vi mal.

—Si Lesmes mató al monje defensor, ¿cómo es que salió de

ahí sin una gota de sangre? —Leilani señaló la piyama de Lesmes que estaba sobre la silla.

—Y si no lo mató, ¿por qué entró al dormitorio?

—Espera: ¿quién ha dicho que hubo sangre en el asesinato? ¡Ni siquiera sabemos cómo mataron al hermano Alexámenos!

—Todo esto es muy confuso —dijo Saturno con un hondo suspiro.

—¡Y que lo digas!

Hubo un silencio. Él la miró a los ojos desde la cama. Era evidente como un teorema que Saturno pensaba en Leilani.

—¿Cómo sabré cuándo eres tú y cuándo es Lesmes?

Ella sonrió.

—Pues pregúntalo. Te lo diremos. Y sobre eso quería pedirte que por favor guardes el secreto. Si alguien más se entera, Lesmes correría peligro. No sabemos quién sea esa persona o cosa que quiere meterse en Lesmes. Tampoco creo que la gente lo entienda y tal vez lo terminarían echando de la abadía o lo culparían del asesinato.

—Claro, Leilani. Lesmes es mi mejor amigo. Nunca haría algo para dañarlo. Te prometo que no diré nada. Pero habrá que decirle algo a los demás para que no sospechen. Les diré que Lesmes tiene un problema mental de nacimiento.

Ella lo miró disgustada.

—Les diré eso y les pediré que sean compasivos, pero que nunca te lo mencionen.

—Supongo que es mejor eso a que sepan la verdad —coincidió ella.

Él no dejaba de verla. Ella casi adivinaba sus pensamientos. Ahora que él sabía que ella era Leilani, se sentía vulnerable, al descubierto. Por un momento deseó que Saturno pudiera verla a ella, por completo.

—¿Y cómo eres? Me refiero a que quisiera saber cómo se ve Leilani. ¿Es alta o bajita?

Ella se sonrojó un poco. Miró al piso para parecer distraída y se pasó los cabellos imaginarios sobre la oreja. Pero, “qué tonta soy”, pensó.

—Pues soy alta. Un poco más bajita que tú, Saturno. Tengo ojos negros, cabello largo negro y soy de piel morena.

—¿Qué tan morena?

—Un poco más que tú.

—Yo no soy moreno.

—Eres moreno —mintió; o tal vez coqueteó.

Sonrió y la miró un poco de soslayo.

—¿Y cuántos años tienes?

—Casi los mismos que tú —volvió a mentir.

Él sonrió con los ojos. Clavó la mirada en el piso y luego se puso de pie, de frente a ella.

—Es curioso. Ahora que sé que no eres Lesmes, me siento un poco mejor. Me siento desahogado. Estaba un poco confundido, pero ya no. Ya entiendo lo que me pasaba contigo.

—¿A qué te refieres?

—A que, en el fondo, yo intuía que no eras Lesmes. Había algo como femenino en ti, y ahora es obvio. Aunque antes no lo supiera; no sé si me explico.

—No. ¿De qué hablas?

—No importa —prefirió no explicar.

Se miraron a los ojos, casi se iban a echar a reír sin razón alguna, pero la primera en desviar la mirada fue ella. Mejor no mirarse así. Era peligroso. ¡Qué locura! De cualquier manera, era imposible. Incluso ahora que él sabía la verdad. La campana de la iglesia principal sonó quince veces.

—¿Qué pasa?

—Quiere decir que debemos ir a la iglesia. El prior va a anunciar algo importante. Y creo que ya podemos imaginarnos de qué se tratará el anuncio.



*Como un viejo topo que nada bajo los cementerios,
me doy cuenta de que siempre he estado ciega.
Busco conocer la muerte para tener menos miedo.
Busco vaciar las imágenes que me han cegado.*

Leonora Carrington

XVII. En la iglesia

En la iglesia, los monjes y novicios esperaban el anuncio del prior. James ya estaba sentado cuando llegaron Saturno y Lesmes.

—¿Dónde estaban? —preguntó James.

—No importa. Cuéntanos. ¿Fueron al dormitorio del hermano Alexámenos? —Evadió bruscamente Saturno.

—Sí. Fue horrible. A Uldio le dio miedo y se fue corriendo al baño.

—¿Qué vieron, James? —preguntó alarmada Leilani.

—El hermano Alexámenos estaba tendido sobre el piso y había mucha sangre alrededor de él. Alguien le cortó la garganta de lado a lado. Posiblemente fue alguien que lo conocía.

—¿Cómo sabes eso? —inquirió Saturno.

—Cuando entramos al dormitorio, el hermano Pie estaba sentado en una esquina de la habitación. Parecía pensativo, derrumbado. Nunca lo había visto tan impactado. Dijo que no había señales de forcejeo en el cuerpo, ni en la puerta.

—¿Y el doctor les permitió ver al muerto? ¿Así como así?
—Quiso saber ella.

—Pie estaba en estado de choque. No pareció importarle que entráramos. Yo, la verdad es que estoy impactado. Nunca había visto el cuerpo de un asesinado —había estremecimiento en la voz de James.

—¡Qué horror! —exclamó Saturno.

—Las autoridades ya están en camino y van a acordonar el segundo piso.

—¿Notaste algo raro? —preguntó Leilani.

—Había una tableta holográfica a un lado del cuerpo.

—¿Una tableta?

—Sí. El hermano Pie dijo que parecía como si el hermano Alexámenos hubiera querido escribir algo allí antes de morir. Esbozó un garabato que se parece a la cabeza de un unicornio. Tal vez deliraba.

Saturno hizo ruido con la silla.

—Esperen. Pensemos un momento sobre cómo pasó todo. Alguien vino por la noche o quizás en la madrugada al dormitorio del hermano Alexámenos. Debió ser alguien que él reconoció y le abrió la puerta (de otra forma la puerta estaría forzada). Esta persona o personas entraron, no sabemos de

qué hablaron con el hermano, pero sí sabemos que alguien le cortó el cuello con algo filoso, tal vez un cuchillo, y que se llevaron el arma sin ser vistos. Mientras se desangraba, el hermano alcanzó su tableta holográfica y... ¿dibujó un unicornio? ¡Eso no tiene sentido!

—Espera, Saturno. Yo nunca dije que se llevaron el arma del asesino. De hecho, no fue con un cuchillo, fue un abre-cartas antiguo de metal. Como los que hay en la biblioteca. El hermano Pie dijo que cuando el hermano Ángel entró a limpiar la recámara esta mañana, vio el abre-cartas cubierto de sangre tirado sobre el piso, junto al cadáver y también dijo que la herida del cuello concuerda con el filo del abre-cartas.

Leilani y Saturno se miraron uno al otro con expresión de alivio.

—El unicornio. ¿Por qué habrá dibujado un unicornio antes de morir? Si tenía al alcance una tableta holográfica, ¿por qué no sólo escribió el nombre de su atacante? —Leilani se tronaba los dedos con ansias.

—Tal vez no sabía el nombre de su atacante —apuntó James.

—¡Entonces el unicornio debe ser una pista sobre quién podría ser su atacante! —completó Saturno.

—Quizás.

Los tres permanecieron pensativos, sin entender qué clase de pista era aquella. Entre más lo pensaban, más carecía de sentido.

—Hay algo más —agregó James—. El maletín de pruebas del hermano Alexámenos estaba abierto y vacío. La tableta

holográfica tampoco tenía archivos. Seguramente alguien los borró o se los llevó.

—Entonces, ¿quién lo mató? —Saturno casi dejó salir un grito de horror.

—¡Saturno! Deja de distraer a los demás novicios. No sé ni me importa de qué estén hablando. Ven y siéntate aquí al frente, por favor. Tengo un anuncio muy trágico que darles a todos —gritó con enojo el prior Igmarr, desde el atrio de la iglesia.

Saturno se sobresaltó y se alejó de James y Leilani, que se habían sentado juntos en una esquina de la iglesia. Todos aguardaban en silencio el anuncio del prior Igmarr.

—Oye, Lesmes —James se acercó a Leilani y murmuró mientras el prior hablaba a la multitud—, ¿recuerdas que vimos salir del cuarto del abad al doctor hace dos noches? Yo creo que él es el asesino. Primero fue el abad, y ahora el monje defensor.

—No lo sé. Ésa es una acusación muy grave. No podemos estar seguros. Además, no tiene lógica. Un doctor que conoce de sustancias químicas y venenos, como Pie, no mataría a alguien de esa forma tan burda, tan grotesca. Sería más fácil darle una sustancia venenosa en un té, en el desayuno, por ejemplo, y matarlo. ¿Por qué le clavaría un abrecartas, teniendo al alcance otras opciones más simples para asesinarlo?

James lo pensó un momento, y le dio la razón alzando una ceja con cierta indiferencia.

—¿No fue el doctor quien más pruebas aportó para la beatificación? ¿Para qué querría sabotear la beatificación? Fuiste tú quien dijo que los archivos de las pruebas

fueron removidos o destruidos de su tableta y portafolios. Además, el doctor es muy flaco y débil. ¿De dónde sacaría la fuerza física para perpetrar un asesinato de esa magnitud? El hermano Alexámenos era corpulento —agregó ella.

Leilani apenas podía pensar. Sin embargo, estaba claro que el cuchillo que presuntamente traía Lesmes en las manos la noche anterior no había sido el arma asesina. Pero, ¿y entonces por qué lo llevó al dormitorio del hermano Alexámenos la misma noche en que fue asesinado, y por qué Lesmes no recordaba haberlo hecho? Este rompecabezas tenía que ser armado con mucho detalle. Y es que matar a alguien con un abrecartas y de aquella forma era algo brutal. “El asesino debía ser alguien con coraje y de cierta astucia”, pensó. Alexámenos, el monje que no pertenecía a la abadía de Girmelk, conoció a los monjes el día que llegó a hacer sus investigaciones de rigor sobre Laisenberg. ¿Qué monje o novicio podría guardarle rencor? ¡Él era la esperanza para canonicar a Laisenberg! Sin sus pruebas nunca se lograría la beatificación. Todos en la abadía deseaban la beatificación, ¿o no? Tal vez había que hacer la pregunta adecuada para resolver el acertijo. El abrecartas de la biblioteca podría ser una pista. ¿Y si fue Ibargilio, el bibliotecario? Ibargilio era demasiado viejo, el pobre hombre apenas y podía levantar los brazos para escribir en el pizarrón del aula y tenía dificultades para caminar. ¿Qué motivos podría tener él para asesinar? Cuando las cosas parecen no tener sentido, lo que debe preguntarse es quién o qué se beneficia por el resultado de aquella acción o decisión, y allí podría encontrarse la respuesta a la pregunta de por qué. ¿A quién beneficiaba que mataran al hermano Alexámenos? ¿A la Unión Mundial? ¿Quién no deseaba que se realizara la beatificación?

—James, hace algunas noches, en la biblioteca, Mini y tú dijeron que no estaban de acuerdo con el NPV y que preferían la Unión Mundial. ¿Acaso fuiste tú o él?

James lo miró atónito, ofendido.

—Oye, una cosa es que yo tenga mis ideas y otra que sea un asesino. ¿Cómo puedes creer eso de mí? Y Mini es incapaz. ¡Te has vuelto loco! ¿Y tú, dónde estuviste toda la noche de ayer?

—... ¡No se dejen llevar por el rabo del demonio, hermanos míos! Les pido a todos que no salgan de sus habitaciones esta noche. ¡Queda terminantemente prohibido salir de las habitaciones a partir de las ocho de la noche! Les pido encomendarse a Dios para que las autoridades encuentren al culpable lo más pronto posible. El día de hoy celebraremos la ceremonia mortuoria para nuestro querido abad. Rezaremos por el alma del hermano Alexámenos y luego cenaremos, como siempre, a las seis y media. Levanten las manos si quieren preguntar algo —concluyó el prior Igmar con un semblante de cansancio y ojeras profundas.

Se levantaron como cien manos. Un sentimiento indefinible de horror invadió a Leilani. Sintió algo así como un abandono interior, como si algo estuviera amenazando o acechándola. Salió corriendo al baño. Había dentro de ella demasiadas emociones y ya no podía con ellas. Sintió ganas de vomitar. Se mojó la cara con el agua del grifo y se miró al espejo. Sólo necesitaba aire, debía ser eso. Su mente era un manojo de nervios y sensaciones diversas. Las misteriosas muertes, Saturno, la verdad sobre su identidad, sus continuos recuerdos del pasado, que prefería olvidar, pero que de alguna manera afloraban como cenizas sobre el agua; las pastillas y su incapacidad para relacionarse con la gente de su mundo. De repente, se escuchó un lamento bajito que provenía del último baño, el más alejado de la puerta de la entrada. Se acercó a aquel baño y tocó la puerta tímidamente. Preguntó si el autor del lamento necesitaba ayuda. Nadie respondió, sino que el lamento se hizo más fuerte y nítido. Abrió la puerta

del baño con cautela de ladrón y sentado sobre el piso en un rincón contra la pared estaba el doctor.

—¡Hermano Pie! ¿Qué le sucede? ¿Se encuentra usted bien?

El doctor lloraba y estaba encogido en aquel indescriptiblemente sucio baño medieval del quinto milenio.

—Vamos, no llore así. Respire profundo. Vamos. Sé que vio usted al muerto; me imagino que debió ser una impresión terrible.

Leilani cortó un pedazo de papel higiénico y se lo dio para que se secara las lágrimas. El doctor se sorbió la nariz y pareció que quiso decir algo. Leilani se puso de rodillas y lo miró acongojada. Parecía un hombrecito pequeño y triste allí atorado en una esquina.

—¡He sido yo! ¡Yo lo maté! ¡Yo lo maté! —gritó y lloró de culpa, como si fuera un niño que ha roto un jarrón sin que su madre lo viera.

—Pero, ¿no fue usted quien examinó el cadáver, después de que el hermano Ángel lo descubriera esta mañana?

—No hablo del hermano Alexámenos, sino del abad Arlot di Ehud. Ya no puedo con esta culpa. El abad era tan bueno y todo es mi culpa.

Leilani sopesó la gravedad de aquella curiosa y oportuna confesión y fue a cerrar por dentro la puerta de la entrada de los baños. Era mejor que nadie entrara ni viera en aquel estado al pobre doctor.

—Doc, cuéntemelo. Desahóguese. Puede confiar en mí —le dijo ella con suavidad.

La cara de aquel hombre estaba roja y sus ojos llorosos por fin miraron los de Leilani.

—Por las noches yo le daba masajes terapéuticos al abad. El pobre tenía unos dolores reumáticos que apenas podía aguantar. Pero ya sabes cómo era él: reacio a cualquier tecnología. Nunca quiso ir a los hospitales de las colonias, ni a los que tenemos aquí en la Tierra, por más que así se lo aconsejé. Él quería que yo mantuviera esos masajes en secreto y no quería que nadie lo supiera. Por eso yo iba por las noches a su cuarto cuando la abadía dormía. Temía que la gente supiera que estaba enfermo. Le daba miedo que la gente viera lo viejo que estaba. ¡Como si no se le hubiera visto lo viejo todos los días en las arrugas de la cara! Esa noche... —no pudo terminar la frase, un lamento le ahogó la garganta y rompió a llorar de nuevo.

—Tranquilo. Todo está bien. Cuéntemelo todo. ¿Se refería a la noche en que murió el abad?

Leilani le daba palmaditas en la espalda y asentía con la cabeza.

—Sí, gracias, Lesmes. Eres un buen chico. Todos tus amigos lo son —se limpió los ojos con la manga de la sotana y continuó con voz entrecortada—. Esa noche, el abad se sentía muy mal. Antes de salir de su cuarto noté que la estufa aún tenía brasas. Le ofrecí apagarla para que durmiera tranquilo y no tuviera que levantarse a cerrar la ventilación de la chimenea más tarde, pero me dijo que no lo hiciera; entonces le recordé que no olvidara cerrar la ventilación cuando se terminaran de quemar las últimas brasas, así no perdería el calor de la estufa durante la noche. El abad dijo que lo haría. Me dio las gracias por el recordatorio, luego salí de su dormitorio y volví al mío. Una hora después se me ocurrió volver con el abad. Aque-

lla noche hizo tanto frío que temí por su bienestar; pensé que, si estaba tan cansado y adolorido, quizá se olvidaría de cerrar la compuerta de la ventilación y eventualmente le daría frío, y es que, precisamente el frío es muy dañino para los reumáticos. Además, yo ya quería irme a dormir y olvidarme del asunto. Así que volví una vez más a su dormitorio; no llamé a la puerta, ya era muy tarde para eso. Sólo entré en silencio y vi que las brasas de la estufa se habían consumido por completo. Entonces cerré el chacuaco del tubo de la chimenea para guardar el calor. El abad se había olvidado de cerrarla, tal y como me lo imaginé en un principio. Vi que dormía profundamente. Luego salí de la habitación y me fui a dormir. Al día siguiente el abad estaba muerto por asfixia de monóxido de carbono. Eso ya lo sabes.

—Pero, si usted cerró la ventilación de la estufa una vez que las brasas estuvieron apagadas, el abad no pudo morir por asfixia de monóxido de carbono despedido por la estufa. Tuvo que ser algo más.

—Le he dado cientos de vueltas al asunto en mi cabeza. Cuando era más joven, mucho antes de llegar a Grimelk, fui actor de teatro, del de la antigüedad. Hace muchos siglos había un ruso que se llamaba Stanislavsky, y mi profesor de teatro, quien ahora vive en una mansión en la colonia J-25, hablaba mucho de él. En las clases analizábamos la razón de las reacciones, es decir, el porqué de los gestos y los movimientos de las personas de acuerdo con la situación en la que se encuentran. Y con esa mentalidad me puse a analizar las posibilidades. Por la mañana, la puerta del dormitorio del abad estaba cerrada por dentro. Yo creo que en algún momento de la noche el abad se levantó de la cama y puso madera para quemar dentro de la estufa. Tal vez tuvo frío y el dolor reumático lo despertó; insisto en que esa noche hizo mucho frío, ¿lo recuerdas? Él no sabía que yo cerré la

ventilación, pues nunca me vio entrar a su cuarto. Como ya dije, él dormía cuando entré. Adormilado y distraído por el sueño y tal vez el dolor, luego de avivar el fuego en la estufa, cerró la puerta de su dormitorio con llave, tal vez por instinto o por costumbre, y regresó a su cama a dormir. Como yo cerré la ventila antes de todo eso, el abad aspiró todo el humo y murió asfixiado. No se le ocurrió revisar si estaba abierta o no, ya que él sabía que no la había cerrado. Nadie se dio cuenta del humo porque transcurrieron varias horas desde la noche hasta la mañana. Hay una pequeña ventana en su cuarto que no fue lo suficientemente amplia como para dispersar afuera todo el humo de inmediato, sino que ocurrió lentamente, por eso no había humo en su cuarto en la mañana. Estoy seguro de que fue así. Cuando entré a su habitación en la mañana noté que la estufa seguía tibia, es decir, el abad volvió a encenderla después de que yo me fui de su dormitorio. La noche fue tan fría que no era posible que continuara así de tibia si alguien no la volvió a encender en el transcurso de la noche. Yo encendí mi estufa al volver a mi habitación, después de ir a darle los masajes al abad, y para la hora del desayuno la estufa estaba fría. Los dedos del abad tenían cenizas, yo los vi y Nefuri también. ¡Nuestro querido abad encendió la estufa sin saber que yo cerré la ventilación y por mi culpa ahora está muerto!

—Hermano Pie, ¡entonces todo fue un accidente, un malentendido! Usted no es culpable de nada porque actuó con buena fe. Usted nunca quiso matar al abad, al contrario, lo había ayudado por mucho tiempo y a guardar el secreto de su salud.

—¡Lo he matado! ¡Iré a las autoridades y me declararé culpable! ¡Que me maten! Me lo merezco. Gracias a mi pecado ha caído una maldición en Grimelk y ahora el hermano Alexámenos ha muerto.

—Hermano, fíjese muy bien lo que hará a partir de ahora. Si dice una sola palabra sobre esto, lo van a aprehender. Los detectives de la Guardia Pública ya confirmaron que fue un accidente. Si usted dice lo contrario, reabrirán el caso y eso entorpecerá aún más (de lo que ya está) la beatificación. Usted quiere que se ejecute la beatificación de Laisenberg, ¿no es así?

—Sí.

—Y eso mismo quería nuestro querido y amado abad que Dios misericordioso tenga en toda su gloria, ¿no es así?
—añadió convincentemente Leilani.

—Sí —el doctor lo pensó un poco, y le pareció todo muy lógico.

—No hay razón alguna para decir nada más en este momento. Honre la memoria del abad de esa forma. No entorpezca el proceso por el que el abad luchó. Estoy seguro de que desde el cielo él lo perdonará. Rece, busque un nuevo propósito de vida o qué sé yo, pero no confiese. ¿Para qué?

El monje miraba a Leilani como si fuera la aparición de un ángel.

—¡Tienes razón, Lesmes! ¡Tienes razón! Todo este tiempo he pensado en mí y en mis sentimientos, pero no en los del abad. ¡Ay, si mi madre viviera! —afirmó resignado y hasta aliviado.

—Exactamente, hermano Pie. Piense en la última voluntad del buen abad —exageró Leilani al ver que lo había convencido.

—¡Gracias, Lesmes! Gracias. Dios te ha traído hasta mí en mi más oscuro momento. Le agradezco a Dios y a san Gabriel de Swedensborg por ponerte en mi camino.

—No ha sido Dios, ha sido un fenómeno cuántico...

—¿Cómo?

—No importa lo que haya sido. Ahora salgamos de aquí y sigamos como si nada hubiera pasado. Su secreto estará a salvo conmigo. Aquí no pasó nada, hermano Pie. —Guiñó un ojo Leilani.

—¿Qué fue eso?

—¿Qué fue eso, de qué?

—Cerraste un ojo. ¿Te sientes bien? ¿Necesitas que te lo revise?

Leilani sonrió y exhaló aire. “Otra costumbre que no sobrevivió el paso de los siglos”, pensó.

—No es nada. Todo está bien. Vayamos afuera, hermano Pie.

—Por favor, llámame Pjotr, no sé por qué todos insisten en llamarme Pie, suena ridículo. No soy un postre.

—Hermano Pjotr, espero que no se ofenda por mi siguiente pregunta, pero ¿dónde estuvo usted anoche?

El doctor la miró incrédulo.

—¿No creerás que fui yo quien mató al hermano Alexámenos? Puedes quedarte tranquilo porque estuve toda la noche cuidando la fiebre del hermano Ibargilio.

—¿Usted lo cuidó toda la noche?

—Sí, él estuvo en el consultorio conmigo y con el hermano Ángel. Conecté la computadora para observar el estado de

sus signos vitales. Dormitaba y despertaba a cada rato. Pasó una muy mala noche. Pero amaneció muy bien; tan bien, que insistió en dar sus clases.

—Me da gusto oír que el hermano Ibargilio se encuentra bien.

Leilani dio las gracias al doctor por confiar en ella y salieron del baño. Para entonces, el anuncio del prior había concluido y los pasillos estaban llenos de novicios y monjes que comentaban las efemérides. Leilani se quedó un poco atrás del grupo de novicios para ir a revisar las macetas que estaban afuera del baño. Metió la mano dentro de la tierra de una maceta y luego en otra, hasta que encontró el cuchillo referido en el diario de Lesmes. De pronto, sintió una presencia que se acercaba detrás suyo, era Uldio que la había estado buscando para hablar con ella. Volvió a enterrar el cuchillo rápidamente para no ser descubierta y se puso de pie como si nada.

—Hey, Lesmes. No quise decirlo antes porque tuve miedo...

—¿Qué pasa, Uldio? ¿Estás bien? James dijo que te impresionó mucho ver el cuerpo sin vida del hermano Alexámenos.

Uldio se sobó el estómago y gesticuló con la garganta, hizo un eructo con la boca y una mueca de asco. Leilani le dio unas palmaditas en la espalda.

—Sí, fue terrible. Anoche yo también salí de mi dormitorio, pero no fui muy lejos.

—¿Por qué saliste?

—Porque quería ver a Kiko.

—¡Y dale con que todos quieren ver a Kiko! ¿Por qué no sólo piden permiso para que se los muestren y ya?

—Porque está prohibido verlo. Y además no está permitido tener monstruos. Los monstruos peligrosos fueron exterminados y a los demás los enviaron a la colonia más lejana, la ZZ-99. Kiko es un sobreviviente.

—Claro, claro. Obviamente —asintió ella sin tener la menor idea de lo que decía.

—El punto es que volví a mi dormitorio muy pronto, porque cuando me disponía a bajar al patio, vi al hermano Isidoro y al prior Igmar parados al pie de la escalera.

—¿Y qué hacían?

—Hablaban, pero el prior Igmar se veía muy nervioso y le temblaban las manos, como de desesperación o miedo, no lo sé. Isidoro le dijo que el precio había subido y el prior le dijo que no le importaba cuánto, que necesitaba más, y pronto.

—¿Y qué era lo que necesitaba?

—No lo sé. Isidoro le puso un bultito sobre la palma de la mano y el prior pareció muy complacido. Eso fue todo. Cuando los vi allí, decidí volver a mi dormitorio, aunque no dejé de preguntarme qué hacía allí el prior a esas horas y qué había sido eso que le dio Isidoro.

Leilani se cruzó de brazos y se preguntó si aquel incidente podría estar relacionado con el asesinato. James y Saturno salieron del aula. Se acercaban desde el otro lado del corredor. Advirtieron a Uldio y a Lesmes que conversaban.

—¡Hey! Los buscábamos —dijo James.

—Me acabo de enterar de que anoche alguien vio al prior Igmar y al hermano Isidoro en los pasillos. Dijo que se veían muy sospechosos y que Isidoro le dio un bultito de algo al prior.

Leilani miró a Uldio y éste le devolvió la mirada agradeciendo que no reveló la fuente de aquel descubrimiento.

—Tú no lo oíste de mí, pero el prior Igmar tiene una adicción muy fuerte al X-irtol. Seguramente hacían sus intercambios nocturnos —agregó Saturno.

—¿X-irtol?

—Es una droga muy fuerte que duerme los nervios del cuerpo. Algunos dicen que es un mito urbano, otros dicen que sí existe.

—¡Ah!, entonces, ¿será por eso le tiemblan las manos al prior?

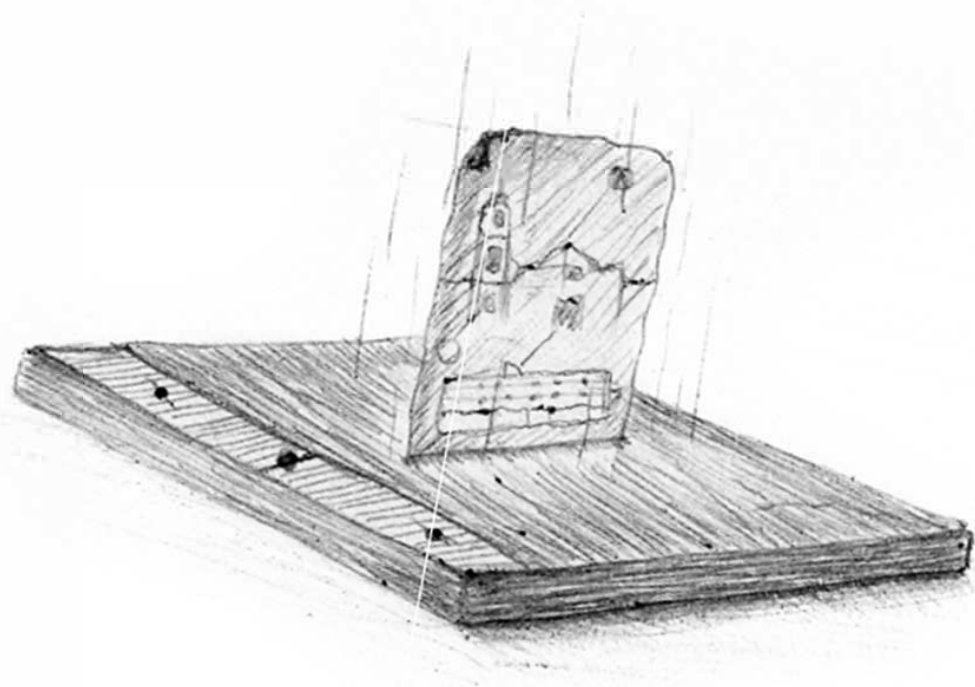
“Y lo que Uldio vio fue la transacción entre el proveedor de la sustancia y su comprador”, pensó Leilani.

—No sabía que Isidoro le conseguía la droga, pero ahora que lo mencionas, tiene sentido. Isidoro tiene un pasado muy misterioso, dicen —terció James.

—¿Cómo sabes sobre la adicción del prior? —Leilani se dirigió a Saturno.

—¡Todo el mundo lo sabe!

—Yo he escuchado los chismes, pero no lo sabía de cierto —agregó Uldio.



*Éstos son malos tiempos.
Los hijos han dejado de obedecer a sus padres
y todo el mundo escribe libros.*

Marco Tulio Cicerón

XVIII. ¿Qué demonios pasó en Grimelk?

—¿Qué demonios pasó en Grimelk? —gritó Sara desde el otro lado de la mesa.

—¡Carajo, no lo sé! —respondió exaltado Tanelovsky.

Un hombre de bata blanca entró a la sala y se dirigió a Sara con una tableta holográfica que desplegaba hologramas de documentos.

—Aquí está el informe de las medidas mentales del experimento que nos solicitó. Ahí puede ver los patrones, doctora Nielsen. Está claro que había alguien más.

—¿Y qué encontraron?

—Le va a sonar muy extraño lo que voy a informarle. Las ondas que encontramos son humanas, pero son de otra época. No sabemos de cuándo, pero parecen provenir del pasado.

—Explíquese, doctor Galo. No tengo todo el día.

Sara frunció el ceño, molesta. Todo lo que no entendía le molestaba sobremanera.

Tanelovsky miraba de reojo al científico sin voltear la cabeza. Aquella expresión seca lo hacía parecer un delincuente. Y es que él siempre llevó una vida dura, disciplinada, áspera. Se le notaba en el semblante.

—En pocas palabras, no podemos rastrear el origen porque la ubicación es indeterminada. Y es indeterminada porque quien haya estado en el cuerpo del novicio no pertenece al año 5037. Es de alguien que logró la conexión mental desde el pasado. La señal es muy fuerte, lo que demuestra que la conexión es estable y posiblemente no sea la primera vez que esa persona se conecta.

Sara Nielsen y Tanelovsky se miraron uno al otro, pero sus pensamientos estaban en otro lado. Ella apretó los dientes.

—¿Cómo ha podido conectarse, así como así, alguien del pasado? ¡Llevamos meses intentando realizar una conexión mental exitosa, dentro de estas instalaciones ultrasecretas y con toda la tecnología a nuestro alcance! ¡Apenas lo logramos tan sólo unos minutos! ¿Y usted me dice que alguien ya lo ha hecho antes? —vociferó ella, al tiempo que se puso de pie.

—Le repito, doctora, no podemos saber quién fue. No hay forma de identificar una onda del pasado. Nuestra tecnología no está diseñada para eso.

—Pues le recomiendo, doctor Galo, que usted y su equipo encuentren la forma de localizar esta “onda” —hizo comillas aéreas con los dedos al tiempo que caminó amenazante y de forma lenta hacia el doctor Galo, encorvando la espalda como una pantera que está a punto de saltar para devorar a su presa herida— porque si no lo hace, usted y su equipo pueden empezar a despedirse de su laboratorio y de sus cómodas posiciones y privilegios, ¿me entiende? Dedique

todos sus recursos a encontrar a esa persona. Tenemos que saber quién es. Si existe alguien con habilidades más poderosas que Tanelovsky nos puede ser muy útil. No me importa si es alguien de la Edad de Piedra o si nació en el año del meteorito. ¡Búsquenla y tráiganla! —gritó ella malhumorada.

El doctor Galo dio un paso atrás.

—Haremos lo posible, doctora Nielsen.

—No me ha entendido, doctor Galo. Hágalo o no vuelva a entrar en esta sala.

—¡Es que me pide lo imposible! ¿Cómo vamos a traer a alguien del pasado?

—¡Identifiquen a la persona, al menos! ¡Maldita sea! —gritó ella como una fiera.

Al doctor Galo no le quedó más remedio que asentir con la cabeza en silencio, tragar saliva y salir de la sala.

Tanelovsky y Sara se miraron con fijeza, estudiándose uno al otro. Ninguno se atrevía a cambiar la mirada. Había una tensión incalculable entre ellos dos. En aquel momento no se sabía si se odiaban o se adoraban.

—Cuéntamelo otra vez —dijo ella con voz ronca.

Respiró para tranquilizarse, luego exhaló como si estuviera meditando y se volvió a sentar frente a Tanelovsky.

Él se paró y fue a buscar un vaso al final de la sala donde había una vitrina. Se sirvió un líquido rojizo de una damajuana semitransparente y volvió a sentarse frente a la mesa.

—¿Te sirvo? Parece que lo necesitas más que yo.

—Ya sabes que no bebo solot, Tanelovsky —respondió ella con fingida calma.

—Te lo voy a repetir —dijo un largo trago al vaso e hizo una pausa—. Por fin pude entrar. Y como ya te dijo el doctor Galo, ésta fue la primera vez que logré quedarme ahí durante un largo tiempo. Fueron diez minutos —miró al techo y extendió los brazos sonriendo como si de un milagro se tratara—. A mí me pareció que fue uno solo, todo transcurrió muy rápido.

—¿Qué fue lo que viste cuando despertaste en la abadía?

—Yo estaba en la cama del novicio, en el cuerpo del novicio. Tenía puesta una túnica blanca; una piyama. Era de noche, no había luz. Esperé unos segundos para acostumbrar mis ojos a la oscuridad de la noche. En cuanto me sentí más cómodo, me levanté de la cama y salí de la habitación. Hacía mucho frío. Recordé los mapas de la abadía que nos facilitó James y fui a la cocina. Evité cruzar el jardín para no encontrarme con el jardinero y su bestia. Y en los pasillos tuve cuidado de que Aledio no me viera. Hasta aquí, toda la inteligencia que nos proporcionó nuestro espía fue correcta. Sabía bien que no tenía mucho tiempo. Entré en la cocina de la abadía, tomé un cuchillo y lo escondí entre mis ropas. Enseguida me dirigí al cuarto de Alexámenos y toqué la puerta. Nadie me abrió. Volví a tocar, pero nada. Se me ocurrió ver si la puerta estaba abierta, y lo estaba, así que entré. Antes de eso, me cercioré de que no hubiera nadie en el corredor. La luz del quinqué del cuarto seguía encendida. Vi el cuerpo del hombre que yo venía a matar tendido sobre el suelo, sobre un charco de sangre. Alguien le había cortado la garganta antes que yo. Alguien se me había adelantado; y, sin duda, no era un profesional. El corte en la garganta era grotesco, Sara; no era un corte limpio.

Sin duda ése fue el trabajo de un primerizo. Tú sabes, Sara, que yo hago trabajos impecables, sin pasión ni escándalos. En fin. Me sorprendí. No toqué el cuerpo ni la sangre. Tuve que improvisar. Me acerqué al maletín de pruebas, lo abrí y quemé todo lo que había dentro de él en la estufa. Había documentos, memorias holográficas, unas semillas y unas ramas de árbol. Borré todos los archivos de la tableta holográfica. Sin embargo, el pobre hombre hizo un dibujo en la tableta justo antes de morir. Pensé que serviría para confundir a los monjes y a la Guardia, así que lo dejé intacto en la tableta y eso fue lo único que no borré. Finalmente salí con sigilo del dormitorio. Sentí que la conexión empezó a fallar. Tuve la sensación de que la perdería en cualquier momento y si eso pasaba, Lesmes despertaría ahí en medio de la escena del crimen sin saber por qué y eso arruinaría todo el plan. Decidí no perder tiempo en volver a la cocina para dejar el cuchillo y me lo llevé al cuarto del novicio, luego ya no recuerdo nada más. Supongo que fue entonces cuando perdí la conexión. Lo siguiente que recuerdo fue que abrí los ojos y estaba en la sala de experimentos del doctor Galo.

—Lo que no entiendo es por qué había una rama y semillas en el maletín de pruebas. Eso dijiste, ¿no? —preguntó ella.

—Yo tampoco lo entiendo. Quizás el monje defensor vio alguna planta interesante y quiso llevársela.

—Me viene a la mente el mito del roble. Ya sabes, ese viejo cuento de Laisenberg y el milagro del árbol extinto.

—No, Sara. No era un roble. Era otra cosa. Sería absurdo que el argumento de la defensa fuera el del roble —Tanelovsky mintió. No se le ocurrió que pudiera ser un roble. No lo pensó en el momento que estuvo en el dormitorio del monje y lo quemó todo. Debió haber verificado, lo sabía. Si esa

rama había sido la de un roble, había una mina de oro en la abadía. Sara nunca se lo perdonaría. No quería perderla. Prefirió callar.

—No sería absurdo que su argumento se basara en probar el mito del roble. Si el monje tenía esas pruebas, hubieran canonizado a Laisenberg enseguida. ¿Te imaginas si hubieran sido semillas de roble?

Sara lo miró acusadora.

—¿Estás seguro de que la rama no era la de un roble? ¿Ni las semillas?

—Sí, lo estoy —mintió, de nuevo, él.

—¡La fortuna que eso nos habría podido traer! Podríamos haber usado ese dinero para financiar nuestra causa y no tendríamos que escondernos, dentro de estas instalaciones galácticas militares, pretendiendo que somos fieles colaboradores especiales de la Unión. ¡Hah! Ya me estoy cansando, Tanelovsky. Hasta ahora nuestros intereses han estado alineados con la Unión, lo sé. La Iglesia no debe tener más poder y esa beatificación no va a ocurrir. Pero después de esta victoria, tenemos que actuar.

Tanelovsky tragó saliva; estaba nervioso. No había forma de que Sara supiera que mintió. No estaba seguro de que hubiera sido un roble, pero tampoco podía descartarlo. Si el roble era tan importante, ya encontraría la forma de investigar y recuperar esa información para Sara y la causa, pero no ahora. A él no le importaba la agenda política tanto como que Sara siguiera a su lado. Él iría hasta el fin de cualquier galaxia por ella. Ya una vez abandonó la oportunidad de vivir en la Tierra por el maldito idealismo de Sara. Habían pasado juntos tantas aventuras que era difícil considerar

dejarlo todo atrás. No había otra opción más que la de seguir adelante. Habían sacrificado tanto, ambos.

—Yo siempre he sido de la opinión de que es mejor dejar que la Iglesia se salga con la suya. “Divide y vencerás”, dice el viejo refrán.

—Sí. Ya sé que tus estrategias son distintas, querido. Pero nosotros no trabajamos para el Nuevo Plus Vaticano. Y no tenemos manera de infiltrarnos. ¿Ya se te olvidó el desastre de la misión del sector Hyonivil? Si seguimos vivos es porque la Unión Mundial nos ha protegido.

—Yo no creo que sean tan rencorosos en el Plus, querida. Yo creo que podemos darles mucha información y nos darían muchas cosas útiles a cambio.

—Sí, podríamos darles información importante, pero nunca confiarán en nosotros, porque saben quiénes somos y confiarán aún menos si saben que traicionamos a la Unión. No. Tenemos que ser más cuidadosos. El plan es que el NPV no adquiera más poder, cosa que, de paso, también es el objetivo de la Unión. Como dije, por el momento esta misión está alineada con nuestros intereses. Luego nos ocuparemos de los líderes de la Unión Mundial, uno a uno. Tenemos inversionistas silenciosos apoyando nuestra causa. La libertad debe restaurarse. ¡El ser humano tiene derecho a la libertad! Este mundo en el que vivimos no es libre. Se pone la máscara de libertad, pero todo es una falacia. Vivimos en un comunismo galáctico con tintes progresistas y dizque modernos, pero no es otra cosa que una dictadura con piel de kraiben. Sí, claro, existe la propiedad privada, ¿cómo le vamos a llamar comunismo? Pero realmente, ¿quién puede escoger? Todo se maneja mediante un sistema de asignación. La humanidad se ha maniatado a sí misma, ha perdido su interés en la individualidad, se ha perdido en el

colectivismo y carece del sentido esencial de justicia y libertad. Todos lo han olvidado, pero lo recordarán pronto. Debemos ser pacientes. El monje defensor está muerto, las pruebas han sido destruidas y nuestra misión está consumada. No hay rastro que nos ligue a este asesinato, y por si fuera poco ¡no tuviste que hacerlo tú!

—Me pregunto quién fue. ¿Será posible que James nos haya ocultado información? —preguntó él frotándose la barbilla partida.

—Hoy haré contacto con él, otra vez. Veré qué es lo que sabe. James es sólo un soñador que cree que le hace servicio a su gobierno y juega al espía. Se siente importante y no entiende que él tan sólo es un peón. Los jóvenes son mentes maleables.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, iré sola a visitarlo. Como siempre, disfrazada de su “tía”.

—¿Nos vamos a deshacer de James? Él es el único cabo suelto en esta Operación. Ya oíste lo que dijo el general Drummond cuando dimos el reporte de la misión.

—El muchacho es leal a la Unión. Puede ser útil en el futuro. No veo por qué deshacernos de él tan pronto.

—¿No hubiera sido más fácil darle la orden a James para que matara al monje?

—Ese muchacho no es un asesino, no lo trae en la sangre, como tú. Habría hecho un desastre y nos habrían descubierto cuando lo interrogaran. ¿Acaso estás dudando, Tanelovsky? ¿Qué pasa?

—No, claro que no. Sólo que a veces no sé si esto tiene sentido. La Unión Mundial es tan poderosa y nosotros estamos solos. James tan sólo es una pieza de ajedrez, ya lo dijiste tú. A veces pienso en que, al igual que él, tú y yo sólo somos la misma carne de cañón para la Unión.

—Y lo somos, pero no por mucho tiempo más. Ya verás. Vienen grandes cambios para el mundo y las colonias, y nosotros estamos iniciándolos. No estamos solos, hay una red silenciosa de apoyo que se extiende desde la Tierra hasta las colonias, incluso la más lejana. Hay una base de Liberación nueva en ZZ-99, donde ni la Unión ni la religión se imaginan que haya asentamientos humanos. El lugar a donde mandan a las criaturas indeseadas al exilio es el lugar ideal para tener el cuartel general, y debemos ir allá pronto. Pero cuidado: hay que dar un paso a la vez.

—Es verdad. Creo que no podemos olvidar por qué hacemos esto, Sara. No es sólo por la libertad y el cambio de régimen político y económico de las colonias y de la Tierra. Ése tan sólo es el primer paso.

—Lo sé, y en eso debemos enfocarnos por ahora. Sabemos que la religión con su fachada del Nuevo Plus Vaticano ha buscado quedarse con el poder que tiene la Unión Mundial desde hace siglos y que no planea enfocarse en mover el planeta Tierra de lugar. Cuando tengan el poder cerrarán el proyecto de movilidad planetaria espacial y van a utilizar los recursos para construir macronaves espaciales donde pueda vivir la gente. Piensan que el futuro no está en mover el planeta y que no habrá suficiente tiempo para desarrollar los macromotores. Ni siquiera consideran a Sagitario A como una amenaza. No tienen idea de lo que hacen. ¡Están en un error que nos va a costar la vida a todos! Esa apuesta por migrar a toda la población a naves gigantes, que viajen por el espacio, y utilizar la energía de las

estrellas encontradas a su paso es nuestro fin. El futuro de la humanidad nunca será el de vivir dentro de una pesera gigante, por el resto de la eternidad. ¡La prisión permanente de un ser humano!

—Lo triste de esta época en la que nos tocó vivir es que la gente no tiene pasión por nada. La gente recibe lo que le den, cree todo lo que le dicen y lo agradece, como si fueran invitados a una cena en casa ajena. Alguien tiene que hacer algo, y éstos somos nosotros.

Tanelovsky hojeaba sin interés un libro viejo que estaba sobre la mesa. Lo hacía igual que si se rascara un padastro de un dedo de la mano. Cejijunto, miraba con ojos de otro mundo lo que pasaba en éste. Clavó la mirada en aquel esfuerzo inútil y terminó por añadir:

—Nadie ha escrito un verdadero libro nuevo en siglos. ¿Para qué hacerlo si las máquinas pueden escribir todos los libros del mundo en cuestión de minutos y sin ocupar ni un centímetro en un librero? ¡A nadie le importa que el papel ya no se produzca! Todo lo que nos quedan son viejos manuales de exploración espacial, como éste, donde un ser humano ha tenido que dictar o escribir cada línea después de pensar. ¡Hasta los diccionarios han sido removidos de las pocas bibliotecas que quedan! ¿No es una barbaridad?

—Sin diccionarios, nadie aprenderá nuevas palabras, nuevas formas de decir las cosas. A nadie le interesa aprender nada. Para esta generación de autómatas es suficiente con lo que enseñan en los liceos.

Tanelovsky dejó el manual de exploración espacial sobre la mesa y miró a Sara con cierto pesar. Aquellas facciones endurecidas de pronto se suavizaron y se asemejaron a las de un niño solitario.

—¿Qué tal si sólo soñamos, Sara? Igual que yo sueño la vida del novicio Lesmes.

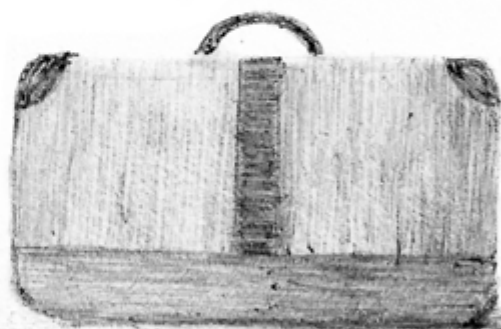
Tanelovsky casi nunca dejaba asomar su lado vulnerable; sólo Sara ejercía ese poder sobre él.

—No lo sé, Tanelovsky, no lo sé. A veces yo también pienso que todo esto es algo así como una pesadilla; pero no me voy a dar por vencida. Prefiero morir soñando que me partí la espalda por conseguir un mundo de libertad, que vivir en uno donde no la haya.

—¿Y qué será del mundo si algún día conseguimos esa libertad?

—No lo sé yo y no lo sabe nadie. Quizás, ese día, la humanidad merecerá que no haya gobiernos.

Sara dijo la última oración de pie luego de acercarse con cautela a los labios de Tanelovsky, quien seguía sentado. Entonces, él se paró de la silla con lentitud y puso las manos sobre la cara de ella, con suavidad benevolente. Sus dedos celebraban con parsimonia la belleza al tacto de Sara. La miró a los ojos y buscó su boca deliciosa, que sabía a dulce de diosa del Olimpo, y que goteaba el néctar de una pasión hambrienta y rosada.



*[...] Tal vez los actos quedan escritos en el aire
y ahí los leemos con unos ojos que no nos conocemos[...]*

Elena Garro, *Los recuerdos del porvenir*

XIX. La noche se puso solferina

La noche se puso solferina y fuera, en los jardines, los insectos luchaban esa batalla extraordinaria y secreta que llenaba la atmósfera de rumores nocturnos. También en la noche se oían sonidos lejanos mientras un vientecillo corría como un lobo que silba por las ventanas de las habitaciones. Los muros y los pasillos serenos de la abadía ya preveían una ruptura, un desajuste en el espacio y el tiempo, otra vez, y tomaron un aire entre hambriento y misterioso para desalentar el paso del casual transeúnte. Desde su cama y en el cuerpo de Lesmes, Leilani se propuso encontrar a Ana y a Victoria. Debía intentarlo desde aquel futuro, desde aquel ángulo temporal. Los sueños contienen todos los tiempos y su orden es imprevisible. Entró en la duermevela que es la antesala al sueño, y desde allí se concentró en algo inconcebiblemente remoto que pareció estar a miles de años. Se le presentó un alejamiento acelerado, una suerte de salto con olor a vainilla y algo le recordó los tréboles del jardincito de la casa de la abuela, los primos y sus juegos en el patio, la olla de peltre sobre la mesa de madera, con los frijoles negros refritos; las cucharadas de la sopa de fideos a escondidas antes de la cena y los doce huevos que se comió la tía Cristina, antes de morirse dormida.

La muchacha estaba durmiendo; Leilani podía sentir su presencia. Era la misma niña de la foto del profesor Potapenko, pero ya crecida. Ana soñaba que hablaba con un gato que brincó sobre un sillón de terciopelo rojo, y vio la exquisita columna de polvo que escalaba lentamente por los aires desde el sillón. Frente al gato apareció un diccionario que se abrió en la letra S. El gato leyó la palabra “serendipia”, y Ana respondió que esa palabra era sólo ruido y un montón de letras; no entendía su significado. El gato le respondió que sin el diccionario todo era nada y las palabras sólo eran ruidos. Leilani observaba la escena. De pronto, el gato y Ana se miraron con fijeza. Sintieron que alguien los observaba. Indesciframente, supieron que había un intruso. El gato desapareció en un abrir y cerrar de ojos y Ana miró a Leilani por primera vez. Entonces, Leilani se acercó a Ana con un gesto de confusión. Se observó los brazos y vio que era ella otra vez, y ya no era Lesmes.

Ana le preguntó su nombre. Leilani respondió que no era importante quién era ella, sino que por fin la había encontrado y le traía un mensaje importante de su padre. Pareció cruzarse una estrella fugaz de miedo en los ojos de Ana. No quería saber nada de él. Leilani dijo que su padre nunca dejó de buscarlas, a su madre y a ella, y que vivía muy solo y triste por su ausencia porque las amaba muchísimo. Él daría lo que fuera por verlas otra vez. Quiso saber si Ana estaba secuestrada y si estaba bien. Ana no estaba secuestrada, sino que su madre y ella escaparon de su padre por voluntad propia. “Por favor, prométeme que no le dirás a mi padre sobre mí. Te lo suplico. No dejes que nos encuentre. Somos felices así y estamos bien. Ahora déjame en paz, y no vuelvas aquí”, imploró Ana. Leilani se sintió confundida. ¿Por qué era así de mala? Se preguntó si Ana podría imaginarse lo que daría ella por volver a ver a su padre o a su abuela y sentir un abrazo suyo. ¡Qué maldad la de aquella muchacha! El padre de Ana retorcido en dolor y angustia por su hija, y Ana y su madre que

fingieron su propia desaparición y por tantos años. ¿Y, por qué? Sólo ellas lo sabían. Pero, ¿cómo habían salido del baño del aeropuerto sin ser vistas ni por las cámaras de seguridad? “¡Las maletas! ¡Las maletas! ¡Y la silla de ruedas!”, gritó Ana. De pronto, el gato le brincó en la cara a Leilani y por arte de magia ella volvió a Tallin, a su departamento. Y despertó.

Aquel encuentro en el sueño de Ana la dejó perturbada. Sintió una piedad dolorosa por sí misma que se originaba de un inaudito miedo inconfesable que se le instaló dentro. Sintió una lástima infinita por el profesor. Se vio a sí misma reflejada en el rechazo de la esposa y de Ana. Era como si aún no encontrara el secreto que buscaba desde niña y la respuesta no existiera. Acudían a su memoria ilustraciones del camino de su vida con la claridad de una luciérnaga en la noche. Ella transitaba ese camino dibujado que se volvió su porvenir, pero en la memoria todos los tiempos convergen en uno solo. Quizá por eso se obsesionó con Grimelk —ubicada en el único tiempo al que sentía que pertenecía y que no era el suyo. Como la ráfaga de un soplo exhalado de la boca de un dios griego, recordó la vez que cayó y rodó por una escalera. Le dolió mucho, pero se puso de pie y no se lo contó a nadie. Con un dolor recalcitrante y adquirido tras la caída, caminó dos días desde casa hasta el trabajo. Al tercer día de cojear, una amiga suya le revisó el pie y se asustó de lo hinchado y del amoratado color que tenían tres de sus dedos. Su amiga no dudó ni un instante y a regañadientes la arrastró al hospital. El doctor finalmente dijo que tenía fracturas múltiples. El doctor no se explicaba cómo es que Leilani caminó dos días con tal dolor carcomiéndole los pies (ni ella tampoco). No se explicaba (todavía) esa maldita necesidad de ser fuerte ni la insistente necedad de ponerse sobre la cara cada día la bendita máscara de fortaleza.

Tenía dos opciones. Una era contarle todo al profesor Potapenko; decirle que encontró a su hija mientras ésta soñaba. Y no sólo eso, sino que habló con ella y supo que su madre y ella estaban bien y que estaban vivas. O no decirle nada, tal y como se lo pidió Ana. Respetar la voluntad de su hija. No acababa de comprender por qué Ana no quería encontrarse con su padre que la quería tanto, ni por qué su madre había emprendido tan dramática fuga años atrás. Debía suponer que algún oscuro secreto familiar escondía el profesor Potapenko, para que su propia esposa y su hija lo repudiaran de forma tan vehemente. ¡Y él, que se veía tan bonachón como un oso! Mejor era no saber; no era de su incumbencia. La corroía la duda, pero no quería borrar la imagen benévola y hasta cierto punto paternal que ella guardaba del profesor. Le diría que intentó localizar a Ana y a Victoria de todas las formas posibles, pero que no lo logró. Fue imposible y lo lamentaba mucho. Entonces el profesor fingiría que todo estaba bien y cuando Leilani colgara el teléfono, lloraría todo el día y toda la noche. Eso le dolería, seguramente, mucho menos que saber que su hija y su esposa no querían volver a verlo nunca.

Como ya era costumbre, Leilani iba y venía de Grimelk como Pedro por su casa. Cada vez conversaba más con Saturno de tantas cosas: del futuro y del pasado, de sus sueños, de sus miedos. Cualquiera que los hubiera visto habría dicho que eran uña y mugre. Ahora que Saturno conocía la verdad sobre la identidad de Leilani, el secreto se convirtió en un lazo de unión entre los dos; una complicidad. Para alcanzar el sueño que la llevara a Grimelk, seguía utilizando las pastillas para dormir. El somnífero surtía efecto, pero durante el día estaba mareada, aletargada, comía mal y, con franqueza, se sentía fatal. Su único consuelo era que llegaría la noche y podría escapar a Grimelk. Algunas veces dormía desde la tarde para llegar lo antes posible, y entonces, llegaba allá en medio de la profundidad de la noche, aunque no hubiera nada qué hacer

en el dormitorio de Lesmes a aquellas altas horas, sino esperar a que amaneciera, y la abadía cobrara vida.

Mientras tanto en Grimelk, la abadía asustada se replegaba sobre ella misma cada que la noche caía y todos sus habitantes sentían miedo del misterioso asesino que seguía suelto. En un principio se conjeturó la posibilidad de que el asesino fuera Ibargilio, ya que el arma asesina —el abrecartas antiguo— pertenecía a la biblioteca, pero Ibargilio logró probar su coartada con ayuda del testimonio del doctor. Luego se conjeturó que el asesino podría haber sido Isidoro o Flavio Josefo; sin embargo, con el primero no podía confirmarse el motivo y con el segundo la oportunidad. De hecho, cada monje y novicio tenía una coartada perfecta que lo aislaba de la escena del crimen. Ninguno de los vigías de aquella noche, ni Aledio (que nunca confesó que se quedó dormido mientras vigilaba los pasillos, pues sabía que le costaría la expulsión de la abadía), ni Isidoro, vieron o escucharon algo fuera de lo común en la noche del asesinato. Los investigadores de la Guardia Pública habían interrogado a decenas de monjes y novicios. Y es que, “si tan sólo se modernizaran un poco en Grimelk y al menos instalaran cámaras de vigilancia en los pasillos y en ciertos puntos estratégicos, dentro de los cientos de hectáreas de bosques y jardines que conforman la propiedad, estarían más seguros”, aseveró uno de los investigadores del caso. El prior Igmar sopesaba la sugerencia. Tal vez era tiempo de modernizar algunas cosas en vista de los trágicos acontecimientos. El prior Arlot di Ehud no hubiera estado de acuerdo, pero qué se le iba a hacer. No podían vivir con miedo por siempre.

Algunos monjes y novicios habían solicitado su transferencia inmediata a otras abadías por miedo a que les ocurriera alguna desgracia en Grimelk. ¡Quién sabe si el asesino de monjes de Grimelk fuera a atacar nuevamente! Sin duda, aquel no era un buen momento para la abadía. El prior Igmar

envió su solicitud para la candidatura de abad al día siguiente en que murió el abad Arlot di Ehud. Grimmelk era un punto estratégico del NPV y estaba seguro de que no iban a elegir al azar al nuevo abad. Con seguridad había candidatos con más experiencia que él, pero ninguno había sido la mano derecha del abad de Grimmelk durante tantos años, ni sabía cómo se manejaban las cosas en la abadía tan bien como él.

A pesar del escándalo del asesinato del hermano Alexámenes, las actividades y las clases se reanudaron al poco tiempo. Para el prior Igmar era importante recobrar la sensación de normalidad en la abadía y mantener el sentido del deber entre la gente. La clase de Ibargilio había comenzado y, de pronto, como un flechazo repentino, Leilani sintió la advertencia sospechosa de un pensamiento: el unicornio. Esperó a que terminara la clase y le hizo señales con los ojos y con la mano a Saturno y a James que estaban sentados en medio de la sala, para que no salieran aún. Esperaron a que salieran los demás y la sala se vaciara; entonces los tres se juntaron y se sentaron a hablar.

—Creo que... —Leilani se dirigió a sus dos amigos con una seriedad sorpresiva.

Sin querer la interrumpió Saturno, quien reflexionaba sobre los acontecimientos recientes.

—Ya pasaron varios días y los investigadores no han llegado a conclusión alguna. Ni siquiera hay sospechosos. Primero, pensaron que había sido el señor Flavio Josefo, pero le hicieron la prueba de la verdad y resulta que durmió toda la noche como un bebé, y en la prueba de la personalidad salió que no podría matar ni a una mosca —agregó Saturno.

—Oigan, creo que ya sé quién mató al hermano Alexámenes —concluyó Leilani.

James y Saturno la miraron desconcertados.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó James.

—No sé cómo, pero de pronto lo recordé: me refiero al cuadro que está fuera del cuarto del hermano Mini. Ese cuadro del pintor Rafael que él adora. Me refiero a que, quizás el hermano Alexámenos dibujó el unicornio para revelar la identidad de su atacante: Mini.

—Hay algo que no concuerda en tu hipótesis. Si el hermano Alexámenos sabía que su atacante fue el hermano Mini, ¿porqué no sólo escribió su nombre en la tableta? ¡Su nombre es corto y simple! —protestó James.

—Tal vez no se acordaba de su nombre, pero sí de un detalle suyo, como el hecho de que el cuadro de *La dama con unicornio* está afuera de su dormitorio. Quizá dejó esa pista a propósito.

—¡No puede ser! El hermano Mini tan sólo es un entrometido y un chismoso. Es una buena persona. Tiene ideologías que distan de ser religiosas, tal vez hasta puedan ser calificadas de políticas, pero no es un asesino —defendió James, molesto.

—¡Claro, Lei... —corrigió— Lesmes! Es lógico que el hermano Alexámenos no supiera los nombres de todos los monjes. Él sólo estuvo algunos días en la abadía. Y el hermano Mini no fue uno de los entrevistados, así que no tendría razón para recordar su nombre si no habló con él —afirmó Saturno.

—¡No pudo ser Mini! —insistió James, irritado.

—Sí pudo ser, James. Tenemos que ir a hablar con él.

James se sintió un poco aliviado de que la idea de Lesmes no fuera acudir de inmediato con el prior o con los investigadores de la Unión a despilfarrar aquella nueva posible pista. Los tres fueron a buscar al monje a la sacristía. Y fue justo allí donde estaba Mini sacudiendo los altares de los santos, con un trapo húmedo que olía a jabón. Cantaba una canción que sólo él conocía en un tono de voz desafinado. Tenía buen semblante a pesar de la situación de desasosiego que reinaba en la abadía y mostraba un ánimo festivo.

Los tres novicios lo saludaron secamente. Mini apenas los miró y asintió con la cabeza sin interrumpir su tarea.

—Hermano Mini, queremos preguntarle algo muy importante —dijo Leilani.

Mini dejó el trapo sobre una banca y los miró con benevolencia.

—Queridos hermanos, díganme, ¿en qué puedo servirles?

Leilani miró con dureza a Saturno, se disponía a hablar cuando James atropelló unas palabras:

—Es mejor ir al grano. Mis amigos creen que mataste, perdón, que usted mató —corrigió para dirigirse a él con respeto y no como a su cómplice de los chismes de la abadía— al hermano Alexámenos.

Mini ignoró a James, cogió el trapo nuevamente y continuó cantando, aunque bajó el volumen de su voz. Les dio la espalda y siguió limpiando los altares de la sacristía. Su voz sonaba nerviosa y entrecortada.

—El hermano Alexámenos dibujó un unicornio en su tableta holográfica antes de morir desangrado, y yo creo que lo

hizo porque quería dejar una pista sobre la identidad de su agresor. Hay un cuadro de una dama y un unicornio afuera de su cuarto, hermano Mini. ¿No le parece una coincidencia? —preguntó Leilani, dando un paso adelante.

Mini aceleró la velocidad de la tonada de su canción carente de palabras. Limpiaba con más dureza hasta el más pequeño rincón de cualquier superficie.

—Hemos venido para hablar con usted. No hemos ido a acusarlo con el prior ni con los investigadores. Por favor, hable con nosotros. Seguramente hay una explicación lógica para todo esto —insistió Leilani con otro paso hacia adelante.

—¿Saben la historia del retrato de *La dama con unicornio*? —preguntó de improviso Mini, sin voltear y sin interrumpir su tarea.

—No. No la conocemos —terció Saturno.

—¡Excelente! ¡Excelente! ¡Mi cuadro preferido! —suspiró como si no lo fuera a volver a ver—. Data de inicios del siglo xvi. Los enemigos del gran pintor Rafael colorearon de tonos verdosos el unicornio que él originalmente pintó en un tono blanco, puro, signo de castidad y bondad propio de una virgen. Entonces, lo que quedó fue un unicornio que parece una bestia verde, repugnante. Mucho tiempo después, algún otro pintor eliminó el unicornio fálico que acecha con inmundicia a la dama del cuadro, y en su lugar pintó una pluma, una palma y una rueda para que se pensara que el cuadro representaba a santa Catalina. Si se admira la postura, la inclinación y hasta ciertos rasgos en la cara de la dama de la pintura, se encontrarán las similitudes con la *Mona Lisa* de Leonardo da Vinci. Fue hasta el siglo xx cuando se hizo una restauración y limpieza del cuadro que se descubrió, que debajo de la rueda, la palma y la pluma,

había algo más interesante: el bellissimo unicornio blanco. Este cuadro representa una ambivalencia espeluznante pero incorruptible: nada es lo que parece. A veces me he quedado mirando al unicornio por horas sin parar y he sentido el terror y el fuego del infierno casi tocándome los ojos. Maldito animal fangoso, deleznable y pecaminoso. ¡Está ahí para corromper a la pobre mujer! ¡Tienen que verlo para que lo entiendan! ¡Tienen que verlo como yo! —Mini pareció perderse en la contemplación de un punto lejano del espacio entre el trapo sucio y los muros.

—Hermano Mini... —interrumpió Leilani con cuidado. No terminó la frase, Mini se volteó con los ojos desorbitados y alzó la voz al tiempo que deambulaba como un loco.

—Otras veces he mirado el unicornio y he visto a Dios. Me he perdido en sus ojos caritativos de pureza, de ternura y lindura celestial. A veces me he quedado toda la noche ahí mirándolo; otras, días enteros. ¡Mientras todos ustedes hacen de las suyas con sus quehaceres sin importancia! —se hincó ante Leilani y vociferó con los brazos extendidos y el trapo sucio en una mano—. ¡Mientras ustedes hacen esas cosas sin importancia, un inocente está atrapado en un cuadro con una virgen que lo protege, o una mala mujer que lo corrompe con su mirada lasciva! ¡Maldita bruja del demonioooooo!

Los tres novicios quedaron acorralados en una esquina de la sacristía. Nadie vio cómo fue posible, tal vez todos estaban distraídos con el aberrante discurso de Mini, pero de un instante a otro, Mini se volvió una fiera enjaulada y de algún lado sacó un abrecartas muy parecido al arma asesina. Nadie supo cómo llegó a su mano. Brincó como si sus rodillas tuvieran alas y agachó la espalda como una bestia que acecha a sus presas. Calculó que para llegar a la puerta tendría que engañarlos de algún modo. Todos comprendieron que Mini era el asesino.

—¿Qué te pasa Mini? ¡Tú eres mi amigo! Tú y yo pensamos igual. Los dos somos fieles a la Unión Mundial. Los dos creemos que esta época es la mejor que ha habido —James dio un paso al frente con aire temerario.

—¡Bah! Muchacho tonto. Yo sé quién eres. Te he visto con tu supuesta tía. Ninguna tía se ve así, ni es tan joven. Ninguna tía es tan fría con su sobrino. Ninguna tía le da órdenes de espiar y de recabar información a su sobrinito. Tú, James, sólo me usaste para tu propósito. ¡Traicionaste mi confianza! Me llamaste tu amigo, pero sólo me usabas para informarles a ellos, quienes quiera que sean —gritó Mini con el filo de aquel cuchillo de frente y atento a cualquier movimiento.

Lesmes y Saturno no entendían de qué hablaba Mini. James dibujó un gesto de temor en su cara, pero insistió:

—¡No, Mini! ¡No te he traicionado! Pero tienes razón —James le puso una mano enfrente, casi tocaba el filo del abrecartas—, tienes razón. Esa mujer que viene a verme no es mi tía. Ella trabaja para la Unión Mundial y sí, es cierto, soy espía de ellos. Pero soy un patriota, igual que tú, quiero proteger los intereses de la Unión en contra del Nuevo Plus Vaticano. ¡Estamos en el mismo bando! ¿Acaso no te das cuenta? No podía contarte lo de ella, porque era un secreto. Corro peligro si eso se divulga; incluso tú correrías peligro por sólo saberlo, ¡entiéndeme, por favor!

—¡No, James! ¡Me mentiste! Y por eso tuve que actuar por mi cuenta. Si en realidad eres un espía y colaboras con la Unión, ¿por qué no les hablaste sobre mí, eh? ¿Por qué no me dejaron colaborar y ser un patriota yo también? Gracias a mí no habrá canonización. ¡Yo maté al monje defensor! Ve y diles eso. ¿No es excelente? Me lo deben a mí —dijo esta última frase pronunciando lentamente cada sílaba y enseñando los dientes como un león rabioso.

La mirada de Mini estaba perdida y con los ojos bien abiertos. James levantó las manos en señal de paz hacia Mini y dijo con un tono de voz condescendiente:

—Tranquilo, lo haré. Le diré todo a mi contacto y seguro que serás parte de nosotros. Tranquilo, yo tampoco sé el nombre de aquella mujer; sólo sé que me pidió que la identificara como mi tía. No me dijo nada más. Es verdad lo que te digo, ¡te lo juro!

James sabía que era necesario decir lo que fuera con tal de que Mini se calmara. Mini pareció ablandarse un poco. Una lágrima le corrió por la mejilla, aunque no bajaba el abrecartas ni movía la mano de lugar. Refugiados en la sombra del rincón, Leilani y Saturno permanecieron callados. James le hacía ademanes a Mini para que se calmara y avanzaba lentamente hacia él. Un sudor fino iba marcando las frentes de los cuatro. De pronto, la locura volvió a la cara de Mini y éste levantó la mano que empuñaba el arma y como un verdugo que alza un hacha inició una estampida hacia James. Leilani leyó bien la expresión en la cara de Mini y se adelantó al movimiento inminente, cerrando la distancia entre ella y Mini. Alcanzó a darle un puntapié en el muslo y con eso logró alentar sus pasos asesinos. Fue entonces que la furia de Mini se concentró en atacar a Leilani, quien después del puntapié cayó al suelo bocarriba. Mini se encaramó sobre Leilani, elevó las dos manos al cielo empuñando el arma y recitó de forma desquiciada:

—¡Una generación sucede a la otra y cada una repite los actos de la anterior! Sólo al morir uno descubre que era posible delirar y soñar el mundo como lo deseábamos. Habrá un mundo nuevo para mí después de despertar. Aquí el juego de la muerte se juega con cuidado. ¡Allá voy, mundo mío!

Leilani lo miró desde el suelo, aún bocarriba; apretaba los dientes y se protegía la cara con los brazos. Las palabras giraban a su alrededor y se convertían en piedras. Escuchó las palabras del sacristán que duraron una eternidad mientras se retorció sobre el suelo en su intento por liberarse. Vivió aquel instante como si toda su vida se conjugara en aquel extraño momento en que dura un relámpago. Era testigo de su futuro en un pestañeo. James y Saturno tardaron en reaccionar, pero lo hicieron. Corrieron para ayudar a Leilani en un tiempo que era imposible que se entretajara con el presente de ella. Corrían para evitar que Mini le clavara el abrecartas a Leilani desde una dimensión futura que convergería con su legítimo presente; se acercaban desde un mundo ligero que Leilani no compartía. De pronto y finalmente, todo le resultó ajeno, como si aquella no fuera su vida, ni su tiempo, ni su cuerpo. Y es que ninguno lo era. Por un segundo la loca fue ella y no Mini.

Luego de que se detuvo el tiempo, Saturno y James se precipitaron finalmente sobre Mini y lo derribaron, cayendo al piso ellos junto con él. El abrecartas se deslizó por el piso, girando como un dado varias veces hasta que quedó quieto y a unos centímetros de todos y para todos inalcanzable. Los cuatro observaron el viaje eterno de aquel abrecartas que se desplazó por otro tiempo y otra distancia. Mini se olvidó del arma, y se arrastró por el piso hasta subirse encima y de nuevo a Leilani, quien seguía tumbada y sobresaltada como venado herido. Enfurecido y vuelto loco, el sacristán le puso las manos alrededor del cuello y apretó lo más que pudo.

Nadie se percató de que la puerta de la sacristía se abrió. Leilani sintió los pasos veloces hacia su porvenir que era la muerte; sospechó que en manos de la locura venía la asfixia. Mini gesticulaba frenético y no dejaba de apretarle el cuello; y así, en su delirio caprichoso, vislumbró un pasado en la cara del novicio que asfixiaba, cuando esa cara se vol-

vió la cara de una mujer. Fue entonces que el pasado existió en el presente y la vio tal y como era ella.

—¡La dama del unicornio yace a mis pies! ¡Yo te haré puraaaa! —gritó con todas sus fuerzas Mini a punto de terminar con la vida de su improvisada víctima.

Saturno y James intactos en su instante y desde su otro tiempo quisieron remover la pesada piedra que se había vuelto el cuerpo de Mini y ni con todas sus fuerzas lograron derribarlo, así como tampoco lograron quitarle las manos aferradas del cuello blanco de su presa. Forcejearon con él, pero era como si Mini tuviera una fuerza de tigre y ellos fueran tan sólo unos cachorros que luchaban contra él. Isidoro, que observó la escena desde la puerta, vislumbró un previsto final y avanzó como fuera del tiempo donde nadie lo vio. Un cuchillo fue clavado en la espalda y por fin cayó derribado Mini y sólo así soltó el cuello de Leilani. Leilani tosió y continuó roja como jitomate por unos instantes. Se miró las manos y vio que eran pequeñas y suaves; eran las suyas, no las de Lesmes. Nadie la miró. James y Saturno observaban atónitos y con espanto el cuerpo inerte de Mini que se desangraba sobre el piso por la certera puñalada. Isidoro lo vislumbró todo cuando escuchó los gritos desde la iglesia, conjeturó aquel futuro prescrito y movió el tiempo para que no ocurriera. Sin darse cuenta ni sin saber cómo, sus manos interrumpieron un crimen que ocurría en un tiempo perdido e incierto, donde las cuerdas invisibles de la materia lo dejaron entrever lo que iba a ocurrir. ¿Quién sabe si la verdadera realidad fue lo que no ocurrió? Leilani recuperó el aliento y al percatarse de que físicamente era ella y no Lesmes, se puso la capucha de su túnica y se arrastró hasta las sombras de un rincón donde no llegaba la luz y se escondían los demonios.

—¿Por qué Mini atacó a...? —Isidoro miró hacia la penum-

bra donde Leilani estaba sentada con la cara escondida bajo la túnica.

—¡Mini se volvió loco! —respondió James aterrado restregándose la cabeza con ambas manos.

—Primero quería atacar a James y luego se volvió en contra de Lesmes. Empezó a decir cosas que no tenían sentido y luego enloqueció —agregó de forma atropellada Saturno.

—¿Y qué hacían ustedes aquí con él? —preguntó Isidoro conmocionado también por lo ocurrido, mientras removía su cuchillo de la espalda de Mini con la naturalidad de quien retira el tenedor de un pedazo de pollo frito.

—Vinimos a hablar con él. Descubrimos que él es el asesino del hermano Alexámenos. Bueno, lo descubrió Lesmes —corrigió James al tiempo que se puso de pie.

—¿Y confesó el crimen?

—Sí, lo hizo. Por eso se puso así —terció Saturno, señalando el cuerpo inerte con el dedo.

Isidoro le extendió un brazo a Saturno para ayudarlo a que se pusiera de pie. Se escuchó un portazo. Los tres voltearon a ver cómo Leilani ya había salido de la sacristía. Isidoro reaccionó y pareció que iba a perseguirla, pero Saturno añadió:

—Déjelo, hermano. Lesmes está muy afectado por el ataque. Yo me encargaré de él. Seguro fue a llorar a su dormitorio. Isidoro asintió y se concentró en el muerto.

—¿Cómo descubrieron que él es el asesino?

—Por el unicornio. Lesmes recordó que hay un cuadro de un unicornio que está colgado fuera de la habitación del hermano Mini —respondió Saturno.

—¿Y qué hay con él?

—El hermano Alexámenos dibujó un unicornio antes de morir, como si hubiera querido revelar la identidad de su asesino —agregó James.

Isidoro no pareció entender la relación.

—Es lógico que el hermano Alexámenos se refería al hermano Mini con ese dibujo. ¿Por qué otra cosa dibujaría el unicornio antes de morir? Seguramente olvidó su nombre o no lo sabía, pero recordó aquel detalle —completó Saturno.

—¿Y ustedes vinieron a preguntárselo? —frunció el ceño Isidoro.

—Sí, así fue —aseguró de buen talante, James.

—¡Qué idiotas son ustedes, muchachos! ¿Cómo se les ocurre venir a pedirle la confesión a un presunto asesino? —Isidoro no pudo esconder su enojo.

Los novicios se miraron como dos niños culpables.

—Bueno... es que Mini era mi amigo, me pareció normal hablar del tema con calma.

—Los dos acaban de decirme que el sacristán confesó ser el asesino de Alexámenos antes de que muriera. Voy a llamar al prior y a los investigadores de la Unión, y te aconsejo por tu bien, James, que no menciones que eras “su amigo”.

Mini va a ser acusado de asesinato. ¿O quieres que te investiguen a ti también?

James se enfureció.

—¿Y usted siempre lleva un cuchillo mientras se pasea por la sacristía de Grimmelk, hermano Isidoro? —agregó James en tono vengativo.

—Mira muchacho, yo trabajo con plantas, cables y toda clase de cosas pesadas y siempre cargo mi cuchillo y mis tijeras de metal por si hace falta usarlas en cualquier tarea doméstica. Y yo creo que aquí hizo mucha falta el cuchillo, ¿no lo crees? —Se cruzó de brazos y dijo con tono de voz autoritario.

—Hermano Isidoro, usted le salvó la vida a Lesmes. Somos testigos de eso y nos queda claro a todos. Le agradecemos que haya llegado en el momento preciso para salvarlo. El sacristán estaba tan desquiciado que nos habría matado a todos si usted no hubiera entrado —dijo Saturno mirando a los ojos a James, pidiendo que se calmara.

—Tuvieron suerte. Entré a la iglesia porque esta mañana Mini me pidió recortar las plantas de los altares. Luego escuché voces y gritos en la sacristía. Lo demás ya lo vieron ustedes.

Saturno clavó la mirada en el cuerpo inerte del monje. Un pavor punzante se le metió por la espalda y le abrió los poros como ventanas de par en par. Un hombre acababa de ser asesinado frente a él, y a pesar de aquel fatídico suceso, otro pensamiento más intenso le asaltó la conciencia. Él vio otra cara en la cara de Lesmes. Una cara de mujer.



*No dejaremos de explorar
y el fin será de nuestra búsqueda
llegar a donde comenzamos
y el lugar conocer por vez primera.
Por la desconocida puerta que recordamos,
cuando lo único que en la tierra quede por descubrir
sea lo que fue el principio [...]*

T.S. Eliot, "Little Gidding"

XX. Saturno

Saturno buscó a Lesmes en su habitación, pero no lo encontró allí. Se asomó a los jardines desde la terraza del tercer piso y vio una sola figura sentada debajo de la sombra de un árbol rodeado de arbustos. La figura llevaba la capucha puesta en la cabeza. Corrió hacia la sombría figura, cruzando el campo abierto del patio central de la abadía. Saturno gritaba el nombre del novicio. Leilani miraba el pasto grueso que le había parecido tan raro desde la primera vez que llegó a Grimelk. "Los pastos son como pedazos grandes de papel maché verde", pensó. En el instante en que vio a Saturno correr hacia ella, supo que era la fecha esperada que se abrió paso entre los días y las noches. Fue como si todo el tiempo de pronto le cayera encima. Todos los siglos que se robó y la vida que tomó prestada le cayeron como una tormenta. Saturno le hablaba, pero ella no lo escuchaba. Ella estaba en algún rincón de su mundo al que él no pertenecía. Andaba lejos, dibujando un porvenir que se trazaba en su memoria. Leilani alzó por fin la cara y lo miró con

ojos náufragos, laberínticos. Un rayo de sol le azotó la cara y no pudo ver bien a Saturno, pero él la vio con una claridad desbordante. Miró con ojos futuros a la que vivió en el pasado. Miró los ojos de una mujer imponderable, pletórica y hermosa; una mujer pasada y futura en quien los instantes cayeron perpetuos en aquel presente y se abrieron como una flor caprichosa, la más preciosa, la más inesperada.

Para Saturno no había lugar en su cabeza para pensar en otra cosa más que en lo visto y lo oído. James era un espía de la Unión Mundial, el abad había muerto, una mujer usaba el cuerpo de su mejor amigo, el hermano Alexámenos asesinado por el sacristán enloquecido, su mejor amigo iba a ser asesinado frente a él hacía unos minutos y su mejor amigo se convirtió en la mujer más bella de todo el universo. “¡Qué cosas de la vida!”, concluyó Saturno, con aire dubitativo.

Se hincó a los pies de Leilani y sin dejar de mirarla la tomó de las manos. Era evidente, como la ley de la gravedad, que ella estaba espléndida. Nunca había estado tan bella, y fue precisamente aquel día cuando Saturno por fin la vio como la mujer completa que era ella. En las profundidades de su cuarto, Saturno se había imaginado una y otra vez cómo sería Leilani; de qué color serían sus ojos, cómo sería su cabello y el perfume de su piel. Incluso a esa distancia prudente, Saturno percibía el tenue perfume de la piel rozagante de Leilani. La mujer con el nombre de una flor extinta y misteriosa.

Ella estaba encogida, acobardada de sí misma y bajo el brazo cargaba el diario de Lesmes. Algo se le había removido dentro. Miró al cielo fijo, imperturbable, sin tiempo. Miraba cómo se le borraba el futuro del horizonte y predecía la repetición del pasado. El pasado se le repetía en la cabeza como dos días iguales e intentaba convencerse de que debía olvidar el futuro y sólo vivir el pasado; meterse en la cabeza que el pasado sería su presente eterno. Sentía cómo el futu-

ro prodigioso se le escapaba de las manos, y aquella sensación la abrumaba.

—¿Leilani?

Pronunció su nombre sin aspereza, con una extraña suavidad conmovedora. Le tocó la barbilla a ella y la elevó un poco para poder observarla mejor. Ella no le sostuvo la mirada; sintió vergüenza por ser descubierta. O tal vez, pensó que era eso lo que secretamente buscaba. Que él la mirase como la miraba en aquel momento.

—Sí, soy yo. Así soy —sonrió tristemente y exhaló aire de golpe. Lo vio sonreír con una sonrisa amplia y bronceada.

—Te sienta bien el futuro. No me habías dicho que eras así...

—¿Así cómo? —reprochó ella y por fin lo miró a los ojos.

—Así, tan guapa.

Un atisbo de sonrojo se le instaló en las mejillas. Movié la boca cuando quiso sonreír, aunque se aguantó. Por un breve instante quiso dejarse ir y besarlo en la boca, pero se contuvo. Era tanto el deseo que sentía por él que le ardía el pecho y las entrañas se le revolvían furiosas.

—No sé qué pasó. El hermano Mini me ahorcaba y de repente, cuando pensé que me iba a matar, mi cuerpo apareció allí mismo, en el suelo, con mi garganta aún entre sus manos. Fue como si al borde de la muerte algo me hubiera arrastrado hasta aquel instante —cambió el tema ella.

—Creo que nadie se dio cuenta de que ya no eras Lesmes, excepto Mini y yo. Hiciste bien en irte de ahí y cubrirte la cara.

—Ahora no sé qué hacer. No puedo volver al claustro con los demás. ¡Soy mujer!

—Tranquila, ya se nos ocurrirá algo. Vamos a caminar por los jardines donde no puedan vernos.

Se pusieron de pie y caminaron lejos del edificio principal de la abadía. Estuvieron en silencio por unos segundos.

—Ahora que lo pienso un poco más, no me parece raro que James sea un espía de la Unión. Siempre estaba interesado en saber cosas sobre los monjes y los problemas en la abadía. Seguramente les contaba todo. La noche en que murió el abad, James me llevó con él y Mini a la biblioteca. James le conseguía historietas a Mini, y a cambio me pareció que Mini le daba información sobre lo que sucedía con la beatificación. Pensé que todo era simple curiosidad de James. Nunca me imaginé que se tratara de algo más.

—¿Crees que James esté implicado en la muerte del abad?
—curioseó Saturno.

—No. No fue él. Créeme, lo sé de cierto. James está sediento de reconocimiento y lleno de ideologías, pero no tiene maldad de asesino.

—Pero la ideología es peligrosa. Hablaremos con James más tarde. Tiene que darnos una explicación.

—Sí, pero yo no puedo volver a la abadía así —señaló con las manos su cuerpo femenino.

—Sí, es cierto.

—Debo dormir para volver a mi año. Tal vez si duermo, el

cuerpo de Lesmes vuelva a aparecer. No se me ocurre otra solución más que esa.

Saturno permaneció callado.

—Hay algo más que te quiero decir, Saturno —añadió ella.

Ya estaban lejos del edificio principal de la abadía; paseaban por la entrada del bosque. Leilani abrió el diario de Lesmes y le mostró la última página en donde Lesmes había escrito la noche anterior. Saturno leyó en silencio.

—¡No! De ninguna manera. No le hagas caso —dijo él, desesperado.

Saturno tomó con fuerza de los brazos a Leilani y ella lo miraba de frente.

—No puedo continuar usando el cuerpo de Lesmes si él no quiere que yo esté aquí. Hasta ahora, él lo había permitido. Pero aquí en su diario él pide su vida de regreso y no es justo para él que yo siga aquí. Es tu mejor amigo, ¿cómo es posible que no quieras que vuelva?

Leilani se soltó de las manos que la apretaban de un pequeño tirón. La ropa de Lesmes ya no le quedaba bien. El hábito de monje se arrastraba sobre el piso y las mangas le colgaban varios centímetros. Saturno dirigió su mirada a otro lugar, con disgusto.

—¿Ya lo sabías? —preguntó ella.

Saturno tardó en responder.

—Sí, me lo dijo cuando no estabas aquí. Dijo que ya no quería que vinieras. Pero eso fue antes de que vinieras de ver-

dad, Leilani. Verte aquí lo cambia todo. Tengo miedo de que ésta sea la primera y la última vez que te pueda ver.

—No puedo sólo venir y quedarme con la vida de Lesmes. ¿En qué monstruo me convertiría si hiciera eso? Ni siquiera en la Biblia existe definición para tal pecado, es una abominación. Debo respetar el deseo de Lesmes. A fin de cuentas, es su vida y su cuerpo y yo no hice más que usurparlo.

Saturno la agarró con fuerza de la cintura y la atrajo hacia su cuerpo, apretándola. La miró con insolencia y sin decoro. Se leía una pasión brutal en sus ojos almendrados y su piel morena. Los brazos de ella no se opusieron, sino que rodearon el cuello de él como dos lianas verdes que se aferran a un árbol frondoso. Y fue entonces que, sin pensarlo, sin consultarlo él, le buscó la boca y la besó profundamente. Algo se removió dentro de los dos. El porvenir y el pasado convergieron en un solo instante presente. Hay cosas que ocurren solas; curiosas geometrías descriptivas de la vida. El día languidecía tranquilo cuando el cielo se tornó de un rojo intenso, quizá porque el tiempo y el espacio se conjuraron en un hechizo imposible durante aquel beso aún más imposible. Las lejanías vertiginosas de la cuarta dimensión se estrecharon como en un grito animal, un rito ceremonial y una respiración contenida. Mientras se besa no se respira y hasta que los amantes se alejan un poco para respirar es que comparten y aspiran el mismo aire que los une de una forma desconocida, pero inequívoca para siempre.

—Te voy a esperar, Leilani —despegó los labios y le habló cerca del oído con una voz dulce.

—No me esperes, yo estoy en el pasado. No debería estar aquí.

Ella cerró los ojos y apretó suavemente su frente contra la de él.

—Pero es que tú sí estás aquí. ¿No lo ves? ¡Estás aquí! Y vas a estarlo.

—Tendrías que desandar más de tres mil años de sendas equivocadas para volverme a encontrar.

Le encantaban los amores imposibles porque le dejaban el sabor exquisito del fracaso. ¿Acaso era eso, o esto era algo más profundo?

—Si pudiste llegar a mí a pesar del tiempo, yo podré encontrarte. Enséñame a ensoñar así, despacito, como lo haces tú; para aprender a viajar en el tiempo.

Ella le sonrió. Ojalá fuera así de simple. Ni ella sabía a ciencia cierta cómo era posible. Él leyó sus pensamientos y agregó:

—Esto no es una casualidad. La casualidad no es más que la ignorancia de las causas físicas.

—¿Leibniz?

—Yo, Saturno.

Se miraron otra pequeña eternidad que cupo dentro de un instante, y ella fue la primera en desviar los ojos. El pensamiento atroz le cruzó nuevamente la mente. Lesmes quería de vuelta su cuerpo, y ella seguía allí.

—Leilani, Leilani, Leilani. ¿Cuál es el significado de todo esto? Te apareces de pronto en mi vida como un fantasma y ahora te irás también como uno. ¿Y todo para qué?

—No lo sé, Saturno. No lo sé.

—¿Y todo para qué, Leilani?

—No lo sé.

—Dímelo. ¿Y todo para qué, Leilani?

Los ojos se le humedecieron y quiso evitar el llanto. La fue invadiendo algo que era como un estancamiento, el sentimiento confuso de que todo lo que vivió en Grimmelk no hubiera debido ocurrir de esa forma, de que algo estaba amenazando el mundo, o aún peor, que su felicidad en ese mundo había sido una sinfonía embustera, una trampa de miel.

—Todo este tiempo he estado añorando verte. La idea de nunca conocerte me ha vuelto imposible conciliar el sueño por las noches. Te he imaginado tantas veces en mis sueños y he llorado porque sabía que mi deseo es imposible. Te he amado en secreto, Leilani. Tanto. He estado confundido por amar y desear a quien vive dentro de Lesmes. Un amor imposible de alcanzar. ¡Ha sido una tortura tenerte diario a mi lado sin tenerte y sin verte, en realidad!

Él se irguió bajo la luz penetrante de aquel sol futurista para volver a mirar a Leilani a los ojos, escondida detrás de sus lágrimas. Volvió a acercarse a la cara pequeña de ella. La tomó entre sus manos con una extraña suavidad que la conmovió y que ella reconoció al instante. De forma abrupta, ella pensó en todas las veces que deseó que él la mirase como la miraba en aquel momento. Él quiso volver a besarla, deseando que esta vez el instante le durara para siempre. Quería perderse en la sensación de aquel preciso punto del espacio que ocupaban ellos dos y en el que se ocultaron del mundo sin prisa del tiempo y se encontraron entrelazados, como las amarras de un barco anclado en la mar. Todo sucedió con la naturalidad silenciosa de lo intuitivo y de lo inevitable.

Tumbados sobre la hierba y bajo el cobijo de los árboles gigantes que los protegían, se abandonaron a la deriva sobre

corrientes embravecidas que los navegaron y se amaron una sola vez como si hubieran sido mil, pero con una lógica implacable de oscuridad y luciérnaga.

Saturno se vistió y dejó descansar a Leilani bajo la sombra de un árbol del bosque. Finalmente se despidieron y ella se acomodó para dormir. No podía quedarse en la forma humana de una mujer en una abadía llena de hombres, aunque así lo quisiera; ambos lo sabían bien.

Mientras Leilani durmió bajo el árbol, Saturno volvió a la abadía para enfrentar a James, quien estaba sentado sobre una banca del salón de clases, con la mirada perdida. Saturno se sentó junto a él. El pobre novicio lloraba desconsolado y le confesó todo a Saturno.

—Contacté a la agente de la Unión Mundial y le conté todo lo que sucedió. Lo de Mini, lo del hermano Alexámenos. Me dijo que ya no me contactarán más, que estoy fuera; me amenazó y dijo que, si abría la boca para decir algo, se encargarían de deshacerse de mí.

—Tranquilo, James. ¿De verdad crees que esa mujer que te contacta es una agente de la Unión Mundial? ¿Y qué tal si te mintió?

—¿Por qué haría eso?

—Para no revelarte la verdad y para que en caso de que los delates no pudieras probar su filiación. ¿Alguna vez te mostró una credencial que probara quién es?

—No.

—¿Todo este tiempo nos espiaste a todos y diste información sobre la abadía sin comprobar a quién se la dabas?

James permaneció callado.

—Amigo, yo creo que te engañaron y te utilizaron.

Saturno hizo una mueca zorruna, esperando la confirmación de James.

—¡No! ¡Son ellos! ¡Son de la Unión!

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. Sólo les creo.

—Eso quieres creer, pero no lo sabes con certeza. Tu fanatismo por la Unión Mundial te llevó a creer lo que tú quisiste y a traicionar a quienes se preocupan por ti. James, aquí somos una familia. ¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé. Quería hacer algo importante. Quería ser importante para alguien, pero todo salió mal. Tal vez si yo no hubiera sido espía de nadie, Mini seguiría vivo. Si yo no hubiera hecho nada, Mini no habría atacado a Lesmes. Si yo no hubiera hecho nada, Lesmes no habría tenido que defenderme y Mini no se habría enojado ni perdido el control.

James estaba desconsolado y parecía que era él a quien se le partió el corazón y no a Saturno, cuando Leilani se fue definitivamente.

—Tranquilo, amigo. Lo que hizo Mini no es tu culpa. Todos perdimos algo o a alguien hoy.

Saturno le dio unas palmadas amistosas en la espalda y se le pusieron los ojos húmedos al concluir la última oración.

—¿Qué cosas te pedían? ¿Qué información les dabas?

—Descripciones, mapas, horarios, los nombres de los monjes, las noticias sobre el señor Flavio Josefo y el hermano Alexámenos; cosas como éstas. Fui un tonto, un iluso. Lo hice porque quería ser parte de algo más grande.

—¿De qué?

—¡De la construcción de una nación, de un futuro mejor!

Saturno lo miró con lástima y torció la boca.

—James, tu mente se pierde en ideas que no llevan a ningún lado. Deja de repetir consignas y vive tu vida para ti mismo. Por cierto, le debes una disculpa también a Lesmes.

Saturno le dio la mano y James respondió dándole la mano. Cerró los ojos un instante sintiendo todo el calor de aquel fraternal y honesto apretón de manos. Por su parte Saturno sabía, después de la confesión de James, que no sabía nada sobre la doble identidad de Lesmes y Leilani, y decidió que no le contaría nada al respecto. No era seguro contarle nada a James, a partir de ese momento. El secreto quedaba entre Saturno, Leilani y Lesmes.

Horas más tarde, Isidoro fue a buscar a Lesmes por orden del prior Igmar. Lo encontró dormido bajo el árbol que indicó Saturno. Saturno persuadió al prior de esperar unas horas para interrogar a Lesmes, pues aseguró que se encontraba muy afectado y que había ido al bosque a caminar para despejar su mente. El prior se preocupó por su estado. Si era tanta la impresión que le había causado el intento de estrangulamiento del difunto Mini era preciso traer a Lesmes con el doctor. Cuando Lesmes despertó estaba distraído y no recordó nada de la escena del estrangulamiento. Pjotr dijo que Lesmes estaba en estado de choque causado por la impresión. Luego de que lo dejaron

reposar en su cuarto, Saturno entró y lo puso al tanto de los acontecimientos.

...

Algunas semanas después, Sara fumaba un cigarro mientras estaba recostada sobre la cama y removía las sábanas con las piernas. A su lado, desnudo, Tanelovsky dormitaba apenas cubierto por una cobija. Sara miraba la parte del pecho lampiño que quedaba al descubierto. Un soldado lleno de cicatrices y de heridas curadas en la precariedad de algún cuarto sucio durante las misiones secretas. Años y años de servir a la Unión Mundial en sus proyectos especiales. Tanto tiempo de vivir sus días en peligro sin saber si habría un mañana o no. Casi un lustro de fingir no amarlo para ahorrarse el dolor de perderlo cualquier día de mala suerte. La causa era primero, y ellos tomaban lo que sobrara, ésa era la regla. Lo miró de perfil: quijada cuadrada, facciones fuertes de hombre recio, brazos gruesos que habían cargado tantas armas y acabado con la vida de tantas personas. En el fondo, Tanelovsky era un hombre con un código de honor implacable; el suyo propio, y el único que respetaba y defendía a capa y espada y por sobre todas las cosas. Él no escondía el amor que sentía por Sara. Era noble hasta los huesos, pero duro por fuera como un diamante.

Sonó un timbre que provenía de un diminuto auricular en el que parpadeaba una luz azul. El auricular estaba sobre la mesita de noche. Sara se levantó de la cama de inmediato, se puso una camisa blanca que estaba colgada de una silla sobre los hombros desnudos, se colocó el auricular dentro de la oreja, apretó un botón y el auricular dejó de parpadear.

—¿Sí?

Respondió la llamada de espaldas a Tanelovsky.

—Sí. General Drummond. Ya entregué el reporte...

Del otro lado del auricular le hablaba una voz autoritaria que hacía temblar a Sara.

—En resumen, ya soltamos a Lesmes Girafont... Lo enviamos de regreso a la abadía desde hace algunas horas; no encontramos nada fuera de lo común en sus ondas cerebrales... Sí, lo sé, señor. Siento mucho no haberle informado de la situación a tiempo, pero no volverá a suceder. Pensamos que teníamos una pista para encontrar al sujeto “Iris”. Sí, me refiero a la persona que entró a la conciencia de Lesmes al mismo tiempo que Tanelovsky... Es que era de suma importancia analizar al muchacho para encontrarla... Sí, acepto toda la responsabilidad de esta acción unilateral... Señor, yo...

Sara miraba al piso y fruncía el ceño. Cualquiera hubiera pensado que tenía miedo.

—Lamento mucho que tenga que disculparse en persona. Créame que lo haría yo misma si usted me lo... No quise decir que...

Tanelovsky despertó y bostezó abriendo la boca como un león. Fijó la vista en Sara.

—Por supuesto que sabíamos que era hijo de los Girafont... pero créame que no había otra forma... lo sé, y estoy muy apenada con usted y me disculpo por mi insensatez; mi intuición me indicó que estábamos muy cerca de... ¿Rapto? ... Sí, sé que es delicado y que el acuerdo era operar con Lesmes a distancia, mediante el sueño guiado... Es que hasta ahora nuestra fuente en la abadía nos había proporcionado información muy útil... Si tan sólo hubiéramos podido tener

al muchacho unas horas más, podríamos tener un informe detallado y confiable, por ahora no puedo probar que... Entendido, general.

La comunicación se cortó y Sara se quitó el auricular del oído. Se sentó en la orilla de la cama, dando la espalda a Tanelovsky, quien la miraba recargado sobre la almohada. Como movida por la idea de una tarea inconclusa, Sara se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación. Miraba hacia la ventana. El tráfico aéreo de las naves era denso. A esa hora de la tarde la gente salía de trabajar, y los embotellamientos de tránsito eran espantosos en el centro de la gran metrópolis. “Ojalá no tengamos que salir a ningún lado en este momento”, pensó él.

—¿Era Drummond?

—Pues sí.

—¿Y?

Sara suspiró con desgano. Se puso las manos sobre la cintura y se acercó a mirar por la ventana. El cielo morado del atardecer le producía vértigo. Se escuchaba un ruido sordo de motores que provenía de las naves espaciales que iban y venían de forma irregular, a través de las decenas de avenidas aéreas que se veían desde el centésimo piso de aquella torre de habitaciones residenciales, de B-14. Fantasma de acero y dentro de ellos las siluetas de los viajeros discurrían despacio.

—Dijo que gracias a mi atrevimiento y mi falta de criterio, él tendrá que disculparse en persona con la familia Girafont.

Tanelovsky hizo una mueca de desagrado.

—Yo te lo advertí. Tú ya sabías que Drummond aceptó los experimentos mentales con el muchacho Girafont siempre y cuando no hiciéramos escándalo, él estuviera seguro y no hubiera forma de ligarnos a él. ¡Y a ti se te ocurrió la grandiosa idea de ordenar su extracción de la abadía!

—El papa Sigfrido X solicitó a la Unión Mundial que el general se disculpe personalmente con la familia por el rapto de su hijo. ¡Imagínate lo contento que está Drummond! —dijo ella con ironía—. Por otro lado, había razones de peso para analizar sus ondas cerebrales. James presentó una prueba sólida que me hizo tomar esa decisión. Si no lo hubiéramos extraído, nunca lo habríamos logrado traer por la vía oficial.

—Sara, tus científicos tuvieron casi tres horas para analizar al muchacho. Tuve que soltarlo cuando la alerta Azul salió al aire. El general Drummond me llamó en cuanto se enteró. No tuve opción... ¿Y no hay forma de traerlo de nuevo?

—¡No! Si nos acercamos a una distancia de menos de cincuenta metros de él o si intentamos conectarnos a su mente habrá consecuencias legales. Le pusieron un dispositivo que detecta cambios en las ondas cerebrales y está conectado a una central. Si te conectas a su mente, lo detectarán de inmediato. El general nos prohibió hasta decir su nombre. ¡Bah! Es una mera cuestión política de presupuesto que no quiere perder. Resulta que el señor Girafont también fondea algunas operaciones especiales de la Unión y hasta nuestro salario. ¿Te acuerdas de la Operación de la Wolf-Rayet?

—¿Cuál de todas?

—La 104.

—Ah, sí. Muy trágica.

—Pues todo el dinero lo puso el señor Girafont. Drummond dice que busquemos a otro sujeto para conectar tu mente. Dice que debe haber otra forma de encontrar a “Iris”, pero, francamente, estamos en un callejón sin salida. Sin el muchacho no tenemos nada.

Tanelovsky se sentó sobre la cama. Su torso desnudo, moreno y bien marcado por músculos quedó al descubierto.

—Yo no entiendo bien los detalles sobre tu investigación, ni los saltos cuánticos o las ondas cerebrales, Sara, pero lo que sí sé es que James te buscó desesperado porque quería recuperar tu confianza, después de que comprometió su identidad como informante en la abadía. Le diste un ultimátum y por fin nos entregó una pieza importante del rompecabezas: el diario de Lesmes. Allí hay pruebas de que se estuvo comunicando con una persona de nombre... ¿cuál era?

—Leilani.

—Sí, Leilani. Y no sólo se comunicó con ella, sino que estuvo en Grimmelk. ¿Cómo es eso posible?

—No lo sé. Francamente, no lo sé. El informe del doctor Galo afirma que proviene de algún lugar del 2020 al 2030. En el diario de Lesmes dice que una chica vino desde el 2023 y que usó las instrucciones de un manuscrito para viajar. ¡Todo encaja! ¡Ella es “Iris”! ¡Ella es la presencia que tú sentiste cuando estabas en el cuerpo de Lesmes! ¡Pudo conectarse con Lesmes! Y la clave para encontrarla es Lesmes Girafont, pero ahora es un intocable. El general Drummond amenazó con cerrar mi programa de investigación si insisto en molestar a los Girafont. El desarrollo de armas

militares mentales no es prioridad para la Unión Mundial en este momento, pero algún día lo será.

—¿Cómo es posible que el muchacho no haya dicho nada útil? ¡Fue interrogado por especialistas!

—Estaba confundido y en un estado muy extraño. No encontramos drogas en su sangre. No nos dijo nada. Parecía tener un cansancio acumulado y muy hondo. Ni siquiera reconoció su diario, o fingió no reconocerlo. Dijo que no sabía quién lo había escrito y que no era suyo. Todo el tiempo repetía su nombre y que quería a su abogado.

—Tal vez fingió; digo, para no decir nada. Yo habría hecho lo mismo.

—Fingió y lo hizo muy bien. Un muchacho como él sabe que su familia tiene decenas de abogados. No sería raro que sus padres lo hubieran entrenado para situaciones como esa.

—¿A qué te refieres?

—A que los Girafont podrían haber entrenado a su propio hijo desde niño para que no dijera nada en ningún interrogatorio sin la presencia de sus abogados.

—¿Y tú lo crees?

—¿No lo harías tú si fueras tan poderoso como ellos?

Tanelovsky asintió con la cabeza. Buscó su ropa que estaba regada por el suelo y comenzó a vestirse. Permaneció en silencio por un momento. Cuando hubo terminado de vestirse preguntó:

—¿Y dónde está el diario?

—Yo lo tengo.

—No lo sé, Sara.

—¿Qué cosa?

—Ese novicio James, está muy desesperado. Pudo haberse inventado toda esa historia de Leilani y el diario para llamar tu atención.

—También lo pensé en un principio. Antes de tomar la decisión de traer a Lesmes a la estación supe que me arriesgaba a esto: a la humillación pública.

—¿Y si se lo inventó todo? ¿Cómo se te ocurrió hacerle caso a un muchacho? Ya lo habíamos descartado como fuente. No entiendo por qué cambiaste de opinión.

Sara hizo un gesto de desesperación. Se pasó las manos desde la frente hasta la parte de atrás de la cabeza.

—Tuve una corazonada —se mordió el labio inferior con los dientes superiores y miró a Tanelovsky con fijeza—. En toda mi carrera, mi intuición nunca me ha fallado.

—Pero, si estabas tan segura de que el diario es real y el muchacho tiene la conexión con “Iris”, ¿por qué no lo reportaste al general?

Sara lo miró con cierto disgusto, de reojo.

—¡Porque la Operación hubiera tardado mucho en aprobarse! Quién sabe si para entonces no habría pasado algo más. A Drummond sólo le interesa quedar bien con sus patrocinadores y hace de la política un juego de poderes. ¡No había tiempo! Nunca habría aprobado que trajéramos al hijo de los Gi-

rafont al laboratorio, porque habría tenido que aceptar que experimentábamos en secreto con la mente del muchacho.

Tanelovsky rio de forma tranquila. Halló el punto cómplice.

—No mencionaste el diario de Lesmes en tu informe oficial. Lo leí.

Ella sonrió.

—Pues claro que no lo mencioné. Es mejor que sólo tú y yo nos quedemos con esa información. Gracias al diario, sabemos que Lesmes Girafont tenía contacto con “Iris”, pero oficialmente no hay constancia de ello. “Iris” lo cambia todo. Nosotros investigábamos sobre control mental y poderes telepáticos. Luego nos llegó la Operación Reliquia que consistió en acabar con las pruebas de la Iglesia y eliminar al monje defensor para evitar la canonización, y sin la autorización del general decidimos utilizar los resultados de la investigación mental para llevar a cabo la Operación Reliquia. Tú lograste la conexión mental y corporal perfecta, y estabas listo para hacer el trabajo y eliminar al monje defensor al controlar el cuerpo de Lesmes sin inculparlo aquella noche. Y de pronto, gracias a ese diario y lo que sabemos de “Iris”, esto se ha convertido en algo más grande que cumplir misiones en favor de la Unión Mundial: viajes a través del tiempo. —Se acercó a Tanelovsky como si le fuera a contar un secreto—. ¿Te das cuenta de las posibilidades que nos abre? A partir de ahora tenemos que operar con cautela. No podemos permitir que la Unión descubra que es posible viajar a través del tiempo. Eso le daría poder y control absoluto. Era preciso que el general Drummond pensara que todo esto fue un error; por eso no presenté la información del diario en el reporte. Eso le habría dado credibilidad a todo. Lo único que yo quería era analizar a Lesmes Girafont para entender cómo se conecta con “Iris”. Lástima que no hubiera tiempo de encontrarle algo.

Sonrieron los dos con suavidad. Sara tenía puesta sólo la camisa, no se había puesto los pantalones todavía. Tanelovsky se acercó a ella y la besó. Sara entendió la intención, pero le puso un alto con un dedo sobre los labios y una sonrisa de jugueteo. Buscó sus pantalones revueltos en un rincón del suelo y se los puso con rapidez.

—¿Qué vamos a hacer con James? —preguntó él.

—Nada. Está fuera de la jugada. No representa ningún peligro. No tiene nombres, ni números de contacto, nada que nos ligue a él. Inteligencia informó que ya se fue de la abadía. Hay un boleto en un transporte estelar a la colonia RL-23 comprado a su nombre.

—¿Y por qué ha decidido irse?

—¡Qué sé yo! Pero si me lo preguntas, es mejor así.

Tanelovsky volvió a recostarse sobre la cama. Miró hacia la ventana antes de hablar.

—Como ya no podremos hacer experimentos con Lesmes, debemos enfocarnos en “Iris”. Es preciso encontrarla.

—Eso es lo que dijo el general, y eso nos conviene por ahora, porque la investigación sigue adelante y los recursos para fondearla también. Será como buscar una aguja en un pajar. El diario de Lesmes dice que “Iris” no volverá a conectarse. Sin ella no podremos encontrar el manuscrito al que se refiere el diario.

—¡Pues entonces tenemos que encontrar la manera de que se conecte para comunicarnos con ella!

—¿Y cómo haremos eso desde aquí? ¡Es imposible!

—Sabemos que su nombre es Leilani, que vive en el 2023 y que debe tener una edad similar a la de Lesmes. Buscaremos en los archivos históricos hasta que la encontremos y tengamos más información sobre ella. Tal vez podamos dar con una foto. Con una imagen suya en tu mente, ¿podrías hallarla mediante el sueño?

—No lo sé. Nunca lo he intentado. Tal vez. Todo eso va a tomar mucho tiempo.

—¿Tienes una mejor idea?

—La verdad es que no —suspiró Tanelovsky.

—Y cuando la encuentres, no lo vamos a reportar. Diremos que los experimentos han fallado y que no hay nada más qué hacer. Y entonces tú y yo continuaremos por nuestra cuenta y usaremos lo que sea que descubramos en beneficio de la causa. Todo eso mientras seguimos con la máscara de la Unión Mundial puesta trabajando en el proyecto que nos asignen.



*De todo quedaron tres cosas:
la certeza de que estaba siempre comenzando,
la certeza de que había que seguir
y la certeza de que sería interrumpido antes de terminar.*

*Hacer de la interrupción un camino nuevo,
hacer de la caída, un paso de danza,
del miedo, una escalera,
del sueño, un puente,
de la búsqueda, un encuentro.*

Fernando Pessoa, "De todo quedaron tres cosas"

XXI. Cuando Leilani despertó

Cuando Leilani despertó, estaba otra vez de vuelta en su cuarto en Tallin. Nunca más volvería a Grmelk. Todavía le quedaba el perfume de la piel de Saturno en la memoria de la nariz. Todavía le quedaba húmedo y fresco el último beso, como huella de caracol. Le dolía la cabeza y tenía sed. Por un instante dudó de quién era, así que se tocó el pecho con ambas manos, y respiró aliviada de comprobar que era Leilani, siempre y todavía. Ya habría tiempo de hablar con el profesor Potapenko y contarle todo lo sucedido. Quería contarle que no podía volver a Grmelk y que dejaría en paz los viajes, a través del tiempo. Por curiosidad encendió la televisión y buscó el noticiario. Eran las cinco de la madrugada del día que debía ser del año 2023. Miró la televisión por ver algo, aunque no puso atención en la transmisión.

¡Las maletas y la silla de ruedas! Había dicho Ana en el sueño. Quiso saber cómo fue que la esposa y la hija salieron del aeropuerto sin ser vistas. Revisó nuevamente las noticias que había en internet y, por fin, ató los cabos sueltos. En una noticia un reportero escribió que se revisaron las cámaras de seguridad y lo único que mostraron fue que antes de que Victoria y Ana entraran al baño del aeropuerto, otras cuatro mujeres habían entrado también. Una de ellas iba sentada sobre una silla de ruedas y era empujada por otra. Las dos tenían cubierto el cabello y casi toda la cara con una mascada, a la usanza musulmana. Las otras dos mujeres jalaban una maleta grande cada una. Luego que entraron Victoria y Ana, las mismas cuatro mujeres salieron en diferentes momentos. No había otra solución que la más obvia. La esposa del profesor planeó el escape junto con aquellas cuatro mujeres que fueron imposibles de identificar, pues nunca voltearon hacia donde estaba la cámara de video. Seguramente metieron a la niña Ana en alguna de las maletas, y la madre salió del baño metida también dentro de la segunda maleta, o bien, sentada y disfrazada de la persona que iba en la silla de ruedas, y la mujer que iba en la silla de ruedas salió metida dentro de la segunda maleta. Posiblemente esa persona era pequeña; tal vez era una adolescente o una mujer de corta estatura y complexión delgada que cupiera en una maleta, y es que en el video no se podía distinguir qué tan grande era la mujer de la silla de ruedas porque iba cubierta con una cobija y no se le veía lo largo de las piernas. Resuelto el misterio de la desaparición de la familia del profesor, decidió que aquello tampoco se lo contaría. No quería lastimarlo, ni hundirlo más de lo que ya estaba. Era mejor que continuara pensando que estaban desaparecidas y extrañándolo, que decirle la oscura verdad.

Se recostó en la cama a pensar en todos los eventos ocurridos en Grimmelk. Recordó cómo se quedó dormida debajo

del árbol en el bosque y repasó los dulces besos de Saturno. Tuvo el sueño de Ometéotl justo antes de despertar y volver a Tallin. Por azares del destino, se repitió aquel viejo preludio a la incoherencia de no entender lo que el guerrero Tlahuicole quería decirle. Estaba segura de que el códice tlaxcalteca que tocó y vio en su infancia, de alguna manera le dio los poderes para mover las canicas y viajar al futuro a través del ensueño. Aquel sueño se relacionaba con el códice y los poderes de alguna extraña manera. “¿Y todo para qué?” habían sido las palabras de Saturno. Exactamente en eso pensó. ¿Y para qué había sido todo? ¡No podía ni entender con claridad el significado de un sueño de la infancia! Había una razón para que el misterioso dios de la dualidad Ometéotl continuara apareciendo en sus sueños y en su memoria durante tantos años. De forma tangencial, pensó en volver a Grimelk, pero inmediatamente lo descartó. La despedida había sido sellada con un beso, un acto de amor y la promesa para Lesmes ya estaba hecha. Sintió una oscura conciencia por el daño causado a Lesmes. A esas horas estaría contento de que Leilani no volviera. Seguramente ya se lo habría confirmado Saturno. Se asomó por la ventana, estaba amaneciendo nuboso con llovizna, de esa manera en la que es hermoso contemplar la ciudad desde una ventana, en la penumbra acogedora de una casa. Siempre que hay llovizna hay viento frío. Buscó el frasco con las pastillas y sin pensarlo más que una sola vez lo tiró a la basura. Luego sacó el frasco de la basura y corrigió lo que hizo abriéndolo y tirando su contenido por la taza del baño.

Le quedó una sensación indefinida y terca a la vez, una especie de problema sin resolver, de elementos disgregados que buscaban concatenarse de alguna forma inexplicable. Entonces, lo vio todo lúcidamente, aunque sin proponérselo, como un conocimiento inenarrable, pero incuestionable. Después de todo lo que había visto y vivido en Grimelk le era imposible volver al instituto y seguir con su vida de

antes. Hizo sus maletas, mandó un correo electrónico al doctor Zunz donde le comunicaba su renuncia inmediata y compró un boleto de avión de sólo ida con destino a México. Al día siguiente se fue de Tallin sin despedirse del profesor Potapenko. Ya le llamaría cuando estuviera en Tlaxcala, desde la casita solitaria y llena de polvo que le había heredado su padre hacía ya tantos años. La misma donde vivió antes de irse de México a vivir en tantas partes del viejo continente. Le entraron unas ganas locas de arreglar el jardín de aquella casita de campo. Construiría un huerto para tener fruta y verdura fresca para comer en el verano. Compraría algunas gallinas y se la pasaría pescando horas frente al lago que estaba a unos kilómetros de la casa. Arreglaría los manzanos, plantaría nuevos ciruelos y recortaría los naranjos. El centro de Tlaxco quedaba a tan sólo dos kilómetros de la casa. Ya se buscaría algún trabajo sencillo y útil por allá, y conocería gente linda y sonriente como lo es la gente del campo.

Había algo que la hacía sentir hastiada de su vida académica. Quería dejar de huir, dejar de evadir y de esconderse de su pasado, y para hacerlo era preciso volver al origen. Volvería a leer las cartas donde su madre le pedía perdón y ahora sí la perdonaría, así como también perdonaría el abandono de su padre. Disfrutaría de leer otra vez los libros de la abuela, volvería a mirar los álbumes de fotos de la infancia, de los cumpleaños y las vacaciones con sus primos. Por fin lloraría hasta que no pudiera más por todo lo que dejó perder con Felipe. Se iba a quitar la letra escarlata que se había cocido ella misma con sangre sobre el pecho. Aquella letra de rojo ardiente producida por el fuego de su infierno interior. Había sido ella misma la que por tantos años cerró sus ventanas y sus cortinas para que el mundo ya no la viera. Quería volver a abrirlas y darse el permiso de sentir, de perdonar y de suspirar a aquel reciente amor que, aunque breve, fue posible y el más real de toda

su vida. Iba a dejar atrás su primitivo e inhumano modo de estar reviviendo su pasado. Lo que Saturno la hizo sentir fue el latir de su propio pecho y el sonido de su respiración. Estaba harta de mirar las cosas con esa atención, triste, aburrida y desgana que concedemos al cadáver de toda actividad pretérita. Quería sentarse a contemplar los atardeceres y las mañanas en el centro de Tlaxco y a formarse en la fila de las tortillas por la mañana.

Las tareas más simples ahora le parecían las más extraordinarias. No tenía ganas de nada, sólo de vivir, y aunque sabía que no se iba a morir, era como si se fuera a morir una parte de ella; la parte que se aferraba al pasado doliente. Se sintió flotar entre el tiempo y el espacio en un lugar donde el futuro y el pasado dejaban de tener importancia. Vislumbró una cómoda serenidad y tal vez estuviera allí su verdadero carácter y vocación. Vivir suspendida en la aventura de su presente y desearlo de verdad sin buscar nada más, y todo eso lo descubrió hasta ese día. Tal y como lo escribió James Joyce, pasara lo que pasara, lo correcto era largarse.

Y ella se largó a México.



Epílogo

Pasaron unos años desde la última vez que Leilani volvió de Grimmelk y tuvo el sueño de Ometéotl por última vez en su vida. Fue entonces que, por avatares del destino, algo inesperado ocurrió. Una tarde cruzaba la plaza del pintoresco centro de Tlaxco de la mano de su hijo pequeño. Caminaba por la calle bajo la lluvia, mientras miraba las puntas de sus botas mojadas de lodo al tiempo que se deslizaban sobre el piso. De pronto sintió como si mirara unos pies que no fueran suyos, pero eran suyos. Volvió a tener la visión de la mujer que besaba a un hombre de otro tiempo. Inesperada e inexplicablemente, de un momento a otro, entendió el sueño. Tan rápido como el estallido de un trueno, y de forma inverosímil, supo lo que el guerrero tlaxcalteca Tlahuicole quiso decirle cuando repetía incansablemente el nombre de Ometéotl. Tuvo la sensación de que había recuperado algo que era suyo y que hasta entonces no sabía. Fue como si un nudo íntimo se desenredara y la tranquilidad de lo obvio le rindiera pleitesía. Aquel día por fin lo entendió todo. Ella había sido Ometéotl: dualidad, mujer y hombre en tiempos irreconciliables por el presente. “¿Y todo para qué?” retumbó en su cabeza. Aquella frase de Saturno el día de su despedida. Miró a su hijo que disfrutaba pisando con fuerza los charcos que se encontraba en el camino. Se hincó y llamó al niño por su nombre con dulzura. Todo estaba claro. El niño volteó a ver a su madre y la abrazó sonriente. Ella lo cargó y le devolvió la sonrisa planetaria.

—¿Qué traes en tus manos, mi amor?

—Esto que me encontré, mami.

El niño abrió la mano y mostró una canica negra.

—¿Dónde la encontraste?

El niño señaló hacia el suelo mojado.

Leilani tomó la canica de la mano del niño y la miró con recelo. Luego miró alrededor suyo, como si esperara encontrar algo o a alguien, y terminó por sonreír exhalando aire por la nariz como si por fin entendiera alguna antigua broma.

Tal vez, como se escribió hace tanto tiempo en el antiguo texto de sabiduría del Kybalión, los oídos de la sabiduría permanecen cerrados, excepto para el oído capaz de comprender. Los oídos de Leilani ahora estaban abiertos. Pensó en que ojalá los misteriosos senderos de la vida no la volvieran a poner en el camino andado: no deseaba ver las ruinas ni la nostalgia ni lo dejado atrás. Creyó pertinente pensar que todo había pasado como debía, y al final sólo se quedó con una certeza: haber vivido, aunque lo vivido sólo fuera un sueño dentro de un sueño. De la tinta de esos sueños y del papel del tiempo sólo le quedó una selva escondida donde las enredaderas, como lenguas de mariposa, abrazan la vida y se peinan las pestañas con sus momentos.

ÍNDICE

I. ¿Estás listo, Tanelovsky?	8
II. En la abadía de Grimmelk	14
III. La llamada del profesor	24
IV. Antes de vivir	30
V. De vez en cuando	40
VI. El aire se sentía más frío que de costumbre	58
VII. Al despuntar el alba	70
VIII. Leilani despertó	86
IX. Lo dudó unos segundos	98
X. A las 05:37	112
XI. Stella matutina	126

XII. Un asunto apenaba	150
XIII. No sé cómo	178
XIV. Le digo que había alguien	188
XV. A la hora del desayuno	208
XVI. Desde la mañana	236
XVII. En la iglesia	260
XVIII. ¿Qué demonios pasó en Grimelk?	276
XIX. La noche se puso solferina	288
XX. Saturno	306
XXI. Cuando Leilani despertó	328
Epílogo	334

SECRETARÍA DE CULTURA

Claudia Curiel de Icaza

SECRETARIA DE CULTURA

Marina Núñez Bepalova

SECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

María Guadalupe Moreno Saldaña

TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Guillermina Pérez Suárez

COORDINADORA NACIONAL DE DESARROLLO CULTURAL INFANTIL

Diciembre de 2024



En el año 5037 hay robots en cada casa y los hallazgos científicos han dado grandes avances, incluso es posible que las dimensiones, los espacios y los tiempos se entremezclen. En esa realidad, dos almas solitarias logran conectarse de manera misteriosa y demostrar algo casi imposible.



Gobierno de
México

Cultura
Secretaría de Cultura

Esta publicación es de distribución gratuita, ajena a cualquier partido político, queda prohibida su venta.

COLECCIÓN

ALAS DE
LAGARTIJA